A Holly Root y Holly Black.
Hacéis que parezca que las estrellas están al alcance de la mano.

A Holly Root y Holly Black.
Hacéis que parezca que las estrellas están al alcance de la mano.

A Holly Root y Holly Black.

Hacéis que parezca que las estrellas están al alcance de la mano.

MATANOCHES

MANHATTAN, NUEVA YORK

7:05

Comienza con un retumbo.

Una multitud espera junto a la línea amarilla que marca el borde del abismo.

Ejecutivos descontentos. Obreros sobreexplotados. Padres amargados —aún a dos tazas de café de estar del todo despiertos— camino del colegio con su prole —igual de amargada— aferrada a las piernas como pelusas.

Para ellos, es un día más.

Entonces, aguzan los oídos. El chirrido lejano del metal contra el metal nunca había sonado tan bien. Se precipitan hacia delante antes incluso de que el tren entre en la estación a toda prisa y se detenga. Por supuesto, el siguiente metro llegará dentro de dos minutos, pero están empeñados en subir a este cueste lo que cueste.

«Será un baño de sangre».

Las puertas se abren deslizándose hacia los lados. Antes de que la muchedumbre se agolpe en el tren, una chica sale disparada del interior. Lleva una mochila echada al hombro y un par de zapatillas —las de clavos para correr— colgadas de un gancho sujeto al asa. Sus trenzas *twist* rebotan mientras fluye entre las grietas del gentío como el viento entre los árboles.

No puede llegar tarde. Hoy no.

Salta por encima del torno. Se imagina los vítores del público, las luces blancas y brillantes del estadio, la pista de caucho de color rojo ladrillo bajo sus pies. Enfila a toda velocidad las escaleras que llevan a la calle, subiendo los escalones de dos en dos. Cuando va por la mitad, lo siente.

Ese primer retumbo.

Le atraviesa la suela de las deportivas cuando llega a la superficie, le sube por la columna vertebral hasta la base del cráneo. Se le eriza el vello de los brazos. Puede que se deba a las vibraciones de los trenes que rugen mucho más abajo, en los túneles; o tal vez sea un

terremoto, algo poco probable en Nueva York, aunque ¿acaso no es todo posible en esta ciudad?

Sin embargo, su intuición le dice que esto es distinto.

Lanza una mirada angustiada a la gente que pasa en tropel a su lado. Nadie parece darse cuenta. Y, cuando ve la hora que marca la pantalla de su teléfono, encima de una foto en la que aparece junto a su prima pequeña, suelta un taco y continúa cruzando la calle.

Aún no ha dado ni un paso cuando otro retumbo recorre la ciudad. Como si la propia Manhattan se hubiera estremecido. Esta vez, es lo bastante atronador como para que la gente se tambalee y el tráfico tiemble.

BUM.

Estaba cruzando la calle y, un segundo después, está tumbada en el suelo, bocarriba, sorda a todo salvo al pitido agudo que le perfora los oídos. Parpadea. La gente se baja de los coches a cámara lenta. ¿Qué hace todavía tirada en medio de la calle? «Debo de estar interrumpiendo el tráfico —piensa, confundida—. Tengo que quitarme de en medio».

Se levanta del áspero asfalto, con el pitido aún en los oídos y una disculpa en los labios. Todo el mundo señala, grita… ¿Es a ella? No. Se da la vuelta y mira el cielo. Parpadea una y otra vez, intentando comprender las imágenes que sus ojos le transmiten a su cerebro.

A lo lejos, unas nubes colosales, blancas y sucias brotan del suelo como la erupción de un volcán en el corazón de una selva de cemento. La niebla se eleva al crecer, espesa, viscosa y opaca, y en un instante engulle todos los edificios que la rodean. Se extiende por los tejados, devora incluso los rascacielos más altos.

¡BUM! ¡BUM! ¡BUM!

Las explosiones sucesivas sacuden Manhattan hasta los cimientos. Decenas de columnas de humo blanco se alzan hacia el cielo desde el Distrito Financiero hasta Harlem.

La gente se deja llevar por el pánico. Corren en estampida hacia ella.

El miedo le provoca náuseas, huye arrastrada por la marea. Un hombre choca contra ella desde atrás. La chica se tambalea cuando él

se agarra a su mochila para evitar caerse. Las zapatillas de clavos se sueltan y el hombre se desploma contra el suelo. Sin dejar de correr, la muchacha mira hacia atrás, pero las masas ya lo han engullido.

El ulular de las sirenas de policía se mezcla con los gritos, el caos. Cuando una ambulancia frena para cargar a una mujer inconsciente en la parte de atrás, la niebla la alcanza. La sirena se extingue. Las luces de emergencia rojas y azules se apagan como la llama de una vela.

Nadie va a salvar a nadie.

Se adentra en una calle secundaria y consigue llevarse el teléfono a la oreja, a pesar de que la mano le tiembla tanto que casi se le cae. Escucha la señal de llamada una y otra vez. Con el corazón encogido, se da cuenta de que está llamando a un apartamento vacío: el turno de su padre en el hospital ya ha empezado, y su madre iba a asistir a la Asamblea General de las Naciones Unidas en el East Side. Pulsa el otro número que tiene en marcación rápida.

—Por favor, por favor.

Jadea, escondida tras la esquina de un edificio. Sola. Con cada tono de llamada vacío, siente que su esperanza se transforma en una vaina marchita. Entonces:

—*Jiě jie?* —responde una niña pequeña, y su voz es como una luz que se abre paso entre las nubes—. ¿Vas a venir hoy a jugar?

La chica abre la boca para contestar y rompe a llorar de inmediato.

—¿Es tu prima? —pregunta otra voz de fondo, haciéndose oír por encima del familiar chop-chop-chop de un cuchillo sobre una tabla de cortar de bambú y del chisporroteo crepitante de las verduras en la sartén—. ¿Está bien?

—¿Estás bien, *jiě jie*?

El suelo tiembla bajo sus pies.

Consigue pronunciar cinco últimas palabras, resollando junto al teléfono:

—No… salgas… a la calle.

Más adelante, en el cruce, atisba una chimenea de vapor naranja

chillón con rayas blancas fluorescentes. Un elemento omnipresente de Manhattan, casi icónico.

Explota.

La fuerza de la explosión hace que la chica salga volando por los aires. El vapor que sale a borbotones de la tierra le arranca el móvil de la mano. Un calor abrasador le achicharra hasta el último centímetro de piel expuesta. El tramo de asfalto sobre el que se encontraba hacía unos segundos se fractura y se hunde. El enorme cráter que deja a su paso se traga semáforos, señales de tráfico y neoyorquinos por igual. Veinte, treinta, cuarenta personas desaparecidas. Consumidas, sin más.

Se alegra de no poder oír los gritos.

Las nubes de vapor ruedan hacia ella como una avalancha de niebla que envuelve la calle en una bruma impenetrable. Todo lo que toca desaparece en su interior, incluso la luz. Sobre todo la luz. La nube la rodea con sus remolinos, vaporosa, casi hipnótica.

La chica es la última persona que queda en pie. Pero ya no tiene adónde huir.

La niebla la acorrala, le llena los pulmones…

Y Manhattan se oscurece.

CAPÍTULO UNO

Últimamente, el único rato que tengo para matar monstruos es después de clase.

También es el único rato en el que puedo hacerlo sin que nadie se dé cuenta. Y así es como he acabado aquí, despatarrada en medio de las vías del metro, desangrándome en la oscuridad sin esperanza de obtener refuerzos.

Todavía veo por el rabillo del ojo los restos de la tarta de frutas que me he traído para hacer caer en la trampa al mortícola, el precioso glaseado blanco y las fresas con gelatina esparcidos a lo largo de los raíles mugrientos como una calavera aplastada.

Intento permanecer inmóvil por completo mientras el mortícola me olfatea. Apesta a aguas residuales, azufre y orina. El ruido de su trabajosa respiración se intensifica cada vez más hasta que me roza la oreja con unos labios húmedos y jadeantes. Tengo que hacer acopio de hasta mi último resquicio de control para no encogerme de miedo ante esas interminables hileras de dientes.

Desde que éramos pequeños, no han parado de grabarnos a fuego en el cerebro las reglas relacionadas con los mortícolas.

La primera: Cuando empiezan a sonar las campanas del toque de queda, es hora de que todo el mundo vuelva a casa.

La segunda: No comas dulces bajo tierra.

Y por último: Nunca te dejes atrapar.

Así de simple. Tres reglas de supervivencia que cualquier párvulo podría recitarte. Tres reglas que yo podría haber seguido. Tal vez hoy sea el día en el que por fin aprenda la lección.

Aprieto aún con más fuerza la pistola que tengo en el puño mientras espero mi oportunidad. Solo me queda una bala de nitro-novae. No puedo desperdiciarla.

No puedo ni imaginarme lo furiosa que se pondrá Maura si sobrevivo para contarle esta historia. La voz de mi hermana mayor me retumba en la cabeza: «Por la Dama de la Libertad, ¿cómo es posible que siempre andes metida en estos líos, *mèi mei*?».

Todo ha empezado esta tarde. Embuto mi libro de texto de Anatomía inhumana IV en la taquilla y, por el contrario, saco mi monopatín y mi pistola. Justo cuando suena el timbre, me guardo el arma en el bolsillo interior del pecho de la americana y los alumnos inundan los pasillos del Prep del Distrito Financiero.

Consigo llegar a los ascensores antes de que se llenen, aunque por los pelos. Se me taponan los oídos mientras descendemos.

21… 20… 19…

En la planta baja, las puertas de oro bruñido se abren con un ¡ping! al vestíbulo del instituto, donde hay un fornido guardia de seguridad sentado tras el mostrador. «Que tengas un anochecer seguro», nos va deseando a todos mientras salimos a la carrera.

Montada en la tabla, serpenteo entre el tráfico de la hora punta de Rector Street, zigzagueo con imprudencia entre taxis de color amarillo chillón y autobuses atestados de gente. Las ventanillas de los vehículos reflejan el cielo encapotado, de un gris pálido con volutas de nubes y esmog. Hordas de ciclistas obstruyen los huecos que quedan entre los carriles, unos espacios que apenas igualan la anchura de los manillares. Con el metro cerrado, la guerra perpetua por las plazas de aparcamiento y el atasco constante, la mayoría de la gente preferiría la muerte por espejo retrovisor sin dudarlo.

Llego hasta la tienda de una pieza. La dueña de la panadería del barrio merodea junto a la entrada, supervisando con la mirada cansada y sombría a un equipo de construcción que le está instalando ante el escaparate una nueva verja de acero bordeada de pinchos. La anterior yace tirada a un lado, tan abollada y agujereada con marcas de dientes que serviría más para que la expusieran en el MoMA que para defender con éxito un escaparate. Me agacho para poder entrar en la tienda y aspiro el maravilloso aroma de las tartas y las pastas recién horneadas. Si fuera menos irresistible, quizá no hubieran tenido que sustituir la verja del escaparate.

—Creía que no llegabas —me dice la señora del mostrador al entregarme por encima de este una caja blanca y grande atada con una cinta. Soy la única clienta que queda—. Estábamos a punto de quemarla.

Ni siquiera me da tiempo a responder antes de que un ¡TAN! ¡TAN! ¡TAAAN! disonante reviente el aire.

Algo cambia. Como un escalofrío helado y repentino que recorre

las calles, todo el mundo se pone en movimiento. La cajera me pone en la mano un cruasán sobrante y me acompaña hasta la acera, donde el equipo de construcción aprieta con rapidez el último tornillo, mete sus bártulos en una furgoneta gris y se marcha haciendo chirriar las ruedas. A mi alrededor, la ciudad se atrinchera, las puertas se cierran con llave, las persianas se bajan, las ventanas se oscurecen.

Yo también tendría que volver corriendo a mi residencia. A un lugar seguro.

Pero tengo un asunto pendiente.

Cojo velocidad con el monopatín y vuelvo a Rector Street con la caja entre los brazos. Al doblar la esquina, estoy a punto de darme de bruces contra un par de vigilantes. Uno de ellos me grita:

—¡Quieta ahí!

De mala gana, derrapo y me detengo.

Llevan un uniforme idéntico, verde oscuro. El más alto de los dos empuja una carretilla con ruedas y el otro blande una pala ante mi cara. Una bocanada del olor abrumadoramente penetrante a granos de café que emana de la carretilla me obliga a fruncir la nariz.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta en tono exigente el de la pala—. ¿No oyes las campanas?

Abro los ojos como platos, como si acabara de percatarme de los tañidos de advertencia que retumban por todo Manhattan.

—Ay, madre mía, lo siento mucho. Es que me he dejado el libro de texto en la taquilla…

—Tendrás que esperarte a mañana para recuperarlo. No puedes andar dando vueltas por ahí cuando está a punto de empezar el toque de queda.

—Tienen razón, pero es que necesito ese libro, tengo el examen final la semana que viene…

—Un momento.

Ambos entornan los ojos y miran justo hacia donde llevo escondida la pistola, a la altura del pecho.

Se me acelera el corazón. Creía que la había escondido bien,

pero…

—¿Vas a un instituto de la Prep League?

Me invade una oleada de alivio. Debían de estar mirando el escudo que llevamos bordado en el bolsillo de la americana. Señalo con el pulgar una puerta de la misma calle.

—Sí, al Prep del Distrito Financiero. Justo ahí.

—¿Te estás formando para entrar en el Sindicato?

Me yergo.

—Sí, señor.

El vigilante asiente, un gesto de aprobación y, también, de cierta envidia.

—Sigue así. Bien sabe Dios que necesitamos que seáis cuantos más mejor en el cuerpo.

—Espero que te veamos competir en el Torneo, ¿eh? —bromea el de la pala al mismo tiempo que le da un codazo divertido a su compañero.

—Pues ahora que lo dice… —comienzo.

Un gemido atormentado brota de la rejilla de la alcantarilla que tienen detrás. Los vigilantes se dan la vuelta al instante, con las porras desenvainadas, y palidecen. A pesar del escalofrío que me recorre la columna vertebral, me limito a poner los ojos en blanco y aprovecho la oportunidad para escabullirme.

Salvo por los vigilantes, las aceras están completamente desiertas. Desprovistas de vida. No se oye el estruendo del tráfico subiendo por Battery Place. Ya no hay coches reptando por Greenwich Street. Los semáforos pasan del verde al amarillo y al rojo sin dirigir nada ni a nadie, pero ellos tampoco tardarán en apagarse.

Rector Station no es más que una reliquia. Las farolas, la barandilla verde oscuro, incluso los carteles de la estación son meros vestigios de un pasado que solo conocen las personas que siguen recordando esta ciudad como lo que una vez fue, las personas como yo. Y quienes luchan por recuperarla. Por poner fin a las noches dominadas por el terror y a las calles manchadas de escarlata.

Como el Sindicato.

Una agresiva barricada salpicada de grafitis me recibe en lo alto de la escalera. Paso por debajo de ella sin vacilar y me encamino hacia la puerta de acero que separa el subsuelo de la civilización.

¡PELIGRO! ¡MUERTE SEGURA!

¡PROHIBIDO EL PASO!

Aun sin esas letras negras y gruesas gritándote en la cara, nadie en su sano juicio intentaría franquearla. Sin ánimo de ofender, si un mortícola no es capaz de atravesarlas, tú tampoco.

Abro el teclado y marco una serie de doce dígitos. Se enciende una luz roja y parpadeante. Frunzo el ceño y lo intento otra vez.

No hay suerte.

Desde arriba, me llegan el traqueteo de las ruedas sobre el hormigón y las voces de los dos mismos vigilantes. Vuelvo a marcar el código, pero sigue sin funcionar.

—Tienes que estar de coña —siseo.

Se acercan cada vez más. Si me pillan…

Desesperada, marco un código totalmente distinto. «Venga, venga, por favor, funciona…».

El teclado emite una luz verde y la puerta se abre. Me precipito hacia delante. En cuanto las hojas de acero se cierran a mi espalda, me desplomo junto a ellas, respirando con dificultad. Algo aporrea el otro lado de la puerta. Oigo que el vigilante hunde la pala en la carretilla y empieza a arrojar escaleras abajo paletadas del repelente de mortícolas que menos me gusta, como si llenara una tumba.

Me obligo a ponerme en pie. Las luces del techo chisporrotean y proyectan un blanco enfermizo sobre los azulejos esmaltados. CENTRO CIUDAD. FERRY SUR. Acaricio la barandilla fría con los dedos mientras bajo las escaleras de puntillas para amortiguar el ruido de mis pasos. El aire se me asienta en la piel como un puño pegajoso, fresco pero húmedo. Rector es una de las estaciones más pequeñas situadas cerca del extremo sur de Manhattan, pasada la última parada exprés, de manera que solo hay dos vías que atraviesan la estación: una para el tren que lleva a la parte alta de la ciudad y otra para el

que lleva a la parte baja.

En el torno, poso la caja blanca y brillante sobre el monopatín y le doy un empujón. Pasa rodando bajo los barrotes. Ninguno de los tornos funciona, así que apoyo las manos en los escáneres que tengo a ambos lados y salto. En la cabina no hay nadie que me lo impida.

Con la pistola en una mano y la caja en la otra, me subo a la tabla y circulo por el andén del metro. Las ruedas de goma se deslizan con sigilo por las baldosas lisas del suelo mientras trazan un surco nuevo sobre la capa de polvo.

Hacia la mitad del andén, las luces del techo han dejado de funcionar y la estación se sume en la oscuridad.

Bajo el pie derecho por un lado de la tabla hasta que rozo el suelo con la suela de la bota. Me detengo justo donde las sombras comienzan a coquetear con la luz menguante.

Me demoro un segundo al borde de la línea amarilla que reza NO CRUZAR para recordar la vaharada de aire caliente que me golpeaba la cara cuando los trenes atravesaban el túnel. El bullicio de la multitud, de los millones de neoyorquinos y turistas que se agolpaban por igual en los andenes. El rugido estruendoso de aquella bestia metálica reverberándome en los huesos. La correa de la mochila de Maura aferrada en mi puño diminuto mientras ella me tapaba los oídos con las manos para intentar aplacar el chirrido ensordecedor de las ruedas que chisporroteaban sobre los raíles.

«Manténgase apartado de las puertas mientras se cierran, por favor».

Pero hace quince años que nadie viaja en metro. Desde antes del Desvanecimiento.

Con un suspiro, apoyo el monopatín contra la pared. Salto desde el borde del andén y aterrizo en cuclillas sobre las pringosas vías. Pongo mucha atención en evitar tanto los charcos de repugnante porquería marrón como el tercer raíl, la veta de acero situada entre las vías que conducía la electricidad hasta los vagones del metro. Durante el día, la Autoridad de Tránsito aumenta el amperaje al doble del que necesitaban antes los trenes, una potencia con la que bastaría para freírme hasta dejarme crujiente. O, lo que es aún más importante, para freír a los mortícolas que vagan por las entrañas de Nueva York.

Con cuidado, dejo en el suelo mi preciada carga y tiro de la cinta.

En cuanto se desata, la caja se abre y deja al descubierto una tarta de fresa recién horneada. Con precisión quirúrgica, la coloco entre el raíl electrificado y la vía más cercana a mí. La mitad a la luz y la otra mitad a la sombra. Me aseguro de que no me he manchado los dedos de glaseado. Luego me encaramo de nuevo al andén y corro hasta mi puesto de vigilancia: una barricada formada por tres enormes contenedores municipales negros que traje a empujones la semana pasada.

Agazapada, compruebo tres veces el cargador de mi arma. Las balas N.N. son muy muy difíciles de conseguir, y anteayer gasté la mitad del cartucho. Son proyectiles fabricados especialmente por los armeros del Sindicato y una sola bala puede marcar una gran diferencia frente a un mortícola hambriento.

Lo primero que hay que saber sobre los mortícolas es que van a devorarte. Pero solo al anochecer, cuando salen a cazar tras la puesta de sol.

La segunda cosa que hay que saber sobre los mortícolas es que hay que empezar a correr en cuanto captas su característico tufo a huevo podrido, porque, para cuando tengas uno lo bastante cerca como para verlo, los huevos podridos serán lo último que huelas en tu vida.

La tercera cosa que hay que saber sobre los mortícolas es que les encanta el dulce. Cualquier tipo de dulce. Los gofres belgas. Los churros. El pan de plátano. Sin embargo, he descubierto que no hay nada que les guste más que las tartas.

Como dice el refrán: «Allá donde haya una tarta, habrá mortícolas». O algo así.

Mantengo la mirada clavada en el vacío negro azabache del fondo del túnel del metro. Cuento los segundos que transcurren entre cada respiración, le impongo un ritmo firme y tranquilo a mi pulso. Como cabía esperar, no han pasado ni cinco minutos cuando ese hedor inconfundible impregna el aire. Frunzo la nariz, pero, por lo demás, permanezco inmóvil como una piedra.

Y, como un buitre a un cadáver apestoso, llega el mortícola.

CAPÍTULO DOS

Puede que cada mortícola sea único, pero todos nacen de la misma madre de pesadillas.

Algunos merodean por los recovecos más profundos del subsuelo, memorizando los alaridos de sus víctimas siempre que salen a cazar. A través de los conductos de ventilación y de las bocas de las alcantarillas, el inquietante soniquete de sus gritos de caza llega hasta la ciudad, incluso durante el día.

Algunos son cambiaformas, se te cuelan en la mente y te extirpan el rostro de un ser querido para ponérselo ellos. Con esas máscaras robadas se presentan en la puerta de tu casa. Los novatos sonríen por la mirilla como si llegaran tarde a una fiesta. Los listos lloran.

Y luego hay algunos tan letales que se han ganado un nombre propio.

Me tenso cuando una sombra sale deslizándose del túnel del metro. Lo primero que me pone sobre aviso es la corona de cuernos con púas. Luego el torso nervudo y cubierto de pelaje, la columna vertebral nudosa como la de algún tipo de abominación que se libera con violencia de la tumba. Oigo el roce de las garras contra los raíles, como el chirrido del hierro oxidado sobre el acero. Siete a cada lado, colgando de unos brazos musculosos y alargados que se arrastran tras él mientras se acerca.

Al final, el hocico rompe el velo de oscuridad. Husmea. Se crispa. Olfatea el cebo. La mirada de ojos negros como el carbón recorre la estación, en apariencia vacía, antes de detenerse en la perfecta tarta de frutas que tiene a apenas unos metros. Los dientes le brotan de unas mandíbulas inmensas. Hileras e hileras de colmillos como cuchillas, relucientes como perlas bajo la luz.

Es un colmillo nocturno.

Aunque… hay algo raro. Le veo la cabeza demasiado pequeña y las piernas demasiado cortas. Tengo que seguir mirándolo durante unos segundos para darme cuenta de a qué se debe.

Es un cachorro.

Aparte de unos cuantos esbozos teóricos de crías de mortícola en clase, nunca había visto nada parecido en la vida real, y mucho menos

un cachorro. La curiosidad me abrasa por dentro. Me enderezo despacio para no asustarlo. La penumbra hace que sea demasiado difícil verlo bien desde lejos. Me acerco poco a poco. Engulle un bocado tras otro, ajeno a mi presencia, meneando en el aire la cola negra e hirsuta. Cuando rozo con los dedos de los pies la línea amarilla que bordea el andén, se queda paralizado… y yo también. Pasan unos instantes. Los latidos del corazón me retumban en la caja torácica. Luego, la tensión de su cuerpecito se relaja y vuelve a atiborrarse de tarta.

Me acerco un poco más mientras intento memorizar hasta el último detalle de la criatura. Ojalá hubiera podido traerme a Zaza para que lo dibujase, pero, además de la inminente amenaza de que te arranquen la cabeza, colarse en el metro es tan ilegal que mi mejor amiga y yo terminaríamos expulsadas. Desde luego, no es la mejor idea justo antes del examen final que determinará el resto de nuestra vida.

Sé que debería capturarlo. Entregárselo al Sindicato. «En beneficio de todo Manhattan». Entonces me imagino a un grupo de científicos inclinados sobre el cuerpo diseccionado del cachorro, hurgando en su interior, toqueteando los órganos diminutos, y se me revuelve el estómago.

«No tiene nada de malo echarle un vistazo más de cerca», me convenzo. Si intenta atacar, no dudaré en neutralizarlo.

Me agacho hasta sentarme despacio y me arrastro hasta el borde del andén antes de dejarme caer en las vías. El cachorro vuelve a tensarse. Levanta la cabeza de la tarta, tiene el hocico cubierto de glaseado.

Una descarga de familiaridad me recorre todo el cuerpo cuando su mirada de ojos negros y brillantes se cruza con la mía. Me recuerdan a las perlas de tapioca, pero hay algo más.

Permanecemos así unos momentos, manteniendo el contacto visual.

Al final, el cachorro ladea un poco la cabeza. Vacilante, levanto la mano. Se sacude el glaseado del pelaje, igual que un perro mojado, y echa a andar hacia mí. Un recuerdo me aflora de improviso a la superficie de la mente.

Trago con dificultad y lo reprimo.

El cachorro agacha la cabeza. Aturdida, me acuclillo para acariciársela y me coloco el arma en el regazo. Se me ocurre una idea: ¿no seré yo la susurradora de mortícolas?

No, no digo más que tonterías. El hecho de que actúe con docilidad no hace que esta cosa sea menos homicida. Por otra parte, como un cachorro de león que aún no ha aprendido a convertir todo lo que se mueve en comida, el cachorro no muestra ninguno de los comportamientos de un colmillo nocturno adulto. En cierto sentido, es casi… mono.

Algo retumba más adelante. El cachorro agacha las orejas. Se escabulle de vuelta a la seguridad de las sombras con los pelos del cogote erizados y enseñándole los dientes a la impenetrable oscuridad del túnel.

Un gruñido amenazador perfora el aire. Una abrumadora peste a huevos podridos me embiste como si fuera un camión. En un abrir y cerrar de ojos, me yergo del todo y amartillo el arma. En el Prep del Distrito Financiero pasamos años formándonos para esperarnos de todo y cualquier cosa en el campo de batalla.

Sin embargo, nada podría haberme preparado para el descomunal mortícola que emerge como una explosión de entre las sombras.

¡Pum! ¡Pum, pum! ¡Pum!

Las balas le atraviesan el pecho al colmillo nocturno más grande que he visto en mi vida. Cada una de ellas debería convertirse en un disparo mortal de manual. Sin embargo, con un rugido de agonía, la criatura continúa avanzando a toda velocidad. Se eleva en el aire de un salto, con las garras extendidas y gruñendo de furia, y me golpea en el pecho.

Se me rompe la americana. Apenas soy consciente del dolor que me rastrilla la piel. Gimo y me agarro al mortícola para que caiga conmigo, intento girar en el aire para que sea él quien se lleve la peor parte del impacto. Pero quintuplica en tamaño a cualquiera de los oponentes contra los que me he enfrentado en el instituto. La nuca se me resquebraja contra el suelo. Lo veo todo blanco. La sangre me gotea por la nariz y me inunda la boca.

«Ve a por los puntos débiles», les gritaba el entrenador Lee a mis oponentes cada vez que los inmovilizaba contra la colchoneta. La garganta, los ojos, el vientre, entre las costillas si logras llegar al corazón. Las balas N.N. no matan a las personas, pero una de ellas

debería bastar para fundirle un agujero en la piel a un mortícola y desencadenar una explosión diseñada para desintegrarlo desde dentro hacia fuera. Al menos eso es lo que nos dice el Sindicato.

Y el Sindicato nunca miente.

Atrapada bajo las garras del colmillo nocturno, me obligo a hacer que la lucha abandone mi cuerpo. A dejar que mis extremidades se distiendan por completo. Con el sistema saturado de adrenalina, es difícil. Todos mis instintos me gritan que me levante y pelee, pero sé que mis posibilidades son casi nulas.

El mortícola se detiene ante mi repentina quietud. Cuando me da unos golpecitos con el hocico en la cara, percibo con absoluta claridad los amenazadores colmillos desplegados a escasos milímetros de mis globos oculares. Inhalo una lenta bocanada de aire a través de los dientes apretados y le acerco el arma un poquito más al pecho. Puede que solo me quede una bala, pero, estando tan cerca, no necesito más. Si consigo que el olor no me provoque arcadas, puede que incluso salga viva de aquí.

Entonces, retumbando en la distancia, oigo el nítido clac clac de unos zapatos Oxford que se acercan.

Un gruñido amenazador surge de la garganta del mortícola. Me clava las garras en el estómago. Un gemido de dolor se me escapa de entre los labios. Las mandíbulas del colmillo nocturno se cierran sobre el cuello de mi blusa. La saliva gotea por la tela y me empapa la corbata del instituto. El miedo me invade cuando la criatura empieza a arrastrarme hacia lo más profundo de las sombras.

—¡Vuelve a subirte al puñetero andén! —grita a mi espalda una voz con un inconfundible acento inglés.

Suelto un taco para mis adentros. «Roland». De repente, ser devorada por un mortícola ya no me suena tan mal.

Como un nubarrón humano, el *maverick*, el protegido estrella del maestro Sasha, se desliza hacia mí envuelto en una ondeante gabardina negra. La electricidad circula arriba y abajo por la magnífica vara que blande en el puño.

En cuanto Roland le asesta un golpe en las ancas al colmillo nocturno, yo lanzo un codazo hacia atrás y se lo clavo en el hocico. Abre las mandíbulas lo justo para soltar un rugido… y para que yo consiga liberarme de ellas. Me encaramo al andén sentándome y grito:

—¡Tercer raíl!

—No me digas cómo tengo que hacer mi trabajo, buccino insufrible —replica el *maverick* mientras el colmillo nocturno lo examina, dudando solo a causa del amenazador crepitar de su vara eléctrica.

Me muerdo la lengua. Ni siquiera sé lo que es un buccino.

Roland apunta. El colmillo nocturno se alza sobre las patas traseras y se precipita hacia nosotros a la velocidad del rayo. Se me para el corazón. Si consigue salvar el andén, los dos estamos muertos. Ahora que está concentrado en Roland, por fin llega mi oportunidad. Me fijo como objetivo el ojo izquierdo de la bestia, el mejor disparo posible para atravesarle el cráneo.

Aprieto el gatillo.

Con un grito de agonía, el colmillo nocturno cegado se desploma contra el borde del andén, y eso le proporciona a Roland la ocasión perfecta para dispararle un largo rayo de electricidad con la vara. Un extremo le rodea el cuello como un lazo. El otro extremo se conecta con el tercer raíl.

Un calor abrasador erupciona en el túnel del metro. Levanto los brazos para protegerme los ojos de la llamarada de un amarillo infernal. Saltan chispas. Sale humo. Los últimos gritos del mortícola me taladran los oídos, más estruendosos que cualquier tren subterráneo. Me tapo la nariz con la americana. Casi prefiero el olor de las aguas residuales al de la carne quemada.

Y entonces todo se sume en el silencio.

Roland tose y agita una mano para quitarse el persistente humo de delante de la cara.

—Espectacular, eso es lo que ha sido —dice en un tono a todas luces autocomplaciente—. Otro rescate impecable en mi impecable historial.

Se me hinchan las fosas nasales. Como siempre, Roland huele a café. Tiene los ojos azules llorosos e inyectados en sangre. Seguro que se debe a la falta de sueño, pero, personalmente, espero que sea porque ha llorado.

—Si no le hubiera disparado, el colmillo nocturno habría llegado

al andén y nos habría matado a golpes a ambos —le digo.

Inhala con fuerza y se vuelve hacia mí. Baja la mirada desde la capa de sangre que me cubre la barbilla hasta el uniforme roto, y después hasta el inidentificable lodo marrón que me corre por las rodillas. Envaina la vara y, con un tono que rezuma desdén, me espeta:

—¿Cómo dices?

—No puedes llegar…

Me señala la cara con un dedo a modo de advertencia.

—Dadas las circunstancias y la posición en la que te encuentras, yo que tú me andaría con mucho mucho cuidado. Y, ahora, guarda esa pistola robada.

No lo hago. Sé que me va a delatar de todas formas.

—Es prestada, no robada.

—Ah, ¿y también has cogido prestado el código de acceso a la estación?

Aprieto los dientes. Pero, antes de que se me ocurra una réplica ingeniosa, el fajo de papeles que le sobresale a Roland del bolsillo trasero capta mi atención.

—Espera. ¿Eso es…?

—¿El Mapa de Randel? Así es. —Sonríe con suficiencia y lo saca. Estiro los dedos hacia él, pero el *maverick* lo aparta con brusquedad para que no pueda alcanzarlo—. ¡Aleja tus sucias manos de rata de mi Artefacto!

Ahora me toca a mí reírme.

—¿«Tu» Artefacto? Pertenece a los Archivos.

—Como si tú supieras algo de los Archivos.

—Por favor, hasta los caniches de los neoyorquinos saben lo de los Archivos. Al fin y al cabo, los encargados de protegerlos son los eruditos más ilustres del Sindicato.

Se echa a reír.

—¿Esos imbéciles arrogantes? —«Mira quién fue a hablar»—. ¿Sabes siquiera a qué me dedico? ¿Quién soy?

Me encojo de hombros.

—Los eruditos son igual de importantes que los arietes. Necesitáis los Artefactos para luchar contra los mortícolas. Yo no me fiaría de vosotros para custodiarlos, y menos del Sindicato. Muchos de los objetos históricos y culturales más significativos de Nueva York están bajo un mismo techo, si esa clase de poder cayera en las manos equivocadas…, ya sabes cómo va.

—Vaya, pero si estás hecha toda una experta —se burla.

«No —me entran ganas de decirle—. El experto era mi padre». Sin embargo, lo último que necesito es proporcionarle tantos detalles como para que descubra mi identidad.

—¿Me dejas ver el mapa?

—No.

Hago de tripas corazón y esbozo mi sonrisa más angelical.

—¿Porfi?

Enarca una ceja y pregunta:

—¿Por qué iba a dejar que lo vieras?

Con la sonrisa emplastada en la cara, respiro hondo. Los Archiveros preservan los Artefactos bajo seguridad militar, ocultos a la vista del público general, así que hay personas que matarían por tener la oportunidad de ver un Artefacto real. Yo entre ellas. Por supuesto, Roland está al tanto de todo esto, y eso hace que lo que estoy a punto de decir me resulte aún más repugnante.

—Bueno —empiezo despacio. «Piensa en el premio», me digo—. Tengo entendido que los mejores *mavericks*, los más brillantes, son los únicos que tienen autorización para coger el mapa prestado de los Archivos. ¿Es eso cierto?

Lo miro batiendo las pestañas, por si acaso.

Roland muerde el anzuelo como el capullo presuntuoso que es.

—Vale. Te dejo que le eches un vistazo rápido. Pero ni se te

ocurra tocarlo, estás llena de mierda.

—Prefiero considerar que es el alma de la ciudad de Nueva York.

Pone cara de hartazgo y despliega el mapa. Un resplandor suave y etéreo se proyecta hacia arriba y me calienta las mejillas como la luz del sol. Lo miro más de cerca. Una versión condensada y fantasmal del plano basado en cuadrículas que Randel diseñó para Manhattan —el plano original, elaborado casi un siglo antes de que se construyeran siquiera los cimientos de los primeros rascacielos de la ciudad— se extiende a lo largo y ancho del descolorido pergamino. Mientras tanto, el Manhattan actual se alza sobre él en tinta líquida y dorada y divide la ciudad en diez secciones, cada una de ellas un barrio distinto. Harlem corona la ciudad por el norte. Justo debajo, el Upper West Side y el Upper East Side, como las alas de Central Park. Estas son las tres mayores jurisdicciones del Sindicato. A continuación, por debajo de Central Park, se encuentran el Midtown, Chelsea, el Flatiron, el Soho, el Lower East Side y Tribeca, que combinan distritos más pequeños de antes del Desvanecimiento en aras de la unidad, pero sobre todo para ahorrar papeleo… Por último, pero no por ello menos importante, el sur lo ocupa el Distrito Financiero, donde nos encontramos.

El mapa es igual de fabuloso que en mis libros de texto, pero es la primera vez que veo con mis propios ojos los grupos de puntos de color verde oscuro que representan a los vigilantes que recorren la cuadrícula metódicamente, arriba y abajo, en busca de quienes infringen el toque de queda antes de que anochezca… y comience el baño de sangre.

—Es precioso —murmuro.

Roland suspira.

—Puedo usarlo para rastrear a quien quiera, así que supongo que es bastante útil.

—¿Bastante útil? ¿No te das cuenta de lo que…?

—No me aburras. Los *mavericks* como yo controlamos el Artefacto que queramos, no al revés. Tú ni siquiera podrías soñar con lo que yo soy capaz de hacer.

—Eso lo veremos dentro de dos semanas.

Se le escapa un bufido.

—¿En el Torneo? ¿Tú? Rei… —Hace una mueca—, Como-Quiera-Que-Te-Apellides, ¿la próxima *maverick* de Manhattan? No me hagas reír.

No me digno a responder. Aún me arrepiento de que sepa mi nombre de pila. Cometí el error de decirle cuál era antes de conocer la más que lamentable excusa que tiene por personalidad. Él no sabe cuántas tardes he pasado entrenándome en secreto, ni cuántos mortícolas he matado por mi cuenta. Y me gustaría que siguiera siendo así.

Señalo la furiosa X roja que parpadea en la esquina inferior izquierda del mapa.

—Esa soy yo, ¿no?

—Ah, sí, y eso me recuerda por qué me han enviado otra vez a buscarte. —Roland cierra el mapa de golpe y se lo guarda de nuevo en el bolsillo con una sonrisa altiva. Me trago la envidia—. Al parecer, todas estas escapadas subterráneas ilegales tuyas han llamado la atención de uno de los maestros.

—¿El maestro Sasha? —pregunto en un tono un pelín demasiado esperanzado.

Hace una mueca que no soy capaz de descifrar.

—Más quisieras. No, quien ha requerido tu presencia mañana por la tarde en la mansión Upper West Side es… la maestra Minyi.

Empiezo a soltar improperios tan violentos que Roland desenvaina la vara.

—¿Qué pasa? —pregunta, ya en posición de ataque.

—Nada. —Con una fuerte exhalación, le doy la espalda al *maverick* y cojo mi monopatín. Le lanzo una mirada lastimera al cadáver humeante del colmillo nocturno antes de dirigirme cojeando hacia la salida de la estación—. Que ojalá hubieras dejado que el mortícola se me llevara.

CAPÍTULO TRES

Vuelvo a la residencia caminando, con el ánimo por los suelos. El aire exuda un flagrante hedor a café. Un par de vigilantes caminan a buen paso por la acera con otra carretilla. En todas las puertas y en el alféizar de todas las ventanas de las plantas bajas, arrojan paladas de granos de café tostados y de color marrón oscuro como si fuera sal en una carretera helada. Las bestias no soportan el olor… Aunque, si te soy sincera, a estas alturas yo tampoco.

En contra tanto de sus deseos como de los míos, Roland me sigue hasta casa. El repiqueteo de sus zapatos contra los adoquines del Distrito Financiero me resulta insoportable. Siento un escalofrío cuando giramos hacia Wall Street y nos adentramos en las sombras de los siniestros edificios de piedra que bloquean los últimos vestigios de calidez del sol. Me gustaría poder admirarlos a la luz mortecina, pero, desde el Desvanecimiento, los atardeceres no son más que una cuenta atrás, un recordatorio de nuestra vulnerabilidad a la oscuridad y a todo lo que acecha en su interior.

—Inquietante, ¿eh? —se pregunta Roland en voz alta mientras sacude una mano en dirección a Wall Street Plaza.

La Bolsa de Nueva York, con sus imponentes columnas corintias, se cierne sobre ella. Hay once esculturas de marfil enclavadas en el frontón triangular de la parte superior. En el centro aparece una mujer vestida con una túnica ondulante y un gorro alado, rodeada de figuras casi desnudas que trabajan con ahínco: un hombre que mira hacia el otro lado desde detrás del timón de un barco; una mujer que maneja una rueca para hilar lino y lana; otro hombre que sufre bajo el peso del saco que lleva a la espalda. Se supone que representan el «trabajo de los humanos», pero la oscuridad reduce su majestuosidad a la de unos bultos grises indistinguibles.

—¿El qué?

—Caminar por Nueva York cuando está vacía.

No contesto. No es necesario. Tiene razón. Es irreal. Es imposible.

Y todo por culpa de los mortícolas.

Lo primero fue el Desvanecimiento, claro. Una erupción que surgió de debajo de las calles y envolvió la ciudad en una niebla tan impenetrable como el misterio de su causa. Recuerdo los murmullos

angustiados de mis padres, que inundaban nuestro apartamento junto con el zumbido incesante de los reporteros de las noticias de la televisión; recuerdo el confinamiento y las advertencias de que no debíamos arriesgarnos a salir. El miedo a que la niebla no se disipara nunca, a que todo lo que conocíamos se hubiese perdido para siempre. Entonces, siete días después, la niebla desapareció y se llevó con ella a todas las personas que nos había arrebatado. En la superficie, la ciudad no parecía haber cambiado, y ni siquiera el luto por los fallecidos contuvo por completo el alivio de ser libres de nuevo. De respirar aire fresco tras días atrapados en el interior, a veces sin comida ni medicamentos, sin esperanza de que nos rescataran.

Para honrar a los perdidos, las campanas de las iglesias repicaron durante días en incesante y angustiosa solidaridad. Mis padres vestían aún más de negro que de costumbre. Los ramos de flores marchitas se amontonaban en todas las esquinas, saturaban el aire con el aroma empalagoso del dolor y la podredumbre.

Todo el mundo creía que habíamos sobrevivido a lo peor. Que, con el tiempo, la vida volvería a la normalidad.

En realidad, los verdaderos horrores no habían hecho más que empezar.

—¿Has pensado alguna vez en marcharte de este sitio? —Levanto la cabeza de golpe. Al principio, pienso que Roland me está tomando el pelo, pero luego me fijo en que tiene los ojos vidriosos y una expresión pensativa en la cara—. Siempre la misma farsa —murmura como si ni siquiera estuviera a su lado—. La gente finge que todo va bien. Van a trabajar, quedan con los amigos, forman familias. Se aferran a la apariencia de normalidad. Están locos de atar.

—¿Qué quieres que hagan si no? —le pregunto—. ¿Quedarse encerrados en casa muertos de miedo? ¿Ofrecer un sacrificio humano cada vez que haya luna llena para mantener a los mortícolas a raya?

—Tal vez.

Pienso en las historias que me han contado sobre los primeros anocheceres, cuando las únicas pruebas de la brutal carnicería que veían la luz del día eran los charcos de sangre seca que manchaban el cemento y los escasos supervivientes que tenían la suerte de llegar al amanecer con solo la mitad de las extremidades roídas y hechas papilla. Me rodeo con los brazos para contener un escalofrío y aprieto el paso.

—Pero ¿lo harías? —insiste Roland, que me sigue de inmediato—. Marcharte, quiero decir.

Algunas personas se negaron a abandonar la vida que llevaban aquí incluso después de que se confirmaran las primeras matanzas, estaban decididas a esperar a que pasara el peligro. Otras no tenían adonde ir. Pero el resto huyó en masa. Daban por hecho que el Desvanecimiento era un problema exclusivo de Manhattan y que, por ende, también lo eran los monstruos.

Hasta que llegó el baño de sangre de Boston. El de Denver. La masacre de San Francisco, a casi cinco mil kilómetros de distancia.

Entonces, la explosión de una tubería en San Luis llevó al descubrimiento de un nido de mortícolas cuyo origen, gracias a las investigaciones de los expertos, terminó identificándose en Nueva York. En la isla de Manhattan, para ser más concretos. Al final resultó que los mortícolas sí eran problema nuestro.

La noticia llegó a la mañana siguiente. Al principio, cuando mis padres intentaron explicarme la prohibición indefinida de todos los viajes interurbanos, no lo entendí, y no solo por lo pequeña que era. Nadie podía entrar ni salir de Manhattan, sin excepciones.

Era inconcebible.

Pero, si los mortícolas eran capaces de robar rostros y voces, ¿de qué otras formas podían engañarnos? ¿Y cómo iba a darse cuenta la gente antes de que fuera demasiado tarde?

Por supuesto, la prohibición no bastó para contener a las multitudes desesperadas por escapar. Así que el ejército recurrió a las barricadas y, como eso tampoco fue suficiente, el presidente se reunió con los líderes mundiales en una sesión de emergencia retransmitida a nivel internacional. Desde el sofá del salón, sumidos en un silencio impotente, mis padres y yo escuchamos a las autoridades de todo el mundo mientras decidían por unanimidad que no había más remedio que destruir todos los puentes y túneles que salían de Manhattan. Reducir a escombros nuestra conexión física con el mundo exterior.

«Los puentes pueden reconstruirse —dijeron—. Pero las vidas perdidas no pueden renacer».

—Esta es mi ciudad —respondo al fin—. Puede que no siempre nos trate bien, pero es nuestra. Somos neoyorquinos. Siempre encontramos la manera de sobrevivir, cueste lo que cueste.

Se le crispa la boca.

—Yo no soy uno de vosotros.

La sombra de la enorme estatua de George Washington erigida en lo alto de la escalinata del Federal Hall nos engulle. Cruzamos bajo la dura mirada de bronce del primer presidente, callados y tensos. La estatua, con una expresión severa en la cara y vestida con un abrigo ondeante, se eleva sobre la plaza como si representara a un maestro de otro tiempo, con una mano extendida como para lanzar un hechizo.

Es posible que el Desvanecimiento nos haya impuesto la muerte y la desesperación, pero al menos el Sindicato nos ha dado algo —y alguien— en lo que creer.

Nos detenemos ante una entrada de cristal embutida entre una joyería de lujo y un bar de batidos. Llamo al timbre y, demasiado tarde, intento alisarme el uniforme destrozado, roto donde las garras del mortícola me han sajado el pecho. Estoy a punto de caer en la tentación de pedirle a Roland que me preste su abrigo de *maverick* para ocultar lo más evidente, pero me apuesto lo que sea a que preferiría verme electrocutada por el tercer raíl antes que renunciar a él.

La puerta se abre.

—¡Rei Reynolds! ¿Es que no tiene ni una pizca de vergüenza? —brama la decana.

La decana Abigail mide dos metros y su corpulenta figura de señora mayor bloquea la entrada de la residencia como una barricada. Con su blusa y su falda lápiz gris cemento, la verdad es que no costaría confundirla con una. Su mirada de gárgola me perfora desde lo alto, ampliada por las gafas que lleva apoyadas en la ganchuda nariz.

A Roland se le escapa una risita.

La decana fulmina con la mirada al *maverick*.

—Usted —le espeta—, ¿no tendría que estar trabajando?

A él se le hinchan las fosas nasales.

—Señora…

—Déjese de «señoras», joven. ¡Entre, señorita Reynolds!

—¡Sí, decana Abigail!

Agacho la cabeza, con la cara colorada, y paso al vestíbulo mientras la mujer se aleja.

Roland me observa, con los finos labios apretados en una línea aún más fina. Me aclaro la garganta.

—Buen anochecer.

Justo cuando la puerta está a punto de cerrarse, el *maverick* la para con el pie.

—¿En serio? ¿Ni siquiera un puñetero gracias por haberte salvado ese patético culo?

Su tono es tan sarcástico que siento cada palabra como una bofetada. Sobre todo después de esas tonterías introspectivas que le ha dado por soltar antes.

Aprieto los puños. Tengo que recordarme que Roland ostenta el título de *maverick* y que no se lo otorgaron sin más, sino que tuvo que luchar por él durante el Torneo. Como escalafón de mando más alto dentro del Sindicato, junto con la anónima y esquiva Junta Directiva, los maestros de Manhattan —acompañados de sus protegidos, los *mavericks*— constituyen la primera línea de defensa de la ciudad contra la oscuridad. Son nuestros héroes.

Aunque ojalá este no fuera tan capullo.

—¿Por qué quisiste convertirte en *maverick*?

Roland se apoya contra la jamba de la puerta.

—Dinero. Poder. Respeto. Copas gratis en el bar. Etcétera.

Al menos es sincero.

—¿Recuerdas el lema del Sindicato?

Hace una mueca, como si no pudiera creerse que tenga la desfachatez de preguntárselo.

—Por supuesto que sí. «Álzate por encima del resto».

—Mis profesores dicen que tenemos que ser más rápidos. Más fuertes. Más listos. Mejores que el resto de la sociedad solo para tener una oportunidad de que el Sindicato nos elija. —Levanto la barbilla hacia él—. Pero ¿sabes de lo que acabo de darme cuenta? De que la gente solo se alza por dos razones: para servir a los que les admiran o para despreciar a quienes sirven. ¿De qué tipo eres tú?

No hay nada más satisfactorio que ver a Roland ponerse más rojo que un ladrillo.

—Eres desquiciante, una…

—¡Señorita Reynolds! —grita la decana desde la entrada del ascensor.

Disimulo una sonrisa y le dedico una elegante reverencia al *maverick*.

—Me temo que se me ha acabado el tiempo. Mi más sincero agradecimiento por haberme salvado el patético culo.

Todavía está boquiabierto cuando le cierro la puerta en las narices.

—¿Tiene algo que decir en su defensa, señorita? —me pregunta la decana en tono exigente en cuanto se cierran las puertas del ascensor —. ¿Qué hacía correteando por ahí cuando apenas faltan quince minutos para el anochecer? Y, en el nombre de la libertad, ¿qué le ha pasado a su uniforme?

—Estaba haciéndole un recado a mi tía, como de costumbre, señora.

Clavo la mirada en el frente. A mí quince minutos me parecen bastante. Y no necesito que me lo recuerde: me he saltado el toque de queda una sola vez en toda mi vida y, da igual el precio que pague: nada me devolverá lo que perdí aquella noche.

—¿Y ese *maverick*?

—Me topé con él cuando volvía e insistió en acompañarme a casa.

—Qué detalle —masculla la decana.

Internamente, está en guerra. Por un lado, es la responsable de mantener a salvo a todos los alumnos internos, incluida yo. Por otro

lado, las dos sabemos que no le pagan lo suficiente como para tener que andar ocupándose de todas mis mierdas, ni mucho menos. Pero lo más importante es que está indefensa ante la autoridad de mi tía. Al menos, eso es lo que me gustaría que siguiera pensando.

Cuando el ascensor vuelve a emitir un pitido y las puertas se abren, su furia ya se ha reducido a resignación. Me hace un gesto para que salga a la cálida luz del pasillo.

—Doy por sentado que no está teniendo contratiempos con sus preparativos para el examen final.

—No he empezado.

La decana arquea tanto las cejas que casi se le salen de la frente.

—Señorita Reynolds…

—Era una broma, señora.

Exhala.

—Me gustaría que se lo tomara un poco más en serio, señorita Reynolds. ¿Debo recordarle que la única forma de clasificarse para el Torneo es…?

—Sacar la mejor nota —la interrumpo con una voz tan seca como su sentido del humor—. Sí, soy muy consciente, pero gracias de todos modos.

La puerta del fondo del pasillo se abre de par en par. Una chica con una bata salpicada de pintura sale en tropel por ella. El pelo castaño oscuro le cae en ondas por debajo de los hombros y en la mano lleva una taza de café humeante que chapotea con gran peligro. Una huella de pulgar amarilla le mancha la mejilla redonda y con hoyuelos.

—Aquí estás —dice Zaza—. Estaba a punto de empezar a ensayar tu panegírico.

—Por favor, señorita Alvarez —implora la decana sin apenas firmeza—. La seguridad de Rei no es cosa de risa.

Mi mejor amiga se limita a beber de la taza y sonreír.

—Y entrenar a chavales de trece años para matar a monstruos devoradores de carne con varas eléctricas tampoco.

Me tapo la boca con la mano a toda velocidad para reprimir una carcajada horrorizada. La decana se queda completamente atónita.

En ese preciso instante, las campanas del toque de queda se apagan en el exterior. Comienza un ruido nuevo. El de una sirena. Una sirena ululante, desgarradora, que corta el aire como una cuchilla, que se agudiza cada vez más hasta que los cristales de las ventanas de nuestra residencia traquetean en señal de protesta.

—Madre mía —susurra Zaza, aunque asegurándose de que todas lo oigamos—. Solo faltan cinco minutos para el anochecer.

La decana permanece inmóvil un segundo. Después, se pone en movimiento de golpe y nos empuja con suavidad hacia nuestro dormitorio.

—Buenas noches, chicas —gruñe antes de cerrar la puerta con brusquedad.

Cuando Zaza echa la llave, me desplomo contra la pared y me presiono con los dedos el pringue cálido de las heridas.

—Ay.

Mi amiga abre mucho los ojos. Deja la taza, se acerca a toda prisa y me rodea con un brazo para sostenerme. Me dejo caer sobre ella. Huele a loción corporal de pétalos de rosa, a pintura acrílica e, inevitablemente, a café. Es posible que sea el único líquido que la he visto beber en toda mi vida.

—*Dios santo*

1

, Rei. ¿Qué ha pasado esta vez?

—Me ha mutilado un colmillo nocturno —mascullo—. Ayúdame a llegar al alféizar, ¿vale?

Sin una sola pregunta más, mi compañera de piso me lleva casi en volandas hasta la cocina. Arrastrando los pies, dejamos atrás su caballete con el lienzo a medio terminar y el despliegue de tubos de pintura y pinceles que hay sobre la encimera de mármol, entre las cajas de comida para llevar, y llegamos a mi dormitorio.

Los objetos de coleccionista relacionados con los arietes dominan

todos los espacios vacíos. Los hay de todas las formas y tamaños: pósteres de mis maestros y *mavericks* favoritos de todos los tiempos; figuras de acción colocadas como si estuvieran en plena batalla; todas las autobiografías del maestro Sasha —firmadas, con una mirada gélida atravesándome desde cada una de las cubiertas, las páginas desgastadas tras años de ávidas lecturas—; y viejos recortes de periódico que celebran las victorias más importantes de la División Ariete.

Zaza me suelta en la cama justo cuando se detiene el ulular de la sirena. Me arrimo todo lo que puedo a la ventana y me quito la americana. Me ayuda a aflojarme la corbata y a desabrocharme la camisa para dejar al descubierto las marcas que las garras me han abierto en los hombros y el torso. Frunzo la nariz al ver el pus negro que rezuman las heridas.

Los ojos avellanados de Zaza centellean, una nebulosa siempre cambiante de verdes, marrones y azules.

—Ostras. Voy a necesitar unas cuantas muestras. —Sale corriendo de mi habitación, deslizándose en calcetines sobre la madera del suelo —. ¡No te cures demasiado rápido! —me grita desde la puerta.

—Gracias por la abrumadora preocupación —refunfuño antes de desplomarme sobre las almohadas, aunque en realidad no me importa.

A pesar de que nuestros estudios nos han situado en divisiones opuestas dentro del Sindicato —arietes y eruditos—, seguimos opinando lo mismo. Como alumnas, tanto las oportunidades de adquirir y analizar muestras recientes de mortícola como las de cazar a esos monstruos en la vida real son escasas. Sería un desperdicio espectacular no aprovechar la situación. Y Zaza es demasiado inteligente para eso.

El melodioso tintineo de los cristales de la habitación de Zaza llena el silencio mientras apoyo los codos en el alféizar y dejo escapar un suspiro. Me quedo mirando el ardiente reflejo de mi pelo de color rojo rubí en los cristales y acaricio el negro natural que empieza a asomar por las raíces. Me pregunto si esta vez al fin me lo dejaré crecer.

A estas alturas, la noche ennegrece la mayor parte de la habitación. La penumbra me suaviza las líneas afiladas de la mandíbula, pero ahonda las sombras perpetuas que tengo bajo los ojos y que me atormentan desde la infancia. «Son como bolsos son de

diseño, cariño», le gusta bromear a Zaza.

En la pared del fondo, un océano de Polaroids se extiende de esquina a esquina. En la oscuridad, se funden unas con otras, pero me las conozco todas al dedillo. Ahí está mi hermana mayor, Maura, adoptada antes del Desvanecimiento, riéndose en la diminuta cocina de su aún más diminuto nuevo apartamento. Ni siquiera tiene espacio para abrir del todo la puerta del frigorífico, pero no tiene que compartirlo con nadie.

Zaza está en todas partes. Pintando en la cocina, aplicándose pintalabios en el espejo del baño. A mi lado delante del Prep del Distrito Financiero durante el primer y el último día de clase de cada curso, las dos vestidas iguales, con nuestro pulcro uniforme almidonado. De izquierda a derecha, crecemos congeladas en el tiempo. Mientras que la sonrisa de Zaza es deslumbrante incluso en una imagen granulada, la mía se ha ido transformando en una mueca reacia a lo largo de los años.

En cuanto a mis padres…, solo tengo dos fotos que me ha legado mi tía, el resto quedaron reducidas a cenizas en la muerte del anochecer. Torbellinos de humo gris. Un calor insoportable que llegaba en oleadas que ahogaban el aire. Mientras contemplaba el infierno que consumía nuestra casa, pensé que el fuego nos lo había arrebatado todo. Pero eso fue antes de lo que vino después.

Ahora estas fotos son lo único que me queda para recordar a mis padres.

La primera la sacó mi tía y es del día que se casaron. Mi madre lleva un *cheongsam* de encaje rojo adornado con un dragón dorado que le serpentea alrededor de la cintura. Aunque mi padre lleva un esmoquin clásico, la pajarita tiene el mismo estampado de dragón que el vestido de la novia. Como siempre, lleva las gafas ligeramente torcidas.

En la segunda foto, mis padres están en las escaleras de la reconvertida Grand Central Station, en la 42 con Park Avenue, ahora más conocida como la sede central del Sindicato. Su primer día oficial de servicio: mi madre como vigilante y mi padre como conservador jefe de los Archivos. Era profesor de Historia Urbana en la Universidad de Columbia, célebre en todo el mundo por sus investigaciones sobre arqueología contemporánea, así que el Sindicato le pidió que dirigiera la recogida y la conservación de los Artefactos. Por aquel entonces, todavía no existían ni la División de Eruditos ni los Archivos. Sin

embargo, con el gobierno peleándose por averiguar qué leches hacer, y con Manhattan ya al borde de un colapso catastrófico, el Sindicato no tuvo más remedio que dar un paso al frente. Y eso hicieron: contrataron al mejor experto de la ciudad para catalogar y estudiar las capacidades de todos los Artefactos desde el primer día. Mi padre lo consideraba un honor por encima de cualquier otro. Nunca lo había visto tan radiante como el día que le otorgaron el título de conservador jefe, ni siquiera en las fotos de la boda. Al fin y al cabo, la historia había sido su primer amor. Mamá y yo llegamos después.

Desvío la mirada hacia el último cajón del escritorio, donde tengo otra caja de fotos acumulando polvo en la oscuridad. Podría considerarse que es mi caja de los finales. Otro recordatorio de lo que…, de quienes he perdido. No me atrevo a mirar las fotografías que contiene, pero tampoco soportaría tirarlas.

Tal vez sea el estrés residual de mi enfrentamiento con el mortícola, pero, sin que pueda evitarlo, se me empiezan a llenar los ojos de lágrimas. Me enfado conmigo misma.

Llorar no va a salvar a nadie. En realidad, la venganza tampoco, pero al menos me mantendrá ocupada. Así que me obligo a mirar hacia la ventana y a tragarme las lágrimas para dejar de verla borrosa.

Entonces percibo que la ciudad que nunca duerme se torna muy muy oscura.

Las luces eléctricas son las primeras en apagarse. Los semáforos, las farolas. La luz de mi escritorio. La de nuestra residencia. Nos zambullimos de cabeza en las tinieblas. Desde el suelo hacia arriba, planta por planta, todos los edificios se extinguen como una galaxia estrangulada hasta morir.

En el cielo, por el contrario, se produce una explosión de estrellas. Justo al otro lado de la orilla sur de Battery Park, me imagino la Estatua de la Libertad, con su antorcha apuntando al cielo. Todos los anocheceres, como si el aliento agonizante del día les insuflara vida a las llamas latentes, la antorcha estalla en una llamarada de luz ardiente. En lugar de brasas o cenizas, miles de millones de partículas resplandecientes se esparcen sobre Manhattan. Descienden como si cayeran de las propias estrellas hasta que la ciudad entera irradia un deslumbrante desafío.

Lo llamamos polvo de estrellas.

Y, por eso, la Dama de la Libertad no es solo el Artefacto más

grande de la colección, sino el más crucial.

Cojo un frasco vacío de la mesilla de noche y abro la ventana justo cuando Zaza vuelve con un montón de viales de cristal y una pipeta. Mientras se prepara, saco el tarro al exterior y espero a que se llene de polvo de estrellas. No se derretirá como la nieve, tampoco hay que liberarlo como a las luciérnagas. Cuando llegue el amanecer, desaparecerá sin más.

Le pongo la tapa para evitar que las partículas escapen flotando. Tanto la ventana como el tarro iluminan mi habitación con un resplandor suave y etéreo. No dan, ni mucho menos, tanta luz como una bombilla normal, pero, teniendo en cuenta la implacable prohibición de utilizar cualquier dispositivo que encienda un fuego, como los mecheros de gas —sumada a la de los aparatos eléctricos, que además no funcionan pasada la puesta de sol—, un tarro o dos son más que suficientes para poder ver. Aunque no se hubiera prohibido el fuego, todo el mundo sabe lo letales que son los riesgos. Como aprendí la noche que asesinaron a mis padres, los maestros y los *mavericks* no están entrenados para combatir ese tipo de amenaza, y los bomberos que fueron lo bastante abnegados como para intentarlo fueron devorados hace tiempo.

—Túmbate —me dice Zaza.

Comienza el arduo proceso de recoger el pus. Una corriente descarriada arrastra una lengua de polvo de estrellas hasta mi habitación. Hace que la piel broncínea de Zaza resplandezca con una pátina ambarina luminiscente, y la mía, con un brillo melifluo.

Suelto un taco entre dientes. El polvo de estrellas me escuece en las heridas, una sensación parecida a la del alcohol antiséptico. Poco a poco, forma unos coágulos que me provocan un picor insoportable y que no hace más que aumentar a medida que la herida va cubriéndose rápidamente de costras.

Zaza sella el vial medio lleno con un tapón de goma negra y lo acerca a la ventana.

—¿Te irá bien? —pregunta en un tono demasiado despreocupado.

Me levanto la camisa hasta las costillas y me rozo la piel lisa e intacta que hay bajo los pegotes de sangre que quedan.

—Estaré como nueva.

—Me refería al examen final.

—¿Por qué lo dices?

—Solo nos queda un día.

Ahogo una exclamación.

—¿En serio? Se me había olvidado por completo.

—¿Estás segura de que estarás preparada? —insiste.

Me arranco las costras… Asqueroso pero gustoso.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Zaza arquea una ceja.

—Pues no sé. ¿Quizá porque todas las tardes después de clase te has dedicado a cazar monstruos en lugar de a estudiar como todo el mundo?

—Eso es estudiar.

«Más o menos».

—Que el examen de erudito no tenga ningún componente físico no quiere decir que el examen de ariete sea menos exigente desde el punto de vista académico —dice Zaza al instante—. Llevas años trabajando para esto, Rei. Solo te digo que no tires tu futuro por la garganta de un colmillo nocturno. Podrás cazar todos los mortícolas que quieras una vez que te unas al Sindicato.

—Empiezas a hablar como mi tía.

Mi amiga sonríe y agita el vial con delicadeza, a modo de experimento.

—¿Sabes dónde puedo encontrar algún secuenciador de nanoporos por aquí?

Aún no le he contestado cuando, en la calle, un borrón del color de la medianoche perturba la lluvia de oro y levanta remolinos de polvo de estrellas a su paso.

Me pongo en pie de un salto, saco la cabeza por la ventana y aguzo la vista todo lo que puedo. Es tan oscuro que casi me pregunto

si Roland ha decidido venir a atormentarme, pero el *maverick* mide más de metro ochenta y esta cosa es mucho más… minúscula.

—Ay, mi madre —susurro.

—¿Qué? —pregunta Zaza.

El cachorro de colmillo nocturno se detiene, con las orejas erguidas, apenas una mancha sucia en medio de Wall Street. Despacio, levanta la cabeza.

Su mirada se cruza con la mía.

—¿Qué pasa? —repite Zaza.

Con el corazón acelerado, tiro de ella hacia la ventana y señalo la calle con el dedo. Pero para cuando se asoma…

El cachorro ha desaparecido.

CAPÍTULO CUATRO

Torbellinos de humo gris. Un calor insoportable que llega en oleadas que ahogan el aire.

—¡Cógela y vete!

Escozor en los ojos. Manos pequeñas, mejillas suaves.

—Cógela tú…

—Espera. No hables.

Hay algo aquí dentro.

Todo se paraliza.

Ojos como trozos de carbón ardiendo, más negros que el negro recortados contra el naranja ardiente. Buscando. Encontrando.

Estalla un gemido.

Encontrados.

Corazones latiendo a toda máquina.

—¡Que te la lleves, te he dicho!

Las últimas palabras.

Pasos que retumban hacia el exterior.

Dientes como cuchillos. Sangre como sangre.

Con qué facilidad sangran los humanos.

Edificios que pasan volando. Vidrio monocromo, piedra de catacumba.

Todo se detiene.

Están aquí.

—Rei.

Dedos que escarban. El tintineo del metal.

Ojos marrones, ennegrecidos en la noche.

—Ponte esto. Llévalo siempre encima. No te separes nunca de ello. No permitas que te lo quiten jamás. Ahora, corre. ¡CORRE!

Brazos arriba, codos flexionados, dedo en el gatillo.

BANG. BANG.

—¡Corre, Rei!

BANG.

—¡REI!

BANG.

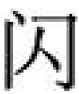
—¡REI! ¡Despierta!

Me despierto sobresaltada, empapada en sudor frío, con el corazón desbocado y las sábanas arrugadas en los puños pegajosos.

—¿Te has muerto o algo? —grita Zaza desde el otro lado de la puerta de mi habitación. Le da otra patada. Bang—. ¡Vamos a llegar tarde!

—Mierda —farfullo mientras me incorporo.

Me tomo un segundo para acariciar el talismán de oro que llevo colgado al cuello y me permito exhalar un tembloroso suspiro de alivio. Es una representación hecha a mano de un carácter de la caligrafía china:



Shân: puede significar «relámpago» o «destello», pero la definición favorita de mamá era «brillar».

Mi estado de ánimo es todo lo contrario a radiante cuando me despego de las sábanas y me tambaleo hacia el armario. Me pongo una falda y levanto el dobladillo para sujetarme la cartuchera al muslo.

«Corre, Rei».

Aún metiendo un brazo en la manga de la americana, salgo al vestíbulo, con la funda de la vara y la bolsa de lona de educación para

el combate colgando del hombro de cualquier manera.

Zaza está apoyada en la puerta abierta. Enarca una ceja perfectamente depilada.

—Uf, ¿te has hecho el nudo de la corbata con los pies o algo así?

—No, con esto de aquí.

Frunzo el ceño y le enseño mis dos dedos corazón.

—Muy madura, Rei. Muy madura.

Corremos hacia los ascensores. Cuando las puertas se abren con un ¡din!, nos encontramos con la sonrisa de un chico de piel marrón y rizos negros y cortos peinados en un *high-top fade*. Al igual que yo, lleva su equipo en una bolsa de lona, aunque se ha colgado la vara a la espalda con una correa de esterilla de yoga reutilizada. Aunque las varas nunca han sido mi arma preferida para matar mortícolas, sobre todo porque no puedo ir con una por la calle cuando se acerca el toque de queda sin levantar un montón de sospechas, eliminan el dilema de quedarse sin munición en medio de una situación de vida o muerte. Y eso, tras los acontecimientos de ayer por la noche, me resulta bastante atractivo.

—Buenos días, señor presidente —lo saludo en mi tono más serio.

—¿Qué hay, Reynolds? —Bomani me tiende el puño. Se lo choco. Se ajusta los gemelos y le lanza un guiño a Zaza—. Buenos días, Alvarez.

Mi mejor amiga se echa el pelo hacia atrás por encima del hombro, la viva imagen de la indiferencia.

—*Ciao*.

Él no hace sino sonreír con más ganas y señalarme con un gesto de la barbilla.

—¿Te lo ha contado Reynolds?

—¿Qué tenía que contarme?

—Que voy a meterle una paliza dentro de un rato.

Zaza ladea la cabeza.

—¿Te refieres a que has vuelto a suplicarle al entrenador Lee que os ponga como compañeros de pelea para «intentar» pegarle una paliza?

—¿Qué quieres que te diga? —Bomani se encoge de hombros con gesto alegre—. Hoy podría ser nuestra última oportunidad de zurrarnos como es debido. Sin repercusiones.

Zaza niega con la cabeza.

—Otra de las razones por las que agradezco tanto no haberme matriculado nunca en educación para el combate.

—¿Tenías más razones?

—Estar sudada todo el tiempo. Que los demás estén todavía más sudados. Y luego —se estremece— tenéis que tocaros entre vosotros estando sudados.

Bomani estalla en una carcajada tan estruendosa y sincera que a Zaza se le ponen coloradas las puntas de las orejas. El chico se enjuga una lágrima en la comisura del ojo.

—Si hace que te sientas mejor, Álvarez, yo me pondría una barra entera de desodorante solo por ti.

Ella aparta la mirada, refunfuñando:

—Y yo me la comería si con eso cerraras esa bocaza que tienes.

—Oooh —digo—. Qué romántico.

Justo cuando Zaza intenta bloquearme contra la pared, las puertas se abren hacia el vestíbulo y una chica rubia y un chico con el pelo de color rosa chicle salen de uno de los ascensores que tenemos a la derecha. La chica lleva la falda diez centímetros más corta de lo que marcan las normas. Pasa junto a Zaza y junto a mí lanzando un resoplido altivo. Sin embargo, le dedica una sonrisa edulcorada a nuestro presidente.

—Buenos días, Bomani.

—Uf, por la libertad —gruñe Zaza en voz baja—. Es demasiado pronto para esto.

Bomani asiente.

—Sharon.

Ella lo mira de arriba abajo mientras Justin sonríe con afectación detrás de ella.

—No queda mucho para el baile de graduación. Me han dicho que todavía no has encontrado pareja.

Bomani no titubea.

—Debo reconocer que ni siquiera he llegado a pedírselo a nadie.

Sharon estira las manos para enderezarle el cuello de la camisa, un gesto que hace que a Zaza casi se le salgan los ojos de las órbitas. «La osadía», me dice moviendo solo los labios. Sharon pasa olímpicamente de nosotras y dice:

—Ah, ¿no? Pues…

—Sharon tampoco tiene pareja todavía —interviene Justin, solícito—. Nadie quiere ir con ella. Y, cuando digo nadie, es nadie. Ni siquiera yo. Así que tendrías…

Una Sharon humillada lo agarra por el cogote y se lo lleva a rastras de allí, sin dejar de bufarle ni un momento mientras salen del vestíbulo.

—¿A ti qué narices te pasa, Justin? Siempre igual, ¡por Dios!

En cuanto está segura de que el dúo no puede oírla, Zaza deja escapar un largo suspiro.

—Ah, ¡el Prep del Distrito Federal! Sin duda, el hogar de algunos de los alumnos más extraordinarios de Manhattan.

Sonrío con ironía. La tasa de admisión en los diez institutos preparatorios de élite establecidos y gestionados por el Sindicato está limitada a cien alumnos por centro y año, a pesar de las decenas de miles de solicitudes. Unas probabilidades nada desdeñables en comparación con las de ganar el Torneo, pero, aun así, despiadadas. Y todo el mundo sabe que hay dos formas de aumentar tus posibilidades: ser el mejor o ser el más rico. El padre de Sharon es el director ejecutivo de un importante conglomerado deportivo. La familia de Justin invirtió en acciones de café en los inicios. Hay decenas de chavales que, como ellos, han comprado su plaza con el dinero de sus padres y se la han robado a alumnos aplicados que se la merecen por derecho. Pero las facturas de estos institutos no se pagan solas y, teniendo en cuenta que disponen de instalaciones de vanguardia en espacios inmobiliarios de primera categoría, no puede decirse que sean baratas. Aunque es una verdad difícil de asumir, es imposible hacer caso omiso de los beneficios: la financiación externa y las generosas «donaciones» se traducen en becas que permiten que alrededor de la mitad de los alumnos accedan a los institutos preparatorios, como Zaza, cuyos resultados en las pruebas de acceso le

valieron una beca completa.

Bomani se da la vuelta y echa a andar hacia atrás, con los brazos abiertos en cruz, sin tropezarse.

—Nuestro último día. ¿Os lo podéis creer? —Aunque las clases no terminan de manera oficial hasta la semana que viene, los alumnos de último curso acaban antes para hacer el examen final. Con una expresión melancólica en la cara, abre la puerta de salida con los hombros—. A lo mejor hasta echo de menos este sitio.

Ni siquiera hemos salido del todo a la acera, cuando una explosión de gritos y luces intermitentes nos tiende una emboscada. Me tapo la cara cuando una tormenta de periodistas se abalanza sobre nosotros; gritan, las voces se superponen, todos claman por nuestra atención. De vez en cuando, Wall Street se llena de manifestantes que condenan la prohibición de viajar, las normas del toque de queda o al propio Sindicato, pero no se parece en nada a esto. Nunca es así. Y las autoridades siempre los han mantenido bajo control. Esta vez no hay nadie que nos proteja, ni siquiera la decana Abigail.

Una periodista con un corte *pixie* le planta un micrófono en la cara a Zaza.

—¿Crees que el Torneo, con los costes que genera, es una manera verdaderamente viable de designar a la siguiente generación de *mavericks* del Sindicato?

—¿Cuántos alumnos suspenden el examen final cada año? —le grita otro reportero a Bomani—. A falta de menos de un día, ¿te sientes bien preparado?

—¡Rei, vamos! Tenemos que largarnos de aquí —exclama Zaza, que me tira de la mano mientras la avalancha nos empuja hacia el interior, asfixiándonos sin prisa pero sin pausa.

Sin embargo, no hay adonde ir y mi amiga ha cometido un grave error.

—¿Rei? ¿Has dicho Rei? —grita alguien que la ha oído—. ¿Rei Reynolds? ¿La actual mejor clasificada del Prep del Distrito Federal?

Y, en un abrir y cerrar de ojos, todos los periodistas se concentran en su nuevo objetivo. Se arremolinan en torno a mí, me atacan con sus preguntas y no hay tregua a la vista.

—¿Cuáles crees que son las consecuencias de obligar a adolescentes en pleno desarrollo y a jóvenes adultos a competir entre ellos con tanto en juego?

—¿Cómo te sientes ante la posibilidad de competir contra Tim Beckett, siete veces campeón de lucha de la Prep League y actual mejor clasificado de tu anterior instituto, el Prep del Upper West Side?

—Dados los riesgos, ¿deseas siquiera competir en el Torneo?

Me empujan y me zarandean como si fuera un trozo de pan arrojado a una bandada de gansos salvajes. Intento mantenerme firme, desorientada ante la masa de lentes de cámaras desalmadas que me apuntan desde todas partes: las luces rojas parpadeantes, los *flashes* blancos e implacables.

—¿Qué se siente al estar en lo más alto? —suelta alguien. Como no respondo, pregunta—: ¿Tus amigos te han tenido envidia alguna vez por ocupar el primer puesto?

Zaza se aferra a mí, escondida a mi espalda. Un hombre calvo y regordete tiene el valor de apartarla de un tirón para meterme el micrófono en la cara.

—¿Qué te hace pensar que tienes lo necesario para ganar?

Le arranco el micrófono de la mano y lo alzo por encima de su cabeza.

—¿Quiere que se lo enseñe?

BANG.

Un disparo perfora el bullicio. La muchedumbre de periodistas se tira al suelo y deja a la vista a un hombre que, vestido con una gabardina de cuero azul noche, se cierne sobre todos ellos. Mantiene la cara gacha y la pistola N.N. apuntando al cielo, pero me basta con atisbar su coleta dorada, las intimidantes cartucheras dobles que le asoman por debajo del abrigo a la altura de los hombros y la cicatriz atroz y arrugada que tiene grabada en el rostro desde la mejilla hasta la barbilla como una sonrisa siniestra, para que el corazón me empiece a latir sin control.

Al final, el hombre levanta la cabeza, con la pistola aún en alto. Pasea sobre los periodistas una mirada frígida de ojos azules que los deja sin palabras y temblorosos. Son los mismos ojos que aparecen en

la cubierta de todas sus autobiografías, esos que llevo venerando tanto tiempo que siento que ya lo conozco.

—Rei —susurra Zaza—, ¿no tienes tu habitación empapelada con pósteres de ese tío?

Le doy una patada en la espinilla.

Todos miran de hito en hito al hombre y luego a su pistola, demasiado aterrorizados como para ser el primero en moverse o hablar. Varios se estremecen cuando se lleva la mano ancha y callosa al bolsillo, aunque solo saca un caramelo con un envoltorio muy colorido. Todo el mundo lo contempla mientras lo abre y se lo mete en la boca.

—¿A qué viene esto? —pregunta mientras chupa el caramelo con todas las palabras teñidas de un acento aún más marcado que cuando lo he oído hablar en la tele.

—Las calles son un espacio público, maestro Sasha —consigue responder el imbécil calvo de antes.

—Ajá. Parece que por aquí hay alguien que se sabe muy bien las reglas, ¿eh? —replica en tono burlón—. Si quiere, le nombro maestro del Distrito Financiero para que, cuando los mortícolas cacen en este «espacio público», puedan disfrutar de muchos humanos deliciosos y crujientes… como usted.

Abre la boca para mostrar el caramelo que se le va disolviendo poco a poco en la lengua. Con una sonrisa macabra y mutilada, lo aplasta entre los molares posteriores.

El silencio es sepulcral.

—¿Y bien? —El bramido hace que los periodistas se dispersen—. ¿A qué están esperando, panda de chismosos?

Hacemos ademán de largarnos, pero, antes de que nos dé tiempo a hacerlo, la mirada del hombre se posa en mí.

—Tú —dice con ese acento bronco.

Entrelazo las manos a la espalda para ocultar lo mucho que me tiemblan. Tengo que estirar el cuello solo para poder mirarlo a los ojos.

—Maestro Sasha. Es un honor…

—Ayer por la tarde. Estación de Rector Street.

Se me revuelve el estómago. «Lo sabe». Sabe que me colé en la estación. Maldigo a Roland. Ese cabrón debe de haberse chivado. El maestro Sasha espera, expectante. Presa del miedo, asiento una vez.

—Y hace tres días —añade—. Y también la semana pasada.

Una sensación de sorpresa me recorre de arriba abajo, seguida de una oleada de humillación. Esas otras veces no me pilló nadie…, o eso fui tan tonta de creer. A pesar de la orden del maestro Sasha, algunos periodistas siguen merodeando por los alrededores para intentar captar la conversación. Me arde la cara. ¿Estoy a punto de quedar en evidencia delante de todos ellos?

CAPÍTULO CINCO

Estoy mirando por la ventana del aula con expresión de perplejidad, con las manos unidas por las puntas de los dedos debajo de la barbilla. Mucho más abajo —veintiún pisos más abajo, para ser exacta—, cientos de barcos navegan por las agitadas olas grises del río Hudson dejando tras de sí estelas de espuma blanca. Los cascos de acero de los navíos surcan las aguas que rodean la Estatua de la Libertad como si fueran tiburones. Todos se apresuran a atracar y descargar enormes contenedores de mercancías importadas en los enormes complejos de hormigón que atestan Battery Park. Gracias a la ayuda humanitaria mundial —o a la lástima mundial, como nos gusta llamarla—, hemos tenido la suerte de evitar carestías graves de alimentos o medicamentos. Y, aunque el gobierno se niega a aceptar tropas del exterior, no tiene tantos reparos en recibir envíos de carísimos dispositivos tecnológicos y armas que ayuden al Sindicato a combatir nuestra plaga. Hoy en día, con el alambre de espino y los vigilantes que patrullan desde el amanecer hasta el anochecer los accesos en los que los camioneros recogen todas las entregas para distribuirlas, cualquiera podría confundir el espacio verde con una prisión de máxima seguridad.

—¿… respuesta de la pregunta treinta y tres? —pregunta la señora Livingstone con la vista clavada en la hoja de repaso. Cuando lo único que sigue a sus palabras es el murmullo incómodo de los alumnos que desvían la mirada hacia otro sitio, suspira—. ¿Rei?

Sin apartar la vista de la Dama de la Libertad en todo su oxidado esplendor azul verdoso, recito:

—El objetivo del fármaco zircadiazicazina, más conocido como Triple-Z, es activar de manera artificial el núcleo preóptico ventrolateral para que libere a gran velocidad neurotransmisores que inhiben de golpe las hormonas que propician la vigilia, como la norepinefrina, la histamina y la serotonina. —Por el rabillo del ojo, veo que Sharon pone cara de hastío—. Eso permite que los arietes sobre el terreno permanezcan inconscientes durante períodos de tiempo precisos y controlados a distancia sin apenas riesgo de sufrir daños neuronales.

—Bien dicho, Rei, gracias. —La señora Livingstone se ajusta las gafas destellantes y se queda callada un segundo—. Sharon, quizá si pasaras menos tiempo poniendo los ojos en blanco y más leyendo tu libro de texto, tú también habrías sabido la respuesta.

Se oyen risitas en la clase. Un rubor rojo intenso se extiende por las mejillas de Sharon. En cuanto la señora Livingstone le da la espalda, la chica me lanza una mirada tan fulminante que bastaría para amedrentar a un mortícola.

Ni siquiera soy capaz de devolvérsela. Estoy cansada del instituto, ansiosa por que lleguen el examen final y el Torneo, harta de las pesadillas recurrentes. Además, tampoco consigo quitarme de encima el miedo a que el maestro Sasha aparezca en cualquier momento y me arreste.

«No está mal», me ha dicho. ¿Qué diablos significa eso? No sé si sentirme profundamente ofendida o si tomármelo como el mejor cumplido que me han hecho en la vida. Para empeorar aún más las cosas, la sensación de fatalidad que tengo en el estómago aumenta cada vez que pienso en mi inminente visita a la mansión de esta tarde.

Todas las clases son cortas, duran la mitad de lo habitual para permitir que los alumnos de último curso salgan antes, se prepararen para el examen y descansen. Aun así, parece que la última hora tarda una eternidad en llegar.

Y, Dios, qué ganas tengo de una buena pelea.

Cojo la vara y la bolsa de lona de la taquilla y bajo al gimnasio. Hasta que estoy a punto de entrar, no me doy cuenta de que me he olvidado de dejar la pistola guardada en la taquilla. Ya llego tarde, así que la meto en la funda de la vara. Ni siquiera la licencia para portar armas servirá de nada si me pillan con un arma de fuego en el instituto, sobre todo teniendo en cuenta que es «prestada».

Ya hay alrededor de una decena de alumnos alineados junto a la pared, estirando o haciendo ejercicios de calentamiento. Veo que Bomani está charlando con el entrenador Lee. Cuando paso a su lado, me sonríe y se golpea la palma de una mano con el puño de la otra. Niego con la cabeza y corro hacia el vestuario con una sonrisilla malévola en la cara.

Veo que hay otra chica cambiándose cuando lanzo mis cosas hacia uno de los largos bancos de madera. Se sube la tela del exotraje por las piernas oscuras y esbeltas y mete los brazos en las mangas. Con una mano, busca la cremallera de la espalda.

—¿Necesitas ayuda, Anika? —pregunto.

La chica se vuelve, con una sonrisa radiante.

—¡Rei! Me preocupaba mucho que no fueras a venir. Una pena que no seamos pareja de lucha, ¿eh?

—Es culpa de Bomani —le digo mientras le subo la cremallera, tal como he hecho desde nuestro primer día juntas en educación para el combate.

En realidad, ninguna de las dos necesitamos ya ayuda, pero entonces sí que era indispensable. Ahora es una tradición.

Hurgo en mi bolsa de lona en busca de mi equipo. Nuestros exotrajes son un cruce entre el neopreno de un submarinista y una elegante armadura de combate sacada directamente de una película ciberpunk. Constituyen una réplica casi idéntica a la de verdad del arma más crucial para la supervivencia de un ariete. Al menos por fuera. Lo que les falta son los detalles de primera calidad: el tejido autocurativo, el camuflaje, la propulsión de salto y, lo más importante de todo, el complejo sistema interno que aprovecha la energía cinética del ariete para multiplicar su fuerza y su velocidad por diez. Aun así, son mucho mejores que la camiseta amorfa y los pantalones cortos hasta la rodilla que solemos llevar.

Mientras me quito la falda, Anika me mira el muslo de reojo. Como si fuera a volver a cometer el error de llevar puesta la funda del arma delante de ella. La primera vez dejó pasar la oportunidad de denunciarme, y tengo la sensación de que se arrepiente de no haberlo hecho.

Cuando se acerca a subirme la cremallera, Anika dice:

—¿Te acuerdas de cuando te pareció que sería divertido meter la cabeza en uno de los agujeros de las piernas y te quedaste atascada?

—Tuviste que ir a buscar al entrenador Lee para que llamara a los bomberos y me sacaran.

Se echa a reír.

—¿Cuánto tiempo te tuvo castigada? ¿Un mes?

—¡Un semestre entero!

Anika coge su vara y me da unas palmaditas en el hombro.

—Es verdad. Oye, más nos vale mover el culo y volver al gimnasio antes de que el entrenador se cabree, pero quería darte las

gracias.

La miro sin entenderla.

—¿Por qué?

Sus suaves ojos marrones son todo inocencia.

—Por motivarme a trabajar más, a superar a los demás y todo eso. Siempre me has motivado para ser lo mejor que este instituto puede ofrecer.

Esbozo una sonrisa rígida. Le tiendo la mano.

—Mucha suerte en el examen final, Ani.

De una forma que podría interpretarse como un feroz afecto fraternal, Anika me aplasta los dedos con un férreo apretón.

—Gracias, Rei. Significa mucho para mí. Sobre todo viniendo de ti.

—¡Maharaj! ¡Reynolds! —brama una voz al otro lado de la puerta —. ¿Os estáis preparando para una clase o para un concurso de belleza ahí dentro?

Anika sale corriendo. Yo cojo la funda de mi vara —con pistola y todo, me doy cuenta demasiado tarde— y corro tras ella.

En cuanto salgo del vestuario, un hedor familiar me invade las fosas nasales. Me detengo en seco. Ante nosotras se halla el entrenador Lee, con su polo XXL del Distrito Financiero con cremallera hasta el pecho y el forro polar azul noche tenso sobre los abultados pectorales. Y, a sus pies, una masa de carne negra y nudosa se retuerce sobre el brillante suelo.

Un mortícola.

—Un detalle por tu parte unirte a nosotros —ladra el entrenador —. Ponte en la fila.

Me muerdo la lengua y me coloco a toda prisa entre Anika y Bomani. Al igual que todos los demás, son incapaces de dejar de mirar boquiabiertos a la criatura inmovilizada con gruesas correas de cuero. Tanto de la mandíbula superior como de la inferior sobresalen dos pares de colmillos de ébano. Cuatro ojos con los párpados encapotados languidecen a causa de la sedación. Su poderosa cola de metro y

medio se arrastra por el suelo con movimientos perezosos. Tan poderosa como para reventar cráneos como un matamoscas para humanos. A diferencia del cachorro mortícola que vi en el metro, este carece de pelo y está arrugado, es como una rata topo desnuda bañada en alquitrán negro.

—Felicidades por llegar a vuestra última clase de educación para el combate —dice el entrenador Lee—. Hoy tenemos una invitada especial. Por favor, dadle vuestra más calurosa bienvenida a la agente Storm.

Dos hombres con traje negro abren la puerta principal del gimnasio. Un clac, clac de tacones resuena en el silencio. Una mujer esbelta, con unos tacones de aguja de trece centímetros, la franquea; las luces fluorescentes del techo se reflejan en sus elegantes gafas de sol negras. Una melena lisa, rubia platino y cortada a lo *bob*, le enmarca las afiladas facciones de la cara y se ondula como el mercurio cada vez que la mujer se mueve. Lleva los labios pintados de color rojo sangre y unas uñas inmaculadas a juego. Va vestida de blanco de pies a cabeza, con una americana impecable y una falda lápiz que se le ciñe a todas las curvas. Por debajo de la falda, a partir de la rodilla izquierda, asoma un elegante miembro biónico, todo plata lisa y titanio brillante.

Me quedo sin aliento. A pesar de llevar puesta nuestra réplica del exotraje, a su lado parecemos ratas callejeras desaliñadas.

—Buenos días, alumnos de último año —nos saluda con una voz tan perfectamente refinada como su aspecto. Aunque las gafas de sol impiden que le vea los ojos, siento que su mirada nos sopesa uno a uno—. En representación del Sindicato, hoy observaré vuestra última clase de educación para el combate.

Mis compañeros se yerguen a mi alrededor, se cuadran de hombros. A mí se me acelera el pulso.

«En representación del Sindicato».

El Sindicato ha enviado a una ariete para que haga de ojeadora durante nuestra clase. Mejor dicho, a una agente. En comparación con los otros tres tipos de arietes —maestros, *mavericks* y vigilantes—, casi nadie habla de los agentes porque nadie sabe cómo convertirse en uno de ellos. El proceso nunca se ha hecho público, así que sabemos menos de los agentes que de la anónima Junta Directiva.

Primero el maestro Sasha y ahora esto. Me obligo a respirar

hondo. Por descontado, el mortícola atado que tengo a escasos centímetros debe de ser una especie de prueba. Miro de soslayo a mis compañeros, me fijo en el brillo febril que les inunda los ojos, en las oleadas de expectación que brotan de sus cuerpos. Anika está a punto de ponerse a dar saltos. Al igual que todos los demás, una parte de mí sabe que me estamparía de cara contra una pared si esta mujer me lo pidiera. Pero el recuerdo del dolor palpitante de las heridas de ayer hace que se me encoja el estómago.

Tengo que mantener la cabeza fría.

La agente Storm hace un gesto en dirección al mortícola.

—¿Alguien sabe decirme los tres métodos para incapacitar a un mortícola en orden de viabilidad?

Todas las manos se levantan de golpe. La agente Storm señala. Un chico llamado Pete Figley hincha el pecho mientras los demás nos morimos de envidia.

—Combustión, es decir, dispararles con balas de nitro-nova. Después electrocución y, por último, desmembramiento completo.

La mujer asiente.

—Muy bien.

Se acerca a Pete dando grandes zancadas, le coge la mano y le coloca algo pequeño y rojo en la palma.

Luego, levanta la pierna biónica y le pega una patada al mortícola.

Un tremendo grito brota del agujero de la boca de la bestia. Las correas que le sujetan el cuerpo tiemblan. Corcovea hasta levantarse. De repente, las ataduras se parten por la mitad como si fueran de cartón.

Se acabaron las peleas de entrenamiento.

Desenvaino mi vara. En cuanto rodeo con los dedos el mango calorífugo, el arma cobra vida con un zumbido. La electricidad crepita por todo el gimnasio cuando mis compañeros activan sus respectivas varas. Nos lanzamos a la acción, formando tres semicírculos concéntricos ante el mortícola, tal como llevamos todo el año practicando. Los puestos de primera línea son para quienes lleguen

primero, así que termino en medio de la última fila con Bomani y otros dos alumnos.

Aunque con torpeza al principio, el mortícola se sacude enseguida los efectos residuales de la sedación y carga directamente contra un Pete con los ojos desorbitados.

Los más cercanos a Pete son los gemelos Nguyen, Fiona y Khan. Fiona tira de Pete hacia atrás mientras Khan agita su vara en zigzag sobre la fea cabeza del monstruo. El movimiento desencadena una concentración de electricidad en el extremo de la vara. Con una sonrisa confiada y arrogante, Khan lanza su arma hacia delante con todas sus fuerzas. Sin embargo, en el último segundo, el mortícola salta y se eleva en el aire. La vara le roza el vientre e impacta con gran estrépito en el extremo opuesto del gimnasio.

La agente Storm evalúa la situación con la cabeza ladeada. Khan traga saliva.

Pete por fin abre el puño y se fija en el objeto que tiene en la palma. Una mezcla de confusión e incredulidad se le dibuja en el rostro.

—¿Qué co…? ¿Una piruleta?

El monstruo se vuelve de golpe hacia él.

«A los mortícolas les encantan los dulces».

Pete se deja arrastrar por el pánico y le mete la piruleta en la mano a una Fiona más que desconcertada. El mortícola resopla y se abalanza hacia ella con las fauces abiertas de par en par. Khan grita cuando un colmillo atraviesa la carne y el hueso y le perfora el antebrazo a su hermana. Fiona consigue clavarle la vara en el estómago al mortícola, que la suelta con un gruñido irritado.

Cuando el monstruo fustiga el aire con la cola, solo tres alumnos nos agachamos a tiempo. Con la velocidad y la fuerza de un tren en marcha, aplasta a todos los demás contra el suelo.

Anika, Bomani y yo atacamos a la bestia desde atrás para obligarla a cargar contra nosotros en lugar de contra nuestros compañeros caídos. Bomani consigue cortarle un trozo de cola. Anika coge carrerilla, se le encarama al lomo de un salto y le asesta una puñalada antes de que el mortícola se la quite de encima corcoveando. La sangre marrón y asquerosa salpica el suelo del gimnasio, pero la

bestia se niega a morir.

—Agrupaos —grito.

Nos juntamos, cruzamos nuestras respectivas varas en lo alto y las movemos trazando un arco perfectamente sincronizado. Los cordeles de relámpago giran en espiral hasta formar un único rayo. No hay vacilación ni incertidumbre en nuestros movimientos, tenemos la coreografía grabada a fuego en los músculos tras miles de horas de entrenamiento.

Como uno solo, los tres lanzamos nuestra arma hacia arriba. El rayo le torpedea la cara al mortícola y lo envuelve en una bola de fuego. La explosión nos hace retroceder tambaleándonos. Una nube de humo negro como el carbón y una vaharada de olor a carne chamuscada nos rodean.

—Buen trabajo —resuella Bomani.

Las tres varas chisporrotean por última vez antes de apagarse, se les ha agotado la energía.

Desde lejos, la agente Storm y los dos hombres trajeados que la acompañan siguen observándonos. No hablan, ni mucho menos nos felicitan. Se limitan a esperar.

Al final, cuando el humo se ha reducido a un velo gris, Bomani se acerca al mortícola para verlo más de cerca. Anika lo sigue mientras yo evalúo la situación de los heridos. Algunos alumnos gimen mientras se sujetan las costillas fracturadas y las muñecas torcidas. El entrenador Lee le pide a Khan que acompañe a la enfermería a una Fiona con la cara del color de la ceniza, pero todo el mundo sobrevivirá para ver un día más.

Mientras recojo la funda del suelo para guardar mi vara descargada, capto un espasmo de movimiento a través del humo que se despeja.

Cuatro ojos negros se abren de golpe. Llenos de paranoia. Desesperación.

—¡Entrenador, cuidado! —grita Anika cuando el mortícola se levanta dando tumbos y lanza una última embestida.

BANG.

El monstruo se tambalea hacia un lado. Da una zancada más hacia el entrenador. Y entonces, con un repugnante chapoteo, se desploma contra el suelo.

Me quedo paralizada con el arma en alto y observo cómo la bala N.N. le derrite el pecho hasta convertirlo en un cráter pegajoso y supurante.

Tardo demasiado tiempo en darme cuenta de que todo el mundo me está mirando… O más bien está mirando la pistola que tengo en la mano.

Incluida la agente Storm.

«Mierda».

Si la agente Storm informa al director, dará igual que le haya salvado la vida al entrenador Lee. No podré presentarme al examen final, no podré competir en el Torneo y, desde luego, jamás me convertiré en *maverick*. Todo aquello por lo que he trabajado, todas las promesas que les hice a mis padres, se me transformarán en polvo entre los dedos. Mi carrera habrá terminado incluso antes de empezar.

¿Cómo he podido ser tan descuidada?

La agente Storm se quita las gafas de sol y muestra unos ojos negros por completo, sin nada de blanco. Me invade una extraña y abrumadora sensación de *déjà vu*.

—¿Quién eres? —me pregunta.

—Rei —contesto con el corazón martilleándome en el pecho. Le escudriño el rostro mientras intento ubicarla en mi memoria—. Rei Reynolds.

—Entiendo. —Se vuelve a poner las gafas de sol y se dirige a toda la clase—: Como parte de la evaluación de hoy, espero de todos vosotros confidencialidad absoluta sobre los acontecimientos precedentes. Eso es todo, alumnos de último curso. Buena suerte en el examen final.

Sus dos perros la siguen cuando sale por la puerta y se marchan sin haber hecho ni un ruido.

La observo mientras se aleja, sin saber si vomitar de alivio o simplemente… vomitar. Anika espera a que el clac, clac de los tacones

de aguja de la agente Storm desaparezca antes de hablar. Ni siquiera me ha mirado desde que la mujer se ha ido.

—Entrenador, creo que tienes algo pegado a la espalda.

Al cabo de un momento, el entrenador estira la mano hacia atrás. Se arranca la cinta adhesiva que sujetaba una segunda piruleta roja. Se queda mirándola un momento antes de arrastrar la mirada hasta el cadáver humeante del mortícola.

En todos los años que llevamos en el Prep del Distrito Federal, no creo que ninguno de nosotros hubiera oído hablar al entrenador a un volumen normal. Pero, cuando por fin encuentra su voz, apenas alcanzamos a oírlo.

—La clase ha acabado.

CAPÍTULO SEIS

A través de la ventana del laboratorio de biología, veo a Zaza sentada a la mesa más cercana a la parte delantera del aula. Mientras todos los demás se afanan por terminar su trabajo a tiempo, ella ya ha recogido sus cosas y está lista para marcharse. En cuanto suena el timbre, sale pitando del laboratorio, me agarra del codo con una sonrisa y me lleva a toda prisa hacia los ascensores para evitar las aglomeraciones. Bajamos los veintiún pisos hasta la calle y salimos a la luz del sol. Los alumnos de último curso se desparraman por la acera a nuestro alrededor, se chillan unos a otros como animales recién liberados de su cautiverio.

Hay una limusina negra aparcada junto al bordillo. El chófer se baja y me abre la puerta del pasajero. Se le fruncen las comisuras de los pícaros ojos castaños y una atractiva sonrisa le ilumina el rostro ajado. Lleva el pelo muy bien peinado hacia atrás, negro como el azabache y con algunos mechones plateados.

—Señorita Reynolds.

—Hola, Declan —digo.

La sonrisa que le dedico al hombre es genuina. Bajo el meticuloso uniforme y los modales puntillosos, esconde un corazón de oro. Es el encargado de llevar a la familia de mi tía de un lado a otro incluso desde antes del Desvanecimiento. Cuando tenía seis años, le prendí fuego a sus pantalones. Desde entonces, somos uña y carne. A lo largo de los años me ha sacado de mierdas bastante gordas y, a cambio, nunca he vuelto a prenderle fuego a sus pantalones (a propósito).

Declan coge mis cosas. Todavía no he subido al coche cuando Zaza exclama:

—¡Espera! —Rebusca en su bolso y saca una cámara Polaroid—. Casi se me olvida. —Le lanza la cámara a Declan y tira de mí hacia la parte delantera de la limusina—. Venga, súbete al capó.

—¿Al capó?

—¡Sí, al capó! ¡Rápido!

Riéndonos como tontas, abandonamos las mochilas en la acera y trepamos a la parte delantera del coche. Ahora, el reluciente capó negro está lleno de huellas dactilares. Declan esboza una mueca de

dolor cuando el coche cruje ligeramente bajo el peso de ambas, pero tiene la delicadeza de mantener la boca cerrada.

Alargo la mano para alisarle los mechones encrespados a Zaza y ella me ayuda a bajarme la falda para que no le enseñe nada a la cámara por accidente.

—Sonríe, Rei —me ordena Zaza sin siquiera mirarme—. Nuestro último día de instituto se merece tus hoyuelos. —Obedezco. Mi amiga se pone de lado y se tumba sobre el coche, con la cadera proyectada hacia arriba y la barbilla apoyada en una mano—. Muy bien, Declan, estoy preparada para mi primer plano.

Clic. Un cuadrado blanco de película sin revelar sale de la cámara con un zumbido. Declan sonríe.

—Son maravillosos estos aparatitos. Debería comprarle uno a Antonio.

—¿No queda poco para vuestro aniversario de boda?

—Mañana faltarán justo dos semanas —responde—. Es muy bonito que se haya acordado. Será el vigésimo.

Zaza suspira.

—Qué romántico. Rei debería felicitaros durante la retransmisión del Torneo.

Declan se ríe entre dientes y saca otra foto.

—Le agradezco la idea, señorita Alvarez, pero me temo que resultaría terriblemente embarazoso para todas las partes implicadas.

Mi sonrisa se esfuma. Bajo del capó de un salto.

—Y eso suponiendo que me clasifique para el Torneo.

Zaza frunce el ceño y se desliza hasta el suelo.

—Pues claro que vas a clasificarte, cariño. Te lo mereces más que nadie. —Habla con mucha seguridad, sin el menor ápice de duda. Después de darme un fuerte abrazo, me empuja hacia la portezuela del coche, que sigue abierta—. Nos vemos mañana temprano.

Declan se incorpora al tráfico de la calle. Bajo la ventanilla tintada de negro para lanzarle un beso a Zaza.

—¡Buena suerte en la mansión! —me grita mientras se despide con la mano.

Me desplomo sobre el respaldo de cuero del asiento. Si la suerte pudiera salvarme, me compraría una herradura y me la colgaría de la frente.

El coche gira hacia Trinity Place, en dirección norte. Apoyo la mejilla contra el cristal y observo pasar la ciudad. Magníficos edificios Beaux Arts se acurrucan entre modernos y elegantes rascacielos de oficinas, mientras que batiburrillos de opulentas fachadas de piedra se entremezclan con intimidantes fortalezas de cristal y acero. Las agujas blancas como el hueso del Oculus del World Trade Center se alzan como la cola de una ballena entre el mar de gente que se arremolina a su alrededor, y la torre perfora el cielo como un arpón de titanio. Justo a su lado, un llamativo grafiti cubre la totalidad de un achaparrado museo de ladrillo. Estos edificios no deberían encajar unos con otros, y mucho menos complementarse, pero me cuesta imaginar la ciudad sin ellos. Así es Manhattan: han cambiado muchísimas cosas, pero de alguna manera siempre conseguimos encontrar la armonía en el caos.

Declan desvía el coche hacia la derecha para incorporarse a la autovía de West Street.

—Bueno —dice alzando la voz por encima del rugido del viento de mi ventanilla aún abierta—. ¿Cómo le fue…?

¡ÑIIIIII!

Pega un frenazo. Salgo catapultada hacia delante. El cinturón de seguridad da una sacudida y se me clava a fondo en el pecho.

Delante de nosotros, un joven montado en una bicicleta azul desvencijada se salta el semáforo en rojo.

¡PIIIIII!

El chico roza el parachoques de la limusina y, cuando se gira, el viento le agita el pelo castaño grisáceo. Entorna los llamativos ojos verdes para lanzar una mirada asesina hacia la parte delantera del coche. El corazón me da un vuelco.

Al principio, solo puedo devolverle la mirada con incredulidad.

—¿Ese es…? —comienza Declan.

Es él.

Es ese hijo de puta.

Kieran Cross nos mira durante un segundo más, ahora sin ningún tipo de emoción en el rostro, y mucho menos arrepentimiento. Luego, se aleja pedaleando, veloz como una golondrina, serpenteando entre el tráfico.

Declan cierra la puerta automáticamente antes de que salga disparada del coche para darle caza en plena autopista.

—No sea imprudente, señorita Reynolds.

—¿Yo? ¡El que iba en bicicleta en dirección contraria a sesenta y cinco kilómetros por hora era él! ¡Y sin casco!

Un enorme camión blanco se interpone en mi campo de visión sin ningún tipo de delicadeza. Estiro el cuello todo lo que puedo, pero la bici ya ha desaparecido.

Declan suspira y sigue conduciendo.

—Estaban hechos el uno para el otro.

Me tenso y me hundo en el asiento. Cierro los ojos e intento pensar en algo. En cualquier cosa que no sea él.

Ha pasado más de un año desde el día que me dio la espalda, pero, por más que desee incinerar todos mis recuerdos sobre él —sobre nosotros—, se niegan a desaparecer.

—Señorita Reynolds, por favor, absténgase de destrozar su cinturón de seguridad. —Declan me mira fatal a través del retrovisor—. Tienen que traerme las piezas del extranjero.

El cinturón de seguridad que estaba intentando estrangular sin saberlo se escabulle de entre mis manos.

—El destino parece encontrar la manera de meter las narices donde y cuando menos se desea que lo haga —reflexiona Declan—. Quizá sea una señal de que ustedes dos tendrían que re…

Con un dejo de desesperación, lo interrumpo:

—Oye, ¿has oído hablar de alguien que trabaje para el Sindicato y que responda al nombre de Storm? ¿Agente Storm?

Declan vacila.

—Creo que no. —Parece que la brusquedad del cambio de tema le molesta un poco, pero no por eso deja de estar intrigado—. ¿Por qué?

—Se ha presentado hoy en nuestra clase de educación para el combate. Para hacer de ojeadora, por lo visto. A saber cómo, se había hecho con un mortícola y nos lo ha traído para que nos lo cargáramos.

—Entiendo. —Declan se queda callado—. Eso no suena muy… legal.

Me encojo de hombros y apoyo la barbilla en una mano.

—¿Quién sabe? Tengo la impresión de que últimamente las reglas no paran de cambiar. Los mortícolas también están cambiando. Siempre han sido difíciles de matar, pero de un tiempo para acá… —Me interrumpo y arqueo una ceja mientras le lanzo a Declan mi mirada más analítica—. Todo está raro. ¿Sabes algo al respecto?

Cuando percibo el titubeo de la expresión del chófer, sé que he dado en el clavo.

—Quizá.

Ahora le dedico mi mejor mirada de ojos de cachorro.

—Declan…

Aparta la vista del retrovisor y levanta la nariz.

—Sabe más que de sobra que, posea o no información reciente relacionada con los mortícolas, he jurado guardar el secreto y no puedo divulgarla.

—O sea que sí.

Cambia de carril para coger la salida de la 79 Oeste. Pasamos por debajo de un poste con tres carteles: MUSEO NACIONAL DE HISTORIA NATURAL, MUSEO METRPOLITANO DE ARTE y, por último, MANSIÓN UPPERT WEST SIDE. Todos apuntan en la misma dirección.

—Si de verdad quiere respuestas —dice al final Declan—, solo hay una persona a la que pueda hacerle las preguntas.

Se me contrae el estómago. Tiene razón, por supuesto.

—Sí, pero ¿de verdad crees que me las dará?

Un silencio.

—Supongo que no.

No tardamos en enfilar Broadway para llegar al centro. Por encima de los grupos de taxis amarillos que pululan de un carril a otro, en la esquina de la calle 74 se alza un altísimo palacete de diecisiete pisos. Sus balcones con balaustradas y sus elegantes remolinos de metal se envuelven alrededor de la fachada de piedra caliza erosionada. Los rayos del sol se reflejan en el tejado de mansarda de estilo parisino, en los enormes ventanales, en los imponentes y esplendorosos torreones turquesa que antaño albergaron a distinguidos artistas y celebridades, antes de que el Sindicato convirtiera la residencia en su mayor sede para miembros de la parte alta de la ciudad.

—Ya hemos llegado —anuncia Declan cuando la limusina se detiene ante la entrada.

Un par de guardias vestidos de uniforme esperan nuestra llegada. Uno de ellos se acerca al coche y me abre la puerta.

—Bienvenida a casa, señorita Reynolds.

Con las mochilas y la vara echadas al hombro, paso por debajo del toldo verde bosque y me aliso los pliegues de la falda. El segundo guardia me acompaña al interior, hasta el control de seguridad. Una vez que me autorizan a entrar con mis armas y mis bolsas, me dirijo a la zona de los ascensores, donde ya hay tres personas esperando al siguiente. La primera lleva la bata de laboratorio de los eruditos con su nombre y las palabras técnica bioquímica bordadas debajo. La misma especialidad en la que Zaza aspira a conseguir un trabajo. La técnica bioquímica pulsa el botón de la sexta planta, donde se encuentran la mayoría de los laboratorios de investigación. Los dos eruditos restantes no podrían ir vestidos de una forma más distinta: con un chaleco blindado de color rojo amapola y una visera de bronce reluciente ocultándoles el rostro. Ambos llevan un maletín metálico con la leyenda: PRUEBAS DE DESARROLLO Y ARMAMENTO.

—Último piso, por favor —le dice uno de ellos a la bioquímica.

La mujer se dirige a mí y me pregunta en tono agradable:

—¿A qué piso vas tú?

—Al undécimo, por favor —respondo.

Una expresión de sorpresa asoma a su rostro en primer lugar, y después se convierte en un reconocimiento. Da un discreto paso atrás para alejarse de mí y, evitando mirarme a la cara, aprieta el botón como si temiera que este fuera a morderla. O quizá que yo vaya a morderla.

Un segundo antes de que las puertas se cierren del todo, una pierna se cuela a toda velocidad por el hueco, demasiado rápido para que los sensores reaccionen. Doy un respingo cuando las mandíbulas de acero del ascensor la aplastan. Entonces, las puertas vuelven a abrirse y dejan a la vista al dueño de la pierna: un joven con expresión contrariada y un uniforme escolar casi idéntico al mío, salvo por el color y el escudo: el suyo es carmesí en lugar de azul noche y lleva el logotipo del Prep del Upper West Side bordado en el corazón. Levanta la vista.

En cuanto su mirada de ojos verdes se posa sobre mí, una especie de aspiradora me succiona todo el oxígeno de los pulmones.

«Kieran».

Soy incapaz de respirar. De entre todas las personas posibles, de entre todos los lugares posibles, ¿por qué él? ¿Por qué aquí? Desvío la mirada a toda prisa hacia las puertas en busca de una salida, pero las veo cerrarse de golpe con un aire de finalidad. Me dejan atrapada en una caja de metal minúscula con tres miembros del Sindicato… y mi exnovio.

—¿Qué demonios haces aquí? —me espeta.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —replico.

—Me han concedido unas prácticas en la mansión.

Se me escapa una risa nasal.

—Como si el Sindicato fuera a contratarte a ti para trabajar aquí.

Enarca una ceja.

—¿Por qué, porque soy un ser humano terrible?

Me refería a porque todavía no se ha graduado, pero su razón también es bastante válida. A pesar de lo mucho que me esfuerzo, no

puedo evitar fijarme en lo mucho que ha cambiado desde la última vez que lo vi hace más de un año. Los pantalones planchados, el pelo bien peinado. Los hombros y el pecho se le han ensanchado y llenan la americana y, por mucho que me duela reconocerlo, ahora es más alto. O quizá, más que ninguna otra cosa, sea la actitud que muestra: la cabeza alta, la postura relajada pero segura. Como si por fin se tomara en serio a sí mismo.

Vuelvo la cara hacia otro lado, furiosa, con la voz atascada en la garganta.

Me da un codazo suave.

—Bueno, ¿cómo te va?

Aprieto el puño alrededor del asa de mi bolsa de lona. ¿Así que ahora le interesa saber cómo estoy, después de más de un año de silencio absoluto? ¿Cómo puede actuar de una forma tan relajada, tan despreocupada? Es como si no le costara lo más mínimo pasar página, mientras que yo apenas puedo contener las ganas de pegarle un puñetazo en el ojo.

—No es asunto tuyo —respondo con frialdad.

—Vale, ya veo cómo van a ser las cosas —murmura—. Supongo que no debería sorprenderme. Siempre te ha gustado complicarlo todo…

Me giro hacia él de golpe, abandonando toda falsa pretensión de cordialidad.

—¿Cómo dices?

El ascensor se detiene.

—Perdona —nos interrumpe la bioquímica, ahora empapada en sudor—. Este es mi piso.

Se produce un momento incómodo cuando Kieran se ve obligado a apartarse de su camino y, para gran regocijo mío, se topa sin querer con el maletín de uno de los técnicos de armamento.

—¡Cuidado! —lo reprende el hombre, que se lleva el maletín al pecho.

—Lo siento…

—¡Perdona! —exclama de nuevo la bioquímica, con la voz teñida de pánico.

Kieran titubea. Por fin, tiene la sensatez de bajarse del ascensor y permitir que la mujer huya hacia el laberinto de laboratorios blancos y brillantes que hay al otro lado de la puerta.

Me siento tentada de apretar el botón para que las puertas se cierren antes de que mi ex pueda volver a entrar, pero siento la mirada de los técnicos de armamento clavada en la nuca. Cuando empezamos a ascender de nuevo, miro el panel del ascensor. Aparte del de mi planta, el único botón iluminado es el de pruebas y desarrollo de armamento. ¿Es ahí donde ha conseguido las prácticas?

—Pareces cansado —comento solo para romper el silencio insoportablemente tenso.

Sonríe sin dejar de mirar al frente.

—Y tú estás fresca como una lechuga, ¿no?

Aprieto los dientes. *Touché*.

—Al final no me has dicho a qué has venido —dice tras una breve pausa—. ¿Debo suponer que sigues empeñada en unirte a la División Ariete?

Le lanzo una mirada feroz.

—¿Tú qué crees?

Se limita a asentir.

—Bien. Yo también.

Frunzo los labios. Nuestras ambiciones compartidas fueron lo primero que nos unió, pero ojalá hubiera sabido que aquello acabaría en desastre. Quizá no hubiese supuesto ninguna diferencia. En cualquier caso, ahora no tiene sentido pensar en ello. Aunque ambos ocupemos el primer puesto de nuestros respectivos institutos, solo uno puede ganar el Torneo y convertirse en el próximo *maverick*.

Y voy a ser yo.

Antes de que pueda seguir interrogándome, el ascensor se detiene y se abre en la undécima planta. Un largo pasillo se extiende hacia una gigantesca puerta de doble hoja de roble. Kieran sale, igual que ha

hecho antes. Pero, en lugar de esperar a que yo pase, continúa caminando por el pasillo.

Tardo mis buenos tres segundos en recuperarme del impacto. Salgo a toda prisa tras él y odio tener que trotar para seguir el ritmo de sus largas zancadas.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunto.

—A trabajar. Deja de seguirme.

—No te estoy siguiendo. Este es el piso de la maestra Minyi.

—Ya lo sé, muchas gracias.

Estoy demasiado aturdida para hablar. En ese preciso momento, la puerta de roble se abre. La luz inunda el pasillo y una emperatriz vestida con una brillante túnica carmesí, cuyas mangas fluyen como ríos de seda roja, la franquea. La túnica roza las baldosas de mármol a cuadros blancos y negros como la cola de un pavo real. Los rayos del sol bañan su silueta en un halo de oro resplandeciente.

—Aquí estás —dice con una voz tan resplandesciente como el rocío de la mañana.

Se acerca a mí y se agacha para besarme en ambas mejillas. Una alianza de casada le destella en la mano izquierda. A pesar de su antigüedad, está pulida como si fuera nueva. Nos mira a Kieran y a mí y una brevísima expresión de sorpresa le cruza el rostro. Me confunde el hecho de no lo acuse de allanamiento.

—¿Ya os conocíais?

Sin darle la oportunidad de responder, me coloco delante de Kieran haciéndolo a un lado.

—No sé qué hace aquí. Puedo llamar a seguridad para que se lo lleven.

—Ay —susurra él.

La sonrisa de la maestra Minyi no hace más que ensancharse.

—No será necesario. Permitid que os presente formalmente. Rei, este es Kieran Cross. Como supongo que ya habrás adivinado, es alumno de último año en el Prep del Upper West Side. Es mi nuevo ayudante.

Me río durante alrededor de dos segundos, hasta que veo la leve sonrisa de superioridad en los labios de Kieran y me doy cuenta de que no es una broma. Se me apaga la voz mientras intento ocultar mi incredulidad… y mi consternación.

—Tú no aceptas ayudantes, tía.

—¿Tía? —repite Kieran, desconcertado.

—Sí. —La maestra Minyi me pone una mano en la espalda mientras un horror lento se dibuja en las facciones de Cross—. Soy la tía de Rei.

—Y… —añado mientras le apoyo la cabeza con delicadeza en el hombro a la maestra, esbozando una sonrisa rebosante de satisfacción dulce como la miel— mi querida y amada madre adoptiva.

Kieran tiene la misma cara que si acabara de enterarse de que un autobús ha atropellado a su perrito. Su mirada acusadora busca la mía. Me niego a prestarle ni un ápice de atención.

Se hace el silencio.

—Bueno —mi tía da una palmada—, ¿quién quiere ramen?

CAPÍTULO SIETE

—He reservado una mesa para cuatro en el Yūki —dice la maestra Minyi mientras nos invita a entrar en el elegante vestíbulo.

Una araña de cristal proyecta arcoíris multicolores sobre el gigantesco arreglo de orquídeas que tiene debajo. La luz natural entra a raudales desde todos los flancos gracias a los ventanales desde el suelo hasta el techo con los que sustituyó las viejas paredes cuando se mudó. Antes de que yo empezara el instituto y a mi hermana la contrataran en su trabajo actual, Maura y yo nos despertábamos antes del amanecer, nos envolvíamos en una manta compartida y nos sentábamos frente a ellos. Contemplábamos cómo se iba iluminando el cielo, tono a tono, entre los huecos de los rascacielos, y así esperábamos a que el anochecer terminara y la maestra del Upper West Side regresara a casa.

—Tu hermana también vendrá.

Me doy la vuelta.

—¿Maura ha vuelto? ¿Cuándo?

Mi exaltada alegría le provoca una sonrisa a la tía Minyi.

—No podrá quedarse mucho tiempo, pero quería que al menos comiéramos juntas.

—Nunca puede quedarse mucho tiempo —farfullo.

—Rei —me dice en tono de advertencia.

—Ya, ya. Ya lo sé.

Mi tía me da unas palmaditas en la espalda.

—Anímate. He oído comentarios increíbles sobre el restaurante. Salió en el *Times* hace un par de semanas. Tiene seis meses de lista de espera, ¿no es extraordinario?

—Y, aun así, ¿te las has ingeniado para conseguir una mesa?

Me guiña un ojo.

—Ser la maestra del Upper West Side tiene sus ventajas. Kieran, ¿tienes hambre? Estás invitado a venirte a comer con nosotras.

Se me hiela todo el cuerpo. La mera idea de compartir una comida con él hace que se me erice la piel. Durante todo este rato, se ha mantenido apartado, mirando con el ceño fruncido fotografías enmarcadas de cómo era Manhattan por la noche hace tiempo, pero me resulta imposible no hacerle caso. Su presencia siempre ha sido magnética. Solo que ahora me repele.

Con muy poca sutileza, establezco contacto visual con él y, a espaldas de la tía Minyi, me paso la mano por la garganta imitando el gesto de cortármela.

—Gracias por el ofrecimiento —contesta Kieran sin dejar de mirarme—, pero ya he comido. Quizá la próxima vez. ¿Empiezo con el informe de las estadísticas de ayer por la noche mientras sale a comer?

A mi tía se le ilumina el rostro.

—Sí, eso me ayudaría mucho.

Kieran vacila.

—¿Podría hablar un momento con su… hija? Solo quiero comentarle una cosa sobre el examen final.

—Pregúntaselo a ella, no a mí —responde mi tía con una risita, ya camino de la cocina para prepararse una taza de té. Sin volverse, añade—: Rei, te espero en mi despacho.

Su tono me provoca un escalofrío.

—Voy enseguida.

Antes de que pueda protestar, agarro a Kieran por la correa de la mochila y lo llevo a rastras hasta el espacio cerrado más cercano: el baño del pasillo. Cierro la puerta de golpe y echo el pestillo para mayor seguridad.

—¿Cuándo pensabas decirme que la maestra del Upper West Side es tu madre? —grita Kieran.

—Baja la voz —siseo—. Y es mi madre adoptiva, no mi madre. Mi madre está muerta. Además, iba a decírtelo.

—¿Cuándo?

Levanto las manos en señal de frustración.

—¡En el momento adecuado! No es culpa mía que me dejaras antes de que llegase.

Se apoya en el lavabo de porcelana y exhala un largo suspiro. Me cruzo de brazos y me doy cuenta, demasiado tarde, de lo apretados que estamos aquí.

—¿Por qué te ha contratado la maestra Minyi? —le pregunto con rencor.

—¿Por qué no iba a hacerlo?

La envidia me corroe. No quiero reconocer cuántas veces le he ofrecido… No, cuántas veces le he suplicado que me acepte como ayudante.

Así que, en lugar de responder, me voy sin más. No le debo ninguna explicación. No le debo nada.

Hago un último y desesperado intento de pasar ante el despacho de la maestra Minyi sin que me vea para refugiarme en mi dormitorio, que está al final del pasillo. Sin embargo, ni siquiera he dado dos pasos cuando la puerta se abre y mi tía me mira con cara de estar muy poco impresionada.

Estoy jodida.

Entro en su despacho arrastrando los pies y rodeo la colosal monstruosidad de caoba que ella llama escritorio. Uno de los lados de la habitación está ocupado por otro de esos ventanales que llegan desde el suelo hasta el techo, y el de detrás de su escritorio, por una estantería. Sin embargo, la tercera pared está dominada por un lienzo enmarcado de Times Square durante una noche anterior al Desvanecimiento. De todas las obras de la colección de mi tía Minyi, esta siempre ha sido mi favorita. Hasta el último centímetro está representado con un detalle impresionante. Las diminutas manchas humanas que atestan cada calle, cada esquina. Todas las pantallas LED reclaman tu atención, llenas de colores brillantes y de gente guapa y atrayente. El deslumbrante esplendor de las vallas publicitarias y de las luces es ya un recuerdo lejano, solo capturado en imágenes como estas. Pero, para mi tía, es algo más que una foto. Es un recuerdo de la mayor ambición de su vida.

Aparte del escritorio, los únicos muebles que decoran el resto del despacho son dos sillones orejeros y una planta enorme y totalmente fuera de lugar, con unas hojas cerosas de color verde oscuro que solo

estoy segura a medias de que sean de verdad. Tiro la bolsa de lona y la vara al suelo y me desplomo en mi sillón habitual con un ¡paf!

Con una elegancia natural, mi tía Minyi se sienta frente a mí. Mantengo mi mirada de delincuente clavada en la planta, como si eso fuera a ayudarme a evitar lo inevitable.

—Si te estás preguntando por qué he contratado a Kieran —empieza—, es porque él nunca dedica las tardes a infringir la ley. —Cuando abro la boca para protestar, me atraviesa con una mirada tan penetrante que basta para hacer que me encoja—. No te molestes. Hoy, durante nuestra reunión semanal del consejo, el maestro Sasha nos ha advertido de varias cacerías en el Distrito Financiero. Imagina mi bochorno cuando, después, me ha abordado para informarme de que sus investigaciones lo habían llevado hasta ti. Me prometiste de forma explícita que no actuarías por tu cuenta y que no te pondrías en peligro. Y lo que es aún más importante: me prometiste que no te pillarían.

Continúo mirando la planta con terquedad. La decepción que le tiñe la voz me escuece más que una bofetada.

—Y, ya que sacamos el tema, creo que tienes algo para mí.

A regañadientes, abro la cremallera de la bolsa de lona. Saco la pistola y se la pongo en la palma de la mano que me ha tendido.

—Perdón —digo, aunque suena poco convincente incluso para mí.

—O sea, ¿que esta es tu nueva estrategia? ¿Primero robas, luego te disculpas?

—Este semestre he matado a cuarenta y un mortícolas. —La confesión me sale del alma. ¿Cuántos meses llevo ocultándoselo, esperando el momento perfecto para decírselo, para dejarla boquiabierta?—. ¡Cuarenta y uno! Tiene que ser algún tipo de récord, teniendo en cuenta que ni siquiera me he graduado en el instituto. Ya sé que no puede registrarse oficialmente, pero me da igual.

Lo único que importa es que esas presas son mías, y que ella lo sabe.

Pero, cuando levanto la vista hacia su rostro, no veo nada. Se me hunde el corazón.

—Ya sabes lo peligroso que es —dice— entrar en los túneles del metro. Incluso durante el día.

Me retuerzo las manos sobre el regazo.

—Sí, claro que sé que es peligroso. Pero también lo es tu trabajo. Arriesgas la vida cada vez que sales a la calle al anochecer. Y, si me convierto en *maverick*, yo también lo haré.

—El peligro es una fuerza que escapa a nuestro control —apunta mi tía Minyi—. Cuando viene un *tsunami*, aceptamos que se llevará lo que quiera. Pero eso no es excusa para adentrarte en el océano. —Estira un brazo para ponerme una mano sobre la mía—. Eres mi hija. Lo único que quiero en este mundo es lo mejor para ti. Eres una privilegiada en cuanto a las oportunidades, la educación y la vida misma. Y también eres lo bastante inteligente como para saber que no debes abusar de ello.

Me muerdo el labio.

—Se acabaron las cacerías, Rei. Se acabaron las escapadas subterráneas, excepto si te conviertes en ariete. O habrá consecuencias. ¿Está claro?

Asiento de mala gana.

El tintineo melódico del reloj antiguo que hay encima de la chimenea rompe el silencio. Mi tía alza la vista y, al instante, su actitud se transforma. Para cuando se levanta, ya ha cambiado la expresión severa por su sonrisa más encantadora, con la misma facilidad que si se tratara de un cambio de sombrero.

—¡Mira qué hora es! Voy a llamar a Declan para ver si ya ha comido.

Diez minutos más tarde, los tres nos dirigimos hacia el este por la calle 74 mientras dejamos atrás hileras de las prototípicas y acogedoras casas adosadas del Upper West Side. Rojo óxido, ladrillo blanco desgastado, arenisca rojiza clásica, ni una sola fachada igual que la otra, sombreadas por árboles altos y larguiruchos que se mecen con la brisa del mediodía. Hay coches aparcados sin apenas espacio entre ellos a ambos lados de la estrecha calle. Una mujer con unas gafas de sol que le ocupan la mitad de la cara pasea a un caniche que no para de ladrar. Una pareja joven se afana en intentar pasar un sofá de segunda mano por la puerta de un edificio. A primera vista, parece que no hubiera cambiado nada desde el Desvanecimiento. Pero,

cuando prestas más atención, empiezas a notar las diferencias, que se extienden por toda la ciudad como fragmentos de un cristal roto. Las ventanas enrejadas hasta los pisos más altos. Los granos de café rancios esparcido en los alféizares y en las escaleras, que crujen cuando los pisas. Los surcos profundos en el asfalto junto a una tapa de alcantarilla recién sustituida. Una salpicadura de sangre seca en el pavimento, procedente de la rejilla de una cloaca. Pensamos en sellarlas, como el metro, pero si se rompía una tubería, la mierda nos llegaría hasta las orejas. Literalmente.

Encontramos el Yūki con bastante facilidad, gracias a la obscena cola de gente que hay ante la discreta entrada. Y con discreta quiero decir que casi hay que mirar dos veces para confirmar su existencia. Su único distintivo son unos noren japoneses tradicionales que cuelgan delante de la puerta, dos cortinas de tela azul marino pintadas a mano con peces koi y una caligrafía de amplios trazos blancos.

A pesar de que la fila de la acera da la vuelta a la esquina, el recepcionista identifica de inmediato a mi tía Minyi gracias a su abrigo carmesí de maestra y se dirige a toda prisa hacia nosotros. Como no podía ser de otra manera, mi tía empieza a hablarle con fluidez en japonés, uno de los muchos idiomas que ha aprendido a lo largo de los años por motivos de trabajo.

—¿De qué crees que están hablando? —le pregunto a Declan en un susurro.

—No tengo ni idea, pero quizá de ramen —dice una voz a nuestra espalda.

Me doy la vuelta y me encuentro a una chica alta, con la piel marrón y tersa y una sonrisa tan radiante como los rayos de sol que se reflejan en sus pendientes de aro dorados. Lleva un maxivestido de flores que se agita con la brisa, combinado con una moderna cazadora de cuero y zapatillas blancas.

Se me dibuja una sonrisa enorme en la cara. Maura abre los brazos y yo me precipito hacia ellos, riendo. Me estruja con fuerza.

—Hola, hermanita. Hace unos días que no nos vemos.

Hago todo lo posible para parecer malhumorada.

—¡Más bien cinco meses!

—¡Por aquí! —nos grita la tía Minyi desde la entrada.

Nos hace un gesto para que la sigamos y desaparece entre los noren. Mientras pasamos junto a los que nos miran con envidia, Declan nos espera pacientemente con una de las cortinas levantadas para que nos colemos por debajo.

Antes de que termine de pasar, me da una palmadita en el hombro.

—¿Cómo le ha ido con la maestra Minyi? —susurra—. ¿Has conseguido respuestas?

Me limito a negar con la cabeza. Después del sermón que me ha soltado, no he tenido ocasión de preguntarle gran cosa a mi tía.

En cuanto entramos, la calidez del restaurante nos envuelve como un abrazo de bienvenida. De las paredes cuelgan farolillos de papel que bañan con una luz dorada y suave los tabiques y los techos de madera color tostado. El aire está cargado de las aromáticas volutas de vapor que emanan de las tazas de té y los cuencos, así como de la charla apacible pero animada de los clientes, el sorber de los fideos y los suspiros de satisfacción.

La camarera nos sienta en un reservado que hace esquina, cerca de la barra. Maura intercambia abrazos con su madre y Declan y después nos sentamos a la mesa, una enfrente de la otra.

La tía Minyi deja el abrigo en el banco, junto a Maura.

—Voy al baño. Pedid mientras tanto si queréis.

Declan también decide marcharse, así que mi hermana y yo nos quedamos solas. En cuanto está segura de que no pueden oírnos, Maura me coge de las manos, con los ojos llameantes. Es casi como si no se hubiera ido nunca.

—Venga, cuenta.

No me queda más remedio que sonreír ante su entusiasmo.

—El examen final es mañana a las siete en punto de la mañana.

—¿Un sábado? ¿Es eso legal?

—Al parecer sí.

Maura niega con la cabeza y su sonrisa se torna diabólica.

—Otra razón por la que deberías haber abandonado los estudios, como hice yo.

—Si no significara la muerte de mis perspectivas profesionales —respondo—. Aunque parece que a ti te va bien.

Hace un gesto con la mano para restarle importancia a mi comentario y cambia de tema, como hace siempre que menciono su trabajo. El empleo que la mantiene alejada durante meses y del que no sé nada de nada, salvo que se trata de un prestigioso puesto relacionado con el Sindicato. Ya debería estar acostumbrada a sus respuestas vagas, sus sonrisas huidizas, sus tácticas de evasión. Sé que su trabajo es confidencial, pero no por eso resulta más fácil.

—¿Y qué me cuentas de tu vida amorosa? ¿Alguna novedad?

—Hoy he visto a Kieran.

Estampa las manos estiradas contra la mesa.

—¿Dónde? ¿En la cárcel?

—De hecho, lo he visto dos veces. Declan ha estado a punto de atropellarlo con el coche cerca de West Street y luego se ha presentado en la mansión. La tía Min lo ha contratado de ayudante.

Abre los ojos como platos.

—Espera, ¿qué leches ha pasado?

—Se ha librado por un pelo. Iba en bicicleta por el carril contrario…

—No, no. Me refería a lo del contrato de ayudante.

—No me lo ha querido explicar. —Me quedo callada un instante—. A lo mejor se muestra más dispuesta si se lo preguntas tú.

A pesar de que de un tiempo a esta parte está ausente casi siempre, Maura siempre será la primera hija de mi tía Minyi. Al contrario que a mí, mi tía y su marido, el tío Elliot, la adoptaron cuando era un bebé, mucho antes del Desvanecimiento. Debido a la exigente naturaleza de los respectivos empleos pre-Desvanecimiento de sus padres (el tío Elliot era neurocirujano en el Mount Sinai y la tía Minyi, agente de operaciones especiales), acabó pasando mucho tiempo con mi familia. Puede que entonces solo fuéramos primas, pero

siempre la he considerado mi hermana.

Entonces llegó el Desvanecimiento. Aquella fatídica mañana, Maura salió de casa para asistir a un entrenamiento de atletismo. Treinta y cinco minutos después, las primeras explosiones sacudieron la ciudad. Respondí a su llamada mientras mis padres cocinaban y se preparaban para ir a trabajar. Recuerdo oír su llanto y luego mirar por la ventana del salón y ver las aciagas franjas blancas que asfixiaban el horizonte, chapitel a chapitel. Recuerdo gritar su nombre pegada al teléfono, una y otra vez, esperando una respuesta que no llegaría jamás.

Cuando, unos días más tarde, mis padres me sentaron y me explicaron que Maura era una de entre el medio millón de personas que se calculaba que se daban por desaparecidas en la niebla, no lo entendí. En aquel momento, en realidad no lo entendía nadie. Ni cómo había sucedido ni por qué. Si nos estaban castigando, si el fin del mundo estaba cerca. Aunque solo era una cría, sabía que estas cosas solo ocurrían en los cuentos. Pero quizá mi generación sabía tan poco del mundo de «antes» que no tuvo más remedio que adaptarse a la nueva y dura realidad. Y en mi caso, además, adaptarme a un mundo sin mi *jiě jie*, mi hermana mayor.

Y así fue hasta nada menos que dos años más tarde, cuando se convirtió en la primera persona en volver.

—¿Y qué ha dicho mi madre? Sobre tu relación con Kieran, me refiero.

Parpadeo para apartar los recuerdos de mi mente y centro mi atención en el milagro vivo que tengo sentado al otro lado de la mesa.

—Nada.

Maura sonríe.

—¿Ves? Te dije que no le daría importancia.

—No, no ha dicho nada porque no le he hablado de lo nuestro en ningún momento.

Mi hermana gruñe.

—Rei, no puedes ocultarle este secreto para siempre.

—¡Ya sabes cómo se pone si cualquiera de las dos sale con

alguien!

—A veces es un poco sobreprotectora —conviene Maura. Se le suaviza la voz—. Somos la única familia que le queda, *mèi mei*.

Aprieto los labios para contener la tentación de hacerle la pregunta que lleva años abrasándome por dentro, desde que Maura regresó del Desvanecimiento a la puerta de la mansión Upper West Side, inconsciente y cubierta de una sangre que no era suya.

«¿Qué le pasó al tío Elliot?».

Al tío Elliot, que, en su dolor, se enterró en el trabajo y en la investigación después de la desaparición de Maura. Que pasaba hasta su último segundo de vigilia encerrado en los laboratorios de la mansión, diseccionando mortícolas a la luz del polvo de estrellas mientras su mujer los combatía en las calles. Que rompió el toque de queda sin explicación ni motivo justo el mismo anochecer en el que encontraron a Maura y que no volvió jamás.

—«Sobreprotectora» no es la palabra adecuada —digo al final, tragándome las ganas de preguntárselo como he hecho siempre—. «Desconfiada», tal vez. Ni siquiera nos dejaba llevar amigos a casa, y mucho menos a alguien con quien estuviéramos saliendo.

—No puedes reprochárselo. Ahí fuera hay demasiada gente que podría utilizarnos para llegar hasta ella, y eso nos pondría a las tres en peligro.

Niego con la cabeza.

—¿Quién sería tan estúpido como para intentar atacar a una maestra?

Bebe un sorbo de té.

—Te sorprenderías.

En el fondo, sé que tiene razón. Al fin y al cabo, es la misma razón por la que nunca le dije a Kieran que la maestra del Upper West Side es mi tía. Aunque me encantaría que Maura le hubiera visto la cara cuando se enteró.

—Te preocupa algo más —murmura Maura con los ojos llenos de inquietud. Siempre me ha gustado que, a pesar de nuestras diferencias, sean del mismo color que los míos. Negros como el carbón

hasta que la luz los ilumina en el punto justo—. ¿Qué decía Declan de unas respuestas en la puerta del restaurante?

Levanto mi taza de té y soplo el vapor mientras saboreo el calor que se filtra a través de la cerámica esmaltada.

—¿Has visto alguna vez un cachorro mortícola en la vida real?

—Sabes que hablar de mortícolas viola mi contrato de trabajo.

—Ah, ¿sí? —digo en tono inocente. Ante su mirada severa, añado a toda prisa—: No es lo que crees.

—¿No? Me lo preguntas porque quieres cazarlos, ¿a que sí? Matar selectivamente a las crías para aniquilar al resto y esas cosas. Es bastante despiadado, incluso para ti.

—¡No! —exclamo, conmocionada y lo bastante alto como para que varias personas se vuelvan hacia nosotras. Bajo la voz hasta convertirla en un susurro—. A ver, te estaría mintiendo si te dijera que no lo he pensado en algún que otro momento, pero eso no quiere decir que lo haya hecho de verdad.

Maura me mira fijamente.

—¿Has visto un cachorro de mortícola?

—Sí, en la vieja estación de Rector Street. No…, no fui capaz de obligarme a matarlo. —Aprieto la taza de té entre las manos hasta que me arde la piel. La imagen de los dientes de la criatura me relampaguea en la mente—. Tendría que haberlo hecho. Creo que todavía no era lo bastante grande como para matar a nadie, pero no tardará en serlo.

—Entonces, ¿por qué no lo mataste?

Levanto la vista.

—¿Eh?

Mi hermana me observa con atención.

—Odias a los mortícolas. ¿Por qué decidiste perdonarle la vida?

—Pues… —titubeo. Se me escapa una carcajada incómoda y jadeante—. No lo sé. Un verdadero ariete no habría dudado. Supongo que fui demasiado… débil.

—¿Débil? —repite Maura. Estira los brazos por encima de la mesa y me agarra las dos manos con las suyas—. La humanidad no es una debilidad. No la consideres la tuya. Es una marca de fortaleza. Recuérdalo siempre, *mèi mei*.

—¿En serio? ¿Te has olvidado de lo que le pasó a *Tofu*? Si no hubiera sido por mi supuesta fortaleza, mi perro no habría…

—Sí, pero imagínatelo. —Me aprieta con más fuerza—. Imagínate que hubieras demostrado que todos estábamos equivocados.

Estoy a punto de replicarle cuando me doy cuenta de que puede que esta conversación ya no se refiera únicamente a los mortícolas.

A Maura le pasó algo durante los dos años que estuvo desaparecida. Algo de lo que no habla con nadie que no sea su madre.

Ahora que tanto el tío Elliot como mis padres están muertos, a veces me siento como una extraña en mi propia familia. Somos como una colcha de retales: nuestros fragmentos rotos se han cosido y unido para formar un todo. Cada una de nosotras tiene unos límites propios que debemos respetar; por ejemplo, yo no pregunto por el tío Elliot y la tía Minyi acepta que nunca la llame «mamá», aunque eso sea lo que dicen los papeles.

Así han sido siempre las cosas.

Maura gira la cabeza hacia atrás para echar un vistazo y luego se inclina hacia mí y me dice en voz baja y urgente:

—Ya viene. Sabes que lo que puedo comunicarte es limitado, pero si puedo hacer cualquier otra cosa…

Se me ocurre una idea.

—Si tuviera la contraseña de la base de datos, no tendrías que ensuciarte las manos en ningún momento.

—¿No adivinas siempre su contraseña?

—Sí, la del ordenador, pero me refiero a la llave maestra.

Maura frunce los labios y me suelta las manos cuando la tía Minyi vuelve a acomodarse en su asiento. Se nos acabó el tiempo.

—A ver qué puedo hacer.

—¿Qué puedes hacer respecto a qué? —pregunta su madre.

—A nada —contestamos a coro.

—¿Me estáis ocultando algo, chicas?

Maura señala a su madre con los palillos con aire acusador.

—Olvídate de nosotras. ¿Has contratado a un ayudante?

—Sí, he contratado a Kieran Cross. Que me arresten. —Ante nuestras miradas furibundas y poco impresionadas, suspira—. ¿A qué viene tanto alboroto?

—Uy, a nada —contesta Maura—. Si no fuera porque llevas años negándote en redondo a contratar a un ayudante, incluso cuando estabas inundada de trabajo.

La tía Minyi coge su carta y esconde la cara tras ella.

—Bueno, digamos que Kieran está pasando por una situación difícil. Solo le estoy echando una mano para que corrija algunos errores. Es un ayudante temporal, nada más. Y hace un café estupendo.

—Rei hace un café estupendo.

Mi tía suspira de nuevo.

—¿Me sirve alguien un té, por favor? —Le lleno la taza mientras reprimo el impulso de vertérselo en el regazo—. Por cierto, Maura —continúa la tía Minyi—. Rei espera competir en el Torneo la semana que viene. Dudo que te lo haya pedido ya, porque sabe que estás hasta arriba de trabajo, pero estoy segura de que le encantaría que asistieras y le mostraras tu apoyo.

—No pasa nada —me apresuro a decir—. Ni siquiera sé aún si me voy a clasificar. Y estás muy liada, así que no quiero ser una molestia…

Maura me vuelve a agarrar las manos.

—¿Estás de broma? Pues claro que iré.

—¿De verdad?

Su sonrisa me calienta por dentro.

—Prometido.

CAPÍTULO OCHO

El sábado por la mañana, Zaza y yo llegamos a la Grand Central Terminal, la sede principal del Sindicato, para firmar un acuerdo de confidencialidad sobre el contenido del examen y para someternos al proceso de verificación de identidad. Todos los años, un puñado de genios contrata a sustitutos para que les hagan el examen, pero les iría mejor si se limitaran a no presentarse.

Varios centenares de alumnos merodean por la terminal mientras los eruditos y los arietes fichan la entrada o la salida del trabajo. Sus pasos resuenan contra las enormes paredes cuando bajan a la carrera por las grandiosas escaleras de mármol y el eco se mezcla con la pasiva voz femenina que recita una sarta constante de anuncios a través del intercomunicador. Teniendo en cuenta que la Grand Central Terminal era el meollo del transporte ferroviario de Manhattan, es un milagro que no la cerraran sin más. Ahora, solo una década después, es la base más grande del Sindicato en todo Manhattan y un vanguardista cuartel general para todas las operaciones. Este lugar es un verdadero testimonio de la voluntad y la influencia de los fundadores de la organización: los neoyorquinos más ricos, poderosos y con más visión de futuro que esta ciudad podía ofrecer. Si no fuera por las bases que sentaron (y por su dinero, claro), el Sindicato no existiría.

Unos cuantos vigilantes nos desean buena suerte cuando pasan camino del quiosco que hay en el centro de la terminal. Nos quedamos mirándolos hasta que entran. Se vislumbra un destello brillante de luz dorada en las ventanas y se oye el tintineo de una campana. Luego, desaparecen, cada uno de ellos transportado a un destino recóndito, a los laboratorios, los despachos y las salas de control de más abajo.

—Mira —señala Zaza. Encima del quiosco, como una joya opalescente, está el icónico reloj de cuatro caras, conocido como el Grand Central Timekeeper, quizá el Artefacto más famoso y querido aparte de la mismísima Dama de la Libertad. Su valor es incalculable y da verdadero sentido a la frase «el tiempo es el único lujo que el dinero no puede comprar», ya que la capacidad mágica del Timekeeper es recargarse durante el anochecer, y no solo a sí mismo, sino también a todos los demás relojes de Manhattan—. ¿No es extraordinario?

Consigo asentir con la cabeza, aunque en realidad estoy concentrada en el remolino negro del abrigo de un *maverick* entre la

multitud. Me seco las palmas sudorosas en el uniforme e intento no dejarme abrumar por el hecho de que por fin estoy aquí, en esta inmensa sala, a minutos del momento para el que llevo preparándome toda la vida.

La primera mitad del examen, la evaluación de las asignaturas comunes, es igual para todo el mundo y abarca el plan de estudios estándar diseñado por el Sindicato: desde física hasta estrategia bélica, desde historia de Estados Unidos hasta anatomía —humana y no humana—. A continuación, nos dividimos para someternos a las pruebas especializadas en función de nuestro itinerario de estudios: ariete o erudito.

No hay ninguna norma que diga que tengas que aprobar el examen final. Que te entreguen el diploma o no depende de tu rendimiento a lo largo del curso escolar. Pero cualquier alumno que aspire a que lo seleccionen para entrar en el Sindicato, ya sea como ariete —en mi caso— o como erudito —en el caso de Zaza—, debe intentar obtener una de las mejores puntuaciones. Y, si quiero competir en el Torneo para tener la oportunidad de convertirme en la próxima *maverick*, necesito la máxima calificación de todo el Prep del Distrito Financiero.

Para calmarme, me llevo el dedo meñique izquierdo al pulgar. Luego, el anular izquierdo. Luego los dedos corazón a sus respectivos pulgares. Repito el patrón en bucle.

Esta mañana me he metido las dos fotos de mis padres en la cartera para poder traérmelas. Hace unos minutos, hemos subido los mismos escalones que pisaron ellos durante su primer día oficial de trabajo en el Sindicato. Paseo la mirada por la estación y no puedo evitar imaginármelos en algún lugar entre el mar de gente, su presencia impregnada en las baldosas que tengo bajo los pies y en las paredes que se alzan a nuestro alrededor por todas partes.

Hoy no los defraudaré.

Mientras esperamos el anuncio, contemplamos el inmenso techo azul cerúleo que se extiende muy por encima de nuestra cabeza y nos quedamos boquiabiertas ante su majestuosidad. Un dorado mural celestial de las constelaciones del zodiaco baila sobre él. De la pared del fondo, cuelgan dos banderas: la estadounidense y, junto a ella, la del Sindicato. Esta última tiene once estrellas doradas en lugar de cincuenta, y la más grande de todas está rodeada de un anillo formado por las diez más pequeñas, que representan los barrios del actual

Manhattan. El fondo sobre el que descansan es del negro más oscuro.

El Timekeeper marca las seis y media. La voz de la mujer hace el anuncio por el intercomunicador:

—*Todos los alumnos de la Prep League, preséntense en el quiosco para el traslado, por favor.*

Y, sin más, comienza el examen final.

CAPÍTULO NUEVE

Durante once años seguidos, junto con el resto de mis compañeros de clase, me he sentado en la fresca oscuridad del gimnasio del instituto y he visto por la televisión, en directo, la ceremonia de graduación de los alumnos de último curso. Después, me pasaba días tarareando la fanfarria orquestal, lo bastante majestuosa como para llenarle los ojos de lágrimas a cualquier *maverick*. Mil estudiantes vestidos de uniforme se embutían en el lujoso Rose Hall, por encima del Columbus Circle, divididos por institutos y formando una flor de diez pétalos. Carmesí, esmeralda, perla, ciruela, miel, carbón, acero. Azul noche, por supuesto, para nuestro querido Prep del Distrito Federal. El Prep del Midtown es famoso por su uniforme despiadadamente beis, que no favorece en nada a quienes lo llevan, pero que no es ni de lejos tan ofensivo para la vista como los engendros naranjas de Tribeca, que, según cuenta la leyenda, una vez llevaron a un agente de policía a utilizar a un alumno de Tribeca vestido de uniforme para advertir de un bache en la carretera hasta que encontraron un cono de seguridad.

Hoy —ahora—, estoy entrando en el Rose Hall con Anika y Zaza, y es de lo más surrealista. Mis pasos son ligeros como plumas, casi inciertos, mientras nos dejamos arrastrar por el avance de la multitud. Los graduados de los diez institutos de la Prep League llegan a la sala como un torrente, alumnos de todos los barrios de Manhattan. Estiro el cuello para contemplar las espirales de las vigas de palisandro que se elevan por encima de nuestra cabeza. Las diminutas esferas doradas de luz incrustadas en el suelo, las paredes y el techo, millones de ellas, una cascada de constelaciones centelleantes lo bastante cercana como para poder acariciarla mientras buscamos nuestro asiento. Bomani se pasea por los pasillos, charlando con nuestros compañeros. Nos saluda con la mano.

Decenas de operarios revolotean de un lado a otro manejando cámaras lustrosas o ágiles drones que suben y bajan por los pasillos a velocidades de vértigo. Las indicaciones de última hora se elevan por encima del murmullo de los alumnos mientras el equipo se prepara para la emisión. Casi todas las cámaras apuntan al escenario circular que hay en el centro, vacío salvo por un podio. Un banderín de reluciente seda negra se desliza por la parte delantera del podio, salpicado con las once estrellas del Sindicato.

Zaza señala con la barbilla hacia el instituto que tenemos justo enfrente, el Prep del Soho.

—Elige a tu campeón. La mía es esa chica con la cabeza rapada por los lados y trenzas de la primera fila.

Siempre hemos jugado a esto mientras veíamos por la tele la retransmisión de la graduación al final de cada curso. Un juego de adivinanzas. Una apuesta sobre quién pensábamos que ocuparía el primer puesto cuando las cámaras hacían un barrido sobre las legiones de graduados.

—La rubia de la tercera fila, en el extremo izquierdo —le respondo en un susurro.

Se comporta como si ya hubiera ganado el mismísimo Torneo. La americana negro carbón y los pantalones a juego se le ciñen como un guante al cuerpo ágil. Los hombros echados hacia atrás, la barbilla proyectada hacia arriba, los labios rojo sangre apretados en una mueca de desdén. Y unos ojos azul zafiro que brillan con astucia.

—Es preciosa.

Anika resopla.

—Parece una zorra desalmada.

Zaza me da un codazo.

—Tres secciones a nuestra derecha. Hay alguien que no te quita ojo.

Deslizo la mirada sobre el gris acero del Prep del Lower East Side y el amarillo miel de Harlem hasta llegar a la legión de alumnos del Upper West Side vestidos de carmesí. De todos los institutos, son el más bullicioso; tienen las piernas apoyadas en el asientos de delante, discuten a voz en grito y se ríen y se abuchean unos a otros como chimpancés. Todos menos el chico sentado en el centro de la primera fila, con las largas piernas estiradas frente a él, el ceño fruncido y los brazos cruzados en actitud huraña.

—¿Qué quiere? —murmura Zaza.

—Fíjate en esto —le digo.

Espero a que la mirada del chico se cruce con la mía. Cuando ocurre, le lanzo un beso. Las mejillas se le ponen del rojo furioso de un recién nacido. «Chúpate esa, gilipollas».

—Ay, se está sonrojando —dice Zaza—. ¿Por fin vais a volver a estar juntos?

Frunzo el ceño.

—Claro que no.

—Es que no lo entiendo —suspira—. Las cosas iban muy bien entre vosotros y, de repente…, ¿qué pasó? ¿Os desenamorasteis?

—Algo así —murmuro.

—¿Lo viste en el examen final? —me pregunta.

Niego con la cabeza. Me doy cuenta de que se muere por saber cómo me fue en el examen, pero ambas sabemos que la ley nos prohíbe hablar de ello.

Flexiono los puños.

—Sigo sin creerme que mi tía Min lo haya contratado como ayudante.

—Pero si tu tía no acepta ayudantes —interviene Anika.

Ella también ha intentado meter el pie en esa puerta al menos cinco o seis veces, así que lo sabe de sobra.

La conversación se interrumpe cuando las luces se atenúan hasta dejarnos casi a oscuras. El parloteo se convierte en silencio. Las cámaras, ya a punto, nos miran parpadeando como ojos rojos y amenazadores en la repentina penumbra. Me tamborilea el pulso y el estómago se me contrae con una sensación extraña que no soy capaz de identificar.

Una voz resuena en la sala.

—Entramos en directo en 3…, 2…, 1.

Los focos iluminan los asientos. La fanfarria que llevo más de una década esperando a oír en persona surge a nuestro alrededor. Estallamos en aplausos.

—Desde el Rose Hall de Nueva York, ¡la undécima ceremonia anual de graduación de la Prep Liga! Señoras y señores, pooor favor denle la bienvenida a su presentador… ¡Nick Valentine!

Todos los focos rotan hacia el podio, donde un hombre alto vestido con un destellante esmoquin negro se ha materializado ante nuestros ojos. Ancho de hombros, con la piel oscura y terriblemente guapo, el preferido del Sindicato estira los brazos hacia nosotros para saludarnos.

—¡Bienvenidos! —retumba su voz profunda por encima de los vítores atronadores, y esa única palabra consigue acrecentar aún más nuestro furor. Nos mira a todos y cada uno de nosotros con esos cálidos ojos marrones, ese encanto electrizante. Zaza está embelesada. Todos lo estamos—. ¡Bienvenidos a vuestra graduación, alumnos del último curso de la Prep League!

—¡Fantasma! ¡Fantasma! —comienza a corear la multitud.

A Nick Valentine se lo conoce por muchos nombres, pero sobre todo por el de Fantasma debido a su Artefacto predilecto: una máscara de marfil que le cubre la mitad de la cara y que vuelve a su portador invisible e invencible. Con ella, es intocable. Aunque la mayoría de los *mavericks* toman prestados los Artefactos de la colección de los Archivos según cuáles sean sus necesidades específicas, la Máscara se niega a aceptar como amo a nadie que no sea Nick. Juntos, han registrado la muerte de más de dos mil mortícolas, el segundo mayor número de bajas de la historia, por detrás del maestro Sasha. Eso convierte a Nick Valentine en el *maverick* más letal del Sindicato. Así que los Archivos se mostraron más que encantados de concederles tanto a él como al Artefacto el derecho a conformar una asociación más permanente.

Nuestro maestro de ceremonias levanta las manos y agacha la cabeza con una sonrisa tímida. Espera a que nos calmemos.

—Gracias, gracias. Es un honor para mí, como siempre, ser vuestro anfitrión en esta ocasión trascendental.

»Hoy es el día en el que culminan vuestra dedicación y diligencia. Años y años de estudio, entrenamiento y trabajo agotador os han conducido hasta este momento. Los mortícolas son un virus para nuestra sociedad, y vosotros, todos los que os habéis entregado a la misión fundamental del Sindicato, sois la cura. El Sindicato se creó para erradicar las abominaciones que plagan nuestras calles. Desde los eruditos que llevan a cabo investigaciones cruciales y supervisan los Archivos hasta los arietes que defienden nuestra vida, todos nuestros valientes trabajadores y guerreros están dispuestos a sacrificar lo que sea con tal de recuperar la ciudad para todas las generaciones

venideras. —Nick Valentine levanta el puño en el aire—. ¡Una ciudad libre de monstruos y masacres!

Nunca había visto al Fantasma en persona y no puedo sino maravillarme ante él. Ninguna pantalla podría hacerle justicia a su presencia escénica. Somos el aire que alimenta su llama mientras llena la sala y nos atrae hacia su luz, absorbente e ineludible.

—¡Así que salid y liberadnos! Hoy ya no sois alumnos de último curso, sino graduados. ¡Os alzáis por encima de todos nosotros! Y mañana, ¡os alzaréis aún más!

—¡Álzate! —coreo con la multitud cuando el fuego del Fantasma me prende el pecho y el corazón me arde en deseos de exterminar a todos los mortícolas—. ¡Álzate…!

La voz se me queda atrapada en la garganta cuando mi mirada se topa con Kieran. Entre centenares de alumnos frenéticos, él es una estatua. Silenciosa. Inmóvil. Observa al Fantasma. Y la expresión de su rostro es fría, muy fría.

—Y, ahora, el momento que todos estabais esperando —continúa Nick—. ¡La publicación de la clasificación de arietes!

Los focos brillan con mayor intensidad y se giran hacia el público para hacer un barrido. Una pantalla de trescientos sesenta grados oculta hasta ahora desciende desde el techo y reproduce las imágenes de los drones para captar nuestras reacciones a los resultados en directo. Al instante, aparto a Kieran de mis pensamientos. Algunos alumnos saludan con entusiasmo cuando las cámaras los enfocan, mientras que otros se limitan a esbozar una sonrisa formal.

—En primer lugar, ¡el Prep de Harlem!

La tensión aumenta y me cuesta respirar. Las cámaras graban puños apretados, con los nudillos en blanco; caras ojerosas de personas cuyos corazones están a punto de romperse en mil pedazos. En algunos casos, el esfuerzo para conseguir llegar a este momento es lo único que hemos conocido en la vida.

Un dron vuela hasta el podio y deja caer un sobre en las manos extendidas del Fantasma. El presentador lo abre.

—En tercer lugar…, ¡Juan Olivier!

Los focos se centran en un chico de la segunda fila. Con grandes

aspavientos, hace el gesto de enjugarse la frente en señal de alivio. Quedar tercero es muy meritorio. Puede que incluso se alegre de no tener que competir.

—En segundo lugar…, ¡Molly Black! Y el primer puesto es para… ¡Mia Knight!

Los alumnos de Harlem se arremolinan en torno a Mia, la abrazan y la felicitan. Es muy probable que algunos de ellos ni siquiera sean amigos suyos, solo están desesperados por salir un instante en la televisión con la campeona de su instituto.

—Y, a continuación, ¡el Prep del Upper West Side!

Miro a Kieran a los ojos cuando Nick Valentine lee el primer nombre. Me falla el oído. No lo oigo con nitidez, solo sé que no es el suyo. Y entonces:

—¡En segundo lugar, Kieran Cross!

Espero ver cómo se le descompone el rostro a causa de la decepción, cómo se le quiebra la postura firme de los hombros. Pero, mientras sus compañeros lo aclaman, solo parece… resignado. No soy capaz de decidir si debo compadecerme de él o alegrarme por su derrota. Solo cuando Nick Valentine anuncia quién es el primer clasificado —Tim Beckett, un chico (mejor dicho, un gigante) de casi dos metros quince y lleno de músculos—, una rabia intensa invade el rostro de Kieran. Tim suelta un rugido de triunfo tan estrepitoso que ahoga el resto de los vítores.

Aunque intento memorizar el nombre de todos los mencionados, enseguida se me empiezan a mezclar unos con otros. Solo se me queda grabado el de los primeros clasificados. El del Prep del Upper East Side es un chico con un basilisco desplegando las alas tatuado detrás de la oreja. La del Prep de Chelsea es una chica con la nariz más torcida que su sonrisa ladina.

Los focos iluminan al Prep del Soho.

—Y el primer puesto es para… —Valentine hace una pausa para conseguir un efecto dramático—. ¡Noëlle Cartier!

Zaza me da un codazo cuando las cámaras enfocan a la chica rubia por la que he apostado antes. Mientras aplaudimos, Noëlle se echa el pelo hacia atrás y resopla por la nariz. Ni siquiera parece satisfecha con su puesto. Me fijo en que ninguno de sus compañeros se

acerca a felicitarla.

Algo se agita en mi regazo: mis manos. No paran de temblarme. Casi echo de menos el peso reconfortante de la pistola para que me las estabilice. Como no la tengo, me fuerzo a seguir el patrón con los dedos: meñique izquierdo al pulgar, anular izquierdo al pulgar, ambos dedos corazón a sus respectivos pulgares. Un mantra silencioso para recordarme lo que prometen. Nick sigue enumerando a los mejores, pero he dejado de escucharlo. Matar mortícolas es pan comido comparado con este suspense insoportable. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Llevo años siendo la mejor clasificada. Intocable, como el mismísimo Fantasma.

«Porque no has estudiado lo suficiente durante las últimas semanas antes del examen —dice una voz en mi cabeza—. Porque estabas distraída. Porque…».

—Y por último, pero no por ello menos importante, ¡el Prep del Distrito Financiero! —anuncia Nick.

Nuestra legión enloquece, como si pudiéramos eclipsar a todos los institutos que nos han precedido con solo gritar a pleno pulmón.

Zaza se da cuenta de que estoy inquieta y me agarra del brazo.

—Respira, Rei. ¿O es que quieres ponerte a hiperventilar en directo o algo así?

—Uuuf.

Trago saliva con dificultad para intentar disipar el extraño revoloteo que siento en el estómago. El corazón me golpea las costillas, exigiendo escapar.

—En tercer lugar…

«Rei Reynolds», lo oigo decir en mi cabeza.

«El tercer puesto es más que loable —me digo—. Es lo bastante bueno».

Pero ¿cómo puede ser?

—Por favor —me sorprendo susurrando con los dientes apretados, sin apenas mover los labios—. Por favor, tercera no.

—¡Fiona Nguyen!

El alivio me relaja los hombros. Mi aplauso para mi compañera de clase es genuino. Pero ni siquiera tengo tiempo para prepararme antes de que Valentine continúe:

—El segundo puesto del Prep del Distrito Financiero es para… ¡Bomani Malick!

—¡Sí! —grita Zaza.

Olvidando momentáneamente mi angustia, nos ponemos en pie de un salto para dedicarle una gran ovación. Todo el mundo enloquece con Bomani. Él parpadea un segundo, incrédulo, hasta que una sonrisa arrogante se le dibuja en la cara. La gente le da palmadas en la espalda, le alborota el pelo. Cuando al fin sale de su aturdimiento, se dirige al pasillo. Para regocijo de todos, echa a correr por él mientras choca las manos extendidas como si fuera un deportista famoso que ha marcado el gol de la victoria. Aunque no haya quedado primero, estoy segura de que el Sindicato lo seguirá muy de cerca.

Por dentro, estoy aún más eufórica, porque él era quien tenía más posibilidades de desbancarme. Zaza me lanza una mirada cómplice.

—Ya sabes lo que significa esto —me susurra.

—Y, por último, en el primer puesto del Prep del Distrito Financiero…

Nick no puede evitar que se le dibuje una sonrisa en la cara mientras levanta la tarjeta para leer en voz alta el último nombre.

Soy incapaz de mover ni un músculo. Miro la pantalla, contengo las ganas de lanzar un misil de vómito contra el dron que se acerca zumbando a mi fila. Veo que la cámara se desplaza muy despacio de derecha a izquierda, que pasa por encima de Zaza…

Y llega hasta mí.

La tensión desaparece de mi cuerpo. Exhalo y esbozo una sonrisa diminuta. Zaza me coge de la mano y me la aprieta como diciendo: «¿Ves? Todo va bien en el mundo».

Y entonces la cámara pasa de largo sobre mí y se posa en Anika. Se me hunde el estómago. «No —pienso—. No, no, no, para, vuelve, esto no puede estar pasando…».

La sonrisa de Nick se ensancha.

—¡Anika Maharaj!

CAPÍTULO DIEZ

Cuando tenía nueve años, mi tía Minyi me hizo un regalo muy especial por el solsticio de verano. Como es el día más largo del año, se nos permite comer, beber y festejar por las calles durante toda la velada, así que es casi mejor que Navidad, aunque solo tengamos un día de vacaciones en el instituto, puesto que se espera que aprovechemos al máximo el extra de luz diurna durante los meses de verano.

Recuerdo que me sentó y me hizo taparme los ojos antes de ponerme algo en el regazo. Algo suave que se retorcía.

Cuando abrí los ojos, me encontré un cachorro.

Era dorado y blandito, así que lo llamé *Tofu*. Se meaba por todo el apartamento y me mordisqueaba los zapatos hasta dejármelos hechos jirones. Quería que hasta el último desconocido con el que nos cruzábamos en los paseos le rascara la barriga y le encantaba tirarse al suelo en medio de los cruces para que tuviera que cargarlo en brazos hasta el otro lado de la calle, como si fuera un bebé.

Era perfecto.

Pero, entonces, un anochecer, cometí un error.

Aquella noche aprendí lo que significaba perder toda esperanza.

Esa sensación vuelve a inundarme en este momento y me hiela el cuerpo mientras mi legión celebra el triunfo de Anika.

—¡Madre mía! —grita a mi lado mientras se abraza—. Madre mía. No me lo puedo creer. ¡Madre mía!

Aunque me estoy muriendo por dentro, me veo forzada a sonreír y a felicitarla porque sé que las cámaras nos están grabando. Aplaudo, palmada mecánica a palmada mecánica.

Se acabó. He perdido.

Un chillido agudo me invade los oídos. Siento que la mano de Zaza me aprieta la muñeca. Ella es lo único que me impide hacer algo muy muy impulsivo, y lo sabe.

—¡Esperad un momento! —exclama Nick cuando un dron le entrega otro sobre—. ¿Qué es esto?

La celebración de Anika flaquea. Los alumnos se calman e intercambian miradas de confusión. Es como una nota desafinada, un paso de baile que ha salido mal. El orden del día no ha cambiado a lo largo de estos doce años, e incluso Nick parece un poco desconcertado. Rompe el sello y saca la tarjeta.

—Un mensaje de la Junta Directiva —lee en voz alta. La sala se llena de murmullos. La única cosa que todo el mundo sabe sobre los directores es que gobiernan el Sindicato y, por tanto, la ciudad. Anónimos y todopoderosos, no responden ante los maestros, sino que los maestros responden ante ellos—. «Debido a circunstancias extraordinarias y sin precedentes —continúa Valentine—, y tras una consulta exhaustiva con los maestros, los directores han decretado que la lista de competidores del Torneo de este año se… duplique».

Levanta una mano en el aire para acallar la creciente oleada de murmullos.

—«Se le ha pedido a cada uno de los maestros que, siguiendo su propio criterio, proponga a un candidato y lo presente lo antes posible. Los aspirantes se anunciarán mañana a mediodía a más tardar. Todas las decisiones —concluye Valentine al mismo tiempo que levanta la vista de la tarjeta— son definitivas». —Niega con la cabeza, asombrado—. Bien, damas y caballeros, parece que tenemos diez comodines.

—Rei —susurra Zaza mientras me zarandea—. ¿Sabes lo que significa esto? Todavía puedes…

No la dejo terminar. Ya me estoy levantando de un salto de mi asiento y corriendo hacia la puerta.

—*Hola, ha llamado al móvil personal de Minyi Reynolds, maestra del Upper West Side. Por favor, deje un mensaje…*

—Mierda. —Presiono con fuerza el botón de finalizar llamada de mi teléfono.

«Siete llamadas a Minyi móvil», dice mi historial. Otras siete a «Minyi despacho». Ya sea porque pasa de mí, porque está ocupada o porque está dormida, el caso es que no me contesta.

Sopeso mis opciones y suelto otro taco. No me queda más remedio. Tendré que ir a la mansión. Una parte de mí sabe que me elegirá candidata a pesar de todo, pero, después de los acontecimientos de hoy, necesito asegurarme.

Por supuesto, cuando salgo en tropel a la calle para parar un taxi, no hay ninguno libre. Ojalá me hubiera traído el monopatín: veinte minutos traqueteando por carreteras llenas de los cráteres provocados por las escaramuzas con los mortícolas siempre son mejores que una caminata de cuarenta y cinco minutos. En autobús, entonces… Pero no, con el tráfico de la hora punta, es mejor que vaya a pie. Voy corriendo a toda velocidad por delante de la segunda manzana cuando una limusina negra se detiene junto al bordillo, a mi lado. Se baja la ventanilla.

—¡Sube! —me grita Declan.

Casi me deshago en un charco de lágrimas allí mismo. No obstante, me limito a lanzarme hacia el asiento trasero.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero, Declan?

Acelera el motor y se incorpora al tráfico a gran velocidad, en medio de una cacofonía de bocinazos.

—Como me parece que os gusta decir a los chavales: yo te cubro las espaldas, tronca.

—Los chavales no decimos eso. ¿Cómo has llegado tan rápido?

—Estaba viendo la retransmisión en el móvil a unas manzanas de distancia y te he visto salir corriendo del vestíbulo como una posesa, así que me he imaginado que a lo mejor necesitabas que te llevaran. ¿Qué pensabas, que ibas a ser capaz de llegar corriendo hasta la mansión?

—No ha habido ningún tipo de pensamiento involucrado —digo en tono sombrío—. Solo desesperación.

Nueve minutos después, llegamos a la entrada de la mansión Upper West Side. Subo enseguida en el ascensor hasta la planta de la maestra Minyi. Camino a grandes zancadas sobre las baldosas a cuadros blancos y negros y levanto los nudillos hacia la puerta que hay al final del pasillo.

Se abre antes de que me dé tiempo a llamar.

Mi tía Minyi me mira.

—Hola, Rei.

Lleva puesto el camisón, pero es evidente que está despierta como un búho.

Y no parece feliz.

Normal, teniendo en cuenta que la he llamado catorce veces seguidas.

—¿Necesitas algo? —pregunta mi tía.

Abro la boca para responder. Luego vacilo. Me había preparado un discurso durante el trayecto hasta aquí, pero de repente ya no suena tan bien.

Nos sumimos en un doloroso silencio. La voz me sale ronca cuando por fin le confieso:

—Siempre has sido mi heroína. —Arquea las cejas. Dejo que las palabras fluyan—: Siempre te he admirado. Incluso antes del Desvanecimiento. Todo lo que he hecho, todo lo que quiero ser. —La voz se me encoge lastimeramente—. Quiero hacer lo que tú haces. Quiero salvar esta ciudad y liquidar a los mortícolas de una vez para siempre.

La maestra Minyi se cruza de brazos. Después de estudiarme durante un largo momento, suelta un suspiro y se aparta del umbral.

—Entra.

La sigo unos segundos, camino de su despacho. Me indica que me siente en uno de los sillones junto a la ventana.

—Cariño, hay algo que todo *maverick* debe aprender antes de que tal vez un día se convierta en maestro. Y es que esta ciudad no puede salvarse. Ni lo necesita ni lo desea.

—¿A qué te refieres? La ciudad no es… consciente.

—Ah, ¿no? —Cuando no respondo, señala hacia la ventana, hacia el ajetreo febril de las calles que se extienden más abajo, los coches que tocan el claxon y los peatones que recorren a toda prisa las aceras con la cabeza gacha, siempre persiguiendo su próximo destino—. ¿No lo sientes?

—Claro que sí —digo—. Las calles y las aceras son como arterias y venas, el ritmo de la vida; los pasos, como corazones que laten; los cantos de las palomas…

—Estoy hablando en serio. El Desvanecimiento demostró que

algunas cosas no pueden explicarse. El polvo de estrellas. Los Artefactos.

—Bueno, son… mágicos —respondo sin gran convicción.

—¿Te acuerdas de cuando los Artefactos accedieron a sus poderes?

Asiento con la cabeza. Solo tenía tres años, pero jamás olvidaré cómo iluminaron el cielo durante el primer anochecer, como reflectores proyectados contra las nubes para guiar hacia sus respectivas ubicaciones a una ciudad aún conmocionada por el inexplicable desastre. Ciento cincuenta y un Artefactos en total; bueno, en teoría ciento cincuenta y dos, puesto que los registros afirman que uno desapareció.

—Claro, no pudimos reunirlos hasta ocho días después de que la niebla se hubiera disipado —continúa—, que fue cuando…

—El polvo de estrellas empezó a caer y apareció el primer mortícola —concluyo mientras doy golpecitos con el pie contra el suelo, impaciente—. Así que la mayoría de la gente cree que están relacionados, sobre todo porque, antes del Desvanecimiento, el polvo estelar no curaba las heridas.

La imagen del miembro biónico de la agente Storm me aflora a la mente: una cicatriz muy antigua.

Mi tía asiente.

—Algunos creen en un poder divino que nos concedió el don de los Artefactos para armarnos contra los monstruos… o que fue la ciudad quien lo hizo. En cualquier caso, todos los Artefactos responden a un fin último.

—Matar a los mortícolas.

—No, Rei. Salvar la ciudad.

—Más de lo mismo.

Se limita a sonreír ante mi creciente frustración.

—Te pones a la defensiva porque te estoy presionando para que indagues en lo que preferirías no saber. La ley de la termodinámica establece que la energía, incluida la magia, debe generarse de una

fuente a otra. No podemos sacarla sin más de la nada. Has oído cientos de veces que los Artefactos son objetos volubles. Que tienen su propia personalidad. Su propia voluntad. Que eligen a su amo como la Máscara eligió al Fantasma, por ejemplo. Tienen días buenos y malos, igual que nosotros.

—¿Te refieres a los maestros? —pregunto, confusa.

—No, a los Artefactos. El Fantasma se dio cuenta de que la fuerza de la Máscara variaba cada día. Así que nuestros analistas empezaron a recopilar datos sobre sus niveles de energía. Cotejamos los resultados con innumerables variables y descubrimos que los datos mostraban una correlación inversa casi perfecta con el consumo de energía de la ciudad. En otras palabras: cuanta más energía consumía la ciudad durante el día, más débiles eran los Artefactos al anochecer, y viceversa.

—Nunca había oído hablar de ello.

—Porque el Sindicato no lo ha hecho público.

—Entonces, ¿no deberíamos reducir el consumo de energía de toda la ciudad para que los maestros y los *mavericks* puedan luchar en mejores condiciones al anochecer?

—A lo que voy es a que no puedes, y no debes, negar la conexión entre los poderes de los Artefactos y la ciudad en sí. Entonces, ¿quién te asegura que el caso de los mortícolas sea distinto?

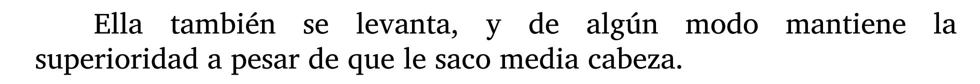
El brillo apasionado de los ojos de mi tía me desconcierta. Pero no es una fan de las teorías de la conspiración, es una de las armas más poderosas que el Sindicato ha tenido en todos los tiempos. ¿Quién soy yo para dudar de ella?

—Sea distinto o no —le digo con firmeza—, ¿por qué me cuentas todo esto ahora? Sabes que no he venido por eso.

—No, solo estoy…

Una sensación plúmbea se me asienta en las entrañas. Nunca ha sido de las que divagan. Me levanto del sillón con los puños apretados.

—Me estás dando largas —digo cuando caigo en la cuenta—. Catorce llamadas perdidas. Me estabas evitando. ¿Por qué no vas a proponerme como candidata?



Ella también se levanta, y de algún modo mantiene la superioridad a pesar de que le saco media cabeza.

—Por cuatro razones.

—¿Cuatro?

—La primera y más importante, que la lógica impone que los maestros elijan a candidatos capaces de competir con el primer clasificado. Es decir, a los que han quedado en segundo o tercer puesto, una condición que tú no cumples.

—¡He sido imbatible durante años, siempre la primera!

La maestra Minyi ladea la cabeza.

—Entonces, ¿por qué ya no lo eres?

Rechino los dientes.

—Porque yo… Porque… —Suelto un taco y me muerdo el labio inferior.

Todas las excusas que se me arremolinan en la cabeza intentan ocultar la verdad. Ha sido por arrogancia. Me di cuenta de que línea de meta estaba muy cerca y di por hecho que vencería porque no veía a nadie más detrás de mí.

—A pesar de todo, estoy segura de que aprenderás de tus errores —continúa mi tía—. Lo cual me lleva a la segunda razón. Cuando tus padres murieron…

—Cuando los asesinaron —la corrijo.

—Sí, cuando los asesinaron. Ya antes de que nacieras, le juré a mi hermana que te protegería con mi vida si ella no podía. Que no te pondría nunca en peligro intencionadamente.

—¡Me diste un arma!

—Te formé y te ayudé a solicitar el permiso. Mi trabajo conlleva ciertos peligros y no quería dejarte indefensa ante ellos. Puede que no tenga derecho a controlar qué caminos eliges en la vida, y siempre apoyaré tus objetivos. Sin embargo, si te nominara para el Torneo, rompería la promesa que le hice a tu madre.

—Con Torneo o sin él, llevo toda mi vida entrenando para unirme

al Sindicato, y me ganaré mi lugar entre vosotros. —La desesperación me corroe un agujero en el estómago—. Si, según tú, me apoyas en mis objetivos, ¿por qué frenarme cuando más importa?

—Razón número tres: sería una burda demostración de nepotismo.

Pongo los ojos en blanco.

—Uf, venga ya…

—Soy tu tía, Rei. Tus compañeros de clase son los únicos que saben que antes eras la mejor clasificada en el Prep del Distrito Financiero. Aunque todos ellos se pusieran de acuerdo para gritarlo a los cuatro vientos, sería inútil ahora que los resultados oficiales se han televisado. Para todos los demás, sería favoritismo.

—¿Y a quién le importan los favoritismos? —replico mientras la desesperación me clava las garras en la garganta. Detesto la impresión que debo de estar transmitiéndole en estos momentos, con los hombros temblorosos y la voz entrecortada por las lágrimas cada vez más cercanas—. Me has criado. Sabes de lo que soy capaz. Puedo ganar el Torneo. Sabes que puedo ganarlo.

La tía Minyi se acerca a mí y me envuelve en la calidez de sus brazos. Rompo a llorar sobre su hombro como una puñetera cría.

—Lo sé, cielo, lo sé.

Es la sinceridad de su voz lo que hace que mi corazón —y mis últimas esperanzas— se vengan abajo.

—Entonces, ¿por qué?

«Cuatro razones, ¿cuál será la última?».

Me acaricia la espalda y me besa en la sien.

—Lo siento mucho, Rei. Creía que ibas a quedar primera, de verdad que sí. Pero este no es el final del camino. El Torneo solo es la forma más rápida de convertirse en *maverick*. Todavía puedes solicitar un puesto de vigilante en el próximo ciclo e ir ascendiendo en la escala a base de trabajo, como tu madre…

—¿Por qué?

—Esta mañana, antes de que empezara vuestra ceremonia de

graduación, los maestros hemos recibido un mensaje de la Junta Directiva. He presentado mi propuesta en cuanto el Fantasma ha anunciado la clasificación del Prep del Upper West Side.

«El Prep del Upper West Side».

—No —le digo, de repente segura de lo que va a decir a continuación, pero aun así deseando poder negarlo.

«Que sea cualquier otro, por favor». Porque por supuesto que lo ha elegido a él, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿Quién iba a ser si no…?

—Kieran —dice ella—. He elegido a Kieran.

CAPÍTULO DOCE

Quiero dejarme llevar por la ira. Quiero darle patadas a la puerta hasta tirarla abajo, destrozar todo lo que haya a mi alcance. En vez de eso, respiro lenta y profundamente, me desenmaraño de su abrazo y doy un paso atrás.

—Gracias por tu tiempo —me obligo a decir con una voz tan firme que me asombra.

Con una única inclinación de cabeza, me doy la vuelta y me encamino hacia la puerta.

Si esto fuera un libro y yo fuera el héroe, la maestra Minyi me llamaría a gritos en este preciso instante: «¡Rei, espera! He cambiado de opinión. Deja que intente solucionarlo».

Pero no lo hace. Me observa mientras me alejo sin decir palabra, o quizá ni siquiera me mira. Estoy demasiado ocupada escapando por el pasillo de las baldosas blancas y negras como para darme la vuelta.

De repente, el agotamiento se apodera de mí. En mitad del pasillo, me apoyo contra la pared y me dejo caer al suelo. Tanto esfuerzo, tantos años, tanta mierda de esperanza y de perseverancia y lo único que obtengo es una derrota.

Cierro los ojos e intento tranquilizarme. Es cierto que hay otras formas de convertirse en *maverick*. Podría solicitar unas prácticas. Ir ascendiendo poco a poco. Hacerme amiga de la gente adecuada. Alzarme…

¡RIIIIIIIIING! ¡RIIIIIIIIIIIIIIIIIIING!

—¡Me cago en la fruta!

Me meto la mano en el bolsillo y saco el móvil con rabia.

«Número desconocido».

Seguro que es una estafa. Me llevo el teléfono a la oreja y contesto con voz sarcástica:

—Swole Patrol, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, señorita Reynolds —retumba una voz tan profunda que me perfora el alma—. Soy el director Darwin.

El teléfono se me escapa de la mano. Cae al suelo. Vuelvo a acercármelo torpemente a la oreja.

—¡Director Darwin! —digo con voz chillona—. Hola. ¿En qué puedo ayudarle?

—Disculpe que la avise con tan poca antelación, pero se requiere su presencia en el instituto de inmediato. Podemos enviarle un coche a recogerla dondequiera que esté, solo tiene que facilitarnos su ubicación.

«Joder». ¿Me habrá visto huir durante la ceremonia? ¿Va a revocarme el diploma? Agarro el teléfono aún con más fuerza.

—Señor, con el debido respeto, este no es el mejor momento…

—Señorita Reynolds, ahora mismo tengo a un invitado muy distinguido sentado en mi despacho porque desea hablar con usted. Créame, no le conviene hacerlo esperar. ¿Le envío el coche?

—No… No, señor, yo…

—Muy bien. Dese prisa, señorita Reynolds. Nos vemos pronto.

Y, sin más, cuelga.

Durante un largo instante, no soy capaz de hacer nada salvo mirar el móvil. Luego, me limpio los mocos de la nariz y recurro a la marcación rápida. Me contestan al primer toque.

—Hola, Declan. ¿Podrías llevarme a un sitio?

El timbre de la última clase suena justo cuando salgo del ascensor hacia la decimonovena planta del Prep del Distrito Financiero. Creía que ya me había despedido de este lugar, pero aquí estoy. Los alumnos de los cursos inferiores abarrotan los pasillos, pero todo el mundo me evita. Los susurros corren como la pólvora a mi paso.

Acelero.

Dentro de la zona de oficinas administrativas, la moqueta de felpa amortigua mis pasos mientras me acerco a la recepcionista.

—Disculpe, vengo a ver al director…

El director Darwin sale atropelladamente de su despacho. Agacha la cabeza para evitar golpearse con el dintel de la puerta.

—¡Ah, señorita Reynolds! Ya está aquí. —Cuando se la estrecho, su mano parece gigantesca en comparación con la mía, pero me propongo igualar la fuerza de su apretón—. Un placer, como siempre. Pase, pase.

Su fornido torso me impide la vista del despacho cuando cruzo la puerta detrás de él. Una vez dentro, me quedo maravillada ante los mapas enmarcados del antiguo Manhattan que cuelgan de las paredes, y ante las enormes estanterías que van desde el suelo hasta techo y están repletas de gruesos volúmenes forrados en cuero. El penetrante aroma a cedro y libros viejos que caracteriza a nuestro director impregna también la sala. Toma asiento tras el colosal escritorio de madera de cerezo que hay en el centro de la habitación.

—¿Un caramelo? —pregunta una voz familiar con un acento muy marcado.

Hay una figura apoyada en el alféizar de la ventana que da a Battery Park. El cabello dorado le cae por el cuello en una coleta lisa, una atroz cicatriz en forma de media luna le une la mejilla con el mentón cubierto de barba incipiente. Lleva una gabardina de color azul noche que le ondea sobre las piernas cruzadas, impulsada por una corriente de aire invisible. No deja de observarme con unos ojos brillantes y azul pálido, como diamantes traslúcidos, y al parecer impasibles a los horrores sin fin de los que han sido testigos durante su lapso de siete años como maestro del Distrito Financiero.

—Maestro Sasha, tartamudeo.

Contengo el absurdo impulso de hacerle una reverencia.

Después de haber visto y memorizado cientos de horas de metraje de sus combates, me cuesta relacionar al ariete divino que conozco con la persona que tengo sentada a apenas un par de metros.

Se saca una bolsita de caramelos del bolsillo y me la ofrece. Cojo uno y pienso que ojalá pudiera conservarlo para siempre, aunque sé que se derretirá antes de que acabe el día. Es de dulce de leche y lo saboreo, pero me llevo una grata sorpresa cuando descubro una explosión de mermelada de frutas ácida en el centro. Nunca había probado algo así. Tampoco reconozco el envoltorio.

—Te he visto en antena —dice el maestro Sasha mientras desenvuelve dos caramelos más y se los mete en la boca, uno tras otro —. Tu cara ha sido de culebrón. ¿Adónde te has escapado después?

Parpadeo. Durante una milésima de segundo, me planteo mentir, pero seguro que se huele mis patrañas antes incluso de que las suelte por la boca.

—A casa de la maestra Minyi.

—Eso pensaba. —El maestro Sasha se endereza y empieza a deambular por el despacho. El abrigo se le abre y nos permite entrever las emblemáticas cartucheras de cuero que lleva al hombro, donde se ocultan sus pistolas N.N. gemelas. Es un guerrero de sangre, violencia y astucia cruel, y no podría parecer más fuera de lugar en este despacho tan pulcro—. ¿Sabes por qué nunca te he arrestado por andar correteando por el subsuelo como una ratita?

—La maestra Minyi me permitía usar su código —empiezo mientras intento decidir cómo me hace sentir que uno de mis héroes de toda la vida me considere un roedor diminuto. Me mira con cara de no estar nada convencido—. Bueno…, sin saberlo.

—No. Ha sido por las trampas de tarta que les tendías a los mortícolas. Muy creativo, debo reconocerlo. Yo solo las veía a toro pasado, mientras patrullaba los túneles, pero lo hacías mejor que la mayoría de los *mavericks* con años de experiencia. —El maestro Sasha se acaricia la barbilla y esboza una sonrisa tan amplia que me resulta aterradora—. Pensé: «Esta ratita me tiene impresionado». Así que te dejé vagar por las alcantarillas para ver qué pasaba. Sin acceso a los Artefactos, tu número de víctimas dejaría en ridículo a los *mavericks* novatos. Eso requiere algo más que talento. Requiere sutileza. Y un cierto fuego.

Ayer, no habría cabido en mí de satisfacción al oír esas palabras de boca de un maestro. Pero, ahora, me suenan huecas. Me miro los pies.

—Gracias, señor.

—Uf. Tu humildad es tan exasperante como lo era la de tu padre. —Su enorme mueca se transforma en una sonrisilla triste—. Aunque no sea más que teatro, esperaba que a estas alturas Minyi ya te la hubiera sacudido de encima.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Conocía a mi padre?

—Claro que sí. Fue el conservador más sabio que los Archivos

tendrán jamás. Al principio, nadie sabía cómo se utilizaban los Artefactos. El trabajo de Ru Chen fue pionero, a pesar de que duró poco. Y no le hizo falta hacerse con el primer puesto en un instituto privado pijo.

—Creo que lo que el maestro Sasha está intentando decirle —interviene el director Darwin— es que puede que sus calificaciones en los exámenes no hayan sido las que esperaba, pero que sí ha sido la número uno durante seis años consecutivos.

—Aunque no lo hubieras sido —insiste el maestro Sasha—, trabajar mucho es una cosa. Trabajar con inteligencia, otra. Pero ¿las dos a la vez? —Se inclina y me planta un dedo delante de la cara—. Así es como se llega a la cima. Y creo que, además, tienes lo que se necesita para mantenerse en ella.

Algo se agita en lo más profundo de mi ser, como unas cenizas que comienzan a prenderse.

—Rei Reynolds —anuncia el maestro del Distrito Financiero—, te he elegido mi campeona para el Torneo.

Me agarro al borde del escritorio del director para estabilizarme.

—¿Quiere que sea su candidata? —pregunto con una risa temblorosa.

—No. —Los ojos de diamante le refulgen—. He dicho campeona.

Aturdida, me tomo unos segundos para sopesar lo que significará todo esto: representar al maestro Sasha en el Torneo y, si todo sale como él ambiciona, puede que también más adelante. «*Maverick* Rei del Distrito Financiero». Me pregunto qué diría mi tía Minyi. Y, ahora que la menciono…

—¿Cómo sabe que la maestra Minyi no me ha nominado ya?

Con una resoplido burlón, el maestro Sasha empieza a desenvolver otro de los caramelos que lleva en el bolsillo y se lo mete en la boca.

—Ese chico, el tal Cross, es su favorito desde hace mucho tiempo. Aparte, recibimos una notificación con la elección de cada maestro. —Cuando nota que me he quedado inquietantemente callada, se interrumpe—. ¿Pasa algo?

Las palabras de mi tía Minyi me rebotan en la cabeza. «Kieran está pasando por una situación difícil. Solo le estoy echando una mano para que corrija algunos errores. Es un ayudante temporal, nada más».

Todo mentira.

Niego con la cabeza y me obligo a concentrarme en lo que tengo justo delante en estos momentos: una oportunidad. Una segunda… No, una tercera oportunidad.

El maestro Sasha me tiende la mano, esperando a que acepte su oferta.

Pero dudo.

—Quieres saber por qué te he elegido a ti y no a los que han quedado segundos o terceros —afirma.

Asiento con la cabeza.

Se acerca y baja la voz hasta convertirla en un susurro:

—Roland.

Me quedo boquiabierta.

—¿Roland?

—El muy capullo me contó lo que le dijiste hace unos días. —Se le ensombrece la expresión—. Tenías razón. Un maestro nunca debe perder de vista para qué y contra quién se alza. A algunos ya les ha ocurrido. ¿Te pasará lo mismo a ti?

Me pongo en pie y le tiendo la mano. El apretón del maestro Sasha es implacable. Aún no me ha soltado cuando, sin poder evitarlo, se me escapa una suave carcajada.

La cicatriz le baila, divertida.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Estaba pensando en cómo reaccionará Roland cuando se entere de que me ha elegido gracias a él. Se va a cabrear mucho cuando…

—No se va a cabrear.

Mi sonrisa vacila ante la repentina aflicción que refleja el rostro

del maestro.

—¿Por qué no?

El dolor le relampaguea en los severos ojos azules. Puede que al final los diamantes sí puedan romperse.

—Roland. Está muerto.

CAPÍTULO TRECE

Justo a las doce en punto, veinte ilusionados candidatos esperarán ante la puerta de los Archivos para comenzar la primera fase del Torneo. Soy la séptima en llegar a la majestuosa mansión de ladrillo rojo y columnas de piedra blanca. Alrededor del bíceps izquierdo, luzco el brazalete azul noche marcado con el escudo del Prep del Distrito Financiero que el maestro Sasha me entregó después de nuestro encuentro.

Unas redes fulgurantes de luz roja encierran la mansión en un gigantesco e impenetrable cubo de muerte, pues poseen la energía necesaria para freír a los mortícolas —y a los humanos— y reducirlos a cenizas. La única manera de superarlo es a través de una entrada rectangular vigilada por unos guardias de seguridad que te reciben justo antes del patio armados con unos enormes rifles de asalto. Aunque la electricidad muere con el anochecer, los Artefactos no, y los mejores innovadores del Sindicato han descubierto una forma de recolectar un pequeño suministro de la energía de estos para salvaguardar nuestros activos más valiosos una vez que se pone el sol.

En cuanto un guardia me escanea la cara y las huellas dactilares, subo el corto tramo de escalones de piedra que lleva al patio. De los seis competidores que ya han llegado, reconozco a tres. Solo una de ellas ha sido la mejor de su instituto: Yuna Park, del Prep del Flatiron. Según mis investigaciones, era un prodigio del taekwondo. Por no mencionar que este año ha liderado al equipo que ganó el gran premio en el concurso anual de ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas que patrocina el Sindicato.

Una de las personas que no reconozco se me acerca con una sonrisa relajada.

—Hola, soy Everly. Elle. Soy le nominade del Prep del Midtown.

Le estrecho la mano.

—Rei Reynolds. Encantada de conocerte.

Everly señala a los otros competidores.

—Ese chico de ahí es Langston, del Soho, y Clover es del Prep del Upper East Side, ella.

Un joven de piel broncínea, con un brazalete de color esmeralda

alrededor del bíceps y el pelo negro peinado al estilo *sponge twists* levanta una mano. A su lado hay una morena bajita y pálida con la cara llena de pecas y una sonrisa preciosa. Me dedica una rápida señal de la paz antes de volver a su conversación con una chica despampanante y con las piernas kilométricas. Esta última tiene la piel marrón oscuro, casi negra, y salpicada de manchas más claras.

—Esa es Mia, del Prep de Harlem. Si te suena de algo, es porque la has visto en los carteles de Times Square. Es modelo.

Everly señala con la cabeza a los otros dos nominados, que permanecen sumidos en un silencio sepulcral, cada uno en una esquina del patio.

—Esos dos capullos no se han dignado a interactuar conmigo, así que no tengo ni idea de cómo se llaman. Supongo que tendremos que averiguarlo en el campo de batalla.

Sonríe con ganas.

—¡Rei! —exclama una voz a nuestra espalda. Cuando nos giramos, vemos a Anika subiendo las escaleras a saltos, con la cara iluminada por una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Cómo me alegro de verte aquí! Menos mal que tienes a tu tía, ¿eh?

Me obligo a sonreír.

—En realidad, ha sido el maestro Sasha quien me ha nominado.

—¡Anda! —Las cejas se le ocultan tras el flequillo—. Entiendo. Eso es… genial. ¿Lo conociste a través de tu tía?

Exhalo un suspiro teatral y dejo la mirada perdida en el horizonte.

—No. Por lo que se ve, llevaba bastante tiempo siguiendo mis avances. Ya sabes cómo son estas cosas.

Anika me lanza una mirada curiosa que no alcanzo a descifrar del todo.

—Total. —Se vuelve hacia Everly y, con voz alegre, exclama—: ¡Hola!

Everly, que tiene una expresión cada vez más divertida en la cara, no nos ha quitado ojo durante toda la conversación.

—Deduzco que os conocéis, ¿no?

Con aire juguetón, choco mi brazalete contra el de Anika.

—Sí. El mismo instituto. Anika, te presento a Everly, del Midtown. Su pronombre es elle.

—Encantada de conocerte —responde Anika mientras le estrecha la mano.

Desvía la mirada hacia la escalera por la que ya están subiendo otros competidores. Una lleva una cazadora de cuero cubierta de un número gratuito de pinchos de metal, mientras que otra, por raro que parezca, se pasea por ahí vestida con un *kigurumi* de ratón, un bonito y cálido pijama de una sola pieza. Con mi camisa y mis pantalones negros, me siento extrañamente mal vestida para la ocasión.

Un minuto antes del mediodía, han llegado todos los competidores menos uno. Mientras todos los demás se reúnen junto a la puerta, yo me quedo rezagada, observando la calle en busca del candidato de la maestra Minyi.

¿Kieran ha abandonado?

¿Quiero que lo haga?

Al otro lado de la calle, una brisa corre entre los árboles de Central Park. Miro la hora en el móvil. Ni rastro de él.

Entonces, cuando el reloj me indica que solo quedan diecisiete segundos, una mancha aparece en el horizonte de la Quinta Avenida con la calle 102 Este. Un chico en una maltrecha bicicleta azul se dirige hacia nosotros a una velocidad de vértigo.

Quedan diez segundos. «No va a conseguirlo», pienso.

Se detiene con un frenazo chirriante delante de la mansión. La bicicleta se estampa contra la acera mientras él esprinta y se lanza hacia la entrada electrificada. Unas motas de caucho incineradas caen al suelo desde las suelas de sus zapatos cuando, un instante después, se sella a su espalda.

Todo el mundo mira a Kieran de hito en hito mientras se pasa una mano por el pelo alborotado y se acerca a mí con paso tranquilo.

—Hola —dice.

—Ho-la, chico —responde la muchacha de la chaqueta de pinchos antes de que me dé tiempo a contestarle.

Lo mira de arriba abajo con una sonrisa tan lasciva que hace que me arda la cara.

Resulta evidente que Bastian Guerra, el mejor clasificado del Prep de Tribeca, no comparte la opinión de la joven. Se ajusta los gemelos de oro y frunce la nariz mirando hacia la bicicleta de Kieran, un gesto que le confiere un notable parecido con un carlino.

—Menudo pedazo de chatarra.

Como obedeciendo una señal, el sol se abre paso entre las nubes e ilumina la destartalada bicicleta de Kieran. El deslumbrante estallido de luz resalta su multitud de abolladuras, arañazos y trozos de pintura desconchada, como si estuviera diciendo: «Pruébame». Kieran se limita a sonreír.

La puerta de la mansión se abre y un hombre de una palidez extrema, vestido de blanco y con la cabellera dorada sale con aire cansado a la luz del día, como si fuera un ángel poco entusiasta. Le echa un vistazo a su reloj de pulsera mientras sostiene en las manos una taza de café del tamaño de un cuenco.

—Soy el señor Humphreys, uno de los conservadores adjuntos —dice arrastrando las palabras—. Como ya es oficialmente mediodía, pueden pasar al interior de los Archivos. —Después, casi para sus adentros, masculla—: O no, a mí no podría darme más igual.

Tras esta cálida bienvenida, entramos en silencio y uno a uno en la mansión, donde nos reciben muchos más guardias. En lugar de rifles normales, estos llevan elegantes pistolas paralizantes de última generación que zumban con una electricidad letal.

—Buenas armas —grita alguien. Es el puercoespín humano de la cazadora de cuero. Nos dedica una sonrisa diabólica al resto. Junto con su nariz torcida, es una mueca que la convierte en alguien difícil olvidar: Taz Diaz, la mejor clasificada del Prep de Chelsea. Dobla el brazo y saca músculo—. Pero no tan buenas como estas.

Tim, el bruto que superó a Kieran en su instituto, estalla en carcajadas. Cada una de sus risotadas resuena como un cañonazo contra las paredes de arenisca.

—¿A eso lo llamas «buenas armas»?

Flexiona los dos brazos. Son casi el doble de anchos que su cabeza.

Kieran, que no sé muy bien cómo se ha colocado a mi lado, pone los ojos en blanco con tantas ganas que los iris le desaparecen por completo.

Taz intenta parecer poco impresionada.

—Ya sabes lo que se dice del cerebro contra la fuerza bruta.

Espero una réplica vulgar por parte de Tim, pero se limita a dedicarle una sonrisa escalofriante que lo dice todo. Ha sido más inteligente que todos los demás alumnos del Prep del Upper West Side, entre ellos Kieran, que lleva un minuto mirándome de reojo como si no me diera cuenta.

—¿Te alegras de verme? —murmuro mientras el señor Humphreys nos guía por unos pasillos largos y sinuosos repletos de talleres y de laboratorios de investigación en los que los eruditos se afanan por desentrañar los secretos de los Artefactos.

—Siempre. ¿Qué has hecho para conseguir que el maestro del Distrito Financiero te escoja? —pregunta Kieran.

—No he hecho nada para «conseguir» que el maestro Sasha me escoja. Él ha querido escogerme.

—No se lo reprocho, pero… —Menea las cejas arriba y abajo—. Es un pelín mayor para ti, ¿no crees?

Ojalá Kieran hubiera llegado tarde. Le replico con un siseo:

—Al menos sería lo bastante maduro como para hacer frente a los problemas de su relación en lugar de huir de ellos como un cobarde infantiloide.

—Bien, ya hemos llegado, ¡cierren todos el pico! —vocifera el señor Humphreys.

Nos detenemos ante una intimidante puerta doble de acero blindado, de esas diseñadas para resistir impactos balísticos. Y mortícolas, por supuesto.

No le doy a Kieran la oportunidad de responder, sino que serpenteo entre el resto de los competidores hasta colocarme al frente

del grupo y por fin me deshago de él.

—Bienvenidos al carrusel —proclama el señor Humphreys—. Detrás de esta puerta se encuentra nuestra colección de Artefactos. En estos momentos, hemos puesto cincuenta de ellos a su disposición para el Torneo. Cuando entren, cada uno de ustedes tendrá diez minutos para elegir un único Artefacto que le ayude durante la competición. Se les entregará al inicio de cada misión y tendrán que devolverlo nada más terminarla. Una vez que hayan hecho su elección, deberán comunicársela a los administrativos.

Everly levanta la mano.

—¿Cómo va a decidirse el orden?

La sonrisa del señor Humphreys es lánguida.

—Ah, aquí el primero que entra es el primero que elige.

Intento acercarme más a la puerta, pero otra chica me bloquea el paso. Me pisa los dedos del pie con una bota de tacón alto y el dolor me hace soltar una palabrota. Enarca una ceja con gesto altivo y frunce los labios rojos como la sangre. Noëlle Cartier, la mejor clasificada de la ceremonia a la que ninguno de sus compañeros fue a felicitar. Ahora entiendo por qué. En lugar de darle una patada en la espinilla, le dedico una sonrisilla inquietante, a lo Tim. Retrocede un poco y eso me proporciona el espacio justo para colarme delante de ella.

Mientras el señor Humphreys introduce una serie de códigos y se somete a varios escáneres biométricos para desbloquear la puerta, me embarga la emoción. Hace años que pienso en qué Artefacto debería elegir. Quizá el Mazo Lexow, que, cuando lo estampas contra el suelo, ralentiza durante tres segundos la embestida de cualquier enemigo. O puede que la Medusa del Museo de Historia Natural, que se ilumina cuando hay algún enemigo cerca. O incluso la Batuta de Bernstein, que hace salir a los mortícolas a la luz si diriges una pieza de Gershwin.

Bip.

La puerta se abre de golpe y derrama la gloria escarlata del carrusel sobre el pasillo.

Nos precipitamos hacia el interior como una manada de lobos hambrientos, pero el señor Humphreys levanta una mano. Nos

quedamos paralizados. Bajo la luz roja, los ojos le brillan como si fuera un demonio.

—Una última cosa —gruñe mientras desenvaina una porra eléctrica que había mantenido oculta hasta ahora en una de sus voluminosas mangas. La enciende con un clic amenazador y el garrote negro sisea y escupe electricidad hacia el techo—. Nada de correr dentro del carrusel.

Cuando entramos, la mayoría no podemos evitar dedicar un instante a admirar la sala. Dado que, por motivos de seguridad, nunca se han hecho públicas ni fotografías ni grabaciones de la disposición del carrusel, esta es la primera vez que vemos el legendario hogar de los Artefactos. Unas lámparas rojas y furiosas bordean el techo y nos bañan el rostro en un fuego infernal. Mitad galería, mitad almacén de curiosidades, la habitación contiene tres anillos concéntricos en los que los Artefactos planean sobre el suelo mientras giran en direcciones alternas, como caballitos en un carrusel. Cada uno de ellos está envuelto en una esfera de luz dorada sin cerradura ni pestillo a la vista.

No tenía ni idea de que estaría tan oscuro. Pero tiene sentido. Los conos y los bastones de los ojos humanos tardan bastante —horas, incluso— en adaptarse por completo a la oscuridad, y lo último que necesita cualquier *maverick* es tener que elegir un Artefacto y luego salir en plena noche con la visión mermada. De ahí la luz roja de menor longitud de onda que ilumina el carrusel.

Me dirijo de inmediato hacia el anillo exterior. No tengo forma de saber con qué Artefactos me toparé ni dónde estarán situados. Esos registros son confidenciales. Sin embargo, como todo buen alumno, he memorizado a conciencia el nombre, el aspecto y la habilidad de hasta el último de ellos. Los reconozco todos a primera vista: el Colmillo de terracota esmaltada de la fachada del edificio Flatiron; el brillante Medallón de la Comisión de Taxis y Limusinas de Nueva York; la señal verde y blanca de la avenida 6½ en el cruce con la 52. Sopeso los pros y los contras de todos ellos. El Colmillo del Flatiron te agudiza en extremo un sentido a cambio de la disminución temporal de otro. Y, mientras que el Medallón aumenta tu velocidad de reacción para ayudarte a esquivar cualquier ataque, la Señal de la avenida 6½ te permite teletransportarte cuatrocientos metros en cualquier dirección que elijas.

Ojalá supiera en qué consistirán las tres misiones.

—Las misiones cambian cada año —me explicó el maestro Sasha mientras esperábamos en la cola de la heladería del barrio a la que insistió en llevarme después de sellar nuestro trato en el despacho del director Darwin—. Así que es imposible que te prepares. Como en el mundo real. ¿Te gusta el de masa de galletas de chocolate?

—Eh… Sí, claro —contesté, distraída por todas las miradas que sentía clavadas en nosotros. El maestro Sasha, por el contrario, hacía caso omiso de toda aquella atención con gran soltura, concentrado como estaba en los abundantes sabores de helado que se exhibían tras la vitrina—. ¿No podría darme alguna pista?

—¿Una pista? —dijo tras pedir dos bolas extragrandes en cono de gofre.

—Sí.

—¿Necesitas una pista para ganar?

Parpadeé.

—No, pero…

—Bien. —Me dio mi helado—. Ahora, come.

Y ese había sido el fin de la conversación.

Langston pasa a mi lado con una bolita de luz escondida entre las palmas ahuecadas. No es el único que se dirige ya hacia los mostradores. ¿Cómo es posible que los demás hayan elegido tan rápido? A no ser que se hayan topado con un Artefacto tan poderoso que no hayan tenido que pensárselo dos veces…

El aire se llena de gritos. En el anillo central, estalla una pelea a puñetazos entre Taz y Clover, que luchan por el mismo Artefacto. El señor Humphreys se abalanza sobre ellas con la porra eléctrica. Dos descargas y ambas competidoras caen al suelo mientras las extremidades se les retuercen en una danza macabra. El Artefacto en cuestión queda confiscado.

¿Cuánto tiempo nos queda? Me muerdo el labio. Estoy a punto de encaminarme hacia el anillo interior cuando, por el rabillo del ojo, veo un destello. Vuelvo la cabeza hacia él.

Es un Artefacto. Y… me está siguiendo.

Tras comprobar que nadie más se ha dado cuenta, me acerco a él a toda prisa y me doy cuenta de que es uno que ya había descartado. Una ficha para el metro, no más grande que una moneda de diez centavos, con una Y recortada en el centro. Antes del Desvanecimiento, ya hacía décadas que no se usaba, desde que los neoyorquinos se pasaron a las MetroCards y a los pagos sin contacto, y ahora tampoco se utiliza: de todos los Artefactos, este es el único cuyas habilidades aún se desconocen…, quizá ni siquiera existan.

La minúscula moneda de latón se acerca y me golpea el pecho varias veces.

—Me estás eligiendo —susurro.

Despacio, con gran reverencia, la cojo. En cuanto rozo con los dedos la superficie de la esfera, la Ficha que contiene resplandece como el oro puro. La pátina envejecida se esfuma y deja la superficie tan brillante como si fuera nueva. Un calor extraño me brota por toda la piel.

Pero que parezca que la Ficha me ha escogido no significa que yo deba escogerla a ella. Tengo que elegir un Artefacto excepcional. Optar por este debería ser inconcebible. Por lo que recuerdo, solo se ha sacado prestado de la colección una vez a lo largo de casi catorce años. Si ningún erudito ha sido capaz de averiguar qué hace, ¿qué posibilidades tengo yo de descubrirlo?

—Quedan dos minutos —dice el señor Humphreys con voz monótona desde algún rincón de la penumbra.

Solo quedamos cuatro competidores dentro del carrusel, zigzagueando entre los anillos, aún buscando. Oigo que alguien se me acerca por la espalda. Giro la cabeza. Es la chica del pijama de ratón. Me fulmina con la mirada, con un brillo satánico en los ojos a la luz de las lámparas. De repente, me fijo en la cola escamosa y rosada que arrastra tras ella. No es un ratón. Es una rata.

Acelero el paso.

Pero enseguida freno en seco ante un tesoro aún sin reclamar grabado en oro.

El Mapa de Randel.

Se me encoge el corazón al pensar en Roland. ¿Habrá sido él el último en usarlo? Estiro la mano para coger el Artefacto, pero

retrocede hasta quedar fuera de mi alcance y la esquina del pergamino señala la Ficha que llevo en la otra palma. Si no la devuelvo, no puedo llevarme el Mapa de Randel. Aún no me he decidido entre los dos, cuando la niña rata se planta delante de mí y me arrebata el mapa delante de las narices.

—¡Oye! —exclamo, pero ya es demasiado tarde.

Suelto un taco, el arrepentimiento me revuelve el estómago.

—Quedan diez segundos —anuncia el señor Humphreys.

Los mostradores de administración están al otro lado de la sala. No tengo elección. Corro hacia ellos. Un Artefacto inútil es mejor que ningún Artefacto.

Apenas me faltan unos metros para conseguir asegurarme la Ficha cuando un furioso crepitar de electricidad inunda la atmósfera. El señor Humphreys aparece de la nada con una sonrisa maliciosa y la porra eléctrica apuntándome directamente a la cara.

«Nada de correr dentro del carrusel».

Cuando recuerdo su advertencia, ya es demasiado tarde. El terror se apodera de mí. Intento esquivar la estocada, pero está demasiado cerca y es demasiado rápido. Me llevo la Ficha al pecho para protegerla, cierro los ojos con fuerza y me preparo contra el dolor…

Con un BUM estremecedor y un estallido de cristales, el mundo explota en un fogonazo de oro cegador.

Y luego todo se vuelve negro.

CAPÍTULO CATORCE

Me despierto con el dulce aroma del jazmín y con mi madre inclinada sobre mí tendiéndome una taza humeante de infusión de miel y limón.

—Toma —me dice—. Bébetela.

Tiene la cara vuelta hacia la ventana. Su collar —mi collar— desprende reflejos dorados a la luz mortecina del día.

Bebo un sorbo. Me alivia la garganta y me llena las venas de calor líquido. Suspiro, dejo la taza vacía en la mesilla y me acurruco más entre las sábanas, con los ojos ya casi cerrados.

Oigo el roce de sus zapatillas sobre la alfombra. Sus pasos son tan ligeros como si el suelo fuera el lomo de una bestia y temiese despertarla. Algo húmedo me gotea en la cara cuando me da un beso en la frente y me susurra:

—Ya vienen.

Abro los ojos de golpe. Su rostro se cierne a escasos centímetros del mío, reluciente de sangre, con cuatro marcas de garras tiñéndole de escarlata las dos mejillas. La mitad de su mandíbula no es más que un cráter enorme, rodeado por el contorno de unos dientes que le han desgajado los labios y el cuello. La sangre le resbala por la barbilla y me cae en los ojos, me ciega mientras intento gritar, escapar, olvidar aquella noche en la que, mientras un monstruo la devoraba entera, yo solo podía chillar…

Me rodea la garganta con las manos. Me las clava en la piel, frías y punzantes, como cadenas de metal.

—No permitas que te lo quiten jamás —sisea mientras forcejeo bajo su peso, cada vez más cerca de perder la conciencia—. ¡Jamás!

Me arranco de la pesadilla con un grito ahogado. Mi mente está totalmente acelerada, pero mi cuerpo continúa blando de sueño, ajeno por completo a la pesadilla tan reciente, violenta y vívida que me ocupa el cerebro. Durante un minuto, permanezco tumbada en la oscuridad, sin moverme salvo para tocar el talismán que llevo colgado al cuello y trazar las crestas y los surcos del carácter. *Shân.*

Tardo demasiado en darme cuenta de que la almohada que tengo bajo la cabeza me resulta desconocida. Me incorporo de golpe y me palpo a tientas en la oscuridad. El pijama que llevo tampoco me pertenece.

Rebusco en mi memoria. Voy corriendo hacia el mostrador, el buitre vestido de blanco se abalanza sobre mí. La porra eléctrica. La explosión dorada. En cuanto al resto, no recuerdo nada.

Con cuidado, me levanto de la cama para investigar. Rozo el frío suelo de linóleo con los pies descalzos y entonces se oye un zumbido suave a mi izquierda. Un panel rectangular se abre en la pared y colma de luz púrpura la austera y compacta habitación. No hay donde esconderse y es demasiado tarde para fingir que sigo dormida. Cojo el objeto más cercano que encuentro para usarlo como arma y me coloco en posición de combate.

Mi tía entra en la estancia con una taza en la mano. Las franjas de luz que parpadean a lo largo del techo le bañan el rostro en un inquietante añil amoratado. Se detiene en seco.

—Ten piedad, oh, Ser Temible —dice al fin mientras contempla la almohada que blando en lo alto con fiereza. Me tiende la taza—. ¿Una infusión?

Arrugo la nariz ante el tenue aroma a limón y miel. Sacudo la cabeza con vigor. No mientras el rostro mutilado de mi madre siga rondándome en la mente. Además, esto se parece demasiado a una disculpa tácita que no estoy de humor para aceptar.

La tía Minyi se sienta en el borde de la cama. Ahora me percato de que, a su lado, hay una prenda negra pulcramente doblada y que,

sobre ella, descansa mi brazalete del Prep del Distrito Financiero.

—¿Sabes dónde estás?

—¿En el Santuario?

—Así es. Por lo general, solo el personal esencial y los arietes tienen acceso a estas instalaciones, pero, como es costumbre durante el Torneo, hemos hecho extensiva nuestra hospitalidad tanto a ti como a los otros diecinueve competidores. Al menos, hasta que quedéis eliminados.

—¿Cambiarán las reglas de eliminación ahora que el número de participantes se ha doblado?

—Lo descubrirás al mismo tiempo que los demás, durante el desayuno, junto con las instrucciones para la primera misión.

—¿Y qué haces tú aquí? —pregunto.

—Acabo de terminar mi turno. Me he enterado de lo que pasó ayer en el carrusel y quería hablarlo contigo en privado primero.

—Lo sé, lo sé. Tendría que haber escogido algo mejor. Tendría que haber elegido el Mapa de Randel o algo así…

—Me refería a cuando el señor Humphreys intentó interceptarte cerca de los mostradores y de repente… —Extiende los dedos con brusquedad hacia fuera—. Bum. Él sufrió quemaduras de primer grado y una conmoción cerebral leve, aunque ya está bien, claro. Sin embargo, tú saliste completamente ilesa.

Habría tenido más suerte descifrando una ilusión óptica que la expresión de mi tía. La sonrisa agradable de sus labios discrepa con la seriedad con la que frunce el ceño. Capto una decena de señales contradictorias en sus facciones y no soy capaz de discernir cuál de ellas es real y cuál no.

—Creía que el estallido lo habría provocado la intervención de alguien que consideraba que el señor Humphreys estaba yendo demasiado lejos.

—No intervino nadie, Rei.

—Espera, ¿estás insinuando que la explosión la causé yo? —Niego con la cabeza—. No pretendía hacerle daño al señor Humphreys, lo

juro.

—No, no quería decir eso —me tranquiliza mi tía—. Teniendo en cuenta que estabais en el carrusel rodeados de Artefactos, es imposible saber con exactitud quién o qué provocó la explosión.

—¿Podría haber sido la Ficha? —me arriesgo a preguntar.

Me toca el hombro.

—Intenta no hacerte demasiadas ilusiones, Rei. Existe una razón por la que, de entre centenares de eruditos, ninguno ha dado en el blanco con ese Artefacto en concreto.

Las luces del techo comienzan a parpadear, acompañadas de un tintineo similar al de una campana.

Mi tía se levanta.

—Ese es tu despertador. Tienes que reunirte con los maestros para desayunar dentro de quince minutos, así que cámbiate. Ah, y espero que te guste la tostada —añade con una sonrisa evasiva.

La sigo hasta la puerta, desconcertada.

Se gira hacia mí justo antes de irse, su expresión se transforma en una nueva máscara en un abrir y cerrar de ojos.

—Una última cosa, Rei: no le cuentes a nadie lo que hemos hablado aquí. Ni siquiera a Kieran. Y, sobre todo, al maestro Sasha.

Apenas oigo la segunda parte, puesto que el dolor de la puñalada de sus mentiras vuelve a invadirlo todo cuando menciona a Kieran. Bajo la mirada hacia el suelo, con un nudo en el estómago.

—Tía Minyi, espera…

Pero ya se ha ido.

En el desayuno, no hay desayuno. Al menos para nosotros.

Tres maestros ocupan la mitad de una mesa redonda sobre la que alguien ha desplegado un opíparo banquete. Observan a los veinte adolescentes con los nervios de punta que esperan sentados codo con codo y apelotonados frente a ellos, como una cadena de dinamita a punto de estallar a la menor chispa.

Sudo en silencio bajo mi nuevo uniforme del Torneo, que es idéntico al de todos los demás salvo por el nombre que lleva grabado en vertical a lo largo de la manga izquierda, por encima del brazalete del Prep del Distrito Financiero. Se parece a un exotraje, pero en el centro del pecho y de la espalda lo han equipado con sendos discos circulares que emiten una luz verde.

Estoy atrapada entre Anika y Bastian, el primer clasificado que se mofó de la bici de Kieran, el que tiene cara de carlino. No aparta los ojos saltones de la torre de rollitos de canela glaseados. Se le cae un poco la baba.

—Ah, el olor de la sed de sangre —musita la maestra de Tribeca, una mujer fornida con una cresta de pelo de color rojo fuego.

Cruza los voluminosos brazos sobre el pecho y se recuesta contra el respaldo de la silla, de manera que las patas delanteras del mueble quedan suspendidas en el aire de forma precaria. De la cadera le cuelga una pistola N.N. modificada, convertida en un arma de tres cañones gorda y gruesa como un puño.

—A mí me huele a beicon, maestra Eliza —bromea un hombre de ojos bondadosos y el pelo rizado y con canas en las sienes.

Es el maestro Hasán, del Midtown, el mayor de todos los que ocupan ese cargo. Sin embargo, bajo unos modales amables, se oculta su verdadera letalidad.

—No, yo también la huelo —interviene el maestro Sasha.

Me resulta chocante verlo, sobre todo porque ni siquiera se digna a reconocer mi presencia. Ya me advirtió que, aunque sea el maestro que me ha elegido, no debía esperar nada de él durante el Torneo más allá de la propia nominación. Es lo justo para con los números uno, que se han ganado su sitio a esta mesa gracias a sus calificaciones.

Todos observamos al maestro Sasha, muertos de hambre, mientras corta un huevo escalfado con una única y diestra estocada. A propósito, deja que la yema rota gotee sobre la tostada con la mayor lentitud posible. Bastian gime en voz alta. Al maestro Sasha le entra la risa.

La puerta principal se abre justo en ese instante. Nick Valentine entra vestido con un traje de terciopelo de color burdeos. Nos lanza una sonrisa tan pícaramente encantadora que incluso Tim se sonroja.

—Buenos días, competidores. Necesito dos voluntarios. ¿Alguien se ofrece?

Todos levantamos la mano.

Escoge a Noëlle y a Everly.

—Ponte contra esa pared, por favor —le pide a Noëlle. Mientras la chica obedece, el maestro rebusca en su americana y le entrega una pistola a Everly—. Ahora, pégale un tiro.

Everly manipula el arma con torpeza durante unos segundos. Pero, antes de que la conmoción haya terminado de apoderarse por completo de algunos de nosotros, levanta el brazo y dispara a bocajarro contra el pecho de Noëlle.

Varios de los competidores se estremecen, pero ella, con expresión imperturbable, ni siquiera pestañea. Por desgracia, tampoco se desploma, sino que la luz de su disco parpadea y cambia del verde al rojo.

Valentine le da a Everly una jovial palmadita en la espalda.

—Espléndida puntería. En esta misión, a cada uno de vosotros se os asignará uno de estos dos papeles: invasor —anuncia mientras le quita la pistola a Everly de entre las manos y la levanta en el aire con gesto teatral para que todos la vemos— o evasor. —Con una floritura, nos muestra las tres banderas de colores brillantes que le cuelgan del cinturón como si fueran el último grito en moda otoñal—. También tenéis dos objetivos: acumular el mayor número posible de banderas y evitar a toda costa que os disparen. Dentro de una hora, cada bandera que tengáis en vuestro poder valdrá un punto.

—Entonces, ¿solo se les proporcionarán armas a los invasores? —interrumpe alguien.

En la manga del uniforme de la participante que ha hablado se lee DAWN CHO. Tardo un instante en reconocer a la chica que ayer me arrebató el Mapa de Randel. Hoy no lleva puesto el pijama de ratón, pero se ha recogido el pelo en dos bonitos moños espaciales que no consiguen disimular en absoluto su escasa estatura. Está claro que es la más menuda de todos los competidores, pero, a juzgar por la ferocidad de su mirada, no podría darle más igual. Mi hermana siempre me dice que es con las personas bajitas con las que más cuidado hay que tener, puesto que su cuerpo no es capaz de contener el alcance de su rabia.

—Correcto —responde Valentine—. Y sé lo que estáis pensando: «Entonces, ¿por qué iba nadie a querer ser evasor?». Para compensar esa ventaja, los evasores recibirán tres banderas al inicio de la misión, mientras que los invasores recibirán solo una. Todas estarán marcadas con vuestras iniciales. Si los evasores consiguen eludir a los invasores y conservar sus banderas hasta el final de la misión, el valor de cada una de ellas se triplicará.

En ese momento, un trío de camareros entra cargando bandejas llenas de vasos de cristal con un dedo de un líquido ambarino. Empiezan a repartirlos entre todos los candidatos. Un camarero distinto trae los vasos para los maestros y Valentine. No puedo evitar fijarme en que Tim recibe el doble que los demás. Se regodea.

—Menudo mamón —murmura Anika en voz baja. Me da un golpecito con la rodilla por debajo de la mesa—. Puedes estar segura de que le pegaré una buena paliza a la primera oportunidad que se me presente.

—Ponte a la cola —le contesto también en un susurro.

—Hay tres formas de quedar eliminado —continúa Valentine—. En primer lugar, y como es obvio, recibir un disparo. Los límites del terreno de juego estarán muy bien definidos. Si los atravesáis, también quedaréis descalificados. Por último, cualquier candidato que no termine la misión con una de las diez mejores puntuaciones también será eliminado.

La incredulidad se apodera de la sala. En circunstancias normales, solo tres candidatos quedarían expulsados en la primera misión. Me esperaba que ese número de se duplicara, al igual que se ha duplicado el de participantes, pero, por lo visto, tienen intención de meter la tijera… y rápido. Todos los sentados a la mesa nos miramos unos a otros, y ahora nos vemos con otros ojos.

Valentine sonríe ante el repentino cambio de atmósfera.

—Ah, y una última cosa. Si un compañero os alcanza y el disco de vuestro exotraje se torna rojo, le cederéis todas las banderas y puntos que poseáis en ese momento.

—Hoy no se alzarán ni los fuertes ni los listos —proclama el maestro Hasán—. Solo una combinación de esas dos características os permitirá prevalecer.

—El Torneo es vuestro escenario —añade la maestra Eliza—. Año

tras año, su retransmisión internacional supera todas las demás. Os jugáis algo más que un simple trofeo o un título. Quien gane —dice mientras nos mira uno por uno— podría determinar la supervivencia de esta ciudad.

Valentine levanta su copa. Los candidatos lo imitamos, aunque con inquietud.

—Todo el mundo os está mirando. Os observan con la esperanza de que alguien guíe Manhattan y a toda su gente hacia la liberación, y así un día podamos abrir de nuevo nuestras fronteras al mundo.

—Además, es un entretenimiento maravilloso —añade el maestro Sasha—. Para nosotros.

—En efecto, no os perderemos de vista —afirma el maestro Hasán con una sonrisa burlona—, como tampoco lo harán el resto de los miembros del Sindicato, incluidos los directores. Todos y cada uno de los que estáis sentados en esta sala tenéis el potencial de convertiros en *maverick* con un mero chasquido de sus dedos… Pero, para que eso ocurra, debéis probar que sois dignos.

El entusiasmo me corre por las venas.

—Ha llegado el momento —dice Valentine—. Demostradnos que tenéis lo que hay que tener para convertiros en uno de los nuestros. Para alzaros y, sobre todo, para defender al pueblo de Nueva York. Porque, allá donde haya mortícolas…, ¡habrá campeones!

—¡Habrá campeones! —coreamos todos antes de brindar.

Me atraganto al instante. Las toses invaden la sala mientras los demás participantes tratan de no vomitar la bebida, insoportablemente amarga. Ni siquiera la estirada de Noëlle es capaz de evitar las arcadas. Los maestros nos observan sin inmutarse. Tal vez sea un gusto adquirido… Un gusto que es pura mierda.

—Entonces, ¿decidimos quién es invasor luchando entre nosotros o…, o qué? —pregunta Tim.

Se le entrecorta la voz. Mira su vaso vacío y hace una mueca. No me extraña, yo también tengo la cabeza ida por culpa de ese horrible brebaje.

La maestra Eliza suelta un resoplido burlón y le da un mordisco a uno de los enormes rollitos de canela que hacían salivar al pobre

Bastian. ¿Cuándo demonios van a darnos de comer? ¿No me había dicho la tía Minyi que habría tostadas?

—Ya te gustaría, chaval. Aquí, o te despiertas siendo invasor, o no lo eres.

A mi lado, Anika se desploma de cara contra la mesa con un ¡pam! estruendoso. Bastian la sigue un segundo después, con la lengua colgándole de la boca.

Tostada. *Toast* en inglés. Pero también significa…

¡Brindis!

—¡Nos han drogado! —acusa Everly, que lucha por no perder la conciencia.

—Triple-Z —afirma la maestra Eliza—. Siempre funciona a las mil maravillas.

Tim se desploma de lado sobre Kieran, el vaso se le resbala de la mano flácida y se hace añicos contra el suelo. Me obligo a mantener los párpados abiertos mientras los demás candidatos caen como moscas.

El maestro Sasha se burla de mis esfuerzos. Antes de que nadie pueda impedírselo, se acerca, me pone dos dedos sobre los párpados y me los cierra con suavidad.

—Buena suerte, ratita —susurra.

No recuerdo nada más.

CAPÍTULO QUINCE

Me despierto sobresaltada al sentir la fuerte presión de una piedra clavándoseme en la espalda. Unos árboles frondosos se mecen sobre mí, sus hojas rojas y doradas destacan recortadas contra el cielo encapotado. Detrás de ellos se extiende una cúpula de luz roja y titilante, idéntica al escudo de energía de los Archivos. Más allá, el irregular horizonte del Midtown.

Es imposible no reconocer este lugar.

Estoy en medio de Central Park.

El disco que llevo en el pecho palpita. El cielo destella. Proyectado en el techo de la cúpula con grandes números en negrita, el reloj inicia la cuenta atrás:

60:00

59:59

59:58

No veo a más candidatos, pero, teniendo en cuenta el tamaño de la cúpula, no pueden estar lejos. Analizo lo que me rodea. A mi izquierda, un parque infantil que por lo general está hasta los topes de niños chillones yace inerte. Las cadenas de hierro de los columpios chirrían de forma ominosa impulsadas por el viento. El afloramiento rocoso sobre el que estoy tumbada solo puede ser Rat Rock: una colosal masa de esquisto gris rojizo de Manhattan que supuestamente debe su nombre a las ratas que antaño pululaban por sus recovecos y grietas.

Me llama la atención un pequeño saco de tela que hay en el suelo, cerca de mis pies. Lo cojo y, cuando lo desato, me encuentro dentro el Artefacto que he elegido: la Ficha.

—Igual que si me hubiera traído una patata —murmuro.

Me doy unas palmaditas en las caderas. Mis dedos no rozan la dura y reconfortante solidez de un arma, sino tres suaves cuadrados de tela prendidos.

La humillación me trepa por el cuello. Así que van a darme caza.

Valentine explicó las normas de tal manera que consiguió que el

juego sonara justo tanto para los invasores como para los evasores, pero, aun así, todo se reduce a lo mismo: humanos contra mortícolas. Depredadores contra presas. Sin armas, no tengo más remedio que correr y esconderme.

Aprieto la mandíbula. Ni de broma pienso hacerlo.

Un zuuum agudo satura el aire. Veo un destello negro que sobrevuela los árboles. El dron desciende y planea cerca de mí, con sus cuatro cámaras enfocándome la cara como si fueran brillantes ojos de insecto. Como cualquier neoyorquino, por no hablar de los habitantes de todos los rincones del mundo, llevo años viendo la retransmisión del Torneo. Resulta extraño, casi alienante, imaginar mi rostro televisado en millones de pantallas, hasta el último de mis movimientos observado, analizado y criticado. ¿Me estarán viendo los directores en este preciso instante?

Una cosa está clara: me vendría bien tener un aliado. Por desgracia, Anika es mi mejor baza. Pero, justo cuando doy un paso hacia el exterior, una carcajada amenazadora corta el aire. Me agacho detrás de Rat Rock, con el corazón desbocado, justo cuando cuatro figuras aparecen en el camino que lleva al parque infantil.

La que va delante se eleva sobre todas las demás. Es Tim… y tiene un arma.

«Invasor, cómo no», pienso con rencor.

Entonces veo el objeto que lleva en la otra mano y el corazón se me acelera aún más. Casi parece el pico dentado de algún ave prehistórica y gigantesca, pero en realidad se trata de un par de colosales pinzas de cangrejo: la Tenaza. Una vez formó parte de la Fuente de la Paz y simbolizaba la lucha de la vida, del bien contra el mal. Está claro que a Tim no le llegó esa información. Aunque el Artefacto tiene un peso y un tamaño casi imposibles de manejar, él va blandiéndolo por ahí como si fuera una motosierra sin siquiera romper a sudar. Con su poder, es más que una amenaza. Es imparable.

El competidor que parlotea a voz en grito mientras le pisa los talones debe de ser Bastian. Un simple vistazo a la lustrosa coleta rubia de la tercera figura me basta para reconocer a Noëlle.

Cuando veo que ambos llevan armas, me asalta una sospecha nauseabunda.

En ese momento, una cuarta figura aparece entre el follaje. Anika

se une a sus nuevos aliados, con su dulce sonrisa teñida de malicia. Ella también empuña un arma.

Los cuatro tienen algo en común: todos son los primeros clasificados de sus respectivos institutos.

Cuando me asomo para verlos mejor, la gravilla cruje bajo mis botas. Anika se vuelve hacia la roca. Me oculto de inmediato tras ella y contengo la respiración.

Al cabo de un minuto de silencio, me acerco de nuevo al borde para echar un vistazo…

Y me encuentro cara a cara con Anika.

Con el arma apuntándome al pecho, se lleva un dedo a los labios. Busco una brecha, pero ha dejado la distancia justa entre nosotras para que no pueda derribarla sin recibir un disparo.

—¿Qué ha pasado con lo de pegarle una buena paliza a Tim? —le espeto.

Se echa el pelo hacia atrás.

—Tú habrías hecho lo mismo si fueras invasora.

—¿Cómo sabes que no lo soy?

—Ya me estarías apuntando con el arma. Y, ahora, dame tus banderas.

—Y una mierda.

Se encoge de hombros. Su confianza me repugna.

—Si me las das, dejaré que te vayas. Si no, te eliminaré del Torneo aquí y ahora y tendrás que darme tus banderas de todos modos.

Rechino los dientes.

—¿Por qué te molestas en darme la opción?

—¿Qué podrías hacerme? Eres evasora. —Los labios se le curvan en una sonrisa de satisfacción—. Además, es culpa tuya que nunca pudiera quedar primera en el Prep del Distrito Financiero, así que considéralo un agradecimiento por cagarla en el examen final y dejar

que ocupara tu lugar.

Tengo que hacer acopio de hasta el último ápice de fuerza de voluntad que tengo en el cuerpo para no meterle un puñetazo en la cara. Pero mi posición de desventaja es devastadora.

—¡Anika! —grita desde lejos la voz de Bastian—. Tim dice que más vale que muevas el culo de una vez o te dejaremos atrás.

Me tenso, preparada para huir en cuanto me delate, pero grita:

—¡Un segundo! —Me hace un gesto con la pistola—. Date prisa.

No tengo elección. Odiándola con todas y cada una de las células de mi cuerpo, dejo caer mis banderas al suelo.

Con una mirada asesina, se agacha delante de mí para recogerlas, poniendo mucho cuidado en mantener la pistola apuntándome al disco en todo momento. Estruja las banderas todo lo que puede y se las mete en las botas. Justo antes de salir corriendo para reunirse con Bastian, me lanza una sonrisa melosa.

—Si te sirve de algo, estoy segura de que habrías sido una invasora estupenda.

Me muerdo la lengua con fuerza y espero a que desaparezca. Hasta que sus pasos se han desvanecido por completo, no permito que el aire me salga del pecho con una explosión.

Estoy furiosa.

Furiosa porque hayan elegido a Anika para ser invasora y a mí no. Furiosa conmigo misma por haberme dejado capturar tan rápido y haberme visto obligada a entregar mis banderas.

Que les den a todos. No pienso seguir agazapada en el barro. No voy a quedarme aquí esperando a que un invasor inútil me pegue un tiro.

Me mantengo pegada a los árboles mientras exploro la zona, pero al parecer todo el mundo intenta evitar a Tim y su pandilla. Ojalá hubiera cogido el Mapa de Randel en el carrusel… Podría haberle pedido que localizara a todos los candidatos.

La presión del tiempo que no para de correr me hace tictac como una bomba en el pecho. Por pura desesperación, me saco la Ficha del

bolsillo. Hago todo lo posible por recordar la seguridad que sentí en el carrusel cuando ella me eligió, cuando me creí capaz de desvelar sus secretos. Respiro hondo e intento invocar la luz dorada.

Nada.

Murmuro palabras mágicas. La agito siguiendo patrones ridículos y caprichosos. Incluso intento suplicarle.

Un peculiar retumbo se eleva a lo lejos. Una oleada de esperanza me colma hasta que me doy cuenta de que no procede de la Ficha. Me acuclillo detrás del tronco de un olmo cuyas ramas temblorosas riegan el camino de hojas.

Una criatura grande como un oso pardo y blanca como la nieve sale en tropel de entre los árboles. Abro mucho los ojos. No es un oso, sino un león gigantesco. Un león vivo de verdad. Antes de dejarme arrastrar por el pánico y pensar que algún loco ha allanado el zoo de Central Park y ha liberado a los grandes felinos, atisbo a una chica montada sobre el lomo del animal. Es Yuna Park, la número uno del Prep de Flatiron. En una mano lleva una pistola. En la otra, tres banderas coloridas y arrugadas. Cuando pasa a mi lado a toda velocidad, con la corta melena negra ondeando al viento, reparo en que el león no es de carne y hueso, sino de mármol macizo. Es un Artefacto que ha cobrado vida.

Tiro la Ficha al suelo.

Yuna y su león desaparecen en un santiamén, pero dejan tras de sí una nube de polvo que envuelve el camino principal. Me doy cuenta de que es la cobertura perfecta. Cuando estoy a punto de echar a andar hacia el camino, otro participante que comparte mi opinión cruza hacia mi lado. Es un chico con los ojos grises y crueles que reconozco como el mejor clasificado del Prep del Lower East Side. Si se parece en lo más mínimo a los demás números uno que he visto hasta ahora…

Tiene justo lo que quiero.

Me coloco detrás del olmo para mantenerme fuera de su campo de visión. Cuando rompe a correr hacia la hierba, ajeno a mi presencia, me abalanzo sobre él. Deja escapar un grito cuando lo tiro al suelo y le aplasto la cara contra el barro para ahogar sus alaridos. Me encaramo a su espalda y me sirvo de todo mi peso para inmovilizarlo. Él me pega un codazo en el costado y me derriba. Vislumbro un destello plateado en los límites de mi campo de visión.

El chico se da la vuelta, se coloca encima de mí, me apunta con la pistola justo al hueco que queda entre los ojos y aprieta el gatillo.

No ocurre nada. Aprovechando su momento de confusión, le arranco el arma de las manos y le apunto al centro del pecho, al disco. Sonrío cuando se da cuenta de su error.

Jadea.

—¡Espera! No puedes dispararme, soy invasor.

—¿Quién lo dice?

—¡Los maestros, idiota! Me han elegido para que tenga un arma.

—¿Te refieres a esta pistola?

Fingiendo sorpresa, echo un vistazo al arma que tengo en la mano justo antes de dispararla contra su disco, el disco que todos los competidores llevan en el pecho con independencia del papel que desempeñen en el juego. La luz cambia del verde al rojo.

Un dron desciende desde un árbol cercano con las hélices zumbando.

—Lars Hendriks, Prep del Lower East Side, primer clasificado. Eliminado por Rei Reynolds, Prep del Distrito Financiero, nominada. Por favor, abandone la arena.

Lars se pone morado de rabia.

—Basura de segunda. Me las pagarás.

Aturdida por sus palabras, apenas consigo apartarme de su trayectoria cuando se abalanza sobre mí. Su disco se torna blanco. Grita y cae de rodillas, todo el cuerpo le convulsiona y crepita de electricidad.

Me alejo, con los ojos muy abiertos. No quiero quedarme allí el tiempo necesario para averiguar si lo sacarán de la arena por su propio pie o en camilla.

«Basura de segunda».

Me quito las palabras de la cabeza mientras me adentro en el parque dando grandes zancadas. Ahora mismo no puedo dejar que me distraigan, por más que me cueste ahuyentar la vergüenza que me

provoca que en parte sean ciertas.

Aprieto con fuerza el arma que acabo de obtener.

A fin de cuentas, basura o no, tengo que ganar un torneo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Treinta minutos antes del final de la primera misión, un BRUM como el retumbar de un trueno divide el aire y la cúpula de luz roja y centelleante que delimita la arena empieza a encogerse. Las paredes se desplazan hacia el interior y acorralan a ovejas y lobos por igual. Pronto, incluso los que están escondidos se verán obligados a luchar.

La transformación reduce la arena a tres lugares principales: Rat Rock y el parque infantil; la franja de árboles y senderos que los rodea; y los campos de *softball* que hay al norte, una amplia llanura abierta de extensiones de hierba y arena que abarca casi la mitad del territorio restante.

La brisa agita los árboles mientras bordeo los campos, decidida a examinar la zona antes de que sea demasiado tarde. Mientras la pandilla de Tim erradica a los evasores, tengo que encontrar el mejor sitio para espiarlos.

Mi plan de toparme con algún rezagado solitario y pillarlo desprevenido es un fracaso absoluto. Los contornos de la arena están completamente desiertos.

Hasta que llego a un viejo tiovivo situado en el perímetro noreste del terreno, no me doy cuenta de que me están siguiendo.

Una inquietante penumbra grisácea sume los caballos del tiovivo en la oscuridad. La pintura de las crines y de las sillas de montar está desconchada y desvaída, un vestigio de otros tiempos. Me subo de un salto a la plataforma y rozo con los dedos las frías barras de acero que empalan a cada corcel en el aire. El barniz brillante no consigue ocultar lo grotesco de las expresiones, las bocas abiertas en carcajadas silenciosas e insonoras… o gritos.

Al otro lado del tiovivo, me monto en una ornamentada carroza tirada por un semental negro.

Algo zumba en el aire a mi espalda.

—Hola, nena —dice una voz familiar.

Me doy la vuelta y me encuentro con un Kieran rebozado en barro y apoyado en el caballo de mi derecha. Sin pensarlo, le disparo al pecho.

Su disco permanece verde.

Me quedo boquiabierta. Es imposible. Solo para asegurarme, le disparo una segunda vez. Y una tercera.

—¿Has acabado ya?

Su insolente sonrisa me dice que se me está escapando algo. Y solo podría darle una satisfacción aún mayor que la de pillarme desprevenida: la de dejar que note mi creciente frustración.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto.

Se limita a sacarse de la espalda un pergamino envejecido y a agitarlo sobre su cabeza.

—Ese… Ese es el Mapa de Randel —tartamudeo—. ¡Era el Artefacto de Dawn!

—Sí, lo sé. Se lo he robado. —Hace una mueca—. Era lo mínimo que podía hacer. Ella me había robado las banderas primero.

Todavía no soy capaz de creerme lo que veo.

—¡Ahora tienes el mapa! Aprovéchalo para localizarla y vuelve a robárselas.

—Lo haría —contesta con las fosas nasales ensanchadas—, pero, por desgracia, le ha entregado dos a Tim a cambio de protección.

No me extraña nada viniendo de esa rata. Aun siendo evasora, ha encontrado una forma de sobrevivir.

Respiro hondo.

—¿Y bien? ¿Qué quieres de mí?

—Oye, no hace falta que seas tan borde. Solo estoy buscando una aliada.

Resoplo.

—Preferiría lamerle el barro de las botas a Tim.

Se le endurece la mirada.

—No, preferirías ganar esta misión. Y, no te ofendas, pero no

tienes pinta de estar haciéndolo muy bien.

—Ni que tú fueras capaz de hacerlo mejor.

—Afróntalo, nena…

—Ya no tienes derecho a llamarme así —gruño.

Esboza una mueca de dolor.

—Mira, al paso que vamos, ninguno de los dos tenemos apenas posibilidades de superar esta misión. Pero yo tengo el Mapa y tú tienes un arma. Juntos podemos recuperar nuestras banderas y, ya puestos, puede que incluso eliminar a Tim y a los demás invasores.

El corazón me da un vuelco de alegría ante la oportunidad. Aun así, no puedo confiar en él con tanta facilidad. Sigue ocultándome algo.

—¿Por qué no te obligo a entregarme el Mapa ahora mismo?

Abre los brazos para invitarme a hacerlo, exponiendo su disco una vez más.

—Puedes intentarlo, pero me temo que el Mapa y yo somos una oferta indivisible. —Entorno los ojos—. Si te quisiera eliminada, habría elegido a cualquier otro competidor para ayudarme. Pero nos estamos quedando sin tiempo. Y, a pesar de que no confías en mí, tú eres la única persona que merece mi confianza. —Ante mi silencio sepulcral, levanta las manos en el aire—. Venga, Reynolds, ¿qué vas a hacer si no? ¿Pasarte el resto de la misión esperando eliminar a algún competidor al azar? Aunque tengas la suerte de cruzarte con alguien, no hay garantía de que lleve alguna bandera encima.

—¿Aún no sabes que no deberías subestimarme?

Me mira durante un prolongado momento.

—Pensaba que la que creía en solucionar las cosas eras tú, pero está claro que me equivocaba. Dejaré de hacer que ambos perdamos el tiempo y buscaré a otro aliado.

Estoy demasiado herida para que se me ocurra una réplica ingeniosa. Cuando se da la vuelta, me muerdo el labio. Desde el punto de vista estratégico, sería una estupidez desperdiciar esta oportunidad… O quizá no. Diga lo que diga Kieran, no hay confianza

entre nosotros. Ya no.

Sin embargo, en el último segundo, algo me empuja hacia él.

—Espera.

Alargo la mano para agarrarlo de la muñeca…

Pero mis dedos le atraviesan el brazo de un lado al otro. Vuelvo a quedarme boquiabierta.

—Tú tampoco deberías subestimarme, cielo. —Ladea la cabeza—. No eres la única que tiene unos cuantos ases guardados en la manga.

La última frase hace que prenda la chispa de la comprensión. Me tiro al suelo y estiro una mano hacia su bota. Como antes, la atraviesa sin problema. No obstante, esta vez rozo algo fino y liso con las yemas de los dedos. Cuando levanto el objeto del suelo, Kieran se desvanece en el aire.

Levanto hacia la luz un naipe de aspecto sencillo. Sin embargo, cuando le doy la vuelta me encuentro con el As de Corazones garabateado con la descuidadamente elegante firma del mago más famoso de Manhattan: Harry Houdini.

El Artefacto de Kieran se me escapa volando de entre los dedos y se eleva hacia el cielo, demasiado deprisa para que pueda seguirlo. Normal que no le pasara nada cuando le disparé: en realidad ni siquiera estaba delante de mí.

—De acuerdo —les digo a los árboles vacíos—. Trabajaré contigo. Pero no dudaré en apretar el gatillo si piensas siquiera en traicionarme.

Una figura se desliza desde el techo del tiovivo, por encima de mí.

Kieran aterriza en el suelo acuclillado, con el Mapa de Randel en una mano y el As de Corazones en la otra. Los ojos verdes le bailan con picardía a la luz de la mañana cuando me mira.

—Uy —dice con una sonrisa burlona—, ni se me ocurriría.

—Quedan veinte minutos —murmura Kieran por debajo de mí, con el cuello estirado hacia el reloj de la cuenta atrás proyectado en el cielo—. ¿Estás segura de esto?

—Si lo prefieres, no tengo ningún problema en eliminarte —

respondo sin apartar la mirada del Mapa de Randel.

Tras doblarlo hasta reducirlo al cuadro donde se encuentra Central Park y después desplegarlo de nuevo, el mapa se ha ampliado y ocupado todo el pergamino, lo cual me ofrece una imagen perfecta de nuestra ubicación y, aún mejor, de la de los otros trece competidores que siguen en la arena. Ya han eliminado casi a la mitad. Por desgracia, entre las bajas no se cuenta ningún invasor más que el que yo misma he eliminado.

Las hojas crujen con suavidad cuando Kieran se agarra a la rama a la que estoy subida y se acomoda a mi lado.

—No te he dado permiso para sentarte en mi rama —le digo.

—Perdón —responde sin moverse.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a centrar mi atención en los puntos que representan a todos los candidatos que se mueven por nuestra zona del parque. Siento un hormigueo en el cuello cuando Kieran se inclina sobre mi hombro para estudiar sus posiciones.

Los evasores supervivientes están diseminados por el parque. Algunos aliados viajan, como mucho, en pareja. La pandilla de Tim domina el resto de la competición, tal como cabía esperar. Entonces veo a Dawn merodeando por el perímetro, evitando a la manada de Tim. Después de perder su Artefacto a manos de Kieran, no la culpo por intentar pasar desapercibida.

—Dieciocho minutos —me advierte él.

Señalo el punto de Tim.

—Mira. Han acabado de registrar el lado oeste. Están en camino.

Kieran traza una ruta a través de los campos con forma de diamante de *softball*. Me roza el brazo suavemente con el suyo.

—¿Así que los interceptarás aquí?

Me alejo de él con gran discreción. Hasta su forma de tocar el Mapa hace que se me contraiga el estómago: desliza los dedos por el papel como por la piel desnuda, y eso saca a la luz recuerdos que es mejor que permanezcan en el olvido.

—Exacto. Mientras tanto, tú…

—Busco un lugar donde esconderme.

—Iba a decir que te colocas en posición. El dónde es harina de otro costal.

Me guiña un ojo.

—No te preocupes. Da igual dónde termine, porque no te perderé de vista ni un momento.

—Ni a mí ni a Tim —le recuerdo.

Hace una mueca.

—Ni a Tim.

De nuevo en tierra, nos separamos. Yo me dirijo hacia el sur dándole preferencia a la velocidad sobre el sigilo. Aquí la cobertura que ofrecen los árboles es tan escasa que duele, y eso me deja bastante expuesta, pero, si todo sale según lo planeado, no importará.

Un zumbido familiar me invade los oídos. Cuando miro hacia la izquierda, veo que con cada segundo que pasa los límites de la cúpula están más cerca. Cambio de rumbo para evitar que me alcancen.

Rat Rock se alza en la distancia. Busco en el suelo y cojo la primera piedra del tamaño adecuado que encuentro. Luego, corro a esconderme detrás de un árbol, a unos veinticinco metros de distancia.

Y, ahora, esperamos.

Oigo a los invasores antes de verlos. Las fuertes pisadas de Tim sobre la roca, la voz aduladora de Bastian. A la cabeza del grupo, como de costumbre, Tim escudriña la zona desde la cresta más alta. Lleva nada menos que siete banderas colgando de los costados. Bastian lo sigue por la derecha, como un leal perrito faldero. A su espalda, Noëlle luce su propio trío de trofeos de guerra arrebatados a los evasores caídos. Anika va en la retaguardia, pero no veo mis banderas por ninguna parte.

Un movimiento atraviesa el campo que tienen delante. Tim levanta la cabeza al instante, como un lobo que capta un rastro. Empieza a recitarle órdenes al resto de la manada y luego baja de la roca y se aleja corriendo en compañía de Noëlle.

Antes de que Anika y Bastian puedan dar siquiera un paso en sus

respectivas direcciones, lanzo con todas mis fuerzas la piedra del tamaño de un pomelo que he cogido antes. Los sobrevuela a gran altura y cae al otro lado de Rat Rock, rebotando con una serie de ruidos explosivos.

Ambos levantan las armas. Giran en círculos mientras reconocen la zona en busca del origen del ruido. Me acerco un poco más. Anika desciende por el otro lado de la roca para investigar. Un Bastian algo más reticente la sigue un momento después.

Cuando desaparecen, salgo corriendo de detrás del árbol y escalo por la cara de la roca que tengo más cerca. Cuando llego a la cima, me agacho detrás del pico más alto y me asomo por encima de él.

—Creía que a estas alturas ya habrías aprendido la lección —me dice una voz desde abajo.

Me lanzo hacia atrás justo cuando Anika abre fuego contra mí. ¿Cómo coño es capaz de predecir siempre dónde estoy?

Entonces veo que algo le brilla en la palma de la mano: una criatura luminiscente, con tentáculos, instalada en una esfera de cristal y llameante como una antorcha.

La Medusa.

Cuanto más se me acerca Anika, más brilla su Artefacto, como una brújula que la guía hacia mi ubicación exacta. Por eso también descubrió antes mi presencia.

Bastian y ella rodean Rat Rock, cada uno por un lado, y acaban con cualquier posible esperanza de escapar. Gateo de afloramiento en afloramiento, intentando impedir que consigan una posición de tiro clara contra mis discos. Pero no puedo quedarme aquí esperando a que me derriben.

Pretendo saltar hacia una estrecha columna de roca cuando el pie me patina. A estas horas de la mañana, algunas partes de la desgastada superficie de la roca siguen estando resbaladizas por culpa del rocío. Las punzadas de dolor agudo me atraviesan todo el cuerpo mientras caigo sin gracia desde lo alto de Rat Rock. Cuando llego abajo, me pongo en pie tambaleándome, magullada y no poco ensangrentada. Pero ahora la adrenalina me corre por las venas, hace que me vibren y aplaca el dolor. Me abalanzo sobre una desconcertada Anika. Le pego una patada en la parte interior de la rodilla que la hace tambalearse. La agarro con fuerza por el brazo y el hombro.

Abre muchísimo los ojos. Sabe que nunca ha sido capaz de vencerme en los enfrentamientos uno contra uno de educación contra el combate, pero se lo recuerdo de todos modos.

Me giro hacia un lado y paso una pierna alrededor de la suya. Aprovecho su propia inercia para empujarla hacia delante y estrellarla contra la tierra compacta. La pistola se le escapa de la mano tras el impacto y sale volando por los aires. La cojo por la empuñadura.

—¡Bastian! —grita Anika mientras la inmovilizo con la bota—. ¡Ayúdame!

Su compañero aparece de inmediato por la curva. Pero, en cuanto la ve tirada en el suelo —retorciéndose como un insecto atrapado bajo mi pie— y se da cuenta de que tengo su arma en las manos y que le estoy apuntando directamente al disco, se da la vuelta al instante y huye por los campos.

Anika le escupe un taco a la figura que se bate en retirada y me mira de nuevo, hirviendo de resentimiento.

—Siempre eres tú. ¿Por qué siempre eres tú?

Niego con la cabeza.

—No le eches la culpa a los demás, Ani. La culpa de no haber llegado a estar nunca a mi altura la tienes tú.

Ya no es miedo lo que le tiñe la mirada, solo un odio puro y sin adulterar.

—Tendría que haber acabado contigo cuando tuve la oportunidad.

Me encojo de hombros.

—Si te sirve de algo, estoy segura de que habrías sido una *maverick* estupenda.

Aun en el caso de que me quedara algún rescoldo de clemencia, Anika tiene demasiada dignidad para suplicármela. Así que aprieto el gatillo.

CAPÍTULO DIECISIETE

Los problemas llegan en forma de coleta rubia y susurrante y de mazo mágico.

Estoy cruzando el campo a toda velocidad para reunirme con Kieran cuando la tierra tiembla bajo mis pies y el mundo frena de golpe y me paraliza el cuerpo al instante. No, el mundo no se para. Soy solo yo. Mis extremidades. Mis pulmones. El esprint de mi corazón está a punto de detenerse en seco, se convierte en apenas un pum…, pum…, pum… monótono y lento en mis oídos.

Mi mente se esfuerza por comprender esta nueva realidad: mis brazos y mis piernas suspendidos en plena carrera, los árboles que pasan borrosos a los lados, y, sin embargo, me he movido menos de un centímetro.

Pum, dice mi corazón petrificado.

Mientras lucho contra la fuerza ineludible que me obliga a mover los músculos a cámara lenta, levanto la cabeza y veo a nada menos que Noëlle Cartier.

Se acerca a mí como si tuviera todo el tiempo del mundo. Y, gracias al Mazo, lo tiene, al menos durante unos segundos.

Me apunta con la pistola al pecho.

Por primera vez durante el Torneo, estoy verdaderamente indefensa. Mi cerebro le envía órdenes desesperadas de lucha o huida al resto de mi cuerpo, pero no hay ningún tipo de reacción. La sonrisa de suficiencia de la rubia me dice que lo sabe.

Pum.

Una ráfaga de viento sopla entre los árboles detrás de Noëlle. Mi mirada se posa en las hojas que caen a su alrededor. A través de la bruma de pánico que me nubla la mente, surge una idea. Puede que mi cuerpo se niegue a obedecer mi voluntad, pero eso no lo exime de obedecer las leyes de la naturaleza.

Así que, cuando mi pie toca el suelo, en lugar de intentar seguir corriendo, me obligo a tropezar.

La gravedad se encarga del resto.

No tengo forma de controlar la caída, así que caigo de bruces al suelo. Noëlle dispara. Se me llena la boca de tierra, pero mi disco sigue verde. Ella titubea, incrédula, y eso me permite ganar un valioso segundo.

Que es lo único que necesito para que los efectos de su Artefacto se diluyan al fin.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Cuando mi cuerpo regresa de golpe al tiempo real, el impulso de toda la energía contenida se libera y me hace salir disparada hacia delante. Salto con la cabeza por delante, la placo y la tiro al suelo. Rodamos por la tierra. Me enseña los dientes. La agarro por la coleta y tiro de ella hacia atrás con tanta fuerza que le cruje el cuello. Me lanza puñetazos con una precisión y una elegancia aterradoras. Pero, con esa constitución liviana y esbelta, parece un pájaro, no una boxeadora. Entre eso y la adrenalina que me brinca por las venas, apenas siento sus golpes… Sin embargo, me aseguro de que ella sienta los míos.

El cielo destella. Ambas vacilamos y levantamos la vista cuando el reloj comienza la cuenta atrás de los últimos diez minutos de la misión. Los límites que llevan toda la hora acercándose poco a poco a nosotros avanzan de forma súbita.

Un estallido de estática blanca me invade la visión cuando Noëlle me golpea con el puño en la cara. Aúllo. Algo cálido y húmedo se desborda y me inunda la boca con el sabor metálico e intenso de la sangre. Se la escupo en el ojo. Grita de asco y retrocede. Se le tiñe la expresión de una furia carmesí. Levanta el Mazo por encima de la cabeza para asestar el golpe final.

Pero entonces la cúpula empieza a deformarse. Como una célula que experimenta la última fase de la mitosis, comienza a dividirse por la mitad, justo encima de nosotras.

—Los límites —jadeo mientras los señalo.

Se percata de su dilema. Si acaba conmigo ahora, ninguna de las dos logrará quitarse del medio a tiempo. La división nos devorará a ambas.

Me mira a los ojos. No le merece la pena dejarse eliminar por mi culpa. Me aparta de un empujón justo cuando la nueva frontera se interpone entre nosotras y sella las dos mitades de la arena en burbujas separadas… Además de aislarnos a la una de la otra.

Me clava una mirada azul, gélida y mortífera. «La próxima vez —dicen sus ojos—. La próxima vez no tendrás tanta suerte».

Me limito a sonreírle y a levantar tres banderas. Las tres banderas que le he arrancado del cinturón cuando me ha empujado hacia atrás.

Se lleva las manos a la cintura en busca de lo que ya no tiene. Se me eriza el vello del brazo al ver la expresión absolutamente asesina que se le dibuja en el rostro. Durante un segundo, me preocupa que vaya a cruzar el límite a pesar de todo solo para retorcerme el pescuezo. Al final, respira hondo, se da la vuelta y echa a correr en dirección contraria en busca de una nueva víctima.

Ni siquiera me ha dado tiempo a suspirar de alivio cuando un grito de rabia resuena a lo largo y ancho de la arena recién dividida y hace que varias bandadas de pájaros se dispersen por los cielos.

El reloj de la cuenta atrás pasa la marca de los cinco minutos. «Mierda». Voy tarde.

El subidón de adrenalina ya ha empezado a disminuir y me duele todo el cuerpo, pero me obligo a correr hacia la arboleda situada justo al oeste de los campos de *softball*.

Poco después, comienzo a vislumbrar la arboleda, o lo que queda de ella. Me detengo en mitad del campo, incapaz de apartar la vista de la destrucción. Incluso de lejos, parece que un huracán hubiera tocado tierra en pleno parque. Ramas y troncos se amontonan en el suelo como soldados caídos.

Mi determinación vacila. Toco las banderas que llevo a los costados. Seis, doce puntos en total, ya que las tres que le he sacado a Anika de la bota eran las mías. Más que suficiente para pasar a la siguiente ronda. Puede que incluso para ganar la primera misión. Podría acuclillarme detrás de una roca durante el resto de la misión y salir de la arena siendo la campeona. ¿Por qué arriesgarlo todo?

No le he hecho ninguna promesa a Kieran. De hecho, lo que más me conviene es no ayudarlo.

«Abandonarlo ahora sería una buena venganza por lo que te hizo», me susurra una vocecita en la cabeza.

Pero, si no hubiera compartido el Mapa de Randel conmigo y si no se hubiera jugado el cuello para distraer a Tim y Noëlle y alejarlos del resto de la manada, yo no habría recuperado mis banderas.

Hicimos un trato, y no seré yo quien lo rompa.

Llego a la arboleda justo a tiempo de ver a Tim diezmar un arbusto con la Tenaza. Echa espumarajos blancos por la boca mientras grita de rabia. Los bíceps se le marcan a través del exotraje cada vez que sacude las pinzas de cangrejo a izquierda y derecha sin mostrar ni la menor consideración por el entorno. Con una sola arremetida desatenta de su Artefacto, la rama de un árbol se parte y cae al suelo.

—¡Sal, sal de dondequiera que estés! —ruge.

Me agacho detrás de un árbol junto a la linde de la arboleda, jadeando. Me esfuerzo por reprimir el miedo que me produce la monstruosidad en la que se ha convertido Tim armado con el obsceno poder de su Artefacto. Pocas personas podrían levantar siquiera ese puñetero chisme, y mucho menos blandirlo. Los embates de Tim son torpes. Desatinados. Impredecibles. Pero la volatilidad de una bala perdida no la hace menos mortal.

Regreso de inmediato a la realidad cuando Tim suelta un aullido triunfal. Se me paraliza el corazón al verlo atravesar un grupo de pinos jóvenes como si fuera una apisonadora y descubrir a Kieran agazapado entre el follaje.

Se me escapa un grito desgarrador de la garganta.

—¡Kieran!

Tim gira la cabeza para mirarme. Tiene los ojos vidriosos a causa del fervor de la batalla. Levanta su Artefacto, pero no para atacarme, sino para utilizarlo como escudo y proteger su disco de la salva de disparos que le lanzo.

Luego, con un solo movimiento, se vuelve hacia Kieran para arrancarle la cabeza de los hombros con la Tenaza.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Mi grito se apaga cuando el Artefacto traspasa a Kieran como una espada que corta la niebla. La ilusión generada por el As de Corazones, ilesa, le dedica una sonrisa enorme a su atacante y le enseña el dedo del medio. Luego, con un parpadeo, desaparece.

Ahora entiendo por qué Tim se ha vuelto loco de remate.

Kieran crea un clon tras otro, sin esperar jamás a que su oponente los alcance antes de hacer el gesto que hace que su Artefacto regrese a su mano. Juega con la enorme bestia como lo haría un mago con su público: utilizando el entorno como distracción y entretenimiento a partes iguales. Es un juego de trile interminable y su oponente va perdiendo. De momento.

Tim rechina los dientes y arremete con la Tenaza. El crujido de la madera retumba como un disparo cuando un abedul se viene abajo. En su frenesí por encontrar al auténtico Kieran, parece decidido a acabar con la arboleda entera.

—Has llegado —me resuella una voz justo al lado de la oreja. Doy un respingo. La frente de Kieran está perlada de sudor—. Empezaba a preocuparme. Cuidado.

Me rodea la cintura con el brazo justo a tiempo para apartarme de la trayectoria de caída de una rama. Levanta dos dedos para llamar al As de Corazones y lo atrapa entre ellos. En segundo plano, Tim deja escapar un alarido de frustración.

—¿Y ahora qué? —jadeo.

—Reza para que no me quede sin árboles tras los que esconderme.

Proyecta otro clon y sale corriendo.

Mientras tanto, Tim le lanza tajos al tronco de un imponente arce. Pero esta vez no para. Sigue talándolo, como poseído por la cólera. Aunque el árbol emite un siniestro gemido, Kieran no se da cuenta. Está tan concentrado en aventajar a Tim en su juego que no se ha percatado de que el bruto también ha estado jugando con él desde el principio.

Paralizada de horror, veo que el arce se tambalea… Después se

inclina hacia delante…

Y empieza a caer en picado hacia Kieran.

En un abrir y cerrar de ojos, estoy surcando el aire mientras la sombra del arce desciende sobre mí como una guillotina. Entonces choco contra las duras planicies del pecho de Kieran y ambos caemos dando volteretas sobre una maraña de raíces. La colisión me deja al instante sin aire en los pulmones.

El arce se desploma. La tierra convulsiona por la conmoción del impacto. Tengo la cara apretada contra el cuello de Kieran. Él me rodea con los brazos. No me atrevo a mirarlo hasta que el eco se desvanece. Me doy cuenta de que tiene la vista clavada en el árbol destrozado y en el lugar, justo debajo, en el que él mismo se encontraba hace solo unos segundos. Lo siento temblar pegado a mi cuerpo.

Una nueva sombra nos engulle. Cuando Tim me ve apuntarlo con la pistola, los labios se le retuercen en una morbosa sonrisa.

—Adelante —dice con la voz tan ronca como el roce de un hueso contra otro. Su gigantesca masa nos impide ver el cielo que nos cubre —. Todo esto no es más que un juego estúpido y falso. Dentro de dos minutos, todos saldremos de aquí como si nada. Pero te prometo que, si aprietas el gatillo, te partiré la columna vertebral por la mitad. Y nadie podrá detenerme.

Durante la milésima de segundo en la que dudo, Tim se echa a reír y blande la Tenaza. Se me evaporan todas las ideas del cerebro excepto una:

«Va a matarnos de verdad».

Sin pensármelo dos veces, protejo a Kieran con mi cuerpo, como si yo fuera de algo más que carne y hueso.

Aprieto los ojos con fuerza, me preparo para el dolor.

El mundo estalla en una lluvia de fuego dorado. A pesar de que tengo los párpados cerrados, la luz me resulta abrasadora. Se oye un grito de agonía.

En cuanto la luz se desvanece, abro los ojos y me encuentro a Tim tirado en el suelo, inerte. Su exotraje desprende humo negro. Los dos discos con los que estaba equipado se han hecho añicos.

Una mano aparece en la periferia de mi campo de visión. Aturdida, la agarro y dejo que Kieran me ayude a ponerme en pie. Contemplamos lo ocurrido sin dar crédito.

—¿Ves? —me dice al cabo de un momento—. Te dije que tenía más de un as en la manga.

—Ah, ¿sí?

Sonríe.

—Sí. Y tú eras el mejor.

Se me escapa una carcajada histérica. El cielo palpita: solo quedan diez segundos en el reloj.

Kieran se acerca a su némesis y comprueba si respira.

—Sigue vivo, por desgracia.

Luego vuelve a sonreír y se agacha para empezar a desatar las banderas que Tim lleva en el cinturón, justo al lado de la pistola.

Algo cruje en el follaje a mi espalda. Kieran levanta la vista.

En los últimos segundos de la primera misión, coge la pistola de Tim —en lugar de las banderas— y me dispara a bocajarro.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Retrocedo tambaleándome. Me llevo la mano al disco a toda velocidad.

Pero no se pone rojo.

Un grito de sorpresa taladra el aire a mi espalda. Cuando me doy la vuelta, veo a Bastian a apenas un par de metros de distancia… con la pistola aún apuntándome a la espalda. Estupefacto, tiene la mirada clavada en su disco, que lanza destellos de un rojo furioso.

No ha sido a mí a quien ha disparado Kieran.

El reloj de la cuenta atrás llega a cero con un estruendoso BUUUZ. La cúpula que tenemos sobre la cabeza se disipa hasta desaparecer.

La primera misión ha terminado.

—¡Espera! —exclamo al girarme hacia Kieran con ímpetu. Salvo la pistola, tiene las manos vacías—. No has…

—Ya lo sé —me interrumpe mientras tira el arma de Tim al suelo con cara de asco.

—¡Acabas de perder la oportunidad de ganar la primera misión! —grito.

—Ya lo sé.

—Pero ¿por qué?

—No me hagas esa pregunta —responde en un tono casi suplicante—. Ya sabes por qué.

Suelto un taco y giro la cara para impedir que descifre mi expresión. Sé muy bien cuánto desea ganar el Torneo. Lo mucho que anhela convertirse en *maverick*. ¿Y lo ha sacrificado todo para qué?

Un dron aparece flotando en el cielo. Además de cámaras, este también tiene una pantalla. Y en ella, la cara sonriente de Nick Valentine.

Me planto de inmediato delante de Kieran. Las palabras empiezan a brotarme de los labios antes de que sepa siquiera lo que pretendo

decir:

—Señor Valentine, Kieran Cross estaba en disposición de conseguir suficientes puntos para ganar esta misión cuando eligió sacrificarlos todos para salvar a una aliada, así que…

Valentine arquea una ceja.

—¿Así que…?

—Así que… —Intento ganar tiempo mientras se me ocurre algo —. Así que exijo que el consejo me permita repartir mis puntos con él.

La sonrisa del Fantasma desaparece.

—Señorita Reynolds, me temo que no puede repartir los puntos a su antojo. La única manera de concederle puntos a su aliado sería renunciar a todos ellos.

Vacilo. Kieran se queda inmóvil como una estatua. Luego, me agarra del codo, con expresión afligida en la cara.

—Rei…

Valentine suelta una risita.

—¿Qué le hace tanta gracia?

—Deberían ver la cara que han puesto —dice—. Solo era una broma. De hecho, me gustaría felicitarlos a ambos por haber superado la primera misión.

—¿Qué? —soltamos Kieran y yo al mismo tiempo.

—Una de las reglas que les expliqué antes de la misión es que debían entregar todas las banderas que llevaran encima a quien los eliminara. El señor Cross ha eliminado al señor Guerra —señala—, que estaba en posesión de la imponente cantidad de una bandera.

Los dos nos volvemos hacia Bastian, que parece que se haya tragado un limón podrido.

—Bastian —empieza Kieran—, jamás pensé que diría esto, pero ahora mismo sería capaz de darte un beso.

El chico le lanza una mirada asesina.

—Quédate con la puñetera bandera.

Salimos por la esquina suroeste de Central Park y subimos los escalones de granito de Columbus Circle en medio de un delirante caos. Los vigilantes se esfuerzan por defender las barricadas que mantienen a raya a la prensa y a los admiradores. Estamos agotados y sucios, pero sonreímos y saludamos con la mano, actuando para las cámaras.

Un chillido perfora el aire y Zaza se abre paso a codazos entre la multitud. Lleva una tarjeta de acceso colgada al cuello, junto a su sarta de granos de café. Me abraza con tanta fuerza que está a punto de estrangularme.

—Lo has hecho taaan bien. Y, Dios, ese traje te hace un culo increíble.

—Gracias —digo casi sin aire.

—Toma. —Me entrega algo lleno de arrugas—. Una chica de por ahí me ha dicho que esto era para ti.

Abro la mano y me encuentro con un inconfundible caramelito de tofe. El dulzor familiar, casi adictivo, me arranca una sonrisa. Busco entre la multitud, pero, por supuesto, el maestro Sasha no se dejaría ver aquí.

Puede que un caramelo no parezca gran cosa como sustituto de su presencia, pero, por algún motivo, para mí significa mucho más de lo que soy capaz de expresar.

—¿Dónde está Maura? —pregunto, y me pongo de puntillas para intentar localizar a mi hermana.

—No la he visto —responde Zaza—. ¿Te había dicho que vendría?

Me preparo para encajar la decepción, como tantas otras veces: los cumpleaños que se ha perdido, las innumerables cancelaciones de última hora. Sin embargo, lo único que experimento es un leve sentimiento de resignación.

—Da igual. Kieran, te acuerdas de Zaza, ¿verdad?

Kieran da un paso al frente, con una sonrisa burlona en la cara.

—Supongo que sigues teniendo la esperanza de conseguir esas

prácticas con el jefe del programa de bioquímica del Sindicato, ¿no?

—¿Esperanza? —Mi amiga le sonríe con suficiencia—. Ay, cielo, ya las he conseguido. Y supongo que tú sigues soltero, ¿no?

—¡Zaza! —exclamo.

—Sí, la verdad es que sí —contesta Kieran sin mirarme a la cara—. Quiero mantenerme concentrado en los estudios y esas cosas.

Suelto un bufido.

Pero a Zaza se le ilumina la cara.

—¡Perfecto! Vendrás al baile de graduación, ¿verdad? Este año el Sindicato lo celebra en el Ático, así que va a ser la leche.

Parpadeo. Se me había olvidado por completo.

Kieran se encoge de hombros.

—Por desgracia, no tengo entrada.

—Pues es tu día de suerte —responde mi mejor amiga, que rezuma satisfacción mientras se lleva una mano al bolsillo—. Tengo una de sobra aquí mismo. Sería una lástima tremenda desperdiciarla, ¿no crees?

—Espera —le digo—. ¿Esa es la entrada extra que me pediste que te comprara la semana pasada? ¡Me dijiste que la necesitabas para alguien importante!

—Sí, para tu acompañante. —Levanta la nariz en un gesto de altanería—. Bien sabe Dios que tú sola no ibas a buscarte a nadie.

—¿Y qué me dices de tu acompañante?

—Ya me he buscado una cita, muchas gracias.

—¿Quién? ¿Desde cuándo? —gruño mientras intento arrebatarle la entrada.

Ella se aparta de un salto y estoy a punto de hacerle una llave y tirarla al suelo cuando Kieran se coloca detrás de nosotras y se la quita de entre los dedos.

—La verdad es que me encantaría ir —me dice—. Si… a ti te

parece bien.

De repente, me doy cuenta del silencio que se ha hecho a nuestro alrededor. El cuello me arde ante la intensidad de las miradas curiosas de los espectadores cercanos, y eso por no hablar de la prensa. Ninguno de ellos conoce mi historia con Kieran. A los directores, si nos están viendo ahora mismo, les daría igual aunque la conocieran. Los *mavericks* tienen que ser capaces de cooperar con todo el mundo, pase lo que pase. Lo único que verían sería que soy capaz de montar una pataleta justo después de nuestra primera victoria compartida en la misión.

Oigo el murmullo de la voz de Nick Valentine en mi oído: «Tenéis el potencial de convertiros en *maverick* con un mero chasquido de sus dedos… Pero, para que eso ocurra, debéis demostrar que sois dignos».

Así que aprieto los dientes y esbozo mi mejor sonrisa para las cámaras.

—¿Por qué no iba a parecerme bien?

—Espléndido —dice Zaza en tono cantarín—. Nos vemos allí dentro de dos horas. Mándale un mensaje a Rei para que te pase la dirección. Sigues teniendo su número, ¿no?

—Claro que sí.

Vuelvo la cabeza de golpe hacia él, pero él se limita a mirar hacia otro lado. Creía que lo habría borrado. Al fin y al cabo, ¿para qué guardarlo?

—Hasta luego —canturrea Zaza, que me pasa un brazo por la cintura y me encamina hacia la calle donde Declan nos espera con la limusina.

En cuanto estoy segura de que Kieran ya no puede oírnos, digo:

—¿En qué estabas pensando?

—En que esta noche deberías ponerte tu vestido nuevo. El rojo de seda con la raja, las lentejuelas y los tirantes sexys en la espalda…

—¡Zaza! —Miro hacia atrás por encima del hombro y veo que Kieran aún no nos ha quitado ojo. El calor me sube por las mejillas—. Por si se te ha olvidado, es mi contrincante. Y mi ex.

—Mira, por norma general nunca aconsejaría a una persona que volviera con su ex. Pero tendrías que haberos visto a los dos durante el Torneo. —Bate las pestañas—. Había tanta tensión sin resolver…

—Sí, se llama rivalidad —la interrumpo enseguida—. Uno de los dos tiene que acabar por encima del otro.

Zaza sube y baja las cejas varias veces seguidas.

—Ya, está claro que te encantaría volver a acabar encima. De él.

Dejo de caminar.

—¿Zaza?

—¿Sí?

—Te doy tres segundos de ventaja para que eches a correr.

Ponemos la música a todo volumen en el salón de nuestro apartamento mientras nos arreglamos a toda prisa. La mayoría de nuestras pertenencias ya están empaquetadas y apiladas en cajas de cartón garabateadas con un grueso rotulador negro. Dentro de una semana lo tendremos todo preparado para mudarnos, y nos veremos obligadas a despedirnos. He quitado de la pared mis fotos, pósteres y recuerdos, y el espacio en blanco que han dejado hace que me pregunte cómo ha podido acabar todo tan rápido.

Ahora mismo, sin embargo, estoy poniendo mi habitación patas arriba.

—¡Zaza! —grito—. ¿Has visto mis pinzas de depilar?

—¡No! —contesta ella también a gritos desde el baño.

—Uf.

Rebusco en los cajones del escritorio. Lanzo al suelo cuadernos, tarjetas de cumpleaños viejas y libros de texto inútiles que tuve que comprarme pero que nunca me he leído.

Me detengo ante el último cajón. En el interior se vislumbra una sencilla caja gris llena de polvo. Con cautela, levanto la tapa.

Inhalo aire de golpe y la cierro al instante, con la cara ya sonrojada. Clavo la mirada en el techo. El corazón me martillea las costillas. Al cabo de unos segundos, recupero la compostura y vuelvo a

abrir la tapa para dejar al descubierto el montón de fotos antiguas.

En la primera, Kieran está sentado en el alféizar de la ventana de su habitación, absorto en un libro. Sin camiseta. La luz del sol se le refleja en las pestañas, en la línea afilada de la mandíbula. En las curvas del cuello, del pecho desnudo.

En la siguiente, estamos de pie frente a su espejo, él otra vez sin camiseta, rodeándome la cintura con los brazos. Ambos tenemos las facciones teñidas de risa, seguro que gracias a alguna ridícula broma interna. Ojalá me acordara.

Luego vienen las fotos de nuestras sesiones de estudio de los domingos en la biblioteca. Se me tensa el estómago. Las paso una a una: su perfil capturado entre los huecos de las estanterías; sus manos extendidas sobre páginas cubiertas de su meticulosa caligrafía; su mejilla apoyada sobre una montaña de libros de texto mientras dormita plácidamente, con los labios entreabiertos formando una O perfecta.

Me sorprendo reprimiendo una sonrisa y, enseguida, experimento un familiar alud de culpa. No tendría que haberlas guardado. Hace un año, cuando Kieran se marchó tanto de la biblioteca como de mi vida, tendría haberlas quemado

Paso a la siguiente foto. Un cachorrito dorado, con un calcetín a medio comer en la boca y con los contornos desdibujados se acerca corriendo a la cámara. Se me forma un nudo en la garganta. Hay al menos diez fotos más, pero vuelvo a embutirlas todas en la caja y a expulsarlas de mi mente.

Media hora más tarde, estoy arrebujada en mi cazadora de cuero y llevo un bolsito negro sujeto bajo el brazo. Sigo a Zaza a toda prisa por Wall Street, camino del coche, mientras intento evitar que los tacones de aguja se me atasquen entre los adoquines. Me vibra el móvil.

Número desconocido

Estás ya aquí? Son y 3.

Frunzo el ceño.

Quién eres?

—tu madre

Me quedo mirando la pantalla sin comprender.

MIERDA ESPERA LO SIENTO MUCHO lo retiro.

Por favor, dime que no vas a dejarme colgado

Me muerdo el labio y respondo deprisa.

todavía me lo estoy pensando la verdad

Bueno, pues piénsatelo más rápido por favor. Si la gente sigue intentando interactuar conmigo a este ritmo es posible que fenezca.

Me río sin ganas. Cuando nos metemos en el coche, Zaza le echa un vistazo a mi móvil.

—¿Con quién te estás escribiendo?

—Con nadie.

Sonríe.

—Dile hola a Kieran de mi parte.

Declan pone el coche en marcha y levanta la mirada hacia el retrovisor.

—¿Por qué está hablando con ese rufián?

La sonrisa de Zaza se hace aún más amplia.

—¿No te has enterado, Declan? Es la cita de Rei para el baile.

—¡No es mi cita!

—Cinturones de seguridad, señoritas, por favor.

Zaza me da unas palmaditas consoladoras en la rodilla.

—Relájate. Nadie ha dicho que tengas que enrollarte con él ni nada por el estilo. ¡Habéis ganado la primera misión! Vivid un poco. Ya volveréis a ser enemigos mortales mañana.

Gruño con fuerza y dejo caer la frente contra el cristal tintado con un ¡paf! de derrota.

Tardamos demasiado poco en llegar a la Sexta Avenida, en pasar ante las tiendas y las cafeterías salpicadas de peatones que pretenden

evitar la hora punta de la cena, después de que todo el mundo salga de trabajar y antes de que empiece el toque de queda. Mi pastelería favorita ya está empaquetando los dulces que les quedan y vendiéndolos a precios muy rebajados. Lo que sobre debe comerse o incinerarse antes del toque de queda.

Cuando Declan gira hacia la 49, atisbamos brevemente el Radio City Music Hall en la siguiente manzana. Si cierro los ojos, me lo imagino antes del Desvanecimiento, con las luces de neón rojas y azules desangrándose en la noche. De día no es lo mismo.

Aparcamos ante una elegante virguería de cristal y vidrio que se eleva en espiral hacia el cielo, con una larga alfombra roja que conduce hasta la entrada. Las ventanas de los pisos superiores están oscurecidas: un club diurno disfrazado.

Declan me abre la puerta del pasajero, pero no me muevo. Zaza me mira.

—¿Estás bien?

Me agarro al asiento de cuero.

—No lo sé. ¿Podemos irnos a casa?

Pone cara de hastío.

—Rei, cazas monstruos para pasar el rato, pero ¿te acobardas por esto?

Exhalo. Tiene razón.

Declan me mira con dureza.

—Dígale a ese chico suyo que, si intenta algo raro, le pegaré tal paliza que se pasará el resto de sus días cagando en una bolsa.

Me tapo la boca con una mano y me olvido de mi angustia durante unos instantes.

—¿Acabas de decir «cagando en una bolsa»?

Levanta la barbilla.

—Sí, bueno. A grandes males, grandes remedios y tal. No se lo diga a su tía. Venga, váyase. Y, por el amor de la Dama Libertad, diviértase un poco. Por una vez.

—Vale, papá —bromeo, y mis palabras lo hacen sonreír.

Niego con la cabeza en un gesto de cariño y sigo a Zaza hasta el vestíbulo, donde una multitud rodea a un tipo con un traje blanco. Al principio me preocupa que sea Kieran, pero entonces se da la vuelta y nos ve. Una sonrisa enorme le invade el rostro.

—¡Reynolds! ¡Alvarez!

Saludo a Bomani con la mano. Mientras el presidente de nuestra clase se abre paso entre la multitud, Zaza me agarra del brazo.

—¿Cómo estoy?

—Buenísima —respondo con aire distraído, concentrada en buscar a Kieran.

—Rei —dice con urgencia—. En serio.

—¿Por qué estás…? —Algo hace clic en mi interior—. Madre mía, ¿Bomani es tu cita? —Me lanza una mirada—. ¡Ay, la leche, es él!

¿Por qué no me lo habías dicho?

—¡No quería hacer una montaña de un grano de arena! *Dios*

2

, ¿por qué no puedo parar de sudar?

La miro de arriba abajo y no puedo evitar sonreír a pesar de mis propios nervios. Se ha hecho un ahumado rosa en los ojos y se los ha delineado de forma atrevida con un lápiz de ojos negro que luego ha realzado con una fina línea de dorado brillante que le resalta las motas de los ojos color avellana. El pelo le cae en suaves bucles sueltos que le enmarcan la cara redonda y con hoyuelos. El vestido de color vino oscuro, del mismo tono que su pintalabios, es todo brillo y satén, con un seductor y pronunciado escote chimenea. La tela se le ciñe al cuerpo justo donde debe y resalta sus magníficas curvas.

Le cojo las manos y se las aprieto con fuerza.

—Pareces una puñetera reina.

Tras un segundo de vacilación, se le transforma la cara.

—Sí. Pues claro que sí.

Se encamina hacia Bomani con paso seguro.

Él le coge la mano y le da un beso en los nudillos, con los ojos rebosantes de veneración.

—Dios mío.

Zaza suelta una deliciosa carcajada.

—No, cielo, solo soy yo.

Al mismo tiempo que a Bomani se le dibuja una sonrisa de enamorado, diviso una figura encorvada en un rincón sombrío, junto a los ascensores, contemplando la pantalla vacía de su móvil como si se hubiera olvidado de cómo funciona.

Me acerco a Kieran con pasos vacilantes, deseando tener la mitad de la confianza de Zaza. Pero, cuando levanta la vista hacia mí y se le ilumina el rostro de pura admiración, me pregunto de qué narices tenía que preocuparme.

Niega con la cabeza cuando llego a su lado, casi como si no pudiera creérselo.

—Estás… devastadora.

Su sinceridad hace que me ardan las mejillas. Me alegro de que la iluminación sea tenue.

—Como siempre, ¿no?

—Sobre todo cuando estás cubierta de barro, sudor y la sangre de nuestros enemigos.

Se aparta de la pared. Cuando la luz incide sobre él, el cerebro se me convierte en papilla: «¿Cómo es posible que sea la primera vez que lo veo vestido de traje, y por qué le aprieta tanto la camisa en los pectorales, y por qué estoy tan cachonda y…? Señor, apiádate de mi alma, por favor».

—Me gusta tu peinado —consigo soltar en lugar de todo eso.

Y es cierto, se ha hecho una pulcra y elegante raya al lado. Se pasa una mano por el pelo, un gesto que me resulta ridículamente sexy sin que haya ni la menor razón para ello.

—Gracias. Eh… Esto es para ti.

Se saca una cajita de cartón de detrás de la espalda y me la da.

Durante un segundo, no puedo hacer nada más que mirarla con fijeza.

—Pan de plátano —digo al fin—. Me has traído pan de plátano.

—De esa pastelería que tanto te gusta. Iba a comprarte un ramillete, pero pensé que esto te gustaría más. —Empieza a divagar—: Bueno, en realidad, no sé en qué estaba pensando. ¿Cómo vas a querer un pan de plátano en el baile de graduación…?

Intenta recuperarlo, pero lo alejo de sus manos y me lo llevo al pecho para protegerlo.

—No. Ahora es mío.

Se muerde el labio inferior como hace siempre que intenta contener una sonrisa. Una vez que consigo meterme la caja de pan de plátano en el bolsillo de la cazadora de cuero, me ofrece el brazo.

—Bueno, ¿puedo invitarte a una copa?

Paso la mano por la sangradura del codo que me tiende. Sin pensarlo, nuestros pasos se acompasan, como si se hubiera activado la memoria muscular. Es tan natural, tan fácil recuperar la familiaridad con él. Los perfiles de su cuerpo, la seguridad de su tacto, reavivan en mi interior un profundo y doloroso anhelo por la intimidad que compartimos una vez.

Aunque no pienso admitirlo.

Oigo el palpitar sordo de la música de más arriba en cuanto entramos en el ascensor. Subimos al ático en silencio. Estoy hiperconcentrada en la presión constante del brazo de Kieran, en el suave aroma de su colonia, en el calor que irradia de su cuerpo al mío…

Din.

Las puertas se abren. Mil luces estroboscópicas de colores nos asaltan desde el techo. Se reflejan en las paredes, hechas de fragmentos de espejos rotos, de modo que todo el espacio fulgura incluso en la oscuridad. Recorremos una de las pasarelas entrecruzadas suspendidas sobre la pista de baile y nos asomamos por encima de la barandilla para echarle un vistazo al mar de cuerpos, sudor y seducción que se retuerce más debajo.

—¡Bienvenidos a la fiesta más sexy de Nueva York! —grita el *DJ* por el micrófono.

La multitud estalla en aullidos de placer cuando hace la transición a la siguiente canción. Los alumnos de los diez institutos de la Prep League corean la letra a pleno pulmón, como una secta de chiflados en plena oración. Veo a Bomani haciendo girar a Zaza por la pista como un profesional.

Kieran se vuelve hacia mí y me grita algo.

—¿Qué? —le contesto a voces.

Lo intenta de nuevo. Me encojo de hombros, impotente. Me agarra por los brazos y se acerca. Los latidos del corazón me reverberan por todo el cuerpo, casi más fuerte que los bajos de la música del club.

—¿Quieres ir a algún sitio más tranquilo? —me ruge al oído.

—¿Al bar de arriba? —chillo.

—¿Qué?

Resoplo, exasperada, y lo agarro de la mano. Lo llevo por la pasarela hasta las escaleras. Esquivamos a las parejas que bailan al ritmo de la música, a las parejas que se restriegan entre sí al ritmo de la música y a las parejas que se comen la cara sin ningún reparo al ritmo de la música. Kieran me lanza una mirada horrorizada. Escapamos a toda velocidad hacia la última planta del club, subiendo los escalones de dos en dos.

Cuando llegamos arriba, los dos estamos muertos de risa y un poco sin aliento. Por suerte, aquí la música es más sutil, lo bastante amortiguada como para que no tengamos que seguir gritándonos. Me doy cuenta de que sigo agarrándole la mano. Se la suelto y me aclaro la garganta mientras él me mira con aire divertido.

Un torbellino de emociones se me agita en el interior. Ahora que nos hemos alejado de la euforia de la fiesta, el subidón que me ha traído hasta aquí desaparece.

Lo miro fijamente a los ojos.

—No te he perdonado.

Se le desvanece la sonrisa. Traga saliva.

—Lo sé.

—Vale, eso es bueno.

Le doy la espalda y me encamino hacia la barra.

—¿Qué les pongo? —nos pregunta el camarero por encima del traqueteo del hielo que agita en una coctelera de plata para prepararles unas copas a dos chicas.

Reviso la carta de bebidas mientras tamborileo con los dedos sobre el mostrador.

—Un Honey Trap, por favor.

—¿Y para usted, señor?

—Uhhh… —Kieran estudia la carta como si estuviera escrita en jeroglíficos. Después de mucho deliberar, levanta la vista con aire de

impotencia—. ¿Vodka? ¿O algo así?

El camarero ni siquiera parpadea.

—De acuerdo. Marchando un Honey Trap y un vodka o algo así. ¿Identificación?

Le enseñamos nuestra tarjeta de la Prep League y nos desplazamos hacia un lado de la barra para esperar las copas sumidos en un silencio incómodo.

—¿Alguna vez has…? —empiezo a decir en el mismo momento en el que Kieran pregunta:

—¿Te has…?

Los dos nos callamos de golpe.

—Tú primero —digo.

—Perdóname —murmura sin mirarme a los ojos—. Por cómo acabaron las cosas.

Me cruzo de brazos.

—¿Es una disculpa sincera?

—Nunca quise que terminara. Lo nuestro, quiero decir.

—Lo decidiste tú.

Se le tensa la mandíbula.

—En realidad no.

Suelto un bufido.

—Si eso te ayuda a dormir bien por las noches…

Levanta la cabeza con brusquedad. Se me corta la respiración al ver el dolor que refleja su expresión.

—No tienes ni idea de cómo fue.

—¿Qué?

El arrepentimiento que le destella en los ojos me sacude como un puñetazo en la boca del estómago.

—Pasarme las noches despierto, sin poder pegar ojo —dice con la voz áspera—, preguntándome si me echabas de menos tanto como yo a ti.

Me cuesta creer lo que estoy oyendo. Me agarro a la barra para contrarrestar la sensación de mareo.

—No borraste mi número. Pero nunca me has llamado. Nunca me has mandado un mensaje.

—Claro que no. Querías alejarte todo lo posible de mí. Por más que me atormentara, ¿qué derecho tenía a no respetar tus deseos?

No puedo hacer más que mirarlo. ¿Cómo respondo a eso? Casi sentiría lástima por él… Si no fuera por lo colosalmente enfurecida que estoy por su lógica sin sentido y presuntuosa.

Kieran se frota la cara.

—Mira, creo que lo mejor es que me vaya. Es obvio que ni siquiera querías que viniera. No quiero fastidiarte el baile de graduación.

—No —respondo de inmediato—. A ver, antes no quería que vinieras, pero era porque me preocupaba…, me preocupaba…

Me observa.

—¿Sí?

Abro la boca.

«Me preocupaba darme cuenta de lo mucho que te deseo todavía».

Cierro los ojos.

—Kieran, yo…

Pam.

Ambos nos sobresaltamos al oír el impacto del cristal contra la madera. El momento se rompe. No sé si sentirme aliviada o no cuando el camarero desliza sobre la barra un cóctel de un dorado reluciente y un misterioso brebaje de color azul oscuro servido en vaso alto. Nos guiña un ojo.

—Espero que les gusten.

Kieran se planta delante de mí y le da al camarero un billete de veinte antes de que me dé tiempo a coger la cartera.

—A esta invito yo —dice. Y al ver mi expresión, añade—: No empieces a poner pegas.

Resoplo y levanto mi Honey Trap.

—Vale. Pero la siguiente la pago yo. Por la victoria.

Choca su vaso contra el mío.

—Por nuestra victoria.

La comisura de los labios se me curva hacia arriba. Pruebo un sorbo del cóctel y trato de distinguir los diferentes sabores que me inundan la lengua. *Bourbon* floral, endulzado con miel y un toque de limón. El ardor que me provoca al bajar por la garganta me llena el pecho de calor. No es la primera vez que agradezco que se haya reducido la edad legal para beber. Con todas las responsabilidades que se espera que asumamos desde jovencitos, tenía sentido que también nos concedieran al menos este pequeño privilegio.

Levanto la vista y veo a Kieran con el fondo del vaso apuntando al techo. La garganta se le mueve arriba y abajo mientras apura la copa hasta la última gota.

—¡¿De qué vas, Cross?! —exclamo—. ¡Frena un poco!

Deja el vaso vacío sobre la barra y exhala con intensidad. Me señala los zapatos y los ojos le brillan con una nueva determinación.

—¿Puedes bailar con eso?

—Claro, pero…

—Baila conmigo. Solo un poco.

—¿Por qué?

Me tiende la mano. Tiene las pupilas muy dilatadas, pero no puede ser por el alcohol, todavía no. Me recorre la cara con la mirada hasta dejarla posada en mis labios.

—Porque me odiaría durante el resto de mi vida si no te lo

pidiera.

Abandono mi copa y lo sigo escaleras abajo. Entrelaza sus dedos con los míos, con fuerza, como si temiera que nos perdiéramos entre la multitud. Justo cuando llegamos abajo, veo una mancha borrosa por el rabillo del ojo.

¡BAM!

Alguien arremete contra mí a la velocidad del rayo y está a punto de hacerme caer de culo. Kieran me agarra por el codo justo a tiempo.

—¡Ay, mi madre! —exclama la chica, que lleva alborotado el pelo corto y rubio oxigenado, y las mejillas sonrosadas a causa de la embriaguez. Se tira del dobladillo del ajustadísimo vestido y se limpia los chorretones de rímel que le embadurnan las mejillas. Me mira con unos enormes ojos marrones—. Lo siento muchísimo. Mi novio a…, acaba de romper conmigo en me…, en medio de la pista de baile y me ha dado tanta vergüenza que…

—No pasa nada —la interrumpo, y la sujeto al ver que se balancea hacia delante—. ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Rompe a llorar.

—¡Pues claro que me duele algo! Me ha roto el corazón. —Se sorbe los mocos y agacha la cabeza, aún apoyada en mí. Me envuelve un dulce aroma a vainilla. Miro a Kieran, pero él no se da cuenta porque está contemplando a la chica con una expresión de lo más extraña e impenetrable en la cara. Justo cuando parece que está a punto de decir algo, ella grita en voz alta—: Es que… Es que lo quería mucho y pensaba que él también me quería a mí, ¡y no me puedo creer que haya roto conmigo en el baile de graduación! ¿No había otro sitio? Al menos podría haber tenido la decencia de elegir otro lugar…

Justo en ese momento, alguien pasa a mi lado rozándome y siento un levísimo tirón en la muñeca, apenas perceptible. Cuando bajo la mirada hacia mi bolso, descubro que la solapa está abierta.

Empujo a la chica hacia atrás. Retrocede a trompicones. Con mi teléfono y mi cartera en las manos. Demasiado tarde, caigo en la cuenta de que, a pesar de que se comporta como si estuviera borracha, no huele en absoluto a alcohol.

Además, lleva zapatillas deportivas.

Sin dudarlo, se da la vuelta y sale corriendo entre la multitud, no sin antes sacarme la lengua y enseñarme el dedo corazón.

Grito un improperio. Llevo unos tacones de aguja de diez centímetros.

Pero eso no me impide perseguirla hasta la pista de baile.

CAPÍTULO VEINTE

En cuanto me sumerjo en la horda de cuerpos sudorosos y convulsos, sé que he cometido un terrible error. La pista está abarrotada de adolescentes poseídos por hormonas embravecidas y por la energía de los muertos vivientes. Me abro paso a empujones entre ellos, con creciente violencia, sin apenas granjearme más que una mirada de desconcierto aquí y allá entre los rostros bañados en purpurina y euforia. La música palpita en mi interior, burlándose de mí, ahogando mis pensamientos, tratando de desviarme de mi camino.

Estoy pensando en rendirme y limitarme a denunciar el robo a la policía cuando me doy cuenta…

«Mierda». Las fotos de mis padres.

«Todavía las tengo en la cartera».

Con un estallido de furia, forcejeo con el laberinto vivo y serpenteante de cuerpos que me presionan por todas partes. La ladrona es mucho más pequeña que yo. Esquiva los codos y se cuela por debajo de los brazos con facilidad. Se vuelve y me lanza una sonrisa arrogante por encima del hombro, pero se estremece cuando ve mi careto rugiente a apenas unos centímetros, como un misil teledirigido preparado para el impacto.

Redobla sus esfuerzos y se precipita hacia los huecos en continuo movimiento que se abren entre los cuerpos. Consigue escapar de la multitud y corre hacia las escaleras que llevan a la salida. Otro taco. Puede que sea capaz de correr con tacones en llano, o incluso subiendo unas escaleras, pero bajarlas es muy distinto.

Franqueo la puerta que lleva al rellano mientras sopeso mis opciones. Aunque el ascensor me llevaría a la planta baja más rápido que si tengo que bajar corriendo veinte pisos de escaleras, no sabré si la ladrona decide salir por cualquier otra planta.

—¡Rei! —grita alguien a mi espalda con la voz ronca—. ¡Espera!

Cuando me doy la vuelta veo a Kieran tambaleándose detrás de mí. Abre la boca, pero entonces el ritmo decae y sus palabras se pierden en una explosión de graves. Intenta gritar por encima de la música, pero es inútil. Al final, se señala a sí mismo y luego los ascensores. Asiento con la cabeza, más que agradecida por su comprensión, y empiezo a bajar taconeando el primer tramo de

escaleras.

El eco de los pasos de la ladrona se eleva hasta mí. Calculo que está unos cinco pisos por debajo: es imposible que la alcance a este ritmo. Desvío la mirada hacia el suave pasamanos de acero inoxidable: una barra plana e inclinada de dos centímetros y medio de grosor.

No hay tiempo para titubeos. Me quito los tacones y me subo de culo a la barandilla, aunque estoy a punto de volcar y de estamparme de cara contra el hormigón gracias a la tela sedosa de mi vestido. Tardo unos segundos muy valiosos en averiguar cómo debo distribuir el peso y dónde debo colocar con exactitud las extremidades para no perder el equilibrio, pero enseguida empiezo a volar por la barandilla a una velocidad de verdadero vértigo. Estoy justo un piso por encima de la ladrona cuando ella llega a la planta baja y sale en tropel al vestíbulo, donde Kieran la estará esperando. La anticipación me corre por las venas ahora que se acerca el final de la caza.

Sin embargo, cuando llego al vestíbulo me encuentro con un Kieran furioso y con la cara roja empujando a la ladrona no contra el suelo, sino hacia la puerta.

Hacia la calle.

Hacia la libertad.

La puerta de la escalera se cierra de golpe a mi espalda. Kieran se da la vuelta y se pone rígido al verme.

Un rugido me llena los oídos y ahoga cualquier otro pensamiento, más ensordecedor que la música del club.

Sin una sola palabra, vuelvo a ponerme los tacones.

Kieran levanta las manos cuando paso a su lado hecha una furia.

—Rei, espera, puedo explicártelo… —comienza a decir, desesperado.

Mi única respuesta antes de salir corriendo a la calle es volverme y pegarle un puñetazo en la cara.

Cuando Kieran y yo rompimos, los domingos se convirtieron en el día de la semana que menos me gustaba.

Ese día, quedábamos en la biblioteca justo después de desayunar

para ponernos al día con los deberes o empollar para los exámenes, agradecidos por el simple consuelo de la presencia del otro. Todos los domingos, sin falta… Hasta el día que me pasé cinco horas sentada a solas en la biblioteca antes de que por fin me enviara un mensaje disculpándose por no poder ir. Algo sobre una cita médica de la que se había olvidado.

«No te preocupes —le respondí—. Todo el mundo comete errores». Me llevé una decepción, por supuesto, sobre todo porque desde hacía un tiempo teníamos tanto trabajo en el instituto que ya no éramos capaces de encontrar huecos para vernos durante la semana, pero lo entendí.

Entonces llegó el domingo siguiente. Aquella vez fue un fontanero que tenía que arreglar una fuga de agua causada por la tormenta de unos días antes. El domingo de después, fue una promesa de última hora para hacerle de canguro al hijo de un amigo. Durante las dos semanas posteriores, me aseguró que se había cogido un resfriado terrible. Cuando me ofrecí a ir a cuidarlo, se negó, insistió en que era muy contagioso y en que no quería que yo también me pusiera enferma.

Quise ser comprensiva. Ser empática. Pese a que su comportamiento me parecía extraño, me creí que estaba pasando una racha de mala suerte.

Solo después de que cancelara nuestros planes el sexto domingo consecutivo, alegando que seguía enfermo, cedí a mis sospechas. Ese viernes, me salté la última clase y cogí un taxi hasta el Prep del Upper West Side.

Me pasé todo el trayecto en taxi reprendiéndome por comportarme como una paranoica. Me dije que debía darme la vuelta, pero, antes de que pudiera darme cuenta, ya estaba sentada en una mesa de la terraza de una cafetería frente al Prep de Kieran, con una vista perfecta de la salida principal del instituto.

Me pedí un chocolate caliente para llevar y esperé.

A medida que iban pasando los minutos, intenté volver a convencerme de que debía marcharme. Pero la duda ya se había filtrado, como el moho y los hongos que se cuelan por las grietas ocultas, y había debilitado mi determinación, corrompido mi confianza en él.

Quizá ya no quería pasar su tiempo libre conmigo. Tal vez había

perdido el interés en nuestra relación. En mí. O puede que…

Puede que hubiera otra chica.

A lo mejor todas aquellas excusas endebles no habían sido más que un engaño desde el principio. A lo mejor había dejado de ir a la biblioteca porque estaba ocupado pasando el rato con ella. Riéndose con ella. Abrazándola. O incluso…

Me sacudí y apuré el resto del chocolate. «Contrólate un poco».

Al otro lado de la calle, estalló un alboroto. Levanté la vista justo a tiempo para ver el alud de alumnos con uniforme carmesí que salía por la puerta. Escudriñé a la multitud en busca del rostro de Kieran, de su pelo, pero no apareció por ninguna parte.

El alivio me embargó. Y la vergüenza. No podía creerme que hubiera caído tan bajo como para acosar a mi propio novio. Y entonces…

Lo vi. Saliendo tan tranquilo a la calle entre un grupo de alumnos que charlaban entre sí.

Sin pensarlo, cogí el móvil y marqué su número.

Desde mi silla de la cafetería, lo vi buscar su teléfono en los bolsillos. Parpadear mirando la pantalla. Dudar. Luego, despacio, llevarse el móvil a la oreja.

—¿Hola?

—Hola. Soy yo —dije.

—Ya sé que eres tú. ¿Cómo está mi pequeña Reiyita de sol? —preguntó en tono burlón.

—¿Sigues enfermo? —le pregunté. El corazón me latía con fuerza en el pecho. Incluso de lejos, se le veía cansado, pero resultaba obvio que no estaba postrado en la cama. Cuando se hizo el silencio al otro lado de la línea, añadí a toda prisa—: Solo necesito saber si irás este domingo. A la biblioteca.

Vi que la culpa le deformaba el rostro al escuchar mi pregunta.

—No sé, todavía me encuentro bastante mal.

El vaso de papel vacío se arrugó bajo la presión de mi mano.

—¿Dónde estás ahora? ¿Por qué oigo ruido de coches?

—Deja de preocuparte. Solo he bajado a comprar un par de medicamentos.

Al oír que lo que salía de su boca era una cosa y que la realidad que veía era otra totalmente distinta…, me sentí desconectada de mí misma, del teléfono que tenía en la oreja y de la voz con la que hablaba.

—¿Puedo ir a verte? Te llevaré sopa.

—No, es mejor que de momento no te acerques a mí —respondió a toda prisa mientras uno de sus amigos le pasaba un brazo por el hombro y otro le ofrecía un chicle. Una chica con el pelo rubio y una sonrisa preciosa le dijo algo que no alcancé a oír. Él le hizo un gesto con la mano para que se alejara—. Pero te prometo que el próximo domingo no faltaré, ¿vale?

—De acuerdo —susurré, y colgué antes de que las lágrimas empezaran a caer.

La ladrona casi consigue perderme. Casi.

La veo doblar la esquina de la 49 con Broadway. Cruza la calle y echa a correr por el carril bici. Aunque comienza a flaquear, sigue siendo muy rápida. La persigo a toda velocidad, con la respiración controlada y los pulmones agradecidos por el aire fresco tras el calor sofocante del club.

El entrenador Lee nos obligó a correr quince kilómetros —West Street arriba y West Street abajo— todos los días antes de empezar las clases durante seis meses, y me alegro de que por fin esté dando sus frutos.

Parece que la ladrona se dirige hacia Times Square, pero toda la zona está repleta de oficinistas. Al final gira a la izquierda por la 47, justo antes de las zonas peatonales donde antes la gente iba a ver caer la bola a medianoche en Nochevieja. Un taxi que gira pega un frenazo y me pita cuando me roza suavemente el trasero mientras atravieso el cruce a toda velocidad cuando el semáforo está ya a punto de ponerse en rojo.

Ya tengo a la ladrona al alcance de la mano, así que salto hacia ella y la placo. Grita de dolor cuando cae sobre el hormigón de la acera y se roza las rodillas desnudas, pero no siento ninguna

compasión.

Empapada en sudor, lucha por recuperar el aliento bajo mi peso. Le tiembla todo el cuerpo de miedo y agotamiento. Tiro de ella hasta ponerla en pie y la arrastro hasta el vestíbulo sin luz de un edificio abandonado, con las puertas destrozadas por los mortícolas o los vándalos.

La estampo contra la pared y le inmovilizo el codo a la espalda.

—¿Dónde están mis cosas?

—No puedes hacerme daño —dice con firmeza—. Estás compitiendo en el… —Se interrumpe con un gemido cuando le retuerzo el brazo con fuerza—. ¡Ya ni siquiera tengo tus mierdas!

—Vaya —le digo al oído—. ¿Sabes quién soy? —Asiente con desesperación, encogiéndose de miedo y, aun así, intentando zafarse de mi presa—. Entonces supongo que debes de saber de lo que soy capaz.

En mi cabeza, es como si la chica ya no estuviera. Lo único que veo es a Kieran ofreciéndome el brazo con una sonrisa. Siguiéndome entre la aglomeración de cuerpos, gritando mi nombre. Señalándome el ascensor y esperando en el vestíbulo, como si siguiéramos siendo aliados en la vida real. Haciéndome creer que podía confiar en él, solo para volver a dejarme en ridículo, una y otra vez…

—¡Ay! ¡Pa…, para, por favor! Me estás haciendo daño. Ya no tengo tus cosas, ¡lo juro!

Vuelvo al presente con un respingo y me doy cuenta de que la estoy agarrando con tanta fuerza que empiezan a salirle moratones. La suelto. Se desliza hasta el suelo convertida en un mar de lágrimas. Mi rabia se esfuma. ¿Qué coño estoy haciendo?

«La gente solo se alza por dos razones: para servir a los que les admiran o para despreciar a quienes sirven».

Retrocedo unos pasos y los cristales rotos y los granos de café rancio crujen bajo mis pies. Me agacho con torpeza.

—¿Cómo te llamas?

Antes de que pueda responder, una voz cautelosa resuena a mi espalda.

—Se llama Cassie.

Me doy la vuelta cuando Kieran cruza sigilosamente la puerta, despacio. Mantiene una postura relajada, pero su mirada es más dura que el acero. Ya se le ha formado una roncha roja con la forma de unos nudillos en la mejilla izquierda.

Me enderezo, con los puños apretados, a punto de regalarle otra a juego en la mejilla derecha, cuando añade:

—Diminutivo de Cassandra. Cassandra Cross.

Vacilo.

Se detiene a mi lado y mira a la ladrona.

—Mi hermana pequeña.

—Tu hermana —repito con voz débil.

Me había mencionado su existencia de pasada, pero, a pesar de que salimos juntos durante dos años, ninguno de los dos visitó nunca ni el hogar ni a la familia del otro. La tía Minyi no me permitía llevar invitados a la mansión, y Kieran siempre evitaba todos los temas que tuvieran que ver con su casa.

Aun así, me cuesta creer que esta sea la primera vez que le echo la vista encima a su hermana. El parecido no es fácil de detectar a simple vista, puesto que ella tiene el pelo rubio y los ojos castaños, pero, cuando me fijo con más detenimiento, lo percibo en que ambos tienen una estructura ósea elevada, un arco de cupido pronunciado y el rostro en forma de corazón.

—Lo siento —me dice Kieran—. La cogí en el vestíbulo y me di cuenta de que ya había pasado de tus cosas. Iba a explicártelo yo mismo para que no le pegaras una paliza, pero… Bueno.

Se toca la magulladura de forma irónica.

Ups.

Kieran se agacha y agarra a Cassie por el brazo.

—¿Dónde está tu compinche? Llámala, ahora mismo.

—¿Con qué teléfono? —replica Cassie.

A su hermano se le hinchan las fosas nasales. Al cabo de un instante, se mete la mano en el bolsillo y le planta el móvil en la palma extendida.

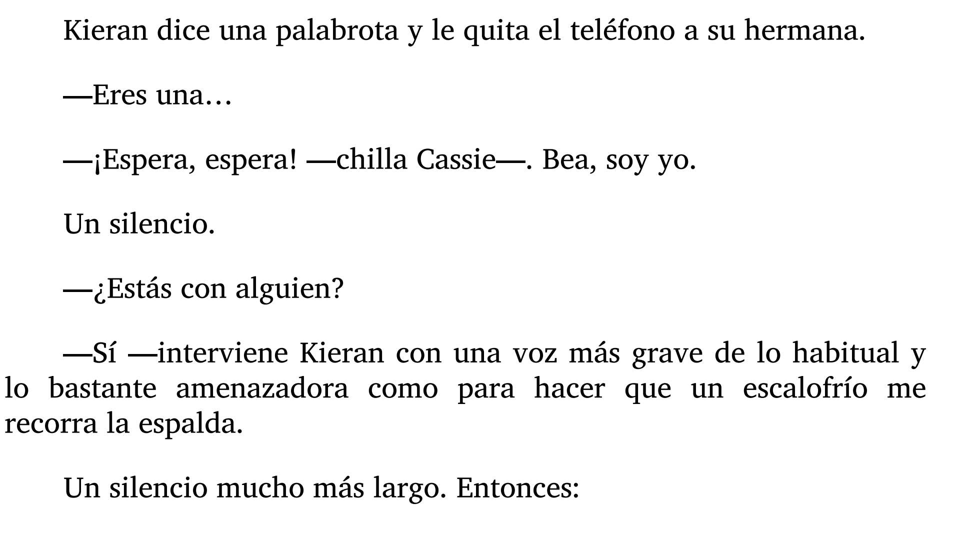
—Date prisa.

A propósito, Cassie marca el número lo más despacio que puede. El teléfono da señal.

—Ponlo en altavoz —ordena Kieran.

Un segundo después, contestan:

—Aquí Big Italy Pizza, ¿desea hacer un pedido…?



Kieran dice una palabrota y le quita el teléfono a su hermana.

—Eres una…

—¡Espera, espera! —chilla Cassie—. Bea, soy yo.

Un silencio.

—¿Estás con alguien?

—Sí —interviene Kieran con una voz más grave de lo habitual y lo bastante amenazadora como para hacer que un escalofrío me recorra la espalda.

Un silencio mucho más largo. Entonces:

—Uf, mierda.

—Sí. Más te vale mover el culo y volver a Times Square, pedazo de delincuente.

—Ya he gastado mi trayecto gratuito en el autobús de vuelta a casa. Supongo que podría coger el dinero de la cartera de tu novia…

Kieran se pellizca el puente de la nariz.

—Ni se te ocurra. Te esperamos junto a las pistas de tenis que hay cerca de tu apartamento dentro de cuarenta minutos. Si falta algo…

No hace falta que termine la frase.

—No se lo digas a mi madre —es lo único que dice Bea antes de finalizar la llamada.

Los tubos de escape del autobús escupen columnas de fétido humo negro mientras traqueteamos hacia el norte de la ciudad. Kieran, Cassie y yo estamos de pie casi al fondo del autobús, ya que les hemos cedido nuestros respectivos asientos a una mujer embarazada y a sus dos niños pequeños y revoltosos. El autobús rodea la curva sur de Central Park y el pedestal de Columbus Circle, donde estuvimos hace apenas unas horas, se eleva al otro lado de las ventanas mugrientas. Antes tenía encima una estatua de mármol del famoso explorador, hasta que, a saber cómo, un mortícola se estampó contra ella y le arrancó la cabeza de cuajo. Ahora, el trocito irregular de cuello que conserva lo ocupan las palomas.

Aunque la mayoría de los vehículos de Manhattan se han pasado

a la energía eléctrica limpia, la Autoridad de Transporte aún no ha sustituido por completo su anticuada flota de autobuses. Ya era un proceso lento y costoso incluso antes del Desvanecimiento y, sin los ingresos de la red del metro ni de los trenes de cercanías, perdieron casi todo lo que tenían.

—¿Eres mejor *maverick* que mi hermano?

Bajo la mirada hacia Cassie. Está plantada en medio del pasillo, balanceándose de manera errática cada vez que el autobús da un bandazo, y nosotros con él.

—Deberías agarrarte a algo —le digo.

Entrelaza su brazo con el mío a modo de respuesta.

—Vale, pero ¿lo eres?

—Deja de incordiarla —la reprende Kieran a mi izquierda. Ella le saca la lengua. Entonces su hermano se dirige a mí—: Le gusta fingir que no entiende nada porque no va a un instituto de la Prep League.

—Ninguno de los dos somos *mavericks* todavía —le aclaro a Cassie —. Tanto tu hermano como yo aspiramos a alcanzar el puesto ganando el Torneo.

Sonríe con dulzura y me apoya la cabeza en el hombro.

—Espero que le ganes.

Kieran se pasa el resto de los cincuenta minutos del trayecto fulminándola con la mirada.

El autobús resuella mientras avanza en paralelo a Riverside Park, una prolongada franja verde que se extiende a lo largo del lado oeste de Manhattan. Corredores y parejas que empujan carritos de bebé disfrutan del sol de la tarde ahora que aún se atreven. Algunos incluso hacen un pícnic a la orilla del río Hudson y contemplan la no tan lejana costa de Nueva Jersey, situada al otro lado de la extensión de olas grises y agitadas. Está lo bastante cerca como para alcanzarla a nado y, cuando se declaró el confinamiento en la ciudad, algunas personas escaparon después del toque de queda e hicieron precisamente eso: lanzarse al agua para llegar nadando hasta allí. Fueron las primeras en descubrir que los mortícolas también sabían nadar, al menos lo justo para cazar. En cuanto Nueva Jersey y los demás municipios se enteraron de este dato tan curioso, el gobierno

instaló con gran discreción varios «mecanismos de defensa costera». Por lo visto, no ha habido ni un solo mortícola que haya conseguido salvar el río, pero hubo unos chicos que lo intentaron en una canoa improvisada. Lo único que llegó a la orilla fueron los restos destrozados de su embarcación.

«La próxima parada es Riverside Drive», anuncia una voz agradable por el sistema de megafonía.

Nos bajamos. Los coches circulan a toda velocidad por la autopista West Side, a escasos metros del sendero, mientras recorremos el parque sumidos en un silencio absoluto. Unas nubes negras e intimidantes empiezan a trepar por el horizonte. Cassie se rodea con los delgadísimos brazos para protegerse del frío.

Kieran deja escapar un sufrido suspiro. Se quita la americana y se la tira.

—Toma.

Su hermana hace una mueca.

—Gracias, pero no, gracias. ¿Y si alguien me ve con eso puesto?

—¿No se supone que está de moda llevar chaquetas varias tallas más grandes?

—El problema no es la talla.

Le echo mi cazadora de cuero sobre los hombros.

—Solucionado. Ahora vas abrigada y con estilo.

—Ahora te vas a congelar tú —me gruñe Kieran.

Sin darme tiempo a protestar, me envuelve en su americana y en el calor de su cuerpo que aún perdura en la prenda, en el aroma de su colonia y… en el suyo.

Con el toque de queda cada vez más cerca, no es de extrañar que las pistas de tenis de color rojo ladrillo estén casi desiertas cuando llegamos. Atravesamos el mar de hierba y arbustos hacia una valla de alambre invadida por la hiedra. Hay una chica bajita apoyada contra ella. Lleva una sudadera gris holgada con capucha y unos vaqueros negros rotos, y se está examinando el esmalte de uñas desconchado. Hace una pompa con el chicle y ladea la cadera.

—Esa cazadora es la leche, Cas.

—Es de ella —responde su amiga, que juguetea con la cremallera un tanto cohibida.

Bea deja escapar un bufido desdeñoso.

—Cómo no. Razón de más para no devolverle sus cosas.

Ante la mirada asesina de Kieran, la chica se mete la mano en el bolsillo de la sudadera y saca mi cartera y mi teléfono.

—¿Le habéis robado algo a alguien más? —le pregunto.

—Ojalá.

Cojo mis cosas y me aseguro de que las fotos de mis padres siguen en la cartera, con un remolino de rabia en el estómago.

—Podría haberte denunciado. Incluso haber hecho que te arrestaran.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Que entonces tendrías una infracción permanente en tu expediente. Este tipo de irresponsabilidades podrían destrozarte el futuro para siempre. Crees que eres joven, que no pasa nada…

—Cierra el pico —me gruñe Bea. Con los puños apretados, se me planta delante de la cara y su saliva me salpica—. ¡Cierra el pico! No tienes ni idea, zorra rica y privilegiada. No tienes ni idea de lo que es pasarlo mal ni de lo que es vivir en la miseria.

—Bea —advierte Cassie.

—No, Cassie. ¿Sabes cuánto dinero llevaba en la cartera? ¿Crees que sabe lo que es esto? —La chica se vuelve hacia mí—. ¿Sabes lo que es tener que ver a tus padres matarse a trabajar y que aun así tus cuatro hermanos pequeños se mueran de hambre porque es o comer o pagar el alquiler? Y no hay más remedio que pagar el alquiler porque, si no tienes una puerta que cerrar, ¡te matan los monstruos! Y, por culpa de los monstruos, no se nos permite mudarnos, así que estamos todos atrapados viviendo en esta fosa séptica de ciudad hasta el día en que muramos. Así que, sí, me importa una mierda mi futuro. Porque no lo tengo.

Kieran da un paso hacia ella con un brazo estirado.

—Bea, no…

—Y tú no eres mejor —le suelta la chica. A Kieran se le tensan los hombros—. Te crees por encima de todos nosotros ahora que has conseguido salir, pero sigues siendo el mismo mierda de siempre.

Cassie la agarra.

—No hables así de mi hermano.

Bea le pega un empujón, pero Cassie la agarra del pelo y tira de él hasta hacerla caer al suelo. Se gritan la una a la otra, intercambian mordiscos y patadas entre el polvo. Kieran se abalanza sobre ellas para intervenir, pero Bea lo golpea justo en la entrepierna. Cae fulminado. Consigo apartar a Cassie y mantener a su contrincante a un brazo de distancia mientras ambas forcejean contra mí.

—Parad —grito.

Ninguna de las dos me hace caso. Así que dejo que sigan braceando unos instantes hasta que se les acaban las fuerzas. Ambas tienen el pecho agitado. El sudor les resbala por las mejillas enrojecidas. Cuando suelto a Bea, se tambalea hacia delante y cae desplomada a mis pies. Cassie se derrumba a su lado, jadeando.

Kieran se acerca cojeando.

—¿Habéis acabado? —les pregunta.

No responden, mantienen la mirada vacía clavada en el suelo.

Al final, Cassie rompe el silencio y dice con la voz áspera:

—En realidad Bea tiene razón. En lo de la crisis del alquiler. Y la imposibilidad de elegir.

Cuando todo el mundo se enteró de que iban a cerrarse las fronteras, los caseros de toda la ciudad aprovecharon la oportunidad para subir los alquileres, que ya estaban por las nubes. Eso dejaba dos opciones: pagar o afrontar el desahucio. Con los mortícolas merodeando por la ciudad tras la puesta del sol, quedarse sin hogar una sola noche equivale a una sentencia de muerte. Por eso los albergues están siempre al límite de su capacidad, pero nunca la sobrepasan: los mortícolas se encargan de ello.

—Cualquiera pensaría que el hecho de que un tercio de la población de Manhattan se desvaneciese sin que nadie supiera adónde habría dejado unos cuantos pisos libres —gruñe Bea.

—Había gente llegada de otros sitios —digo. Trabajadores de los alrededores que se desplazaban a diario a Manhattan, estudiantes universitarios. Turistas y visitantes extranjeros, como Roland—. Ellos también se quedaron atrapados aquí.

A lo lejos, las campanas del toque de queda comienzan su inquietante tañido.

—Bea, yo… —empiezo antes de darme cuenta de que no tengo ni idea de qué decirle. ¿Que lo siento? ¿Por qué? ¿Por nuestros errores colectivos como sociedad? ¿Por la existencia de los mortícolas? ¿Por las penurias de su familia? Ni todas las disculpas del mundo eliminarían uno solo de esos problemas.

En los años transcurridos desde el Desvanecimiento, el Sindicato ha construido un imperio para proteger las calles de esta ciudad. Pero, desde hace más de una década, esas calles están llenas de grietas que se hacen más anchas cada día. Y hay miles de personas cayendo por ellas.

Al final, respiro hondo y me enfrento a la mirada asesina que me lanza la chica.

—Si yo… Bueno, si el Sindicato pudiera hacer algo por ti, ¿qué haría falta para que creyeras en tu propio futuro?

Un ligerísimo gesto de sorpresa asoma a sus facciones. Luego, se le endurece la expresión.

—¿Para empezar? Ayudarnos a pagar el alquiler. O eliminarlo. Mis padres tienen tres trabajos cada uno. Solicitamos una ayuda económica, pero llevamos meses esperando la resolución. Vivimos en un apartamento de una sola habitación, el más barato que encontramos.

Una habitación para siete personas.

Da igual lo que diga ante esto, nunca será lo apropiado. Bea tenía razón: no tengo derecho a juzgarla. Nunca lo tendré.

—Toma. —Saco los billetes que llevaba en la cartera y se los doy. Sé que no es una solución a largo plazo, pero es lo único que se me

ocurre en este momento—. Quédate con esto por ahora. Hablaré con mi tía y veré qué más podemos hacer para ayudaros a tu familia y a ti.

Bea apenas duda un segundo antes de coger el dinero y metérselo en el sujetador.

Una llovizna fría nos salpica la cara. Levantamos la vista hacia el cielo cada vez más negro.

Bea se ajusta la capucha sobre la cabeza y arrastra los pies por la hierba.

—Será mejor que me vaya. —Antes de doblar la esquina del otro lado de las pistas de tenis, se vuelve y grita—: Por cierto, espero que no pretendas que te dé las gracias. Porque no voy a hacerlo.

Una sonrisa involuntaria se me dibuja en el rostro justo antes de que la chica desaparezca. Pienso en la expresión burlona de Roland, esperando mi declaración de gratitud. Aunque fuera un capullo, al menos me enseñó algo.

Kieran se me queda mirando un instante y niega con la cabeza.

—No tenías que hacerlo.

Contemplo mi cartera, vacía salvo por la foto del primer día de trabajo de mis padres. Ellos me devuelven la mirada. Los fondos que me dejaron no son muy abundantes y proceden sobre todo de la indemnización por su fallecimiento. Pero creo que les habría alegrado saber que, incluso después muertos, están ayudando a otra familia, a otra hija como yo.

—Todo ha cambiado por culpa de los mortícolas —susurro.

Si los mortícolas son una plaga, entonces esta ciudad se está muriendo. La furia de un millón de futuros perdidos —el de mis padres, el de Bea y el de todos los ciudadanos asesinados por culpa de esos monstruos— me arde en el pecho. Pero entonces pienso en lo impotente que me he sentido ante la necesidad de Bea. Cierro los ojos y me pregunto qué leches estoy haciendo.

Porque ¿qué es una chica contra una ciudad llena de monstruos?

Oímos el golpeteo del aguacero antes de sentirlo. Atraviesa el Hudson maltratando los árboles y moja las pistas de tenis, los caminos de piedra y, por último, a nosotros. Cassie chilla y se tapa la cabeza

con mi cazadora mientras corre a refugiarse entre los árboles, pero Kieran y yo nos quedamos inmóviles bajo la lluvia.

Su mirada es fría, pero sé que su ira no es para mí. Mientras que mi furia es volcánica, de las que explotan, la suya es una rabia silenciosa que bulle como un río de lava y que, lenta pero inexorablemente, consume todo lo que se interpone en su camino.

Agacha la cara para mirarme, las gotas de lluvia le caen en cascada por el puente de la nariz. Las veo trazar el suave contorno de su arco de cupido y bajar por la columna pálida de su garganta. Cuando habla, su voz es áspera como el hormigón en bruto:

—A veces este mundo me repugna. El Sindicato me repugna. «Alzaos», nos dicen. Como si alzarnos fuera a salvar a la gente que hemos dejado atrás.

La lluvia comienza a caer con más intensidad: golpea la tierra con tanta fuerza que apenas puedo oírlo, ahoga incluso el tañido de las campanas del toque de queda. A lo lejos, percibo algo parecido a un grito.

—Prefiero descender —continúa—. Caer hasta el infierno si es necesario. Y, aunque sea lo último que haga, me llevaré hasta el último de esos monstruos conmigo.

La lluvia le pega el pelo a la frente y les confiere un brillo oscuro a los mechones húmedos. Con la cara deformada en una fiera mueca y la ropa calada adherida al robusto cuerpo, casi me lo imagino a él como a otro tipo de monstruo, uno que sale del Hudson, sediento de sangre de mortícola.

En trance, estiro la mano para acariciarle la mejilla.

—Te creo.

Un alarido rompe el aire. Cuando nos damos la vuelta, nos encontramos a una Cassie con los ojos desorbitados que se tambalea hacia nosotros a través de la cortina de lluvia, con las zapatillas deportivas empapadas y resbalando peligrosamente sobre la hierba.

Kieran se aparta de mí.

—¿Qué? —pregunta.

Su hermana levanta una mano temblorosa y señala los árboles: las

ramas cabecean impulsadas por el viento, el aguacero impenetrable aporrea las hojas.

—Mortícola.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Lo primero que hace Kieran es tirar de su hermana pequeña para colocarla detrás de él. Luego me atrae hacia él agarrándome por las solapas de su americana. No me da tiempo a protestar antes de que meta la mano en el bolsillo interior y saque una navaja automática.

—¿Te habías llevado eso al baile? —pregunto sin dar crédito.

No me hace ni caso.

—¿Cómo era, Cassie?

—Tenía… Tenía muchos brazos —responde entre sollozos.

—¿Cómo es posible? —jadeo.

Aunque el toque de queda esté cerca, las probabilidades de que haya mortícolas en la superficie antes del anochecer deberían ser inexistentes.

Kieran blasfema.

—Rei, coge a Cassie y corre. Busca un lugar seguro, llama a Minyi.

«Corre, Rei». La voz de mi madre me retumba en la cabeza. Justo antes de que un mortícola…

—No —le espeto, y expulso el pensamiento de mi mente—. No voy a dejarte solo.

Observo los árboles. El viento sopla hacia el monstruo y enmascara su tufo, así que no hay manera de saber con exactitud a qué distancia se encuentra.

—Rei, por favor…

—Tendríamos que salir del parque para buscar refugio, y puede que ya sea demasiado tarde para eso. Nuestras posibilidades de sobrevivir al ataque de un mortícola serán mucho mayores si nos mantenemos unidos. No tendrás también una vara de sobra o una pistola N.N. escondida en los bolsillos, ¿verdad?

Kieran frunce el ceño.

—¿Qué tamaño crees que tienen?

—El suficiente para que te quepa… —En ese momento caigo en la cuenta—. Pan de plátano —susurro.

—¿Pan de plátano? —repite Kieran, confuso. Entonces se le abren muchísimo los ojos y palidece—. Pan de plátano.

Cassie nos mira como si hubiéramos perdido la cabeza.

—¿Qué?

Su hermano la agarra por la manga de mi cazadora para sacar la caja justo cuando nos llega el hedor. Esa mezcla acre y nauseabunda de podredumbre, descomposición y miseria. Cassie se queda paralizada. Kieran blande su navaja. Contra un mortícola adulto, es más o menos lo mismo que blandir una chincheta.

Me pasa el pan de plátano. Teniendo en cuenta el alcance de nuestro arsenal combinado, nuestra mayor esperanza es ganar el tiempo suficiente para que Cassie escape con cierta ventaja.

Esperamos, inmóviles, preparados para salir corriendo.

La lluvia tapa el sonido de los pasos de la chica hasta que sale de entre los árboles, con la sudadera gris con capucha totalmente empapada. Mientras trota hacia nosotros, lleva una mano metida en el bolsillo y, con la otra, se protege los ojos de la tormenta.

La tensión desaparece del cuerpo de Cassie. Deja escapar un sonoro suspiro de alivio.

—¡Bea! Uf, nos has dado un susto de muerte. —Está a punto de dar un paso hacia su mejor amiga cuando Kieran tira de ella hacia atrás con brusquedad—. ¿Qué…?

Bea rompe a correr a toda velocidad y da un salto metro y medio en el aire, mostrando los dientes en una sonrisa grotesca.

Una sonrisa brillante por el rojo de la sangre.

En pleno vuelo, se saca la mano del bolsillo; la tiene tan llena de sangre como los dientes. Ya no me queda ninguna duda de a quién pertenecía el grito que me pareció oír antes. Kieran se eleva en el aire para toparse con ella a medio camino, con la navaja apuntándole al cuello.

A Cassie se le escapa un grito ahogado. Arremete hacia delante, pero la bloqueo y la obligo a retroceder. Kieran y Bea —o, mejor dicho, el monstruo que lleva la piel de Bea—, caen al suelo y forcejean en el barro.

Siento la piel de Cassie peligrosamente resbaladiza mientras intenta liberarse de mi agarre. Me da una patada en la espinilla.

—¡No!

La zarandeo con fuerza.

—¡Cassie! ¡Esa no es Bea!

Por supuesto, el mortícola se parece en todo a Bea la humana: en el aspecto, en la altura y en la ropa. Pero por la forma en la que se mueve —por la forma en que ataca—, el monstruo no es más que una pura máquina de matar. Kieran gruñe y esquiva los golpes, le clava la pequeña navaja en el cuerpo una y otra vez, pero el mortícola apenas lo nota.

—Pero si aún no es de noche —gimotea Cassie, incapaz de apartar la mirada horrorizada de la bestia que se hace pasar por su amiga.

Y tiene razón. Las campanas del toque de queda continúan sonando a lo lejos, casi en son de burla.

Le clavo las uñas a Cassie en los hombros.

—Escúchame, Cassie. Tienes que largarte de aquí. Con cuidado. No corras. No llames la atención. —Le pongo mi móvil y mi cartera en la mano—. Cuando salgas del parque, busca un lugar donde refugiarte y llama a los servicios de emergencia. ¿Entendido? —Se limita a mirarme boquiabierta. La zarandeo de nuevo—. ¡Cassandra! La vida de tu hermano depende de ello.

—Y la… Y la… tuya también —tartamudea.

—No me lo recuerdes. —La empujo con fuerza hacia la salida más próxima del parque—. Pase lo que pase, no mires atrás. Contamos contigo.

Por fin, algo se endurece en el interior de la chica. Sin decir una sola palabra más, se aleja a buen paso.

Kieran suelta un aullido de dolor. Me doy la vuelta a toda prisa y veo que Bea le ha cerrado las mandíbulas alrededor del brazo. Agarro la piedra más grande que encuentro en el suelo y me abalanzo sobre el mortícola desde su punto ciego. Le clavo el filo entre los ojos con todas mis fuerzas. Algo cruje. El monstruo suelta a Kieran y se tambalea hacia atrás. La sangre le mana por la frente y le oscurece la visión. Le arranco la navaja de entre manos a Cross y, con un tajo limpio, le corto la garganta a Bea por la mitad. Se me revuelven las tripas. No, no es Bea.

«No es una humana. Es un mortícola», me recuerdo mientras me encaramo a su lomo. Le clavo la navaja más profundamente, el olor a podredumbre está a punto de ahogarme. Cuando intento hacer el último corte para decapitarlo, la hoja se me rompe en la mano.

La bestia se me sacude de encima. Caigo al suelo y ruedo por el fango hasta Kieran.

—Necesitamos otro plan —jadeo mientras me pongo en pie con dificultad.

Resuella, se sujeta el brazo ensangrentado con la otra mano.

—Ni siquiera sabía que ya tuviéramos uno.

Vuelvo a examinar el suelo con la mirada mientras el mortícola se rodea el cuello con una mano para que la cabeza no se le mueva del sitio mientras se le curan las heridas. Se encamina hacia nosotros arrastrando los pies. Mientras avanza, va despojándose de la piel de Bea y adopta su verdadera forma. Se contorsiona hacia atrás para empezar a caminar a cuatro patas y rota la cabeza para no perder de vista nuestra posición. La piel del monstruo empieza a carbonizarse y a agrietarse, como un trozo de madera expuesto a una llama, hasta que lo único que queda es una cáscara ennegrecida. Le brotan brazos de todas partes: uno del cuello, dos de las costillas, varios se le retuercen en la cabeza como las serpientes de Medusa. Se alargan, se duplican en número hasta que el mortícola acaba caminando a ocho patas, luego a dieciséis. Cada extremidad termina en una garra con forma de hoz.

—¡Eh! —le grito. Agito la caja de pan de plátano y abro la tapa—. ¿Lo quieres?

El delicioso aroma de los plátanos, la nata y el azúcar traspasa el hedor. El mortícola titubea. Una larga red de baba le cae por el hocico.

—A mi señal, corre hacia el otro lado de las pistas de tenis —le murmuro a Kieran por la comisura de los labios—. La valla no nos hará ganar mucho tiempo, pero es mejor que nada.

Lo oigo coger aire de golpe.

—Rei.

—Huele bien, ¿verdad? —tiento al mortícola con una enorme sonrisa falsamente relajada—. Es todo tuyo si lo quieres. ¿Qué me dices?

—Rei —repite Kieran en tono bajo y urgente.

Sin dejar de sonreír, le suelto con los dientes apretados:

—¿No ves que estoy un poquito ocupada?

—¡Que hay otro!

Con el más sutil de los movimientos, vuelvo la cabeza. Se me cae el alma a los pies cuando veo al segundo monstruo. Cubierto de manchas rojas que parpadean como ojos, se acerca con sigilo hacia nosotros desde el lado opuesto y nos corta el paso. También debe de haber olido el pan de plátano. O nuestra carne.

Me cago en las campanas que siguen repicando a lo lejos como si les fuera la vida en ello. Siendo dos contra uno, hay más posibilidades de sobrevivir a un encuentro con un mortícola si luchas que si huyes. Pero con dos…

Cuanto más se acercan los mortícolas, más se arrima Kieran a mí, hasta que al final nos tocamos espalda con espalda.

—¿Y bien? ¿Ahora qué?

—Ahora morimos.

—Estupendo —murmura Kieran en tono sarcástico—. Esto es estupendo. «Ve al baile de graduación con Rei Reynolds», me dijo Zaza. «Será divertido», me dijo.

—¡Estaba siéndolo hasta que llegó tu hermana!

Levanto la caja de pan de plátano por encima de mi cabeza. El corazón me late con más fuerza con cada paso que los mortícolas dan hacia nosotros. Calculo la distancia, apunto y lanzo.

Aterriza justo entre los dos monstruos. Se abalanzan sobre él al mismo tiempo, chocan las cabezas, se escupen, se gruñen y se arañan el uno al otro.

—¡Corre!

Sin dudarlo, los dos salimos disparados. Calculo que el pan de plátano nos dará al menos veinte segundos.

Me equivoco por mucho.

Menos de quince segundos después, los mortícolas empiezan a perseguirnos, la estampida de las numerosas extremidades del de las garras en forma de hoz es más estridente que los truenos. Nos ganan terreno con gran rapidez. Con tanta rapidez como si tuvieran catorce extremidades más. Mientras que Kieran debe ir con cuidado para no resbalarse en el barro con los zapatos de vestir, las garras del mortícola no hacen sino facilitarle el agarre al terreno húmedo. Yo casi agradezco llevar tacones de aguja.

—Nos van a pillar —jadea Kieran.

En ese preciso instante, el mundo se sume en el silencio. Siento que la muerte me baila sobre los hombros, nuestros últimos y violentos segundos me pasan ante los ojos. El pánico amenaza con devorarme entera, con anteponer el instinto espoleado por el miedo a toda lógica, pero no se lo permito. Me aferro a él, lo controlo y aprovecho mis sentidos aguzados, el terror primitivo que me grita en las piernas y en el corazón, para que trabajen más y más rápido.

Esto es para lo que nos hemos entrenado.

El aliento caliente y rancio de los mortícolas me roza la nuca. Sigo teniendo el trozo de navaja rota en la mano.

Sin que Kieran pueda detenerme, me giro, me agacho en el suelo y coloco la hoja afilada en la posición justa para cortarle una de las muchas extremidades al primer mortícola. Tras volver las garras hacia arriba, le sajo el vientre con su propia pata cortada cuando pasa a toda velocidad sobre mí. La sangre caliente me salpica la cara.

Pero no es suficiente.

El otro mortícola se arroja contra mí. Lanzo una puñalada hacia arriba. Se oye un alarido horrible y el crujido repugnante de un hueso… Pero no son míos.

—¡Rei! —grita Kieran desde más adelante—. ¿Qué coño haces? ¡Levántate!

Me enjugo la sangre de los ojos, incrédula, y veo que una bolita negra de pelo y dientes despedaza a los dos mortícolas. Pero no es una bolita de pelo y dientes cualquiera. Es un cachorro de colmillo nocturno.

Mi cachorro de colmillo nocturno.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Enseñando los dientes brillantes y chasqueando las mandíbulas, el cachorro de colmillo nocturno se encarama al primer mortícola y le arranca un miembro tras otro, aprovechando su agilidad para esquivar las garras agitadas que quieren acuchillarlo. El monstruo cae al suelo chillando, retorciéndose, inútil sin sus apéndices.

Mi cachorro ha crecido mucho desde la última vez que nos vimos. Pero, incluso con el pelaje calado y pegado al cuerpo, y a pesar de que ahora tiene el tamaño de un chow chow adulto —con un número de dientes veinte veces mayor—, lo reconocería en cualquier mundo.

El cachorro le arranca los ojos al segundo mortícola, y luego la garganta de un bocado certero. La destrozada bestia se balancea durante un instante antes de caer al barro con un chof repulsivo.

Aturdida, me agacho hacia el cachorro, embargada por el asombro más absoluto. Se acerca a mí trotando como un orgulloso poni de competición, incapaz de cerrar del todo la boca por la cantidad de colmillos que le sobresalen. Tiene las patas cortas y rechonchas y la cabeza desproporcionadamente grande, y no puedo evitar pensar que es de lo más adorable. Sobre todo después de habernos salvado el pellejo.

—Hola —le murmuro mientras me golpea la rodilla con la cabeza con aire juguetón—. Gracias por rescatarnos. Siento no haberte guardado pan de plátano, pero te prometo que la próxima vez te traeré una carretada.

Kieran se acerca derrapando hasta mí mientras el cachorro sigue acariciándome la pierna.

—¿Qué…, qué leches es esa cosa?

—No es una cosa. —Los ojos redondos y negros del cachorro me lanzan una mirada brillante. Me llega la inspiración—. Se llama *Boba*.

—*Boba* —repite Kieran despacio—. ¿No es así como llaman… al té de burbujas?

Sonrío cuando el cachorro emite una especie de gorjeo agudo que interpreto como una señal aprobación.

—Sí, tiene los ojos como perlas de tapioca. ¿Ves?

—Yo solo veo dientes. ¿Cómo es posible que tenga tantos dientes? Es que a ver, es solo cuatro patas y dientes.

—Ahora *Boba* no es más que un cachorro —le explico—. Con el tiempo te harás más grande, ¿a que sí? —le pregunto al mortícola con la voz llena de cariño mientras le rasco el suave mechón de pelo que tiene sobre los ojos.

El cuerpo entero le tiembla de placer. Creo.

Kieran se masajea las sienes.

—Pero ¿qué es?

—Bueno, en realidad no sé si es macho, pero…

—¡Ya sabes a lo que me refiero!

—¿A ti qué te parece que es? —Le hago cosquillas a *Boba* en la barriga—. Es un cachorro de colmillo nocturno, obvio.

—Pero…, pero ¿cómo?

Hago una mueca.

—Dos mortícolas acaban de atacarnos a plena luz del día y ¿esto es lo que te cuesta creerte?

—La verdad es que no —dice Kieran con expresión muy seria—. Lo que no me creo es que vayamos a perdernos el momento de la coronación de la reina del baile.

Nos miramos en silencio durante un largo instante. Luego estallamos en un ataque de risa histérica.

De repente, *Boba* se aleja unos pasos de mí, gruñendo en dirección a la carretera. Un momento después, oímos el chirrido de unos neumáticos sobre el asfalto al frenar y los golpes de las puertas de una furgoneta al cerrarse, seguidos de gritos y del patullar de unas botas. El cachorro sale disparado y desaparece entre las hierbas altas sin dejar rastro.

Un escuadrón de ocho vigilantes del Sindicato sale de entre los árboles. Van pertrechados con el equipo táctico completo, llevan los ojos ocultos tras unos visores de bronce y las armas crepitantes de electricidad. Unas armas con las que nos apuntan a nosotros.

—¡Manos arriba! —grita uno de ellos.

El escuadrón se despliega en formación para rodearnos por todas partes, a nosotros y a los dos mortícolas incapacitados que yacen en el suelo.

Kieran y yo obedecemos de inmediato. En cuanto confirman que no somos mortícolas camuflados, le dan vía libre al resto del escuadrón.

—¿Necesitáis atención médica inmediata? —pregunta el jefe de los vigilantes.

Estoy a punto de señalar el brazo de Kieran, pero él niega con la cabeza.

—¿Dónde está mi hermana? Deduzco que ha sido ella quien les ha llamado.

—Se la han llevado a un lugar seguro —responden—. Podrán reunirse una vez que hayan terminado de interrogarlos.

¿Interrogarnos? No es el procedimiento habitual.

—¿Por qué? —exige saber Kieran en un tono tan a todas luces hostil que tengo que mirarlo dos veces—. ¡Dos mortícolas han estado a punto de matarnos antes del toque de queda! Si acaso, deberíamos ser nosotros quienes les interrogáramos a ustedes. Nos aseguran que estaremos a salvo si seguimos las normas, y sin embargo…

Un rugido estruendoso lo interrumpe. Una motocicleta se acerca a gran velocidad hacia nosotros, los gruesos neumáticos levantan olas de barro a su paso. La conduce una mujer vestida con una gabardina roja y el rostro oculto tras una visera dorada. Se detiene a nuestro lado y apaga el motor.

—¡Bajen las armas! —ordena mientras salta de la moto.

Los vigilantes obedecen al instante, aunque no apagan las varas.

Me flaquean las rodillas.

—¡Tía Minyi!

Me da un apretón en el hombro y se interpone entre nosotros y los vigilantes.

—Gracias, jefe —dice justo cuando cuatro motoristas más aparecen a lo lejos. Llevan un abrigo idéntico al de mi tía, pero la visera que les oculta los ojos es plateada en lugar de dorada. *Mavericks* —. Ya nos encargamos nosotros. Kaplinsky, Yang, es vuestro momento.

Los dos *mavericks* situados en el extremo izquierdo sacan sus respectivas pistolas N.N. y se encaminan hacia los mortícolas. Sirviéndose de arneses, comienzan a atar los cadáveres para transportarlos a los laboratorios.

Mi tía se mete la mano en el abrigo y saca unas servilletas de comida para llevar.

—¿Estás herida?

Las uso para limpiarme la cara.

—A Kieran lo han mordido en el brazo, pero yo estoy bien. Tía Minyi, ¿cómo puede ser…?

—Aquí no, Rei —murmura, y nos guía hacia las motos.

Los dos *mavericks* que quedan sacan cada uno un casco de debajo del asiento del pasajero de su moto, y uno se lo da a Kieran y el otro me lo da a mí. Nos los ponemos. Uno de ellos coge un pequeño botiquín y le venda el brazo.

Cuando mi tía y los *mavericks* nos dan la espalda, agarro a Kieran por la muñeca.

—Ni una palabra sobre *Boba* —susurro—. Por favor.

Con el ceño fruncido, me sostiene la mirada durante un momento tenso. Lo suficiente como para que el corazón se me acelere de miedo. Lo agarro con más fuerza. Por fin, asiente de manera casi imperceptible. Nos separamos y nos montamos en sendas motos, cada uno detrás de un *maverick*.

—¿Estás bien? —me pregunta mi *maverick* mientras le rodeo la cintura con los brazos.

—Define «bien».

—Viva —contesta la mujer sin más.

Me vuelvo hacia Kieran y descubro que él ya me está mirando.

Me pregunto si sabrá lo embadurnada de barro que tiene la cara. Debe de ser consciente de ello, porque se lleva una mano a la mejilla, pestañea y me dedica la más bonita de las sonrisas.

Se me escapa una risa temblorosa.

—Entonces, sí. Estoy bien.

Llegamos a la mansión cuando quedan menos de treinta minutos para el toque de queda. En cuanto ponemos un pie en la undécima planta, la tía Minyi nos hace encaminarnos hacia su despacho. Mueve los dos sillones que hay junto a la ventana para colocarlos frente a su escritorio, nos hace un gesto para que nos sentemos y regresa a la puerta.

El pestillo se desliza con un clic aciago.

Cuando se sienta al otro lado del escritorio, la maestra del Upper West Side junta las yemas de los dedos debajo de la barbilla y nos mira fijamente.

Nosotros también la miramos.

Al final, dice:

—Estoy segura de que ambos tenéis preguntas. Pero, antes, quiero que sepáis lo mucho que me alegro de que estéis a salvo.

—Pues ha sido por los pelos —replica Kieran.

Mi tía agita las manos en un gesto apaciguador.

—Lo sé. Y no puedo ni imaginarme lo aterrador que debe de haberos resultado a los dos. Aun así, os las habéis arreglado solitos para despachar a esos mortícolas. ¿Cómo…?

—Llamémoslo suerte —interrumpo.

Si descubre lo de *Boba*, estará en la obligación de informar a los directores. Es imposible saber lo que querrían hacerle. Lo que me obligarían a hacer a mí para ponerle las manos encima.

—Debemos notificar a los ciudadanos que los mortícolas ya no esperan hasta el anochecer para atacar —dice Kieran—. Sobre todo a los que viven cerca de la zona de Riverside Park.

—Me temo que debemos hacer justo lo contrario.

Parpadeo, segura de que la he oído mal.

—¿Lo contrario?

La maestra Minyi se inclina hacia delante apoyando las manos en la mesa.

—Escuchadme los dos con atención. Lo que ha ocurrido hoy debe quedar entre nosotros.

—Pero ¿por qué? —exijo saber.

—Si los medios de comunicación se enteran de esto, el pánico cundirá como una plaga. La credibilidad y la integridad de toda esta organización se pondrán en duda. Para decirlo sin rodeos, ahora mismo vosotros dos sois la mayor amenaza para la seguridad del Sindicato. ¿Entendido?

Miro a Kieran para compartir mi incredulidad, pero él se limita a mirarse el regazo. Quiero agarrarlo por los hombros y zarandearlo para hacerlo reaccionar. ¿Cómo puede quedarse ahí sentado y obedecer sin más?

Cuando por fin habla, lo único que dice es:

—¿Y mi hermana?

—Ya he hablado con ella. Ahora mismo está dormida en la habitación de invitados, y estaré encantada de que se aloje en ella durante todo el tiempo que necesite. Puedes verla antes de volver al Santuario.

Aprieto los puños sobre el regazo.

—Esos mortícolas estaban de caza. Antes del anochecer. ¿Cómo es eso posible?

—Adaptación —responde mi tía con sencillez.

—Pero siempre han permanecido inactivos durante el día…

—Hasta ahora, sí. —Se frota las sienes—. ¿Sabes cuántos miles de millones de dólares hemos gastado en investigación y desarrollo de armas? Tenemos exotrajes, varas de electrocución y balas bioquímicas.

Sin embargo, apenas hemos reducido su número. Cada vez que aprendemos a matarlos un poco mejor, encuentran una manera de evolucionar. Era solo cuestión de tiempo.

—Atacar antes del anochecer no es evolución —argumento—. Va contra su propia naturaleza.

—Rei, entiendo tu frustración. Créeme cuando te digo que estamos haciendo todo lo posible para salvaguardar la ciudad. Los directores ya están trabajando las veinticuatro horas del día tanto con eruditos como con arietes para poner los protocolos al día y combatir los recientes ataques.

Me cuesta mantener mi tono bajo control.

—¿Acabas…, acabas de decir «ya»? ¿Te refieres a que estos ataques diurnos ya se han producido antes?

La maestra Minyi aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—¿Cuándo? —pregunto, y me pongo en pie de golpe—. ¿Y por qué narices no se ha advertido aún al público? Tienen derecho a saberlo, a protegerse.

—No estoy en condiciones de divulgar más detalles…

Me tiembla la voz.

—¡Hoy han matado a una chica inocente! Una chica con una familia, una vida y un futuro. Su sangre no mancha solo las manos de los mortícolas… También mancha las de los directores. ¡Y las tuyas!

La tía Minyi estampa los puños contra la mesa con tanta fuerza que me hace dar un respingo.

—¡Tengo las manos tan manchadas de sangre que podría pintar de rojo esta puñetera ciudad! —grita.

Me siento.

Durante todos los años que lleva criándome, nunca la había visto así. Tan… fuera de control.

A juzgar por los ojos de Kieran, él tampoco.

Mi tía es una fortaleza. Jamás permite que ninguna emoción

escape a través de sus muros, separa a la perfección cada una de sus versiones. Madre cariñosa de dos hijas de día, asesina despiadada de noche. Guardiana de cientos de miles de vidas. Portadora de paz a través del derramamiento de sangre. Desempeña muchos papeles, luce muchas máscaras. Y lo hace todo con un aplomo inquebrantable, sin importar las circunstancias. Sin importar la presión a la que esté sometida.

Pero, al fin y al cabo, es humana. Como todos los demás. Y, en un momento u otro, siempre terminamos quebrándonos.

—Cinco —gruñe mi tía con los dientes apretados y la respiración entrecortada.

Kieran y yo intercambiamos una mirada.

—¿Cinco? —repite él con timidez.

Cuando la maestra habla, lo hace mirando la mesa, como si no pudiera soportar enfrentarse a nuestro juicio:

—Lina Beaumont. Bryant Liu. Alana Gonzalez. Isiah Lincoln. Roland Winchester.

Una masa fría de aprensión se me instala en las entrañas.

Kieran frunce el ceño.

—¿No son todos *mavericks*?

—Sí. —Mi tía se hunde en la silla. Vuelve a juntar las yemas de los dedos debajo de la barbilla, pero esta vez parece más un gesto de oración—. Y desde hace exactamente cuatro días, están todos muertos.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Nunca me ha costado conciliar el sueño.

Pero esta noche he perdido la cuenta de las horas que llevo dando vueltas en la cama, hasta que por fin me aparto las sábanas con un gruñido de frustración y me escabullo hacia los pasillos vacíos del Santuario. El polvo de estrellas se arremolina en las ornamentadas lamparitas de cristal fijadas a las paredes y refracta ráfagas de luz en el suelo. Nunca había visto nada igual, ni siquiera en la mansión.

No tengo ni idea de qué hora es, aunque deduzco que es muy temprano. O muy tarde, según a quién se lo preguntes. A pesar del

agotamiento, siento una comezón en las venas. Una necesidad de moverme y hacer algo. Lo que sea.

Así que me dirijo al gimnasio.

Entro sin hacer ruido. La sala está fría y oscura, débilmente iluminada por una hilera de ventanas cuadradas situadas a gran altura en una pared del fondo. La luz de la luna apenas me permite distinguir los contornos de los aparatos. Después de unos estiramientos rápidos, me acerco a tientas a un soporte de mancuernas y me pongo a trabajar.

Me sumerjo en mi rutina habitual, completo mis series con la máxima concentración. En realidad, es lo único que puedo hacer para evitar que mi mente se hunda. Intento centrarme en el familiar dolor de los músculos, sacarme de la cabeza las palabras de mi tía Minyi. «¡Tengo las manos tan manchadas de sangre que podría pintar de rojo esta puñetera ciudad!».

Tendría que haber sabido que algo iba mal cuando el maestro Sasha me dijo que Roland había muerto. Su muerte, y la de los demás, tendría haber sido noticia de portada en todos los medios de comunicación de la ciudad, pero se han silenciado como si no hubiera ocurrido nada.

Las semifinales del Torneo son mañana y tampoco puedo dejar de pensar en Kieran, en la carga del secreto que ahora nos vemos forzados a compartir.

Ojalá pudiera hacer caso omiso de la verdad, pero me resulta imposible negar cómo reacciona mi cuerpo ante él, ante su cercanía. La química sigue ahí. Siempre ha estado ahí, desde que lo abordé en la biblioteca porque estaba a punto de sacar prestado el libro que yo necesitaba para un trabajo de física sobre la dinámica aérea de los exotrajes y él se negó a cedérmelo a menos que le diera mi número.

Luego tuvo el descaro de utilizar el intercambio del libro como señuelo para nuestra primera cita.

Niego con la cabeza y me trago una sonrisa involuntaria.

Aunque íbamos a dos institutos distintos, siempre compartimos la misma devoción por nuestros objetivos. Y el uno por el otro.

O al menos eso pensaba yo.

Tras añadirle más peso, empiezo con el *press* de banca. Me tumbo en el banco y agarro la barra. La oscuridad me dificulta demasiado bloquear los recuerdos.

Una cosa hay que reconocerle a Kieran: que el domingo siguiente se presentó en la biblioteca tal como había prometido. Me encontró sentada entre la relativa intimidad de las estanterías, mirando los apuntes sin verlos.

—Hola —me saludó al sentarse a mi lado—. ¿Estás bien? ¿De qué querías hablar? No puedo quedarme mucho rato.

Intenté mantener la voz firme.

—¿Por qué no?

No contestó. En aquella ocasión ni siquiera se había molestado en prepararse otra patética excusa.

Fue entonces cuando estallé.

—Pensaba que te importaba tu futuro, pero, si aflojas el ritmo de esta manera, jamás te clasificarás para el Torneo. A este paso, puede que ni siquiera consigas calificaciones lo bastante altas como para hacerte con un puesto de baja categoría en el Sindicato.

A pesar de su sobresalto inicial, se recuperó enseguida.

—¿Crees que no soy capaz ni de juntar tres neuronas para aprobar mis asignaturas?

—¿Aprobar? Ah, así que ahora te basta con «aprobar», ¿eh? ¿Qué ha pasado con lo de conseguir el puesto más alto de la clasificación de nuestros respectivos institutos? —Le tiré el cuaderno contra el pecho —. Juntos.

—¡No todo el mundo puede ser siempre tan bueno como tú, Rei! —explotó. Alguien lo mandó callar con agresividad desde el otro lado de las estanterías. Agachó la cabeza y me cogió la mano—. Lo siento. Es que…

Me zafé de su presa.

—¿En serio? —Una tormenta de rabia acabó con mi incredulidad —. «No todo el mundo puede ser siempre tan bueno…». ¿Me estás tomando el pelo? O sea que, durante todo este tiempo… Qué irónico.

La leche de irónico.

Se le tensó la mandíbula.

—¿Qué es tan irónico?

«Que, durante todo este tiempo, me has hecho dudar de mí misma. Me has hecho creer que no era lo bastante buena para ti».

—Que, después de todo lo que hemos pasado, pensé que por fin había encontrado a un igual en ti. Pero resulta que solo tenías envidia.

—¿Qué? ¡No! Eso no es…

—¿No qué? —le espeté.

Una sombra oscura le recorrió las facciones. Enderezó los hombros y levantó la barbilla para mirarme en picado.

—¿Sabes qué? Quizá tengas razón. Puede que mi ego sea tan frágil que me sienta amenazado por tu éxito.

—O a lo mejor es que eres gilipollas —murmuré.

Exhaló una leve risa ahogada.

—Es probable.

—¿Alguna era cierta?

—¿A qué te refieres?

—A las excusas que me has puesto. La cita médica, el fontanero, hacer de canguro. Estar enfermo.

Un segundo de silencio.

—No.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo todo este tiempo? ¿Por qué me has mentido?

—No puedo contártelo.

El estómago se me llenó de miedo mientras un montón de imágenes borrosas de la chica rubia y sin rostro que llevaba más de una semana atormentándome me destellaban en la mente. No quería

saberlo. Pero, al mismo tiempo, necesitaba saberlo.

—Dímelo, Kieran. Dime por qué me has estado mintiendo o te juro que hemos terminado.

Al oír mis palabras, se quedó inmóvil. El rostro se le tornó ceniciento.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Si no me cuentas la verdad, lo nuestro se acabó.

Tardó una eternidad en volver a emitir algún tipo de sonido. Me estudió despacio, con los ojos verdes cargados de una terrible tristeza que no comprendí hasta que por fin habló:

—Lo siento, Rei. De verdad que lo siento.

No fueron aquellas palabras lo que me heló la sangre. Ya habíamos tenido discusiones antes, por supuesto. Pero su tono no era de simple arrepentimiento. Era…

Definitivo.

Odié lo pequeña que se hizo mi voz.

—¿No soy lo bastante buena para merecer tu sinceridad?

—Eres demasiado buena para mí, Rei. Ambos sabemos que estás mucho mejor sola.

Aquella fatídica tarde de domingo, antes de que me diera la espalda, intentó regalarme una última sonrisa. Le salió más bien una mueca acongojada, como si hasta entonces no hubiera sabido lo mucho que podía doler una sonrisa. Yo, por mi parte, tampoco sabía con qué facilidad podía desgarrarme el pecho y alejarse con mi corazón ensangrentado todavía en las manos.

Jadeando con intensidad, levanto la haltera una vez más. El sudor me entra en los ojos. Los brazos me tiemblan a causa del esfuerzo. Hasta ahora no me había fijado en los débiles rayos de sol que han empezado a colarse por la ventana. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuántas repeticiones he hecho?

Como mínimo, una de más.

Me tiembla todo el cuerpo cuando intento levantar más la barra, pero mis músculos se niegan a obedecer. La espalda se me arquea sobre el banco. Intento inclinar la barra.

La puerta del gimnasio se abre.

Suelto un taco entre dientes. El peso me aplasta contra el banco. Justo cuando me fallan los brazos, un par de manos agarran la haltera, una a cada lado de las mías, y la levantan. Exhalo un suspiro de alivio cuando la carga desaparece y la barra se acomoda en el soporte con un suave clonc.

—Gracias —resuello mientras me incorporo—. De verdad que… Ah. Eres tú.

Kieran enarca una ceja.

—Por favor, no hace falta que lo digas con tanto entusiasmo.

Me levanto el dobladillo de la camiseta para limpiarme la frente.

—¿Cómo va la mordedura?

—¿Eh? —Lo pillo mirándome los abdominales. Parpadea para volver a centrarse y se aclara la garganta—. Ah. Va bien.

Se sube la manga para mostrarme la herida curada, pero también deja al descubierto las venas que le recorren el antebrazo, impresionantemente esculpido. Resulta evidente que, de un tiempo a esta parte, ha hecho mucho ejercicio. Muchísimo.

Me muerdo el labio, deseando saber también qué aspecto tendrá ahora el resto de su cuerpo.

—¿Reynolds? —Esboza una sonrisa arrogante—. ¿Interrumpo algo?

—Sí, mi exploración de tu herida. —Le agarro la muñeca y se la giro para ver dónde se le ha regenerado la piel alrededor del bocado del mortícola, por cortesía de un poco de polvo de estrellas. Mierda, este lado del brazo resulta aún más sexy—. Tiene buena pinta —digo con despreocupación.

Sonríe.

—Sí, está claro que sí.

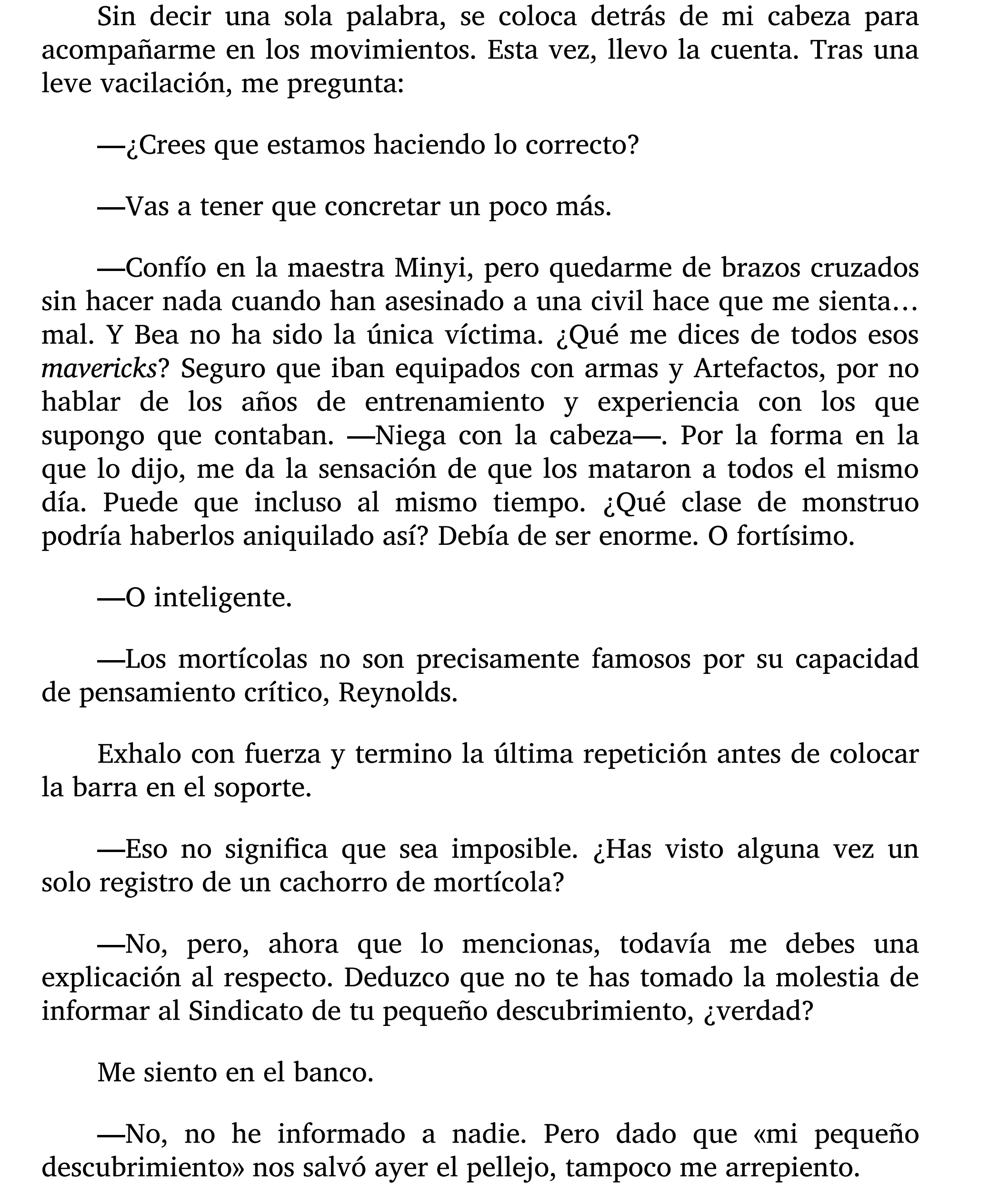
Frunzo el ceño y le suelto la muñeca.

—Bueno, ¿qué haces aquí?

—No podía dormir.

—Únete al club.

Señalo la barra y me recuesto en el banco para hacer otra serie.



Sin decir una sola palabra, se coloca detrás de mi cabeza para acompañarme en los movimientos. Esta vez, llevo la cuenta. Tras una leve vacilación, me pregunta:

—¿Crees que estamos haciendo lo correcto?

—Vas a tener que concretar un poco más.

—Confío en la maestra Minyi, pero quedarme de brazos cruzados sin hacer nada cuando han asesinado a una civil hace que me sienta… mal. Y Bea no ha sido la única víctima. ¿Qué me dices de todos esos *mavericks*? Seguro que iban equipados con armas y Artefactos, por no hablar de los años de entrenamiento y experiencia con los que supongo que contaban. —Niega con la cabeza—. Por la forma en la que lo dijo, me da la sensación de que los mataron a todos el mismo día. Puede que incluso al mismo tiempo. ¿Qué clase de monstruo podría haberlos aniquilado así? Debía de ser enorme. O fortísimo.

—O inteligente.

—Los mortícolas no son precisamente famosos por su capacidad de pensamiento crítico, Reynolds.

Exhalo con fuerza y termino la última repetición antes de colocar la barra en el soporte.

—Eso no significa que sea imposible. ¿Has visto alguna vez un solo registro de un cachorro de mortícola?

—No, pero, ahora que lo mencionas, todavía me debes una explicación al respecto. Deduzco que no te has tomado la molestia de informar al Sindicato de tu pequeño descubrimiento, ¿verdad?

Me siento en el banco.

—No, no he informado a nadie. Pero dado que «mi pequeño descubrimiento» nos salvó ayer el pellejo, tampoco me arrepiento.

—Me alegro.

—¿Qué?

—Que me alegro. Sé lo mucho que idolatras al Sindicato y todo lo que hacen. Me gusta saber que todavía eres capaz de pensar por ti misma.

Entorno los ojos.

—¿A qué viene este rollo de venganza contra el Sindicato que te llevas?

Su expresión se vuelve impenetrable. Hace años que lo conozco y nunca se había comportado así.

—Eso no viene al caso. Algo deben de poder hacer, ¿no? Podríamos proponerle a la maestra Minyi que adelantaran el toque de queda, pero eso acortaría aún más los días y los neoyorquinos ya llevan bastante mal la situación. Me han dicho que, en una de las protestas del fin de semana pasado en Washington Square Park, las cosas se calentaron y hubo múltiples heridos. Imponer más normas podría desencadenar disturbios a gran escala. Lo último que necesita la ciudad ahora mismo es que la gente empiece a matar a otra gente.

Sopeso su sugerencia.

—Si nos fiamos de lo que nos ha dicho mi tía, ¿no deberíamos dejar que sean los del Sindicato quienes lo gestionen?

—El Sindicato no es todopoderoso, por más que pretenda aparentar lo contrario. Puede que le hayan hecho mucho bien a esta ciudad, pero seríamos tontos si nos creyéramos que pueden salvar a todo el mundo… o incluso que quieran hacerlo.

Sus palabras se quedan suspendidas en el aire de forma inquietante.

—¿A qué viene todo esto? —le pregunto en voz baja.

Desvía la mirada.

—Tiene que ver con Cassie, sobre todo. Con mi familia. No es algo de lo que esté preparado para hablar con nadie aún —reconoce —. Excepto con la maestra Minyi.

Una extraña sospecha nace en mi interior. Kieran siempre evitaba

hablar de su familia, pero nunca le pregunté por qué. Ahora pienso en lo que me dijo mi tía respecto al motivo por el que había decidido contratarlo. «Digamos que Kieran está pasando por una situación difícil. Solo le estoy echando una mano para que corrija algunos errores».

Me trago las ganas de meterme donde no me llaman.

—¿Así que te fías de ella, pero no del Sindicato?

Arquea las cejas.

—Tú no te fías del Sindicato tanto como para entregarles ese cachorro de mortícola.

Un recuerdo me cruza la mente. «Bancos nevados. Pelaje dorado. Brotes rojos sobre blanco». Cierro los ojos con fuerza.

—No sería la primera vez que mi intuición me dice algo equivocado.

—A mí también me ha pasado. Pero, si te sirve de algo, no creo que esta vez te esté llevando a error.

Suspiro y me siento en el suelo para estirar las extremidades. Kieran me imita y se acomoda frente a mí con las largas piernas estiradas. El silencio se desovilla entre el olor a sudor, acero y goma, pero es mucho menos angustioso de lo que esperaba.

Aunque nadie lo diría, a juzgar por la expresión de la cara de Kieran.

Cuando ya no aguanto más el suspense, le pregunto:

—¿Qué pasa?

—Hay una cosa que llevo queriendo decirte desde el año pasado. —Me tenso—. Me dijiste que te tenía envidia. Y era verdad, pero no por tu éxito. Siempre sacabas las mejores notas, mientras que a mí me costaba quedar entre los cinco primeros a pesar de que dedicabas muchísimo tiempo a ayudarme a estudiar. Me sentía como una carga. —Cierra los ojos—. Tú siempre me apoyabas. Yo no pude hacer lo mismo por ti. No te conté lo de las prácticas con la maestra Minyi porque quería demostrarme a mí mismo que podíamos ser iguales. Y al final voy y me dejo ganar nada menos que por Tim.

Durante un segundo, parece tan desanimado, tan impotente, que no puedo por menos que despreciar el sistema que nos cuantifica —nuestra inteligencia, nuestra determinación, nuestra valía— con un único número.

—¿Por eso dejaste de ir a la biblioteca? —Frunzo el ceño—. ¿Te sentías inseguro?

—Sí. Más o menos. —Abre y cierra las manos formando puños—. No del todo.

—Entonces, ¿fue por esa otra chica con la que te estabas viendo?

Levanta la cabeza de golpe.

—¿Qué otra chica?

—Venga, puedes reconocerlo. Ya no estamos juntos. Me da igual.

Gira todo el cuerpo hacia mí y dice en el tono más serio que le he oído jamás:

—No había ninguna otra chica. Nunca ha habido ninguna otra chica que no seas tú.

—Pues, en nombre de la libertad, ¿por qué te pasaste semanas mintiéndome?

Un silencio largo.

—No… No quería que la verdad hiciera que me tuvieses en menos —dice al final tras apartar la mirada.

—¿Y creías que mentir no tendría ese mismo efecto?

—Fue un asunto familiar personal. Si te soy sincero, pensé que no lo entenderías. Yo sigo sin entenderlo. Pero eso no significa que esté menos arrepentido.

Quiero seguir presionándolo, pero justo en ese momento la puerta se abre y Everly asoma la cabeza.

—Eh, ¿estáis haciendo ejercicio?

—Sí —contesto al mismo tiempo que Kieran dice:

—No.

Everly nos lanza una sonrisa de perplejidad.

—¡Ah, vaya! ¿Os importa si uso la cinta de correr?

Me vuelvo hacia Kieran. Él continúa evitando mi mirada con obstinación. Así que doy la conversación por terminada. Muy bien. En realidad no importa: él tomó una decisión, y las razones que la motivaran ya no son asunto mío.

La aparición de Everly no es más que otro recordatorio de que esta competición no ha hecho más que empezar. Solo uno de nosotros puede ganarla, y eso significa que mi éxito depende del fracaso de Kieran.

Y me parece estupendo.

A la hora de la cena, Kieran y yo entramos por separado y nos sentamos a mesas distintas para que nadie se piense que nuestra alianza durante la primera misión se ha prolongado. El extravagante menú de la noche incluye salmón importado de Alaska, asado con hierbas y miel, y costillas de Nebraska estofadas. Me lleno el plato y me siento con Everly y Mia, mientras que Kieran se une a Yuna, Taz y Langston unas mesas más allá. Tim intenta sentarse con Noëlle, pero ella le clava una mirada gélida e intensa mientras corta el salmón, hasta que el chico pilla la indirecta y se marcha. Dawn se sienta sola y roe un plato lleno de galletas que ha cogido de la barra de postres.

Miro el reloj de pared. Las campanas del toque de queda ya deben de haber empezado a sonar, pero las paredes del Santuario nos impiden oírlas. Es la primera vez que no las oigo desde el día en que empezaron a repicar. Sin embargo, las tengo tan integradas en el cerebro que juro que sigo oyéndolas, a lo lejos, aunque cuando me concentro en el sonido me doy cuenta de que no son más que una alucinación.

Me distraigo al notar un zumbido en el bolsillo. Mientras Everly y Mia continúan con la conversación, miro mi móvil de reojo.

jie jie

Eh, mamá me ha contado lo del parque.

Estás bien??

Maura. Aprieto el teléfono con fuerza. Mi hermana mayor ni siquiera menciona el hecho de que se ha perdido la primera misión. Una parte de mí no quiere ni molestarse en responder, pero elijo el camino del resentimiento.

No te vi en el Torneo.

el trabajo me está matando… perdón.:(

tengo la grabación en el portátil.

la veré en cuanto pueda.

Junto los labios para contener la irritación. Si siempre me pasa lo mismo con ella, ¿por qué esperaba que las cosas fueran diferentes esta

vez? Noto otro zumbido.

sé que esto no compensa que no estuviera allí en

persona, pero espero que ayude.

NO se lo digas a mamá!!!

archivo cifrado recibido

Las puertas de la cafetería se abren de golpe. Levanto la cabeza al instante y veo que Nick Valentine entra y nos hechiza con su ya célebre sonrisa de oreja a oreja. Esta vez, en lugar de un esmoquin, el Fantasma lleva un exotraje debajo de la larga gabardina negra.

—Esta noche estoy de guardia —nos anuncia a los competidores—. Así que terminaos el último bocado y seguidme.

Me muerdo el labio y me guardo el teléfono en el bolsillo. Tendré que esperar para poder descifrar el mensaje.

En cuanto recogemos los platos vacíos, el Fantasma nos guía hacia el exterior de la cafetería, por los pasillos limpios y austeros del Santuario y, por último, a lo largo de varios tramos descendentes de escaleras. Nos detenemos ante una puerta negra con una *S* cursiva y dorada tallada en el centro. Se abre sola y deja a la vista un vacío negro como la noche.

El Fantasma mira a los ojos a la candidata que tiene más cerca: yo. Señala la oscuridad con una floritura y me hace un guiño.

—Usted primero, señorita Reynolds.

Con el corazón agitado, me interno en lo desconocido.

Las tinieblas me invaden los ojos. Mantengo los brazos en alto delante de mí mientras me adentro en el espacio desconocido, con los dedos estirados. No se oye nada salvo el ruido de mi respiración superficial y el eco hueco de los pasos de los demás participantes cuando empiezan a entrar. La puerta se cierra y nos sumerge en una oscuridad total y cierta.

—Bienvenidos —resuena la voz del Fantasma, que nos envuelve desde todos los flancos— a la segunda misión.

Ahogo un jadeo cuando el suelo cobra vida. Unas líneas de luz plateada corren y se tejen a nuestros pies, se entrecruzan cada vez a

mayor altura mientras forman estructuras intrincadas. Se elevan hasta constituir un horizonte familiar. Poco después, una réplica en 3D a pequeña escala de los parques, los edificios y los rascacielos de Manhattan se extiende a nuestro alrededor en forma de holograma.

—Como sabéis —dice la voz de Valentine mientras flota hacia nosotros—, al anochecer las calles están plagadas de peligros y de mortícolas para todo el mundo. Los *mavericks* y los maestros no son una excepción.

Todos nos quedamos maravillados con los extraordinarios detalles del paisaje urbano que nos baña la cara en un resplandor plateado. Somos una manada de gigantes descomunales con una vista perfecta de la cuadrícula de las calles, desde la punta norte de la isla hasta los muelles de Battery Park. La aguja del Empire State Building me hace cosquillas en la cintura. En estos momentos, tengo los pies sumergidos en Koreatown.

—Una vez que se pone el sol, ya no podemos acceder a los medios de transporte que damos por sentados durante el día: ni a los coches, ni a las motocicletas, ni siquiera a los caballos, que se paralizan de miedo ante el olor de los mortícolas —continúa Valentine—. Debemos viajar a pie. Pero eso no significa que no podamos surcar los cielos.

Una lista de nombres titila sobre el holograma.

EQUIPOS PARA LA SEGUNDA EDICIÓN:

DAWN CHO Y TAZ DIAZ

EVERLY EVANOFF Y YUNA PARK

KIERAN CROSS Y TIM BECKETT

LANGSTON BROWN Y MIA KNIGHT

NOËLLE CARTIER Y REI REYNOLDS

La mirada furibunda y gélida de Noëlle me abrasa desde el otro extremo de la sala. Sus labios carmesí se fruncen como si yo fuera un chicle que acaba de encontrarse pegado a la suela del zapato.

Supongo que aún no me ha perdonado por robarle las banderas.

—Durante las dos próximas horas, debéis estudiar el mapa con vuestro compañero de equipo. No puedo revelar las instrucciones

específicas antes del comienzo de la misión, pero os recomiendo encarecidamente que aprovechéis esta vista concreta de la ciudad. Intentad pensar como *mavericks*, por decirlo de algún modo. Y recordad: los candidatos competentes deben ser capaces de hacer frente a cualquier situación que se les plantee.

Hace un gesto con la mano y un temporizador sustituye la lista de nombres. Marca dos horas.

—Buena suerte a todos. Si tenéis alguna pregunta, me temo que tendréis que encontrar la respuesta vosotros solos, porque yo tengo monstruos que matar.

Luego se saca la media máscara de marfil del bolsillo interior del abrigo de *maverick* y se la pone. En cuanto se ajusta el legendario Artefacto a la cara…, se desvanece sin más.

Nos sobresaltamos cuando su profunda voz retumba a nuestro alrededor, en ninguna parte y en todas a la vez:

—Vuestro tiempo comienza ya.

Hago acopio de toda mi fuerza de voluntad y me encamino hacia la chica rubia y alta que ha empezado a analizar el West Village. Respiro hondo y me obligo a sonreír.

—Parece que vamos a trabajar juntas.

Por encima del hombro, me lanza una mirada afilada que grita: «campesina indigna», pero no dice nada.

—¿Qué pasa, que no sabes hablar? —le pregunto, ya irritada.

—No tengo ningún deseo de relacionarme contigo.

Se me escapa una risa burlona.

—¿Y cree que yo sí quiero relacionarme con usted, alteza?

Un destello de indignación apenas disimulado le recorre las facciones.

—No me llames así.

—Entonces deja de comportarte como una zorra pretenciosa.

A nuestro alrededor, la sala se sume en un silencio repentino.

Puede que lo haya dicho demasiado alto.

Noëlle se ha quedado quieta como una estatua. Con una voz tan grave que apenas la oigo, dice:

—Retíralo.

Aprieto la mandíbula.

—No.

Se le hinchan las fosas nasales. Echa a andar hacia mí, con los puños apretados.

—¡Retíralo!

—Muy bien —gruño—. Lo retiro. Pero no por eso es menos cierto.

Me lanza un puñetazo a la cara. La agarro por la muñeca y le asesto un rodillazo en el estómago. Me rodea el tobillo de la otra pierna con la suya y las dos caemos al suelo dando tumbos. Me envuelve en una llave. Le muerdo el brazo con tanta fuerza que la hago chillar.

—¡Pelea! ¡Pelea! —corea Tim con entusiasmo.

Everly y Langston agarran a Noëlle por los brazos. Intento lanzarle un último puñetazo mientras la apartan de mí, pero Kieran me sujeta por detrás y me retiene.

—Guárdatelo para la misión final —me murmura al oído, pero creo que solo está celoso de que lo de pegarle una paliza a su compañero de equipo no se le haya ocurrido antes a él.

Everly no parece impresionade.

—¿Vais a tranquilizaros o tenemos que llamar al Fantasma?

Ambas refunfuñamos algo ininteligible a modo de respuesta. Tras liberar a Noëlle, Everly vuelve con Yuna para seguir planeando la segunda misión. Los demás equipos también pierden el interés de inmediato y concentran su atención en asuntos más importantes. Bueno, no todos: Taz y Dawn están cada una en una punta opuesta del mapa, pasando descaradamente la una de la existencia de la otra.

Noëlle se cruza de brazos y clava una mirada vacía en el holograma.

«Los candidatos competentes deben ser capaces de hacer frente a cualquier situación que se les plantee». Las palabras del Fantasma me pesan en la mente. Sobre el terreno, los *mavericks* no pueden elegir con quién trabajan.

Tengo que encontrar la manera de cooperar con ella. Mi futuro depende de ello… y, en realidad, el suyo también.

Trago saliva con dificultad y vuelvo a acercarme a Cartier. Se le tensan los hombros, pero lo único que le digo es:

—Tienes razón. No debería haberte insultado así. Te pido perdón. No te culpo por no querer trabajar conmigo, sobre todo teniendo en cuenta lo que ocurrió durante la primera misión. Pero por eso nos han puesto juntas en el mismo equipo. Los maestros quieren ver si somos capaces de dejar nuestras diferencias a un lado y de trabajar por un objetivo común.

Frunce el ceño.

—¿Qué objetivo?

—Ganar, por supuesto.

Recupera el brillo afilado de los ojos. Se gira hacia mí y me dice con voz pausada:

—¿Y por qué iba a tener alguna posibilidad de ganar alguien como tú?

—¿Por qué no iba a tenerla?

—¿No es obvio? Te han nominado.

Pronuncia la palabra con un tono que se me corta en el estómago como la leche agria.

—Mira —gruño—, puede que tú hayas sacado las notas más perfectas del mundo en el examen final, pero a mí me eligió el maestro del Distrito Financiero. Si él cree en mi capacidad, tú también puedes hacerlo. ¿Tenemos un trato?

Deja escapar un sufrido suspiro.

—¿Acaso tengo elección?

Desde luego, no es una declaración de lealtad sentida, pero al

menos ya no estamos intentando sacarnos los ojos.

Y, por primera vez, pienso con sinceridad que tal vez —solo tal vez— consigamos que al final esto funcione.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Dos horas después, me doy cuenta de que soy idiota y de que jamás conseguiremos que esto funcione.

CAPÍTULO VEINTISIETE

La segunda misión del Torneo comienza donde terminó la primera. En las aceras que rodean Columbus Circle se ha congregado una gran multitud que, mientras nos acercamos en una enorme furgoneta negra, agita carteles con nuestra cara y nuestro nombre en una mano y nos graba con el móvil en la otra. El ejército de drones que capta las imágenes aéreas de nuestra llegada zumba por el cielo, dispuesto a seguir a los competidores hasta dondequiera que nos lleve el Torneo.

Espero mi turno flexionando los dedos con nerviosismo bajo la tela negra y fría del exotraje. El corazón no ha dejado de aporrearme el pecho en toda la mañana.

Me llevo el meñique izquierdo al pulgar, luego hago lo mismo con el anular izquierdo y después los dos corazones a los respectivos pulgares. Pero esta vez no se trata de un simple ritual reconfortante. El exotraje me vibra sobre la piel, rebosante de electricidad, de vida. Estos son los de verdad, no las imitaciones con las que luchaba durante las clases de educación para el combate. Cada comando corporal activa una función diferente: el meñique toca el pulgar para accionar la de camuflaje; cuando haces lo mismo con el anular, se activa la de blindaje; y los dos corazones ponen en marcha los propulsores que te permiten saltar doscientas veces tu propia altura. «Meñique». La tela que me cubre las piernas se mimetiza con el asiento de cuero. «Dedo anular». Se expande, las capas internas se llenan de gel al mismo tiempo que la superficie se ondula y se endurece hasta convertirse en un caparazón rígido y escamoso. El último comando no hace nada… todavía.

Debido a su exorbitante coste de fabricación, solo los *mavericks* y los maestros llevan exotrajes de verdad, así que ninguno nos esperábamos esta oportunidad. Hasta que no me percato de la expresión sombría de Kieran, no caigo en la cuenta de dónde —o de quién— deben de haber salido estos trajes extra. Un escalofrío me recorre de arriba abajo. Examino la tela en busca de rotos, desgarros o marcas de dientes, pero, por supuesto, no encuentro nada. La naturaleza autocurativa del material garantiza que durará más que el usuario. ¿Quién fue la última persona que se puso este traje? ¿Y cómo murió?

Langston es el primero en bajar de la furgoneta. Segundos después, Tim sale casi a presión del vehículo en medio de una

avalancha de vítores. Vestido con el exotraje, es como un monstruo sacado de una pesadilla: los bíceps le sobresalen aún más que de costumbre bajo los gruesos tendones que suben y bajan por las mangas y que protegen toda la tecnología interna como si fueran fibras musculares; las fibras que le cubren las pantorrillas se abomban con la fuerza necesaria para aplastar cráneos de mortícolas como si fueran manzanas de caramelo. Cuando da un pisotón en el suelo y suelta un rugido, el hormigón empieza a temblar. No es difícil adivinar por qué es uno de los favoritos para ganar.

Dawn y Everly también cruzan la puerta, y después llega mi turno.

Cuando saco la cabeza del vehículo, me reciben con un saludo estruendoso. Poso las botas en la acera. Doy el primer paso. El exotraje se adapta perfectamente a mis movimientos y convierte en ligera cualquier maniobra pesada. Me siento ingrávida. Etérea. Como si nunca hubiera tenido conciencia de la carga física de mi cuerpo hasta que el exotraje me ha liberado de ella.

Los ojos oscuros de las cámaras me taladran. Esta mañana no soy capaz de encontrar fuerzas para sonreír. ¿Cuántas personas estarán viendo la emisión? ¿Estarán los directores entre ellas? Si pronunciara aquí y ahora las palabras que juré que no pronunciaría, todos los habitantes de esta ciudad sabrían de inmediato lo que ocurre.

Separo los labios.

Pero entonces Yuna sale de la furgoneta y acapara toda la atención. Las cámaras se alejan de mí y el momento se esfuma. Ocupo mi puesto en la fila de candidatos, al lado de Everly. Con un suspiro tembloroso, me saco el collar de mi madre de debajo del exotraje y aprieto el talismán en el puño. No puedo olvidar que tengo más de una promesa que cumplir.

—No puedo creerme que esta gente no tenga nada mejor que hacer que pasarse aquí de pie un montón de horas solo para vernos —murmura Everly por la comisura de los labios mientras observa a Mia contonearse por la plaza como si estuviera en la pasarela; tiene las piernas tan largas que devoran la distancia.

Casi me da pena Taz, que no tiene más remedio que echar a andar tras la estela de Mia como el minúsculo trasgo arisco que es. Frunce el ceño ante la tibia respuesta del público a su llegada.

—Al menos estamos en septiembre —le respondo a Everly en un

susurro—. Mi tía me contó que, antes del Desvanecimiento, todos los años en Nochevieja alrededor de un millón de personas se congelaba en Times Square solo para ver caer la bola.

—Suena bastante deprimente. A menos que seas un mortícola, porque entonces suena a fiesta con bufé libre. *Bon appétit!*

Esbozo una mueca sutil.

—Y feliz Año Nuevo.

Una vez que Noëlle y Kieran ocupan sus respectivos puestos y completan la alineación, esperamos lo inevitable.

Por fin, Nick Valentine emerge de la furgoneta. Es un milagro que las ventanas permanezcan intactas tras la explosión de gritos. Al menos siete personas se desmayan. Un tío se desabrocha la chaqueta y le ruega al Fantasma que le firme un autógrafo en los pectorales.

Al cabo de un rato, el Fantasma llega hasta nosotros con un maletín metálico bajo el brazo.

—Bienvenidos a la segunda misión, semifinalistas —anuncia con la voz dulce y melosa que reserva en exclusiva para cuando las cámaras están rodando. Abre el maletín y muestra cinco sobres de color blanco crema con la insignia del Sindicato estampada en un lacre negro—. Las reglas de la segunda misión son muy sencillas. En equipos de dos, resolveréis tres enigmas. Cada uno de estos sobres contiene el primero de ellos… y cada enigma es único. La solución de cada uno de los tres os llevará a tres sitios distintos de la ciudad, donde encontraréis claves de respuesta que os ayudarán a determinar la ubicación de vuestro destino final, este compartido. Debéis viajar a pie. Están prohibidos todos los medios de transporte: coches, autobuses, bicicletas y demás. Los tres equipos que crucen la línea de meta en primer lugar serán los únicos que pasarán a la ronda final del Torneo.

Así que es una carrera. Noëlle me lanza una mirada crítica, supongo que para intentar calcular si completaría la misión más rápido si me empujase a la carretera para que me atropellara un coche y la terminase ella sola. Pues que se joda. Si intenta derribarme, me agarraré a su asquerosa y bamboleante coleta rubia y me la llevaré conmigo.

Doy un paso al frente para escoger un sobre, pero Noëlle se me adelanta y saca otro del maletín. Rompe el sello y se da la vuelta para

leerlo. Con envidia, me fijo en que Langston y Mia ya han empezado a debatir su estrategia de juego, ambos con la cabeza inclinada sobre su sobre. Puede que no terminaran entre los primeros puestos en la misión anterior y que no sean los contrincantes más fuertes, pero su capacidad para trabajar en equipo les otorga importantes posibilidades de ganar en esta ocasión.

Incrédula, veo que Noëlle vuelve a guardar el enigma en el sobre. Cuando echa a andar hacia la esquina oeste de Central Park, la agarro de la muñeca.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunto con los dientes apretados y una sonrisa forzada, muy consciente de que las cámaras nos están enfocando.

Noëlle exhala de forma exagerada, como si fuera yo quien está poniendo a prueba su paciencia.

—Mira, no tengo tiempo de ocuparme de ti, así de sencillo. Tú limítate a seguirme y no me estorbes. La misión habrá terminado antes de que te des cuenta.

—Que me limite a seguirte —repito—. Y que no te estorbe.

—¡Exacto!

—¿No te das cuenta de que esta misión está diseñada para poner a prueba nuestra capacidad de cooperar la una con la otra a pesar de nuestras diferencias, tal como hacen los *mavericks*?

—No tendré ningún problema a la hora de cooperar con *mavericks* de verdad. Tú nunca llegarás tan lejos. Por más que el maestro Sasha te haya elegido, yo te superé en la clasificación. Yo sí me merezco estar aquí.

Sus palabras me hielan la sangre. Durante un segundo, no se me ocurre nada que decir, porque en teoría tiene razón. Pero, justo cuando vuelve a darme la espalda, tiro de ella hacia atrás y le siseo al oído:

—Tienes razón. Te has esforzado mucho. Has demostrado que eres la mejor. Todo el mundo espera que ganes. Pero yo no tengo ninguna reputación que defender. Soy el comodín y eso significa que puedo hacer lo que me dé la gana. Y, ahora mismo, nada en este mundo me gustaría más que hacerte pedazos.

En cuanto la suelto, se aleja frotándose la muñeca magullada.

—Energúmena.

Le lanzo un beso y le arranco el sobre de las manos. Empiezo a leer:

Casa de Cristal, flotando en el éter.

Neptuno, Saturno, el ojo de Júpiter.

Los secretos del cosmos sin excepción

orbitando alrededor de un segundo sol.

Desvela estas vastas incógnitas sin par

y la primera de las claves allí encontrarás.

¿Orbitando alrededor de un segundo sol? Se me acelera la mente.

—El planetario del Museo de Historia Natural —murmuro—. Tienen modelos a escala de los planetas colgados del techo y rotan alrededor del teatro Omnisphere, donde se proyectan los espectáculos. El sol está representado por el propio planetario.

—Caray —dice Noëlle sin emoción alguna—. Qué lista eres. ¿Qué haría yo sin ti?

Sin más, sale corriendo en la misma dirección que antes, hacia el norte de la ciudad pasando por Central Park West. La ruta más rápida para llegar al museo. Un rubor me sube por el cuello, pero la vergüenza se evapora cuando mi primera zancada me eleva metro y medio en el aire.

Agito las extremidades en las alturas mientras las botas me impulsan hacia arriba y hacia abajo como un pogo saltarín. Me cuesta ajustar el paso. A menor altura, mayor distancia. El exotraje almacena la energía cinética creada por todos y cada uno de mis movimientos y la transforma en fuerza, pero aprender a aprovecharla depende de mí.

A saber cómo, Noëlle ya le ha cogido el truco. La imito hasta que le doy alcance. Cruzamos la intersección dando brincos, seguidas por los drones. Los espectadores nos aclaman desde la acera. No tardo en adaptarme al ritmo. Soy la viva imagen de la elegancia, sonrío a las cámaras, mis saltos son tan gráciles y ágiles como los de una gacela…, hasta que calculo mal el ángulo de una curva a la izquierda y estoy a

punto de estrellarme de cabeza contra un puesto de perritos calientes. Después de eso, mantengo mi ego a raya y me concentro en la misión.

Dejamos atrás Columbus Circle mientras el viento, impregnado de un ligero olor a estiércol de caballo, resbala sobre las curvas aerodinámicas de nuestro exotraje. Competimos con los taxis por la avenida, sin tener que detenernos jamás ante los semáforos de los pasos de peatones. Cuando nos parece que la acera está demasiado concurrida, nos trasladamos al carril bici, y entonces los bocinazos y los zumbidos atronadores de los coches pasan demasiado cerca para nuestra comodidad.

Llegamos a la bulliciosa intersección en la que el museo, todo piedra rústica y rojiza a la luz del sol, se extiende ante nosotros como un castillo de cuento de hadas hasta convertirse en una imponente fortaleza de mármol blanco. Una franja de césped separa la entrada de la calle. Atisbamos por primera vez el cubo de cristal conocido como Centro para la Tierra y el Espacio. Resplandece bajo los rayos del sol y las perfectas hojas de vidrio rectangulares reflejan caprichosos remolinos de nubes flotantes. Dentro hay una enorme esfera blanca: el planetario.

¡Bang!

A lo lejos, una columna de humo amarillo chillón se eleva hacia el cielo. ¿Será que alguno de los equipos ya ha encontrado su siguiente enigma?

Al otro lado de las puertas giratorias de cristal, el atrio permanece siniestramente vacío. Soy la primera en acercarme. Noëlle me sigue unos pasos más atrás, recorriendo la zona con una mirada inquieta.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunta.

Empujo la puerta giratoria, pero no cede. Frunzo el ceño. Probamos las tres entradas con puertas giratorias y las dos puertas dobles situadas una a cada lado de las anteriores. Están todas cerradas.

—Deben de haberlas cerrado a propósito —digo—. O eso, o hemos malinterpretado el enigma por completo.

—Es poco probable. «Neptuno, Saturno, el ojo de Júpiter». —Señala las maquetas de Júpiter y Saturno con sus anillos, y las del resto de los planetas colgados del techo—. No veo a nadie dentro de esta sección del edificio. Supongo que la han bloqueado.

—«Desvela estas vastas incógnitas sin par» —recito, y empiezo a caminar de un lado a otro por delante de las puertas—. ¿A qué incógnitas se refiere? Pretendemos convertirnos en *mavericks*, no en astrofísicas.

Noëlle pone los ojos en blanco.

—Voy a probar por otra entrada.

Un zumbido familiar me llega a los oídos. En general, los drones intentan pasar desapercibidos y nos persiguen de forma clandestina, pero, cuando levanto la vista, veo que ahora tenemos varios sobrevolándonos. Uno en concreto planea muy por encima del resto, por encima incluso de las ramas más altas de los árboles.

—¿Qué fue lo que nos dijo Valentine anoche? —pregunto de repente.

—¿Que pensáramos como *mavericks*?

—Eso no, lo otro. «Debemos viajar a pie. Pero eso no significa que no podamos surcar los cielos». Tiene que haber una razón para que nos pasáramos dos horas estudiando Manhattan desde lo alto.

Noëlle recorre con la mirada la superficie lisa de la estructura de cristal y palidece ligeramente.

—¿Crees que hay una entrada ahí arriba? Eso son como mínimo treinta metros de altura, sin puntos de apoyo ni arnés.

—Pero, si saltamos, no tendremos que escalar. Habrás visto ese vídeo recopilatorio tan increíble del maestro Hasán lanzándose hacia un edificio…

—¿Que mide más de doscientas veces más que él? No seas condescendiente, por supuesto que sí.

—Pues entonces esto no debería ser tan difícil.

—Pero ¿qué dices?

Me crujo los nudillos y me pongo en posición: las rodillas flexionadas, un pie detrás del otro…

—¡Espera! —grita Noëlle con la voz estrangulada—. No sé… No puedo hacerlo.

La miro sin dar crédito.

—¿Cómo dices?

Levanta las manos y se acerca los pulgares a los dedos corazón sin llegar a tocárselos. Su expresión es calculadamente tranquila, fría e indiferente, pero el temblor de la voz la traiciona.

—Una cosa es ver un vídeo y otra muy distinta…

—¿Ejecutarlo en la realidad? —termino. Ella asiente—. Por una vez, estoy de acuerdo contigo. Pero, para bien o para mal, este es el tipo de desafío al que te has comprometido a enfrentarte.

—Yo no me he comprometido a nada. Solo clavé el examen final.

—¡Bien por ti! ¿Quieres secarte las lágrimas con tu perfecto expediente académico mientras alguien que no ha sacado más que aprobados te arrebata la mayor oportunidad de tu vida solo porque no estabas dispuesta a dar este salto?

—¿Has sacado aprobados?

—¡No! Pero ¿qué más da eso? Mira, somos un equipo. No podría dejarte atrás aunque quisiera… Y, créeme, quiero. Pero no lo haré, porque una *maverick* no actuaría así, y eso es lo único que me importa.

—¡Vale! —exclama. Respira hondo, separa las piernas y flexiona las rodillas—. Vale. Pero te lo advierto: si esto no funciona y me rompo el cuello, mi tío te lo hará pagar.

La comisura de la boca se me curva hacia arriba mientras reproduzco su posición.

—Dile que lo hable con mi tía. —Junto la yema de los dedos corazón con la de los pulgares de tal manera que formo la silueta de una lágrima. Se me entrecorta la respiración cuando mi traje empieza a vibrar y se comprime hacia abajo como un muelle enroscado a presión. Levanto la vista hacia mi objetivo: un balcón de piedra que rodea el perímetro del cubo de cristal. Es un blanco más fácil, a solo unos diez metros del suelo. Cuando la presión amenaza con hacer que me fallen las piernas, le hago un gesto a Noëlle—. ¿A la de tres?

Ella asiente.

—De acuerdo. Uno. Dos. Tres. ¡Ya!

Los dientes se me cierran con fuerza sobre la lengua cuando salgo disparada por los aires como un cohete humano. El suelo se aleja demasiado, demasiado rápido. Paso de largo el balcón, tanto que quizá incluso llegue a lo alto del cubo de cristal.

«Ya casi estoy…».

Estiro los brazos para intentar agarrarme al borde. Pero aún me falta un palmo cuando mi trayectoria alcanza su punto álgido…

Y caigo.

El pánico me inunda el pecho. El estómago se me cae a los pies. Vuelvo a tener seis años y es la primera vez que me subo a una montaña rusa que sobrepasa la cima y se lanza en picado hacia abajo, entre los rugidos del viento y los chirridos del acero. Aunque ahora no hay nada salvo la caída libre: no hay cinturón de seguridad, no hay barreras, estoy demasiado paralizada por el miedo como para pensar siquiera en gritar.

Lo único que me hace volver en mí es la imagen de Noëlle mirándome desde el suelo, boquiabierta. Porque me está mirando. Desde. El. Suelo.

«La muy zorra no ha saltado», pienso al darme cuenta.

La rabia que me provoca basta para desbloquearme. Con un gruñido, estampo el dedo anular contra el pulgar y siento que mi traje vibra de nuevo mientras activa el modo escudo. Nunca me he caído desde una altura de casi treinta metros, pero tampoco he llevado nunca una pieza multimillonaria de tecnología de última generación mientras lo hacía.

El balcón se precipita a mi encuentro, Noëlle grita y la gravedad se ríe de mí empujándome aún más rápido.

Golpeo el balcón con los pies. Intento rodar, pero el traje se bloquea a mi alrededor y controla todos mis movimientos. La onda expansiva del impacto me sube por los tobillos, las piernas y el torso. Me recorre los brazos hasta la punta misma de los dedos, la nuca, el cuerpo entero me tiembla como un gong de metal golpeado por una decena de martillos. Me tambaleo hasta que se desvanece, con las rodillas convertidas en gelatina, y me desplomo de espaldas.

Un zumbido invade el aire sobre mí. Tres drones se acercan planeando por el cielo para retransmitir mi roce con la muerte a

millones de pantallas de toda la ciudad. Uno de ellos deja escapar un leve quejido, como si estuviera decepcionado por que no me haya esparcido por el suelo convertida en el equivalente humano a un cuadro de Jackson Pollock.

Noëlle salta por encima de la barandilla y aterriza sobre el balcón en cuclillas.

—¿Estás bien?

Me pongo en pie tambaleándome.

—No gracias a ti.

—Lo sé —dice. Detecto lo que podría ser un dejo de disculpa en su voz—. Había unas cuantas variables de las que no estaba segura. Verte saltar en primer lugar me ha ayudado a determinarlas.

Una decena de respuestas abrasadoras me chamuscan la lengua, pero, antes de que pueda dispararle alguna, otro estruendo resuena por toda la ciudad. Una bengala roja se eleva por encima de los edificios unos kilómetros más al norte y marca tanto la ubicación como el avance de otro equipo. Nos estamos quedando rezagadas.

Mi error durante el primer intento ha sido interferir en los cómputos del exotraje forzándolo a mi voluntad. Esta vez, dejo que haga el trabajo por mí, que tome el control como lo ha hecho cuando me he estampado contra el balcón y calcule el método que mejor garantice mi supervivencia.

Mantengo la mirada clavada en el frente mientras aprieto los dedos. Despacio, voy levantándola hasta la parte superior del cubo de cristal. El traje entra en acción con un zumbido y calibra mi objetivo en función del ángulo en el que inclino el cuello, la dureza del suelo que piso y el peso de mi cuerpo. Las rodillas se me flexionan solas y vuelvo a sentir la misma presión que antes mientras la energía me recorre la piel como un cable de alta tensión.

Sin decirle una sola palabra a mi supuesta compañera de equipo, suelto los dedos y salgo disparada hacia el cielo. Ya no soy una bala perdida a la deriva en el aire, sino un ave rapaz, primero con los brazos pegados al cuerpo, luego estirados por encima de la cabeza, tensos…

Me aferro al borde del cubo con los dedos, sólido como el acero. Me encaramo al tejado. En el centro hay un maletín plateado. «Bingo».

Corro hacia él y agarro el asa justo cuando Noëlle llega al tejado. Ni siquiera me molesto en mirarla mientras abro los cierres y me hago con el sobre que contiene.

—Reynolds —me dice.

—Ahórratelo. —Abro el sobre—. Cuanto antes crucemos la meta, antes nos libraremos la una de la otra.

Sin esperar a que me conteste, leo el enigma en voz alta:

A la luz deslumbrante, entre rojo terciopelo,

las estrellas nacen y pronto alzan el vuelo.

Un triunfo del arte de los negros, de su expresión,

se alza a pesar de décadas de opresión.

El Duque, la Reina, innumerables grandes,

todos bendecidos por el dios allá donde os espera la próxima clave.

—«Un triunfo del arte de los negros, de su expresión» —murmura Noëlle—. ¿Otro museo, tal vez? Pero ¿qué dios? Donde nacen las estrellas…, terciopelo rojo, luz deslumbrante…

—No es un museo. Es una sala de conciertos o un teatro. El Duque…, son apodos. —Cierro los ojos y me imagino de nuevo en mi habitación de la residencia con Zaza, las notas luminosas de una trompeta y la voz cálida y conmovedora de una mujer saliendo de su tocadiscos—. El Duque tiene que ser Duke Ellington. Y la Reina, Ella Fitzgerald. La reina del jazz.

—¿No actuó en decenas de lugares de la ciudad?

—Sí, pero hay uno que es famoso por hacer despegar su carrera. El teatro Apollo.

Le brillan los ojos.

—El dios griego de la música y la poesía.

¡Bang!

Las dos pegamos un respingo cuando una columna de humo naranja se eleva sobre nuestra cabeza para señalar nuestro hito. Pero,

antes de que podamos celebrarlo, una bengala azul estalla varias manzanas hacia el este.

Le doy la vuelta al enigma. Hay tres letras impresas en negrita en el reverso.

—A, R, M. ¿Qué quieren decir?

—Valentine lo ha llamado «clave de respuesta». A lo mejor no podemos resolverla hasta que encontremos las demás claves.

Mientras nos preparamos para saltar de nuevo hacia el suelo, decido decirle lo que pienso:

—Cartier, sabes que en Torneos anteriores han muerto competidores, ¿verdad?

Da un sutil paso para alejarse de mí.

—¿Y lo mencionas justo ahora porque… ?

—Necesito saber si puedo confiar en ti cuando me das tu palabra sobre algo. Olvídate de la victoria: si alguna de las dos rompe esa confianza, ambas podríamos acabar muertas.

La expresión de angustia que le aflora al rostro me deja claro que he conseguido hacérselo entender…, aunque lo único que me contesta es:

—Lo tendré en cuenta.

Luego, salta al instante por el lateral del edificio.

Supongo que no puedo pedirle más.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Cada pocos meses, en la ciudad se desata una tormenta en la que el retumbar de los truenos se oye antes de que caiga la lluvia. Los neoyorquinos que van corriendo de un lado a otro miran hacia arriba y fruncen el ceño mientras el viento les fustiga la falda y la corbata. Las botellas de plástico vacías traquetean entre los periódicos desechados que ruedan por la calle vacía como estepicursores. La tensión crepita en el aire, tan tangible como un relámpago, mientras todo el mundo espera en silencio a que estalle la hecatombe.

Así es justo como me siento mientras atravesamos Harlem. Noëlle nunca ha sido habladora, pero el silencio que nos separa ahora sabe a expectativa de violencia.

Pasamos a toda velocidad ante las vibrantes muestras de arte callejero que surgen del ladrillo y del hormigón como si fueran un mensaje secreto y, a la vez, una declaración. Dejamos atrás un abarrotado bar especializado en la retransmisión de deportes en directo y, en una de sus pantallas, vemos la sonrisa triunfante de Langston cuando Mia y él localizan su tercer y último enigma.

Suelto un taco en voz baja, con una mezcla de consternación y asombro. Ya tienen dos claves de respuesta, les falta una. Nosotras ni siquiera hemos llegado a nuestra segunda ubicación, y mucho menos hemos empezado a buscar la siguiente clave.

Noëlle sale disparada hacia delante con una descarga de velocidad. No soy de las que se dejan eclipsar, así que yo también me fuerzo a ir más rápido. Segundos después, oigo que mi traje emite un pitido de advertencia. Estoy agotando los recursos energéticos a mayor velocidad de la que los regenero.

—¡Cartier! ¡Baja el ritmo! —le grito a mi compañera mientras se cuela por un hueco entre dos coches que atraviesan el cruce.

—¿Que baje el ritmo? —grita ella a su voz—. ¿Y perder? Hazlo tú si quieres.

—Si a tu traje se le agota la energía y tengo que llevarte en brazos a la meta, ¡puedes apostar lo que quieras a que perderemos! ¡Cartier! Me cago en la leche, ¿me estás escuchando?

El pitido se convierte en un aullido estridente que se intensifica hasta que mis tímpanos no lo soportan más. Reduzco la velocidad tan

solo un poco, pero, aun así, la distancia que nos separa crece a pasos agigantados.

Para cuando Noëlle gira a la derecha hacia la 125, ya me saca toda una calle de ventaja.

¡PIII! ¡Ñiiiiii!

Doblo la esquina con el corazón en la garganta. Allí, iluminada por la marquesina y por el cartel vertical con unas letras de neón rojo que forman la palabra APOLLO, me encuentro a mi compañera de equipo tirada bocabajo en la acera.

Salto por encima del capó de un coche y acelero hacia ella. Derrapo sobre el asfalto y me agacho a su lado, preparada para lo peor. Sin embargo, sin dejar que le ponga siquiera un dedo encima, suelta un gruñido estruendoso y se da la vuelta por sí misma.

—Me cago en la fruta —jadeo—. Tu cara.

Vacilante, se lleva una mano a la sangre que le chorrea por la mejilla, pero luego se lo piensa mejor.

—No lo digas —dice con la voz ronca.

—¿Decir qué? ¿«Tu cara»? Que, por cierto, tiene una pinta horrible de co…

—No —gime—. No me digas «te lo dije». Yo soy la única que puede decírselo a los demás.

Tengo que hacer un esfuerzo enorme para no poner los ojos tan en blanco que se me salgan por la nuca.

—Pues más te vale bajar de ese pedestal tan alto, alteza, porque recalco que te lo dije.

—¡Eh! —grita alguien desde detrás de la puerta medio abierta de su coche—. ¿Necesita una ambulancia o algo así?

Vuelvo la cabeza y descubro a la multitud de curiosos preocupados que se ha congregado a nuestro alrededor y luego miro otra vez a Noëlle, que niega con la cabeza. Parece que el exotraje ha amortiguado la mayor parte del golpe.

—No, gracias, estamos bien.

—Tengo tiritas y desinfectante de manos en el bolso —dice otra persona, mientras otro espectador se saca una botella de agua sin abrir de la mochila y me la pasa para que se la dé a mi compañera.

—Gracias —murmura Noëlle con la voz tensa y tapándose la cara con una mano.

Al principio creo que intenta ocultar el destrozo, pero un segundo después me doy cuenta de que lo que esconde es el torrente constante de lágrimas que le resbala por las mejillas.

—Muy bien, vale —digo mientras agito los brazos y me pongo delante de ella para bloquear al mayor número de mirones posible—. Gracias a todos por su ayuda. Ya está casi recuperada.

Cuando la multitud se dispersa, le paso un brazo por la cintura a Noëlle y la ayudo a ponerse en pie. Huele dulce, a flores de magnolia y miel.

—Tienes que volver a cargar el traje. Ponte a correr, haz saltos de tijera, lo que sea… —Me fijo en el tejado del teatro, que por suerte es mucho más bajo que el del planetario—. Yo me encargo de subir a por la segunda clave.

Se zafa de mí.

—Tú misma. Yo voy a entrar por la puerta principal.

Con tanto caos, ni siquiera había reparado en las glamurosas lámparas de araña que iluminan el vestíbulo desde dentro. Tampoco las había interpretado como una invitación, y mucho menos después de habernos encontrado con todas las puertas del museo cerradas. Pero, cuando Cartier agarra una de las largas manillas metálicas y tira, la puerta se abre de par en par. Sin mirar atrás, empieza a andar por la descolorida moqueta roja, a pesar de que se nota que el peso muerto del traje la ralentiza a cada paso.

Me sacudo de encima una ligera sensación de inquietud e inicio el ascenso hacia el tejado apoyándome en el borde de la marquesina. Me estremezco cuando noto un crujido de protesta bajo los pies. Será mejor que evite poner a prueba la integridad estructural de un tejado centenario, no vaya a ser que, sin quererlo, dote al teatro de una claraboya nuevecita.

Así que me aferro con los dedos a la estrecha parte inferior de la ventana de lo que parece ser un despacho situado justo encima de la

entrada. El polvo y la pintura vieja se desprenden cuando los rozo y caen hacia la calle formando remolinos de un blanco ceniciento. Me encaramo al alféizar de una ventana y luego me cuelgo de la desvencijada barra metálica que sobresale en horizontal de la mampostería que sostiene el gigantesco cartel de APOLLO. Cuando me subo a ella, gime bajo mis pies. Murmurando una interminable retahíla de disculpas en voz baja, trepo por el cartel lo más rápido que puedo y levanto los brazos por encima de la cabeza para alcanzar el último saliente de piedra. Desde allí, me balanceo precariamente sobre la calle antes de, por fin, impulsarme hasta el tejado.

Recorro con la mirada el laberinto de respiraderos y conductos en busca de un maletín. Empiezo a convencerme de que Noëlle tenía razón cuando veo un destello plateado a la izquierda. «Bingo».

Un grito espeluznante perfora el aire desde el interior del edificio antes incluso de que me dé tiempo a regodearme en mi orgullo.

Noëlle.

Para cuando irrumpo en el interior del viejo teatro, los gritos de mi compañera se han acallado. El silencio me eriza el vello de la nuca, como el silencio de un sótano oscuro que se supone que está vacío.

Sé que no estoy sola.

La puerta del vestíbulo se cierra de golpe a mi espalda. Me pongo delante el pesado maletín metálico —mitad escudo, mitad arma— y aguzo la vista para intentar atisbar algo en la más absoluta oscuridad.

—¿Noëlle? —siseo.

Un sollozo.

—¿Rei? ¿Eres tú?

¿Está herida? ¿O esto solo forma parte del juego? ¿Cargo contra las tinieblas para salvar a mi compañera o me retiro y espero refuerzos? Me muerdo el labio, consciente del coste de cada segundo de indecisión.

—¿Dónde estás?

—Aquí, en el escenario. —La acústica no hace sino amplificar el dolor de su voz—. Ayúdame, por favor…

—¿Te has hecho mucho daño?

—La pierna —grita—. No puedo…, no puedo moverla.

Maldigo en voz baja.

—Tú mantén la calma, sigue hablándome. ¿Qué ha pasado?

Con una mano, voy palpando el contorno de los asientos de terciopelo y los utilizo como guía para acercarme con sigilo hacia el escenario. El pasillo se inclina hacia abajo, como una rampa, cubierto por una moqueta que silencia mis pasos…, así como los de cualquier otra persona o cosa que ande merodeando por aquí.

—No lo sé —gime Cartier.

—¿Cómo leches no vas a saberlo?

—Solo… Solo sé que he entrado a buscar el maletín y que luego se han apagado las luces.

Uno de mis pies choca contra algo sólido que suena a hueco. Me agacho y rozo con los dedos unos escalones que deben de conducir al escenario. Los subo de uno en uno hasta que llego al nivel del suelo. Agarro el maletín con más fuerza e intento contener la estampida desenfrenada de mi corazón.

—¿Y qué ha pasado después?

—Después —me dice su voz justo al oído—, ya era demasiado tarde.

Múltiples manos me agarran desde todas partes. Solo alcanzo a gritar una vez antes de que una palma carnosa me tape la boca como un cepo. Muerdo la mano y, con todas mis fuerzas, lanzo una embestida hacia atrás con el maletín. Un hombre gruñe. Se oye un golpe sordo cuando se tambalea hacia atrás y se cae por el borde del escenario. Alguien me agarra del codo. Levanto el maletín y oigo el satisfactorio crac del metal contra el hueso.

Pero no paran de llegar asaltantes. Noëlle me ha tendido una trampa y ahora estoy ciega y en clara inferioridad numérica. Pierdo la cuenta del frenesí de manos cuando me placan y me inmovilizan contra el suelo. Me arrancan el maletín de las manos. Me meten una mordaza a lo bruto en la boca y me sacan a rastras del escenario.

Estoy intentando descifrar por qué me habrá traicionado cuando un grito espeluznante taladra el aire y todo cobra sentido.

Porque el grito no pertenece a Noëlle. Sino a mí.

Pero no soy yo la que grita. Lo que estoy oyendo es una simulación de mi voz reproducida a través de un altavoz que deben de haber colocado en algún rincón del escenario para engañar a mi compañera. Igual que a mí me han engañado con la simulación de su voz. Es justo lo que un mortícola haría en la vida real: robarle la voz a alguien y usarla para matarte.

Ha sido una prueba desde el principio, y acabo de suspenderla.

El teatro se ilumina de golpe. Hago un gesto de dolor y parpadeo para intentar ver a mis sorprendidos atacantes: son seis y llevan gafas de infrarrojos y el uniforme con el logo del Sindicato. Pillados por sorpresa, cometen el error de soltarme. Ahora que veo exactamente a qué me enfrento y dónde tengo que golpear para causar más daño, no lo dudo.

Pero, cuando estoy a punto de lanzar el primer puñetazo, todos se colocan las manos detrás de la cabeza y desaparecen entre bastidores como si estuvieran siguiendo las acotaciones de un guion. Lo único que dejan atrás es el maletín.

—¡Reynolds! Por aquí —me llama una voz. Con los ojos entornados, miro hacia el fondo del teatro, por detrás de los focos deslumbrantes, y veo a Noëlle de pie ante una gran consola de control que parece complicada de manejar. Toquetea unos cuantos botones hasta que averigua cómo se encienden las luces de la sala y luego se acerca corriendo a mí—. Bueno, estas cosas pasan. Enhorabuena, supongo.

Gruño.

—¿Me felicitas por haber caído en la trampa y dejar que me capturaran?

Se encoge de hombros.

—Al final entré primero en los camerinos y me topé con unas cámaras que mostraban a dos guardias vigilando los controles, pero han tenido que abandonar su puesto cuando has empezado a derribar a sus compañeros como un tejón furioso puesto de esteroides.

No sé qué contestar.

—¿Has encontrado el siguiente enigma? —pregunta.

—Aquí está —le digo, y giro el maletín hacia ella.

Lo abre y saca el sobre. Cuando rompe el sello, espero que lo lea primero para sí, pero en realidad me lo tiende para que podamos verlo a la vez. Me siento extrañamente conmovida.

Uniendo dos mundos, donde la tierra se junta con el mar,

unas almas pétreas se alzan en silencio sepulcral.

Centinelas silenciosos en la niebla perdidos:

esquisto de Manhattan, cuarzos, granitos.

Un acto de equilibrio, fuerza y habilidad

para ganar este desafío debéis completar.

Ni siquiera he terminado de leer el enigma cuando Noëlle dice:

—Ya sé adónde tenemos que ir.

Levanto la mirada.

—¿Adónde?

—A un sitio a orillas del río Hudson, justo al lado del puente George Washington. —Encaja con la pista, era el puente que antaño unía Manhattan con Nueva Jersey, un mundo ahora distinto al nuestro —. Está unos cinco kilómetros más al norte.

—Pues será mejor que nos pongamos en marcha.

—Espera, no te olvides de la segunda clave.

Le doy la vuelta al enigma y leo:

—E, R, Í, A. Sumado a la primera clave…

—Armería —murmura Noëlle.

Me devano los sesos.

—En el Upper East Side hay una vieja armería que la Guardia Nacional ocupó hasta que el gobierno renunció a la jurisdicción local a favor del Sindicato. Ahí debe de estar la línea de meta.

Noëlle niega con la cabeza.

—No podemos saberlo con seguridad hasta que consigamos la tercera clave.

—Pero la armería está en la dirección contraria a la que nos indica el tercer enigma. Si fuéramos directamente al Upper East Side, ahorraríamos un tiempo muy valioso. Venceríamos a los otros equipos.

—Solo si estás en lo cierto.

—¿Qué otra cosa podría significar «armería»?

—Depende de lo que nos diga la tercera clave.

—Pero…

—¿Qué haría tu tía, Reynolds? —me pregunta—. ¿Cogería el atajo? Si de verdad crees que lo haría…, me fiaré de tu juicio.

Me quedo de piedra. Me está confiando la decisión. La decisión que podría llevarnos a ambas a ganar esta misión. O a que nos eliminen para siempre.

—La maestra Minyi es eficiente —empiezo a decir despacio—. Pero también meticulosa. Jamás ha escatimado esfuerzos.

—¿Y…?

Una determinación nueva me invade el pecho. Le hago un gesto de asentimiento a mi compañera.

—Tienes razón. Ella no cogería el atajo. Iría a buscar la última clave.

Noëlle esboza una sonrisa minúscula, pero una sonrisa al fin y al cabo.

—Entonces, sígueme.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Las olas del río Hudson danzan a la luz del sol y eso casi basta para distraerme de su tono marrón y contaminado. Noëlle me lleva hacia el norte por el carril bici adyacente al Hudson, un cinturón de asfalto y árboles embutido entre el río y el rugido de los coches en la carretera. El puente George Washington, que se eleva sobre las copas de los árboles y salva la anchura del río, se ha transformado en un puerto de entrega para procesar las mercancías que entran en la ciudad.

Mi compañera me pilla contemplando el puente.

—¿Alguna vez te entran ganas de marcharte?

«¿Has pensado alguna vez en marcharte de este sitio?», me preguntó también Roland.

—No —le respondo con sinceridad—. Nunca me lo he planteado siquiera.

—¿En serio?

—Mi familia, o lo que queda de ella, sigue aquí. Y mis amigos. —Frunzo el ceño—. ¿Y a ti?

Posa la mirada en el horizonte.

—Continuamente.

Baja la cabeza y aprieta el paso, lo cual me obliga a apresurarme para no quedarme atrás.

El sendero desemboca en un panorama peculiar al llegar a la orilla. Desde lejos, parece que una multitud de figuras esbeltas se haya congregado junto al agua, pues se curvan a lo largo del río como si fueran espectadoras en un concierto.

Sin embargo, todas ellas permanecen inmóviles por completo.

Al principio, me pregunto a qué estarán esperando. Y entonces me doy cuenta de lo que son en realidad: piedras. Piedras de todos los tamaños: pequeñas, gordas, lisas e irregulares. Apiladas unas encima de otras, de tres en tres, de cuatro en cuatro y a veces de cinco en cinco, en un equilibrio perfecto.

—Ya hemos llegado —murmura Noëlle—. Las Piedras de Sísifo.

Hace años que oigo pronunciar ese nombre, siempre en voz baja y tonos reverenciales. En realidad, las Piedras ya existían décadas antes del Desvanecimiento, erigidas por un artista llamado Ulises. Cada vez que las esculturas se derrumbaban por culpa del viento, del mar o a manos de los vándalos, siempre volvían a levantarse gracias a la persistencia y el esfuerzo de ese único hombre.

Desde el Desvanecimiento, se han imbuido de un nuevo tipo de magia. Ya nadie las cuida, pero, a pesar de las mareas altas, de los huracanes y de los vándalos, se mantienen erguidas y eternas.

—«Centinelas silenciosos en la niebla perdidos» —recito el verso del enigma mientras contemplo las rocas—. Mi tía cree que las esculturas piensan por sí mismas, como los Artefactos. Que eligen ante quién y cuándo aparecerse.

—Eso no es más que parte del mito. Están aquí siempre que vengo.

Se me pone la piel de gallina. No las he visto ni una sola vez de las muchas que he recorrido este sendero.

Noëlle se adelanta y toca la escultura más cercana.

Un gran estruendo resuena a lo largo de la orilla. Nos damos la vuelta, alarmadas, cuando el río empieza a agitarse y la tierra nos tiembla bajo los pies. Las esculturas se balancean pero no caen.

Abro los ojos como platos cuando un objeto destellante se abre paso entre las olas embravecidas y asciende por encima de la superficie. ¿Un submarino? ¿El mástil de un barco? No: una señal de tráfico sujeta a un poste de acero destrozado y reluciente debido al agua del río. SENTIDO ÚNICO, dice

A la señal pronto se le suman una farola, una cadena de farolillos chinos rojos y la barandilla de lo que parece una escalera de incendios arrancada del lateral de un edificio de apartamentos. La extraña amalgama de objetos continúa elevándose por encima del Hudson, cada vez más arriba. En la parte inferior de la estructura, la más cercana a la orilla, siete filas de estrechas columnas de latón emergen del agua a alturas e intervalos cada vez mayores. La octava fila sostiene una plataforma, sobre la que descansa un enorme muro de metal oxidado salpicado de agujeros.

—Santo cielo —susurra Noëlle con una mezcla de horror y asombro—. ¿Qué es eso?

Cuando por fin cesa el estrépito, la señal de sentido único está a más de veinte metros de altura. Todo parece un amasijo de óxido y chatarra, como un leviatán de basura rescatado de las profundidades de la miseria metropolitana. Me estoy debatiendo entre tomarlo por un naufragio o por una instalación artística cuando caigo en la cuenta.

—«Un acto de equilibrio, fuerza y habilidad». Es una carrera de obstáculos. Creo que tenemos que llegar arriba del todo para encontrar la última clave.

Noëlle es incapaz de apartar los ojos de la cima del recorrido, con la cara blanca como una sábana.

—Parece bastante sencillo.

—Quizá demasiado.

Analizo los obstáculos con detenimiento. La primera parte parece bastante fácil: hay que ir saltando de columna en columna. Pero no tengo ni idea de cómo escalar ese muro de metal oxidado. Los agujeros son demasiado pequeños para que me entren las manos y los pies. Miro a nuestro alrededor en busca de alguna herramienta u objeto con el que ayudarme, pero solo hay piedras.

Me acerco a la orilla, donde la primera columna espera como una especie de punto de partida. Con cautela, poso un pie encima de ella para comprobar su resistencia. Las olas que la rodean retroceden y dejan al descubierto un semicírculo del lecho del río. Al hacerlo, comienzan a lamer la base de las dos siguientes columnas, ambas situadas a la misma distancia de la primera, como los otros dos puntos de un triángulo. Elijo la columna de la derecha y salto.

Se desmorona bajo mi peso. Se me cae el alma a los pies cuando, con un grito ahogado y un chapoteo, aterrizo en el agua fría.

—¡Reynolds! —grita Noëlle.

—Estoy bien —balbuceo. Por suerte, la columna no estaba a gran distancia del suelo; sin embargo, las que quedan no hacen sino elevarse a alturas mayores y más letales. Chorreando, me arrastro de nuevo hasta la primera de ellas. El río vuelve a agitarse y retroceder hacia las dos columnas siguientes—. No lo entiendo. Son idénticas. ¿Cómo elijo?

—Espera —señala Noëlle—. Mira esto, fíjate en la base de esta a la que estás subida.

En cuanto me bajo para verla, la fuerza que mantenía el río contenido se libera y el pie de la columna queda anegado antes de que me dé tiempo a echar siquiera un vistazo.

—Cámbiame el sitio.

Noëlle se encarama a la columna. El río se agita. Cuando me agacho, veo una inscripción tallada en la base: una flecha grande y gruesa que apunta a la izquierda. A la columna que no he elegido.

Mi compañera salta a la columna de la izquierda. Las aguas se retiran un poco más y revelan otra flecha que apunta a la siguiente columna correcta.

—Una de las dos tendrá que quedarse en tierra para darle a la otra instrucciones sobre cómo completar el recorrido —deduzco.

Cartier evita mirar el resto de los obstáculos y aprieta la mandíbula.

Si hago yo el recorrido, no tendré más remedio que depositar toda mi confianza en Noëlle. Un solo error al dirigirme y quizá termine en el fondo del Hudson. Pero, si es ella la que hace el recorrido y se queda paralizada a mitad de camino…, estamos igual de jodidas.

Así que solo me queda una opción.

—Noëlle. —Espero a que se vuelva hacia mí para tenderle la mano—. Esta vez cuento contigo, así que no me falles. ¿Entendido?

Durante un brevísimo instante, estoy convencida de que no va a aceptarla. Pero entonces la agarra, baja de un salto y dice:

—No te caigas. No pienso cogerte.

Resoplo y concentro mi atención en el recorrido. «Solo tienes que llegar a la cima». No puede ser tan difícil, ¿no?

Cojo carrerilla y supero las tres primeras filas de columnas dando brincos. El agua se separa y deja al descubierto la siguiente flecha.

—Segunda por la izquierda —me grita Noëlle desde la orilla—. ¡La última de la derecha!

Salto de una columna a otra intentando no mirar las aguas revueltas de más abajo. Para lograrlo, me concentro en el sonido de la voz de mi compañera y en el camino que tengo por delante. Sin embargo, llega un punto en el que las columnas dejan de estar a mi alcance, son demasiado altas como para coronarlas de un salto. El viento me azota desde todas las direcciones posibles, como si tratara de derribarme. Me estremezco y me rodeo el cuerpo empapado con los brazos. La columna tiembla debido al impacto de las olas que arremeten contra ella. En la parte superior apenas me caben los pies, así que, desde luego, no hay espacio para mis errores.

—¡Deja de darle vueltas a la cabeza!

Giro el cuello de golpe para mirar a Noëlle .

—¿Qué?

—Utiliza el cuerpo, no el cerebro. Yo pensaré por las dos. Tú concéntrate en tu objetivo y alcánzalo.

Para ella es fácil decirlo. Acerco cada dedo corazón a un pulgar para activar el exotraje. De repente, la escasa superficie que tenía para aterrizar me parece aún más minúscula. Pero hago caso a Cartier. Flexiono las rodillas. Respiro hondo…

Y salto.

El viento me fustiga la cara mientras vuelo hacia la última columna. Aterrizo descentrada y la mitad de un pie se me resbala por el borde. El corazón está a punto de salírseme del pecho. Me tambaleo y agito los brazos para intentar mantener el equilibrio. Los espumarajos hambrientos del río me esperan más abajo.

No sé muy bien cómo, consigo recuperar la estabilidad. He llegado a la última fila de columnas: siete, una detrás de otra. Más allá, la plataforma que conduce al siguiente obstáculo, el muro de metal.

—¿Y ahora qué?

—¡La del centro! —grita Noëlle.

Me lanzo hacia ella. Pero, en cuanto despego los pies del suelo, sé que me he pasado de largo. Sobrevuelo la columna, agito las piernas en el aire vacío. Rozo el borde de latón con la punta de la bota izquierda y, haciendo acopio de todas mis fuerzas, me impulso hacia

arriba con gran ímpetu para intentar salvar los tres últimos metros.

Me agarro con una mano al borde de la plataforma. Con los dientes apretados, levanto la otra mano y subo a pulso hasta ella. Jadeando, bajo la mirada y descubro que el río se ha retirado hasta dejar al descubierto un maletín metálico anclado en el lecho. Noëlle echa a correr por las rocas cubiertas de líquenes viscosos y fango para cogerlo. Cuando toca el asa, el muro que tengo detrás de mí se ilumina. Al darme la vuelta, veo que los agujeros que tiene tallados en la superficie se han llenado de luz. No, no se han llenado de luz, sino que parpadean, se encienden y se apagan al azar.

—¡Está atascado! —me grita Cartier desde abajo sin dejar de tirar del maletín.

No se mueve.

Se me acelera la cabeza.

—¿Qué hay dentro? A lo mejor no hay que moverlo.

Le lanza una mirada inquieta al muro de olas de color marrón turbio suspendido a escasos centímetros de su cara. La fuerza que la contiene podría ceder en cualquier momento y conseguir que se ahogara. Al final, consigue abrir el maletín. En lugar de otro enigma, saca dos cilindros largos y estrechos… como clavijas de escalada. Miro con repentino temor los endebles agujeros del muro, deteriorados por la corrosión.

Una bengala amarilla sale disparada por encima de los edificios a lo lejos. Se me tensa el estómago. ¿Habrá encontrado otro equipo la última clave?

—¡Lánzame las clavijas! —le ordeno a Noëlle.

Las arroja a toda prisa hacia el cielo. Una ráfaga de viento las desvía. Me precipito hacia delante para cogerlas y me tambaleo peligrosamente sobre el borde de la plataforma. A mis pies, el río se hincha como un globo a punto de estallar. Noëlle retrocede de inmediato. Los agujeros del muro se oscurecen a mi espalda. Recupero el equilibrio y el agua se calma. La pared no empieza a parpadear de nuevo hasta que Cartier se acerca otra vez al maletín.

«Está todo conectado», pienso. Si Noëlle se mueve de donde está, no conseguiré superar el obstáculo. Y, si no lo logro, el Hudson se la tragará entera. «Un acto de equilibrio, fuerza y habilidad para ganar

este desafío debéis completar». Así que el verdadero desafío no tiene nada que ver con la carrera de obstáculos, sino la confianza. Yo dependo de ella, pero ella también depende de mí. Ninguna de las dos superará la prueba sin la otra.

Agarro las clavijas como si fueran dagas y las clavo en el primer par de agujeros que se iluminan. Tengo que ser rápida: la luz salta de un agujero al siguiente en un segundo, cambia sin cesar, como en ese juego de aplastar topos.

Una ráfaga de viento me desvía hacia un lado justo cuando estoy en tensión intentando encontrar el siguiente agujero. Me estampo contra la pared y me quedo colgada de una única e incierta clavija. Comienza a arañar el metal y a deslizarse poco a poco hacia el exterior del orificio. Con un gruñido, giro el cuerpo y consigo hundir la otra clavija en una abertura justo antes de perder el agarre.

Por fin, me encaramo a lo más alto del muro.

Un fuerte estruendo me llega desde abajo. El dique invisible se rompe. Noëlle huye hacia la orilla mientras el agua se desploma sobre el lecho del río y empieza a perseguirla pisándole los talones.

Cuando logra ponerse a salvo, suelto un grito de triunfo. Ni siquiera ella es capaz de evitar la sonrisa reticente que se le dibuja en la cara. Hemos llegado al último obstáculo.

Desde aquí, el final del recorrido está tan cerca que ya alcanzo a verlo al otro lado de la tupida selva de restos metálicos y reliquias abandonadas. Me agarro a la primera, una farola suspendida horizontalmente en el aire, y me balanceo trazando un arco elegante hasta el manillar de una bicicleta a la que le faltan las dos ruedas. Con los brazos estirados, me deslizo por el cable de acero lleno de farolillos rojos hasta el capó de un taxi antiguo, que conserva las letras gruesas y el estampado de cuadros blancos y negros sobre la pintura amarilla desvaída y deteriorada por el paso del tiempo. El metal se hunde bajo mis pies cuando me lanzo hacia la escalera de incendios, pero consigo agarrarme a la parte inferior de la barandilla y trepar por los travesaños hasta el rellano.

La señal de SENTIDO ÚNICO, que apunta hacia el este, me lanza un destello. Lo único que se interpone entre nosotras son quince metros de la nada más absoluta. Un vacío lo bastante ancho como para albergar cuatro carriles de tráfico y que promete una caída muy muy prolongada.

Cometo el error de mirar hacia abajo. El vértigo hace que la cabeza me dé vueltas. Empiezo a respirar demasiado rápido, con demasiada intensidad. Ni siquiera tengo espacio para coger carrerilla, dependo por completo de las capacidades de mi exotraje.

A lo lejos, capto el sonido de mi nombre. «Reynolds. Reynolds». Todo me llega amortiguado, como si tuviera los oídos taponados de agua. Entonces…

—¡… a tus pies, nominada inútil!

Cierro los dedos alrededor de la barandilla de hierro hasta convertirlos en puños. Me yergo y me encuentro a Noëlle gritándome insultos desde la orilla del agua.

—¿Inútil? ¿Cómo eres capaz de llamarme inútil mientras estás ahí plantada sin hacer nada?

—¡Como si tuviera elección! ¡Tienes el último obstáculo justo delante de las narices, pedazo de cobarde!

—¿Yo? ¿La cobarde soy yo?

—¡Eres peor que una gallina! ¡Eres una llorona miedosa y sin agallas que se mea en las bragas!

—Espera a que te ponga las manos encima, mie…

—Y qué vas a hacerme, ¿eh? No puedes hacerme nada hasta que termines el puñetero recorrido.

—Vale, ¡pues terminaré el puñetero recorrido!

—¡Vale!

—Vale —siseo mientras me estampo los dedos corazón contra los pulgares.

El exotraje se activa. Hasta que el zumbido habitual se convierte en un quejido agudo, no me permito salir disparada por los aires como una bala. El viento me aúlla en los oídos mientras vuelo hacia el último obstáculo y me estrello contra él con un ¡clanc! estruendoso. El pie se me queda enganchado en el nudoso poste metálico que lo sostiene, pero me da igual. He llegado hasta el final. He superado el reto.

Una bengala oculta en la orilla se eleva hacia el cielo para

anunciarle nuestra victoria a toda la ciudad. Me vuelvo hacia Noëlle, triunfante, pero en lugar de fastidio, su rostro exhibe una sonrisa tan enorme como la mía y aún más petulante.

Craaac.

La sonrisa me desaparece de la cara. Me quedo paralizada. El palo al que estoy agarrada empieza a inclinarse hacia delante.

—No —le susurro en tono suplicante—. No, no, no…

Con un chasquido ensordecedor, el poste se parte por la mitad y caigo en picado hacia el Hudson.

CAPÍTULO TREINTA

El frío se me clava en el cuerpo como mil agujas. Un frío tan frío que me olvido de cómo se respira, tan frío que quema.

Se me llena la boca del repugnante sabor del agua. A alcantarilla. A mortícola.

Es una batalla perdida desde el principio. Sigo teniendo el pie encajado en el poste que se hunde. Lucho por liberarme mientras tira de mí hacia abajo y me sumerge la cabeza bajo las gélidas olas.

Las letras de la señal de SENTIDO ÚNICO se desdibujan en mi visión periférica. Durante un segundo, juraría que forman una palabra totalmente distinta.

PISTA.

«¿Y cuál es la pista?», me pregunto sin entender nada. Los pulmones me palpitan y miro hacia arriba con la esperanza de atisbar la luz de la superficie por última vez, pero el agua está demasiado sucia.

Cuando estoy a punto de perder el conocimiento, oigo un chapoteo. Algo se me aferra al pie. Tira de él. Con mucha fuerza. El dolor es tan agudo que abro los ojos de golpe. Veo un halo de pelo dorado flotando debajo de mí. El peso que me lastraba el tobillo desaparece. Unos brazos me rodean el pecho por detrás. Siento el roce del agua sobre la piel, las potentes patadas que nos impulsan hacia arriba.

Lo siguiente que recuerdo es que estoy tumbada de espaldas, contemplando un cielo tan azul que hace que me lloren los ojos, con un montón de piedras clavándoseme en la columna. Giro la cabeza hacia un lado y vomito varias bocanadas de agua sucia de color marrón verdoso.

—Me cago en ti —escupe una voz a mi lado—. Me cago en ti y en todas tus muelas.

Noëlle se escurre el pelo empapado. El hedor le provoca arcadas y se estremece con violencia.

Toso.

—¿Te has zambullido en el Hudson por mí?

—¿No te dije que no te fallaría? Solo quería cabrearte lo justo para forzarte a dar el último salto, pero tú tenías que pasarte de la raya, como siempre, ¿no? —Cuando ve que no le contesto, me mira y se echa hacia atrás—. ¿Estás llorando? Para. Para ahora mismo. Todavía tenemos que encontrar la clave. A no ser que te hayas topado con ella mientras te ahogabas en el Hudson.

—La señal de sentido único —murmuro mientras me enjugo los ojos—. Había algo escrito en la parte de atrás, algo parecido a rastro… ¡Pista! La palabra era pista.

Noëlle frunce el ceño.

—Pero ¿qué pista hay que seguir? —Entonces abre mucho los ojos —. Es todo en inglés. No es armería, es *armory*, y no es pista, es *track*. El Armory Track, el estadio de atletismo de la avenida Fort Washington. Está justo ahí, cruzando la carretera —exclama señalando a nuestra espalda.

Un recuerdo del olor a goma quemada y a sudor me asalta de repente.

—Mi hermana competía ahí. Siempre iba a sus carreras para animarla.

—Pero ¿cómo vamos a llegar? No hay pasos de cebra y tardaríamos una eternidad en rodear toda la carretera.

—Pues no la rodeamos —digo, y pienso en el mapa que estudiamos ayer. Me pongo de pie—. La cruzamos en línea recta.

Noëlle clava una mirada de incredulidad primero en mí y luego en los coches que pasan zumbando a ochenta kilómetros por hora por la carretera que tenemos al lado.

—No, gracias.

—Venga, «tú limítate a seguirme». —Sonrío cuando pone cara de querer matarme—. La última en llegar a la meta es una nominada inútil.

Salgo disparada hacia la carretera, oigo el retumbar de sus pasos tras de mí. Al llegar al guardarraíl, ambas nos elevamos en el aire al mismo tiempo y sobrevolamos la calzada al unísono.

Estamos a menos de tres manzanas de nuestro destino final. Esta vez, ni siquiera tengo que pararme a pensarlo cuando me propulso hacia el cielo. Alcanzo el primer tejado a la carrera. Cuando llego al segundo, a la par que mi compañera de equipo, atisbo la forma triangular del tejado del Armory Track. En un extremo, una gigantesca bandera a cuadros ondea en la brisa y una cinta brillante que cruza el tejado de lado a lado marca la línea de meta.

Me quedo boquiabierta.

—La cinta. No la ha cruzado nadie todavía.

Contra todo pronóstico, somos el primer equipo en llegar. Cuando nos damos cuenta, experimentamos un nuevo arranque de energía y velocidad. Resbalamos y nos deslizamos por las tejas del Armory Track, intentando adaptarnos a correr por la superficie inclinada.

Cuando nos faltan menos de treinta metros para llegar a la línea de meta, dos figuras se encaraman de un salto a la parte norte del tejado. Tiembla cuando Tim el Bruto cae y empieza a escalar la pendiente, tambaleante, con Kieran pisándole los talones. La corpulencia de Tim no le hace ningún favor en este caso, ya que lo obliga a trepar a gatas por las tejas. Kieran lo rodea con facilidad y sus pasos ligeros repiquetean a nuestra espalda como gotas de lluvia.

Pero les llevamos ventaja, y lo saben. Tim suelta un taco gritando a pleno pulmón. En cuanto encuentra la manera de no perder el equilibrio, se lanza a por nosotras como una apisonadora desbocada; la enorme longitud de sus zancadas le permite alcanzarnos en un santiamén.

A cinco metros de la línea de meta, llama a Kieran. Me vuelvo justo a tiempo para verlo lanzarse de un salto hacia delante. Al principio, creo que pretende tirarse de cabeza hacia la línea de meta. «Es imposible que lo logre», pienso. Pero resulta que su objetivo no es la línea de meta.

Es su compañero de equipo. Se abalanza sobre él y, de un empujón tremendo, lo hace salir volando directamente hacia la mía.

Kieran lanza un grito de advertencia que hace que Noëlle se dé la vuelta y se aparte de su trayectoria en el último segundo. Incapaz de frenarse, Cross aterriza sobre un pie en un ángulo siniestro. La rodilla se le tuerce hacia fuera con un CRAC repulsivo y él se estampa de cabeza contra las tejas y empieza a rodar por la pendiente del tejado.

Me olvido de todo lo demás: de la misión, de ganar el Torneo. Lo único que pienso es que no merece morir: aquí no, así no.

—¡Reynolds! —vocifera Noëlle cuando Tim nos dedica una sonrisa monstruosa, la empuja para adelantarla y cruza la línea de meta con un rugido triunfal—. ¿Qué coño crees que estás haciendo?

Pero ya estoy corriendo a toda velocidad por el tejado detrás de Kieran. Me tiro al suelo bocabajo justo cuando cae por el borde. Su mirada de ojos asustados se topa con la mía. Le rodeo el codo con la mano. La articulación del hombro me grita en señal de protesta cuando tira de mí hacia abajo. Clavo las puntas de las botas en la cornisa del tejado para anclarme.

—Trepa —gruño.

Durante un nauseabundo segundo, permanecemos colgados sobre el precipicio, con la acera asomando mucho más abajo. La cornisa empieza a ceder bajo la tensión de nuestro peso conjunto. Kieran se da cuenta.

—Rei —jadea—, suéltame.

—Y una mierda.

Cede y, tras agarrarse a mi antebrazo, me utiliza como escalera para trepar de nuevo hasta el tejado. Pero, justo antes de que llegue arriba del todo, la cornisa emite un terrible quejido.

Y después se rompe.

Alguien me tira con fuerza de los tobillos y me interrumpe a medio grito. Antes de que el peso de Kieran desaparezca de encima de mí, se produce un breve forcejeo más arriba. Unas manos me arrastran de vuelta a un lugar seguro. Me sueltan los tobillos.

Noëlle me deja caer sobre el tejado y luego tira de mí con brusquedad para obligarme a ponerme en pie.

Nunca la había visto tan furiosa.

Aun así, señala con la barbilla a Kieran, que intenta alejarse de la cornisa del tejado cojeando y con el rostro deformado por la agonía del dolor. Sin mediar palabra, decidimos sostenerlo entre las dos.

Juntas, medio lo cargamos, medio lo arrastramos hasta la línea de

meta.

Los sanitarios bajan a Kieran en camilla hasta la calle y lo meten en la ambulancia. Cuando las sirenas se alejan doblando la esquina, Mia y Langston aparecen en el lado este del tejado, justo a tiempo para ver a Everly y a Yuna cruzar la línea de meta apenas unos segundos antes que ellos.

—Nos hemos ido al East Side —resuella Mia con las manos apoyadas en las rodillas—, a la armería que no era.

Cogieron el atajo y no encontraron la última clave, y eso les ha costado el pase a la ronda final del Torneo.

Si Noëlle me hubiera hecho caso, a nosotras nos habría pasado lo mismo.

Nos quedamos esperando a Dawn y a Taz, pero no llegan. De todos los obstáculos a los que nos hemos enfrentado en la segunda misión, parece que el trabajo en equipo ha sido el único que no han sido capaces de superar.

Por la tarde, Nick Valentine nos pide a todos los finalistas que acudamos de nuevo al Santuario. Al llegar, nos lo encontramos más vacío que nunca. Cuando nos reunimos en la cafetería, Everly y Yuna son las únicas personas que comparten mesa. A Kieran lo están operando de un desgarro en la rodilla, aunque tampoco habría querido sentarse con Tim si no fuera así, y Noëlle hace un esfuerzo deliberado por sentarse lo más lejos posible de mí. No me ha vuelto a dirigir la palabra desde que cruzamos la línea de meta. No se lo reprocho. Gracias a mí, Tim nos ha robado la victoria que tendría que haber sido nuestra.

El Fantasma entra en la sala sin transmitir ni un ápice de su dinamismo habitual.

De hecho, tiene pinta de estar cabreado.

—Estoy seguro de que estáis todos agotados —comienza— y de que os merecéis disfrutar de todo el descanso posible antes de la ronda final, así que seré breve… —Nos señala con la cabeza a Noëlle y a mí —. En primer lugar, en nombre de los maestros, me gustaría felicitar a la señorita Reynolds y a la señorita Cartier por su acto de heroísmo. Es muy posible que hoy hayan salvado una vida.

En la otra punta de la cafetería, Noëlle se cruza de brazos y baja

una mirada furibunda hacia el suelo. Con felicitaciones o sin ellas, hemos perdido. Ante Tim.

La voz del Fantasma adquiere un dejo aterradoramente severo.

—Como sabéis, ahora mismo están tratando a uno de vuestros compañeros de una lesión grave.

Tim tiene el descaro de soltar una risita.

—Todo ariete se enorgullece de regirse por un estricto código de honor —dice Valentine en voz más alta—. Los que lo rompen deben atenerse a las consecuencias. —El Fantasma se acerca a la mesa de Tim y la golpea con las palmas; un desprecio frío y duro ha sustituido a su calidez y encanto habituales. Cuando se inclina sobre el Bruto, una sonrisa malévola le curva los labios—. Como resultado de la traicionera actitud que ha mostrado un tal señor Beckett, los maestros han votado por unanimidad que solo cinco de los seis candidatos restantes pasarán a la ronda final.

A Tim se le congela la sonrisa chulesca.

Y entonces, por primera vez desde que la conozco, Noëlle se echa a reír.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Esa es la última vez que vemos a Tim. No tiene más remedio que marcharse, pero no se convence de ello hasta que un escuadrón de ocho vigilantes aparece para echarlo de las instalaciones. Tiene la amabilidad de dejarnos un regalo de despedida: platos y vasos rotos en la cafetería, muebles destrozados a lo largo de todo el pasillo y paredes melladas que al día siguiente aún continúan en proceso de reparación. Cuando regreso de las duchas con el pelo húmedo envuelto en una toalla, paso junto a un primer equipo de trabajadores que está volviendo a encajar la puerta de la habitación de Beckett en las bisagras, y junto a un segundo que frota cuatro palabras de color óxido escritas en la pared con lo que podría ser la sangre del propio Tim.

VUESTRO FIN SE ACERCA

Con un escalofrío, sigo caminando hacia mi habitación.

Me distraigo pensando en el pollo frito que incluye el menú de la cena de esta noche y, cuando entro, estoy a punto de tropezar con el cadáver ensangrentado que hay tirado a los pies de mi cama.

Grito.

El cadáver se incorpora, sobresaltado, con los ojos desorbitados y soltando una retahíla de palabrotas con un acento muy marcado. Tardo un buen rato en reconocer el rostro ajado y barbudo, la cicatriz en forma de media luna que le une la mejilla con la barbilla.

—¿Maestro Sasha? —balbuceo.

—Hola, ratita —dice entre toses.

Se me pasan mil preguntas por la cabeza. ¿Me eliminarán por hablar con él? ¿Y cómo leches ha entrado en mi habitación? Pero entonces el maestro del Distrito Financiero se pone en pie tambaleándose y por fin puedo examinarlo con detenimiento.

De lo primero que me doy cuenta es de que la sangre que tiene en la cara no pertenece a un mortícola. Lleva la coleta rubia despeinada y entreverada de mugre y de sangre del tajo que tiene en la sien. Por fuera, su exotraje está intacto, pero su intensa cojera y el ángulo extraño y retorcido en el que debe sujetarse el brazo izquierdo

cuentan una historia muy distinta. Al final, solo me viene a los labios una pregunta, una pregunta que a nadie se le ocurriría formularle a un maestro:

—¿Quién le ha hecho esto? —susurro, y me tapo la boca con la mano.

Proyecta la mandíbula hacia delante.

—«Qué», señorita Reynolds. Qué me ha hecho esto. Venga, a ver si lo adivinas.

—Mortícolas —digo, porque es la única respuesta posible.

—Más.

—¿Cómo que más? ¿Han sido esas cosas que mataron a Roland y a los otros *mavericks*?

Niega con la cabeza en un gesto de impaciencia.

—No lo entiendes, todavía no. Dime, ¿has oído hablar de la leyenda del Artefacto desaparecido?

—He oído rumores…

—Imagina un Artefacto tan poderoso que fuera capaz de arrasar una ciudad entera como una bomba atómica. Si cayera en tus manos, ¿qué harías?

Me tartamudea el cerebro. Me aterroriza dar una respuesta equivocada.

—¿Devolverlo a los Archivos?

—¿Donde estaría disponible para que cualquiera con acceso a ellos lo explotara? ¿Y si cayera en malas manos? ¿Serías tan irresponsable como para permitir que eso ocurriera?

Me muerdo el labio y recapacito.

—Creo que lo escondería.

Asiente, satisfecho.

—Ahora, dime, ¿has estado alguna vez en el despacho de la maestra Minyi?

—Sí, señor.

—¿Hay una caja?

—¿Cómo dice?

—Una caja —brama mientras traza un cuadrado en el aire con las manos—. Para guardar cosas. Para encerrar y esconder cosas.

—Como… ¿una caja fuerte?

—¡Sí! Sí, una caja fuerte.

—No… No lo sé. No me parece haber visto ninguna. —Guardo silencio un instante—. ¿Por qué quiere saberlo?

De repente, el maestro Sasha avanza hacia mí, su cuerpo fornido y sus abultados músculos me impiden la vista de todo lo demás. El terror se apodera de mí cuando me agarra por los hombros, sus manos callosas son tan fuertes que podrían aplastarme los huesos en tan solo un instante. Algo salvaje le brilla en los ojos.

—Tienes que encontrarla. Y luego tienes que robar lo que haya dentro.

Lo miro, boquiabierta.

—¿Quiere que le robe algo a mi tía?

—Tienes que hacerlo.

Un argumento muy convincente. A su espalda, en el suelo, veo un paquete de plástico vacío: los tofes. Si ha estado paseándose por ahí durante el anochecer con los bolsillos llenos de caramelos, no me extraña que los mortícolas lo hayan perseguido como locos. Es una invitación a la muerte.

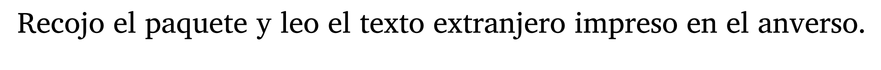
—¿Cuántos de esos se ha comido?

—Ya no más —dice en voz baja—. Se han acabado.

Una parte de mí se pregunta si todo este encuentro no estará siendo una alucinación.

—¿Quiere que le consiga más o algo?

—No puedes. Vienen de mi casa.



Recojo el paquete y leo el texto extranjero impreso en el anverso.

—Deme su dirección, puedo…

Me arrebata el paquete de las manos y lo arruga en el puño.

—Miles de kilómetros solo por unos caramelitos. Los gastos de transporte bastarían para alimentar a varias familias durante semanas, ¿lo entiendes? Pero son mi vicio. Un trocito de mi hogar, un pequeño precio a pagar cuando el coste de luchar por esta ciudad es tan alto. Sin embargo, ahora no tiene justificación. Yo no tengo justificación.

—Con el debido respeto, maestro Sasha… —Lo miro de arriba abajo y me doy cuenta de que debe de estar delirando a causa de las heridas. Todavía quedan unas horas para el anochecer, lo cual significa que tendrá que recurrir a los tratamientos médicos mundanos —, creo que necesita un médico.

—No hay tiempo —espeta, aunque el mero hecho de cambiar el peso de un pie al otro lo hace retorcerse de dolor—. Todas mis fuentes conducen a ella. Te llevaré a la mansión Upper West Side ahora mismo.

Estoy dividida por dentro. Como no podía ser de otro modo, una parte de mí quiere obedecerlo. Demostrarle al maestro que me eligió que seguiré su palabra con la misma fidelidad que un marinero sigue las estrellas.

—¿Po…? ¿Podemos retomar este tema mañana, por favor? —propongo—. Después de la última misión. Necesito concentrarme…

—Entonces ya será demasiado tarde. Ya vienen.

Se me seca la boca.

—¿Quiénes vienen?

—Los Renegados —gruñe—. Vienen a por todos nosotros.

El timbre de llamada de un móvil me interrumpe justo cuando estoy a punto de pedirle que se explique. El maestro Sasha se saca el teléfono del bolsillo interior de la gabardina de cuero y le echa un vistazo al nombre que aparece en la pantalla. Suelta otro taco.

—Tengo que irme.

Luego, sin dejar de gemir de dolor en ningún momento, me

sorprende hincando una rodilla en el suelo. Se lleva las manos al pecho. Es totalmente surrealista ver a una persona a la que siempre he tenido en un pedestal altísimo arrodillada ante mí, sobre todo teniendo en cuenta que lo hace por razones equivocadas.

—Señorita Reynolds —comienza—. Por el bien del Sindicato, por el de todos los seres humanos que viven en esta ciudad maldita… Para salvarnos, debes descubrir la verdad. Te lo ruego. Mi chófer te espera fuera, preparado para llevarte a la mansión. Eres la única persona a la que puedo confiarle este secreto.

Me siento como si estuviera enfrentándome de nuevo a los enigmas de la segunda misión.

—Cree que existe un Artefacto capaz de provocar la aniquilación total. Y cree que mi tía lo tiene escondido en su despacho.

Asiente una vez.

Exhalo con pesadez.

—Maestro Sasha, aunque eso fuera cierto, cosa que dudo muchísimo, ¿cómo pretende que encuentre la caja fuerte y la fuerce sin que me pillen?

—Llevo mucho mucho tiempo buscando este Artefacto, señorita Reynolds. Con su poder, podríamos erradicar a los mortícolas para siempre.

Se me acelera el corazón. «¿Erradicar a los mortícolas para siempre?».

—¿Qué objeto podría albergar un poder así?

—¿Cómo voy a saberlo?

Eso me da que pensar.

—Eh… Bueno, usted es… usted.

Resopla con fuerza.

—No soy un profeta divino, señorita Reynolds. Sé que no te he contado gran cosa, pero es lo único que sé. No tengo las respuestas. Por eso he venido a pedirte que seas tú quien las encuentre. Eres lista, ratita —añade mientras me da unos golpecitos suaves en la frente—. Muy lista. Estoy seguro de que encontrarás la forma de hacerlo. Me

temo que es posible que el destino de Manhattan dependa de ello.

Vacilo. ¿El destino de Manhattan?

Se pone en pie y toca la pantalla del móvil para acallar por fin su incesante sonido. Antes de llevárselo a la oreja, me saluda agachando la cabeza.

—Buena suerte mañana, señorita Reynolds. No sé para qué, pero creo que la necesitará.

Sin más, sale de la habitación envuelto en un remolino de color azul noche.

Después de limpiar las manchas de sangre del suelo, me tumbo bocarriba en la cama y me quedo mirando el techo sin verlo. Fuera, oigo que la gente se dirige al comedor para cenar, pero se me ha quitado el hambre.

Con un gran suspiro, cojo mi móvil para ver qué hora es. Falta menos de una hora para el anochecer. Si voy a ir a la mansión, tengo que ponerme en marcha ya. Por desgracia, si ni siquiera soy capaz de obligarme a salir de la cama, ¿cómo voy a irrumpir en unas instalaciones tan bien vigiladas y a cometer un delito grave sin que me detengan —o sin que me pille mi tía Minyi, que sería aún peor— antes de que se ponga el sol?

Así que abro los mensaje y escribo a la única persona que conoce a mi tía mejor que yo.

Eh

Suspiro otra vez mientras me pregunto si se tomará la molestia de contestarme, pero entonces el móvil vibra y me indica que he recibido una respuesta en tiempo récord.

jie jie

Qué hay?

poca cosa. aquí, relajándome tras de la

visita sorpresa de un maestro con pinta de haber

muerto y luego haber resucitado en una alcantarilla

después de que lo echaran del más allá

¿¡eh!?

da igual… oye, no tiene nada que ver,

pero sabes si la tía min tiene una caja

secreta en su despacho?

Los dedos me tiemblan sobre el teclado. Me muerdo el interior de la mejilla y luego pulso el botón de borrar para modificar el mensaje.

da igual… oye, no tiene nada que ver,

pero se acercan las fiestas y estaba

pensando en qué regalarle a la tía min.

le hacemos unas galletas?

qué te parece una caja de seguridad?

o una caja fuerte? para guardar joyas o lo que sea.

podríamos decorarla juntas.

pero sabes si ya tiene?

en el despacho, a lo mejor

Cuento hasta el último de los segundos que paso mordiéndome las uñas de los nervios hasta que el teléfono vuelve a vibrar. Me apresuro a leer el mensaje.

zaza

Hey, no sé si verás esto, pero me he llevado

tu cepillo. No preguntes por qué

por qué

necesito tu ADN. lo mismo

intento clonarte.

Me quedo mirando su extraña respuesta unos instantes, pero, cuando llega el mensaje de Maura, decido que ya me preocuparé de ello más tarde y le contesto **lol ok suena bien** lo más rápido que

puedo antes de cambiar de conversación.

jie jie

sí tiene

Se me encoge el estómago. O sea que ¿el maestro Sasha tenía razón?

En serio??? y qué guarda dentro?

No lo tengo muy claro, pero diría que joyas no jaja

—No, Maura —le susurro a la pantalla del móvil.

No me hace ninguna gracia, así que el «lol» me sobra. Cuando consigo poner en orden mis pensamientos, le escribo otro mensaje:

Oye, si alguien superimportante te pidiera que hicieras algo peligroso, lo harías?

Sí, supongo. por?

Y si significara apuñalar por la espalda

a alguien muy cercano a ti? En sentido figurado,

no literal

Depende. Es de la familia?

Sí.

Entonces no. Nunca. Nuestra familia siempre

es lo primero, mei mei. Siempre. Sobre todo

después de todo lo que hemos pasado juntas.

Me invade la culpa. Está claro que mi hermana tiene razón. ¿En qué estaba pensando? ¿En serio iba a allanar el despacho de mi tía y a robarle algo solo porque el maestro Sasha me lo ha pedido? A pesar de la cantidad de tiempo que he pasado admirándolo desde lejos —por no hablar de lo agradecida que le estoy por la nominación—, sigue siendo prácticamente un extraño para mí. Un extraño venerable y poderoso al que respeto desde hace años, pero un extraño al fin y al cabo. ¿Cómo se me ha podido siquiera pasar por la cabeza la idea de

traicionar a mi familia por él?

Después de enviarle a Maura un rápido «gracias», salgo de mi habitación. Las luces del ala este del Santuario se encienden con un parpadeo, las puertas idénticas de los dormitorios y de los baños comunes se prolongan por todo el pasillo. Cuando los murmullos de la cháchara y el delicioso aroma de la comida me llegan flotando desde el comedor, casi me río de mí misma. El pobre maestro Sasha debe de estar falto de sueño. O paranoico, sin más. No obstante, mientras me alejo de la entrada del Santuario, donde su coche espera junto a la acera a una pasajera que no llegará jamás, no puedo evitar recordar su advertencia:

«Los Renegados. Vienen a por todos nosotros».

Con un escalofrío, ahuyento esas palabras de mi mente y continúo caminando hacia el comedor para ver si ceno algo.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

La mañana de la última misión, hay cinco llaves esperándonos sobre la mesa a la hora del desayuno formal. Llaves de verdad, forjadas en hierro y con nuestros nombres grabados.

—Buenos días, Rei —me saluda Everly, que acuna un vaso de agua entre las manos como si fuera de licor y esboza una sonrisa tensa que no le llega a los ojos.

El festín que nos han preparado está intacto. Aunque ya han llegado casi todos los finalistas, las sillas de la mitad de la mesa que corresponde a los maestros siguen vacías.

—Buenos días —respondo mientras ocupo el asiento del medio. Ahora que hemos reducido a cinco las veinte plazas, disfrutamos de mucho espacio personal—. Buenos días, Yuna.

Como respuesta, me dedica un breve gesto de asentimiento mientras dobla una servilleta en forma de cisne y la coloca en el plato vacío de Everly. Está rodeada de toda una congregación de ellos; parece que está formando un ejército.

Noëlle, sentada al otro lado de Yuna, se sirve un terrón de azúcar en una taza de café. Me fijo en que añade un segundo terrón al líquido oscuro, y luego un tercero. Y un cuarto.

—Deja de mirarme así, Reynolds —me suelta sin levantar la vista.

—Perdona, es que nunca había visto a nadie echarse café en la taza de azúcar.

Para mi sorpresa, admite con voz suave:

—Era como lo tomaba mi madre. No sé muy bien por qué cogí la misma costumbre.

—Qué dulce.

—Claro que está dulce, le he echado cuatro terrones de azúcar.

—No, me refería a que sigas tomando el café como tu madre.

Remueve el café durante unos segundos. El tintineo melodioso de la cuchara contra el interior de la taza puebla el silencio.

—No me quedan muchas más cosas que me ayuden a recordarla. Fue víctima del Desvanecimiento, al igual que mi padre. —Se queda callada y mira la taza con el ceño fruncido—. No sé por qué te estoy contando todo esto.

—Debe de ser por el azúcar. —Me lanza una mirada asesina y suspiro—. Mis padres también están muertos. Asesinados por mortícolas cuando estaban fuera de servicio.

Entorna los ojos y me observa con aire crítico.

—¿Se saltaron el toque de queda?

«Torbellinos de humo gris. Un calor insoportable que llega en oleadas que ahogan el aire».

Siento una opresión en el pecho.

—No. Hubo un incendio. —Miro a Everly y a Yuna, que se vuelven para hacer como que no están escuchando—. Nadie sabe cómo se inició en pleno anochecer, mientras todo el mundo estaba dormido, pero el caso es que estalló. Tuvimos que esperar en la calle a que llegara la ayuda. Pero… los colmillos nocturnos llegaron primero. Mis padres se sacrificaron para salvarme la vida.

El rostro de Noëlle adopta una inmediata expresión de: «Uf, mierda».

—Lo siento mucho.

—¿Sientes que me salvaran la vida?

El horror se hace cada vez más patente en su cara.

—¡No! ¡No, que murieran!

—¿Por qué no paras de recordármelo? —gimo.

—Lo siento. ¡Perdona! —exclama mientras agita las manos con tanta angustia que casi vuelca el café.

Suelto una risita y me recuesto contra el respaldo de la silla.

—Te estoy tomando el pelo. Pero agradezco las condolencias.

—Me vuelvo hacia Everly y Yuna—. ¿Qué me decís de vuestra familia?

—Mi hermana y mi madre también se desvanecieron —contesta Everly.

—Mi padre y mis dos hermanos mayores se desvanecieron camino del trabajo. Mi hermano pequeño, Jae… —Yuna juguetea con las alas de un cisne, tarda unos instantes en contestar—… desapareció hace dos años.

Sus últimas palabras me sorprenden.

—¿Está desaparecido?

—Por ahora. Voy a encontrarlo. Y, cuando lo haga… —de pronto, aplasta el cisne que tiene entre las manos hasta convertirlo de nuevo en una servilleta arrugada y levanta la vista—, lo mataré.

—¡Está de broma! —exclama al final Everly—. ¿Verdad, Yuna?

La chica asiente. El gesto no convence a nadie.

A Everly se le escapa una risa nerviosa.

—Es como si estuviéramos en una fiesta de pijamas jugando a la versión del «Yo nunca» más deprimente del mundo. —Levanta una mano—. Bajad un dedo si al menos un miembro de vuestra familia desapareció durante el Desvanecimiento. Bajad otro si los asesinaron brutalmente unos demonios nocturnos.

—Perdona, ¿cómo dices? —interrumpe una voz incrédula a nuestra espalda.

Vemos a Kieran junto a la puerta, mirándonos como si nos hubieran crecido cabezas de más.

Everly se encoge de hombros.

—¿Y bien?

Kieran mira un momento a le candidate como si no entendiera nada. Luego levanta la mano y dobla dos dedos hacia abajo. Sin más explicación, se deja caer en una silla y se sirve una taza de café.

—¿Nadie tiene hambre?

—Estamos esperando a que lleguen los maestros —le digo, y me abstengo de preguntarle por su familia… o por la misteriosa «situación» familiar que no es capaz de compartir conmigo.

—Y yo preocupado porque llegaba tarde… —murmura.

En ese instante, como si hubieran estado esperando una señal, a Yuna empiezan a rugirle las tripas. Se sonroja y le dedica una mirada anhelante a un calientaplatos de acero lleno de beicon.

—Perdón.

Nos miramos unos a otros. Llegamos a un acuerdo tácito y comenzamos a servirnos y a comer. Yo me lanzo directa a por una fuente de dónuts espolvoreados de azúcar glas rellenos de mermelada de fresa.

—No creerás que esto forma parte de la misión, ¿no? —le pregunto a Kieran con la boca llena.

—Tienes toda la barbilla llena de azúcar glas —responde mientras le añade una cucharada de canela y mantequilla de cacahuete a sus gachas de avena.

Paso de él y pruebo el contenido de su cuenco.

—Ya son las nueve. Las otras misiones empezaron mucho más temprano.

—Pero en realidad nunca nos han dicho a qué hora… —Frunce el ceño de golpe y me agita delante de la cara una de las servilletas con forma de cisne de Yuna—. En serio, pareces un Papá Noel encocado.

Sin romper el contacto visual, saco la lengua y me lamo muy despacio los restos de mermelada de las yemas de los dedos. Los labios se me quedan pegajosos y dulces gracias al sabor de las fresas.

—Te has dejado un poco —dice con voz grave.

Enarco una ceja.

—Ah, ¿sí?

Estira la mano, me pasa el pulgar por la comisura de los labios para quitarme el azúcar y luego se lo chupa.

—Límpiate la dichosa cara o esa mermelada no será lo único que te haga lamerte de los labios.

Algo se me tensa en las entrañas. Le quito la servilleta de la mano, con las mejillas ardiendo. Tendría que haber dejado que se

cayera de aquel tejado.

Cuando el reloj marca las nueve y media, Everly empuja su silla hacia atrás y se pone de pie.

—Vale, o ha ocurrido algo terrible, o hay algo obvio que se nos está escapando. Creo que deberíamos ir a buscar a los maestros. O a Valentine, o a cualquiera que sepa dónde encontrarlos. Yuna y yo nos encargaremos del pasillo norte.

—Yo del ala oeste —dice Kieran.

—Genial. Cartier, a ti te toca el ala este.

—No acepto órdenes tuyas.

Everly esboza una sonrisa encantadora.

—¿Podrías revisar el ala este, por favor?

Noëlle resuella con delicadeza.

—Supongo.

—Estupendo. Rei, ¿podrías intentar ponerte en contacto con la maestra Minyi? Tienes su número, ¿no? Sé que nos dijeron que no usáramos ningún dispositivo electrónico durante las dos primeras misiones, pero en ningún momento dijeron nada de la última.

—Ya me he anticipado —respondo mientras pulso el botón para enviar el mensaje que estaba redactando.

Asiente.

—Mantennos informados. Nos vemos en el comedor dentro de quince minutos para ver si alguien ha encontrado algo.

Cuando los demás se separan y salen de la sala, yo me quedo rezagada. Las palabras de Everly me retumban en la cabeza.

«O ha ocurrido algo terrible, o hay algo obvio que se nos está escapando».

Despacio, rodeo la mesa sin hacer ruido y me acerco al lado de los maestros. Paso los dedos por los adornos dorados del respaldo de las sillas, que parecen tronos en comparación con nuestros sencillos asientos de madera. Saco la que siempre ha ocupado el maestro Sasha

y me acomodo sobre el lujoso terciopelo.

«Vienen a por todos nosotros».

Se me eriza el vello de la nuca al recordar la advertencia que me hizo ayer por la tarde. ¿Es posible que al final fuera algo más que una simple paranoia?

Toco algo con un pie debajo de la mesa. Levanto el mantel y me agacho para asomarme a la penumbra.

Se me paraliza la mente

—Madre mía —susurro con los ojos bien abiertos.

—¿Reynolds?

Levanto la cabeza de golpe y me doy contra el borde de la mesa.

—Ay. ¿Qué?

—¿Vienes o no? —me pregunta Kieran, apoyado en una de las sillas. Entonces se da cuenta de la cara que tengo—. ¿Qué pasa?

Le hago señas para que se acerque y levanto más el mantel para que lo vea. La sorpresa tarda un momento en aflorarle a la cara.

—Uf, la leche.

—Busca a los demás —digo en tono sombrío—. Diles que vengan. Ya.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Para cuando los cinco volvemos a estar en la misma habitación, el reloj marca las nueve y cuarenta. He apartado los muebles contra la pared del fondo para que no nos molesten. Nos colocamos en círculo donde hace unos minutos estaba la mesa, alrededor de mi descubrimiento.

Everly deja escapar un silbido bajo.

—Menudo pedazo de agujero.

—Sí, es un agujero muy grande —convengo.

Tiene la misma anchura que yo con los brazos abiertos en cruz y está excavado directamente en el suelo.

—Lo bastante grande como para que entre un maestro —comenta Kieran—. O dos.

—¿Crees que los maestros han hecho un agujero en el suelo del Santuario y se han embutido en él? —pregunta Noëlle —. ¿Como los topos?

Me agacho para examinar el agujero más de cerca y ver si encuentro sangre o cualquier otra prueba de una refriega. Nada. Me siento sobre los talones y contemplo la oscuridad que se abre ante mí con resignación.

Entonces capto un destello de algo más abajo. Saco el móvil, enciendo la linterna e ilumino un objeto semienterrado entre los escombros.

Kieran se asoma por encima de mi hombro.

—¿Eso es una taza de café?

Paseo la mirada por los servicios de mesa de los maestros, que están intactos… No. Casi intactos. Con tanta comida, ninguno nos habíamos fijado, pero está claro que…

—Faltan las tazas de café.

—A lo mejor los maestros han venido a desayunar superpronto, aunque cuando Yuna y yo llegamos ya no estaban. También es posible que los camareros les hayan recogido los platos.

Yuna se agacha hacia el agujero. Consigue sacar la taza y se acerca el borde a la nariz para olisquearla. Al instante, la aparta con una arcada.

—Zircadiazicazina.

Triple-Z. La droga que los maestros nos administraron para noquearnos antes de la primera misión.

Everly se ríe con nerviosismo.

—¿Por qué iban a meterse Triple-Z los maestros?

—Tal vez no tuvieran elección —murmura Kieran.

—¿Crees que alguien los ha drogado? ¿Y luego qué, ha secuestrado a los maestros de Manhattan?

—Suena rebuscado, pero…

«Vienen a por todos nosotros».

Me saco la voz del maestro Sasha de la cabeza.

—Que no cunda el pánico todavía. A lo mejor todo esto forma parte de la última misión.

Inspecciono la habitación en busca de cámaras ocultas a pesar de la situación.

Everly se pellizca el puente de la nariz y suspira.

—Bueno, con misión o sin ella, deberíamos investigar de todas formas.

—¿Quieres que nos metamos en ese agujero? —pregunta Noëlle como si acabaran de pedirle que le lama las ruedas a un taxi hasta adivinar de dónde viene—. No sabemos nada de él: ni adónde lleva, ni quién lo ha hecho, ni quién podría estar esperándonos al otro lado. Si es cierto que han secuestrado a los maestros, no quiero acercarme ni de lejos a quien… o a lo que haya conseguido hacer algo así.

Nos sumimos en un silencio incómodo. Cartier tiene razón. Si los maestros son lo más parecido que tenemos a unos dioses, ¿quién narices sería tan fuerte como para lograr acabar con ellos? Cuanto más lo pienso, más improbable me parece. Puede que al final todo esto solo sea parte de la misión.

Aun así, no puedo sacarme de la cabeza la advertencia de Sasha.

—Las llaves —dice Everly de repente, al mismo tiempo que señala la mesa—. ¿Alguien ha averiguado para qué son? ¿O qué abren?

—Pues… creo que yo sí.

Todos nos volvemos de inmediato hacia Yuna.

Se encoge como reacción a nuestro escrutinio, pero acaba explicándose:

—Durante estos últimos días me he dedicado a explorar todo el Santuario. Y creo que he encontrado una puerta secreta.

Cogemos las llaves y Yuna nos guía hasta una biblioteca. Tiene el techo bajo, pero las paredes son inmensas y el espacio lleno de colores vivos cuenta con sillones mullidos, mesitas de centro y una chimenea eléctrica abierta en la que titilan unas llamas silenciosas. Estamos rodeados por todas partes de estanterías que se alzan desde el suelo hasta el techo, repletas de libros. Hay centenares de volúmenes: tomos viejos y polvorientos apiñados junto a novedades, biografías de los miembros más destacados del Sindicato. Cojo una revista abandonada sobre una mesita cercana y me encuentro con un primer plano en blanco y negro del rostro del maestro Sasha en actitud pensativa. En escala de grises, sus ojos resultan aún más penetrantes, casi blancos. En la contraportada, han impreso su cita más famosa en la parte superior: «MATAR SIN REMORDIMIENTOS. VIVIR SIN ARREPENTIMIENTO».

Observamos a Yuna mientras se acerca a la chimenea y el resplandor del fuego que baila con suavidad sobre la superficie de su exotraje hace que parezca hecho de brasas relucientes. Levanta las manos con las palmas hacia delante, como si quisiera calentarse.

Entonces, sin previo aviso, las hunde directamente entre las llamas.

—¡Espera! —exclamo, y me precipito hacia ella.

Pero la chica se limita a apartar las manos —sin la piel quemada ni ampollas a la vista— y arquear una ceja.

Con cautela, estiro un brazo y agito los dedos en el fuego. No siento ni un ápice de calor. Y…

—Hay algo detrás de las llamas —digo al verlo, y busco a tientas hasta dar con un interruptor.

Clic. El fuego se apaga y deja al descubierto una estrella tallada en la pared de piedra. En cada punta, hay un ojo de cerradura, uno para cada uno de nosotros.

En cuanto encajamos las llaves en su sitio correspondiente, un estruendo sacude el suelo. Retrocedemos justo a tiempo para que el fuego vuelva a cobrar vida con un rugido, y esta vez desprende un calor real y abrasador. Los libros tiemblan y las estanterías que los sostienen se dividen en fragmentos y empiezan a descender hacia el suelo hasta desaparecer por completo. En su lugar, varias hileras de vitrinas se elevan hacia la luz.

Están llenas de pistolas.

No solo de pistolas, sino también de varas electrificadas y de equipos de protección, de accesorios para exotrajes y equipos para cualquier tipo de clima, de armas de todas las formas y tamaños.

Yuna se vuelve hacia nosotros con una sonrisa más grande que la de un niño al que han soltado en una tienda de golosinas.

—Me pido el lanzagranadas.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

El túnel huele a mierda, por decirlo finamente.

Detrás de mí, Kieran contiene una arcada estentórea mientras avanzamos despacio entre las tinieblas. Debemos de estar cerca de las alcantarillas. Los escombros crujen bajo el peso de nuestras botas. Recorremos los contornos ásperos del burdo pasadizo con la luz de las linternas, intentando traspasar la sofocante oscuridad. Me agacho cuando rozo el techo con la coronilla. Noëlle va armada con un impresionante subfusil y no deja de mascullar una interminable retahíla de quejas en voz baja. Everly y Yuna cierran el grupo, aún con más potencia de fuego por si las cosas se tuercen.

El haz de mi linterna ilumina la maraña de huellas que marcan el suelo. Frunzo la frente. Las huellas de botas humanas se mezclan con los surcos de garras típicos de los colmillos nocturnos, y a veces casi se confunden entre ellos.

—Hay algo que no me cuadra —murmuro.

—En esta situación no cuadra nada, Reynolds —dice Noëlle.

Niego con la cabeza.

—Si habían drogado a los maestros, ¿cómo iban ser capaces de caminar por su propio pie?

—Si las huellas no son suyas, ¿a quién podrían pertenecer si no? Y, en cualquier caso, los mortícolas no llevan a cabo secuestros elaborados, se comen a la gente. Es lo único que hacen.

Kieran y yo intercambiamos una mirada. En silencio, le suplico que no mencione a *Boba*.

—Debe de haber habido humanos implicados —dice al final—. Pero las huellas podrían ser de otro momento.

—Imaginaos que alguien descubriera cómo controlar a los mortícolas —susurra Everly—. Podría apoderarse de Manhattan y los maestros serían los únicos capaces de detener… Uf. Dios, ¿y si…?

Sacudo la linterna con desesperación.

—¡No saquemos conclusiones precipitadas todavía! Recordad que a lo mejor todo esto forma parte de la prueba final. No tenemos ni

idea, hasta es posible que haya cámaras escondidas por todas partes.

—Sea como sea —dice Kieran mientras ilumina con la linterna las fauces abiertas al final del túnel—, creo que hemos llegado.

Cuando alcanzamos la otra abertura, me agacho y paso por encima de un montón de fragmentos de hormigón derruido. Una de mis botas aterriza en una riachuelo poco profundo de fango…, entre otras cosas. Contengo la respiración y levanto la mirada hacia una escalerilla metálica que, atornillada a la pared del túnel, conduce a una trampilla circular. A través de la rejilla se filtra la luz justa para que pueda guardarme la linterna en la mochila.

Cuando me encaramo al primer travesaño, me quedo inmóvil.

—¿Por qué te paras? —pregunta Kieran.

El piii del claxon de un coche y el clac clac de las ruedas que pasan sobre la trampilla retumban en el túnel.

Trepo por la escalera y pego la oreja a la fría y mugrienta reja. Tras confirmar mis sospechas, apoyo los brazos en la trampilla. Con un único y rápido movimiento, la empujo y salgo a toda prisa…

Al medio de una calle.

Parpadeo una y otra vez, desorientada, haciendo un esfuerzo por adaptarme a la luz diurna que me asalta los ojos. Los motores aceleran cuando el semáforo se pone en verde. ¡PIII! Con un aullido, vuelvo a meter la cabeza bajo tierra justo cuando un autobús pasa rugiendo por encima de la abertura de la alcantarilla y sus sucias entrañas la cruzan a escasos centímetros de mi nariz.

—¿Qué pasa ahí arriba? —grita Kieran.

Cuando el semáforo se pone en rojo, coloco de nuevo la tapa de la alcantarilla y sumerjo el túnel en la oscuridad una vez más. Mientras bajo la escalera, la bota me patina. Pierdo pie. Intento volver a agarrarme, pero los travesaños están demasiado resbaladizos. Caigo al vacío agitando las piernas y los brazos, con el corazón en un puño.

Choco de espaldas contra algo duro. Unos brazos me rodean el torso. Kieran se tambalea hacia atrás a causa del impacto mientras me estrecha contra su pecho.

—Te tengo —jadea.

Entre la caída y la forma en que me envuelve el cuerpo con el suyo, no hay manera de que se me ralentice el pulso.

—¿Os habéis planteado alguna vez salir juntos o algo así? —pregunta Everly mientras Noëlle y Yuna se ríen detrás.

Me desenmaraño de Cross en cuanto me posa en el suelo con gran cuidado. Señalo la parte superior de la escalera y, manteniendo la voz firme, digo:

—Resulta que al final el túnel no lleva a la guarida secreta de un villano. Solo al Midtown de Manhattan.

—Eso no tiene sentido —apunta Noëlle.

—¡Oye, tengo cobertura! —exclama Everly. Empieza a teclear furiosamente. Tras arrastrar el dedo varias veces por la pantalla, se queda pasmade de asombro. Levanta el móvil—. Mirad esto.

Nos apiñamos en torno al teléfono. Es una noticia publicada hace unos minutos.

—«Final del Torneo pospuesta» —leo en voz alta sin creerme las palabras a pesar de que las estoy pronunciando yo misma—. «Una multitud se congrega ante la sede del Sindicato para exigir respuestas».

—¿Pospuesta? —repite Noëlle—. ¿Qué leches quiere decir eso? ¿Por qué no nos ha informado nadie?

Everly se deja caer contra la pared del túnel.

—Quiere decir que ya está claro que lo que sea que haya ocurrido esta mañana no tiene nada que ver con el Torneo. Los únicos que saben en qué consiste la última misión son los maestros, así que, si no están, nadie tiene ni idea de qué hacer con nosotros. Pero el secuestro ha sido real. Los maestros han desaparecido.

Sus últimas palabras nos sacuden a todos como un terremoto. ¿Cómo va a protegerse Manhattan sin ellos?

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Noëlle.

—Volvemos al Santuario —contesta Kieran—. Comprobamos las grabaciones de seguridad, si las hay. ¿Cuántas horas quedan para el anochecer?

Everly lo mira en su móvil.

—Siete, más o menos.

Kieran me da un golpecito suave con el codo.

—¿Has sabido ya algo de la maestra Minyi?

Niego con la cabeza, sin saber qué decir.

Me aprieta el hombro con delicadeza.

—No sabemos si han secuestrado a todos los maestros. Si anoche estuvo de servicio, puede que ahora esté durmiendo.

Esa esperanza abrasadora es lo único que me mantiene en movimiento. Cuando salimos del túnel, todos sanos y salvos, les digo a los demás:

—Adelantaos vosotros. Voy a intentar ponerme en contacto con ella otra vez.

Mientras se alejan, Noëlle se vuelve hacia mí, con una expresión rebosante de sinceridad y ni una pizca de desprecio… Un motivo inmediato de alarma.

—Sé lo que se siente. Cuando pierdes a alguien importante. Espero de veras que tu tía esté bien.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Está bien. Tiene que estar bien.

Noëlle asiente una vez.

—Aunque no sea así, la encontraremos. La traeremos de vuelta… juntas.

Por primera vez, me pregunto en qué clase de persona podría haberse convertido si el Desvanecimiento no hubiera existido. Si sus padres siguieran vivos. Pienso en el momento en el que Nick Valentine anunció su nombre durante la ceremonia de graduación y ninguno de sus compañeros la aplaudió. Me pregunto si la razón de que sea tan fría no será que la única estrategia que conocía para afrontar la situación era endurecer el corazón para evitar que se le rompiera.

Por otro lado, su sorprendente simpatía podría ser solo un acto de astucia. Si han secuestrado a los maestros, tiene que haber alguien dentro, un topo. Ya no somos compañeras de equipo, y no estoy segura ni de cuáles son sus intenciones ni de dónde reside su verdadera lealtad.

Tengo que recordarme que, aunque la última misión se haya malogrado, aún falta mucho para que termine esta competición.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Riiiiiiiing. Riiiiiiiiiiiiiiing.

Riiiiiiiing. Riiiiiiiiiiiiiiing.

—*Hola, ha llamado al móvil personal de Minyi Reynolds, maestra del Upper West Side. Por favor, deje un mensaje y…*

La luz blanca, fantasmal y parpadeante de las pantallas de seguridad ilumina el rostro de los demás mientras me ven colgar por undécima vez. La esperanza se me ha marchitado y muerto en el pecho, pero clavo el dedo en el botón de llamada una vez más.

Riiiiiiiing. Riiiiiiiiiiiiiiing…

Kieran deja de revisar las imágenes de las cámaras del Santuario desierto.

—Reynolds.

No le hago caso. Riiiiiiiing. Riiiiiiiiiiiiiiiiing…

Me pone una mano firme en el hombro.

—Rei. No creo que vaya a…

Le lanzo el teléfono al pecho.

—¡Cállate! Ya lo sé, ¿vale? Pero cállate.

Con los hombros trémulos, clavo la mirada en el monitor de seguridad hasta que la vista me traiciona y empieza a nublarse.

—A lo mejor se le ha quedado el móvil sin batería —dice.

Vacilo ante el ligero temblor de su voz. Me había olvidado de lo importante que debe de ser mi tía también para él.

—«Fiasco en el Torneo» —lee Noëlle en voz alta desde su teléfono —. «La final se va al traste». «Escándalo en el Sindicato: ¿es posible que los mortícolas sean falsos?». —Resopla con desdén—. Se están poniendo las botas.

—¿Los teóricos de la conspiración? —pregunta Everly.

—No. Los principales medios de comunicación.

—Por Dios.

¡Bang!

Todos pegamos un respingo al oír el eco lejano de una puerta que se abre de golpe, seguido del estruendo de unas botas por el pasillo. Nos volvemos hacia las pantallas de seguridad justo a tiempo para atisbar a la figura que se dirige hacia nosotros a una velocidad inhumana. Nick Valentine irrumpe en la sala, con la Máscara en la mano y el abrigo de *maverick* pegado al cuerpo y hecho jirones. Se toma tres segundos para recuperar el aliento.

Después, nos ofrece la sonrisa más hipócrita que hemos visto en la vida.

—Hola, candidatos.

Nos quedamos mirándolo en silencio.

Y entonces Everly estampa el puño contra la mesa con tanta fuerza que tira al suelo la taza de té de un guardia de seguridad. Se hace añicos y salpica las lustradas botas del Fantasma.

—¿Dónde coño se había metido?

Una espiración suave sale a toda prisa de la boca entreabierta del *maverick*. Creo que se supone que es una risa, pero en realidad no es más que algo entrecortado.

—No quiere saberlo.

Yuna se acerca a él y le toma las manos entre las suyas. El hombre parece conmovido por el gesto hasta que ella lo mira a los ojos de hito en hito y le pregunta sin rodeos:

—¿Han muerto los maestros?

Valentine se estremece. Este hombre, el niño mimado del Sindicato, el asesino de más de dos mil mortícolas, se estremece. Se lleva la mano con la que sujeta la Máscara legendaria a la cara, como para ponérsela y desaparecer.

—No es necesario que se esconda de nosotros, señor Valentine —gruñe Everly—. No podemos hacerle daño.

El Fantasma aprieta los dientes mientras se guarda la máscara en el bolsillo. Con toda la intención, obvia la pregunta de Yuna y nos dice:

—Bien, chicos, tengo una noticia fantástica para vosotros, así que escuchadme. Los maestros desean felicitaros por vuestros formidables logros. A lo largo de la última semana, habéis demostrado una habilidad, valentía y perspicacia sin parangón. Habéis salido victoriosos por encima de otros quince competidores. Los cinco habéis demostrado ser el futuro que esta ciudad merece. En consecuencia, vamos a honrar vuestros logros ascendiéndoos oficialmente a *mavericks*. A todos. Ahora mismo.

Somos incapaces de hacer otra cosa que no sea mirarlo boquiabiertos.

Estira los brazos y nos dedica una sonrisa débil.

—¡Sorpresa! Bienvenidos al Sindicato.

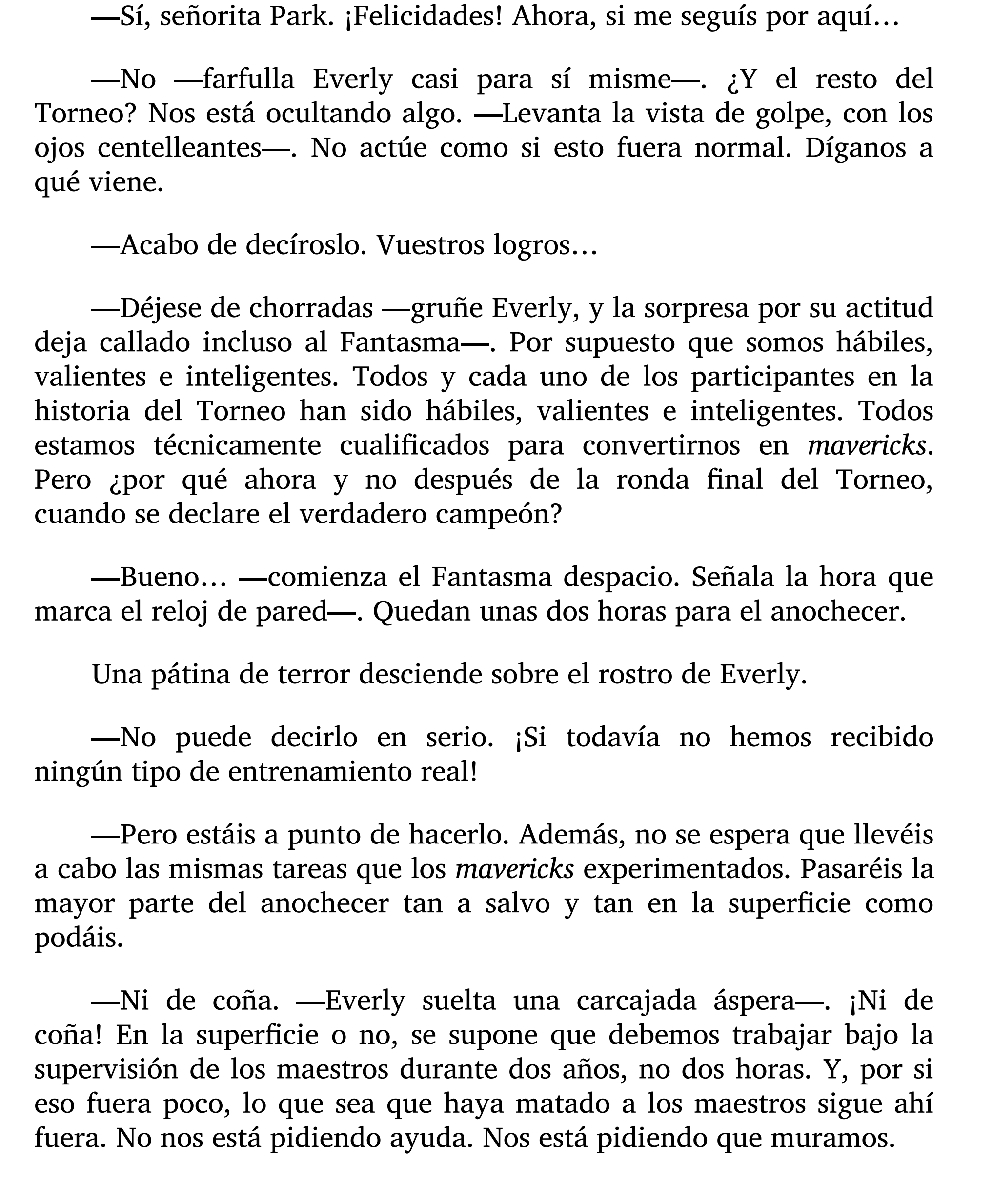
CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—¿Es una broma? —pregunta Kieran.

El Fantasma entrelaza las manos detrás de la espalda.

—¡Nop!

—¿*Mavericks*? ¿Así, sin más? —dice Yuna.



—Sí, señorita Park. ¡Felicidades! Ahora, si me seguís por aquí…

—No —farfulla Everly casi para sí misme—. ¿Y el resto del Torneo? Nos está ocultando algo. —Levanta la vista de golpe, con los ojos centelleantes—. No actúe como si esto fuera normal. Díganos a qué viene.

—Acabo de decíroslo. Vuestros logros…

—Déjese de chorradas —gruñe Everly, y la sorpresa por su actitud deja callado incluso al Fantasma—. Por supuesto que somos hábiles, valientes e inteligentes. Todos y cada uno de los participantes en la historia del Torneo han sido hábiles, valientes e inteligentes. Todos estamos técnicamente cualificados para convertirnos en *mavericks*. Pero ¿por qué ahora y no después de la ronda final del Torneo, cuando se declare el verdadero campeón?

—Bueno… —comienza el Fantasma despacio. Señala la hora que marca el reloj de pared—. Quedan unas dos horas para el anochecer.

Una pátina de terror desciende sobre el rostro de Everly.

—No puede decirlo en serio. ¡Si todavía no hemos recibido ningún tipo de entrenamiento real!

—Pero estáis a punto de hacerlo. Además, no se espera que llevéis a cabo las mismas tareas que los *mavericks* experimentados. Pasaréis la mayor parte del anochecer tan a salvo y tan en la superficie como podáis.

—Ni de coña. —Everly suelta una carcajada áspera—. ¡Ni de coña! En la superficie o no, se supone que debemos trabajar bajo la supervisión de los maestros durante dos años, no dos horas. Y, por si eso fuera poco, lo que sea que haya matado a los maestros sigue ahí fuera. No nos está pidiendo ayuda. Nos está pidiendo que muramos.

—Los maestros no están muertos, solo están desaparecidos en combate.

—¡Ah, pues eso lo cambia todo! ¡Perdone! —grita Everly—. Lo siento, pero esto no es a lo que me comprometí. Quería llegar a ser *maverick* para contribuir a hacer de esta ciudad un lugar más seguro para los neoyorquinos. Sin entrenamiento, sin los maestros… No voy a desperdiciar mi vida para convertirme en pasto de mortícolas. Me retiro.

Sin más, pasa con brusquedad junto a Valentine y sale con furia por la puerta.

Yuna hace amago de ir detrás.

—Everly, espera…

Valentine le impide el paso.

—No, que se vaya. Creedme, lo entenderé si cualquiera de vosotros quiere irse a casa. Esta es la realidad de los *mavericks*. La única manera de sobrevivir a este trabajo es desearlo tanto que estéis dispuestos a morir por él.

Kieran, Yuna y yo no nos movemos. Noëlle se muerde el labio, pero al final se queda.

—Gracias —dice el Fantasma con un innegable dejo de alivio—. Los cuatro contáis con mi respeto y gratitud eternos. Aunque no parezca que vuestra iniciación en el Sindicato haya tenido un carácter muy oficial, os he concedido acceso ilimitado a todos sus recursos, incluida la colección de Artefactos completa. Bien… —Guarda silencio para mirarnos a todos por turnos—. Esta noche vuestro trabajo no consiste en cazar mortícolas. Ni en provocarlos ni, sobre todo, en intentar matarlos, a menos que sea una cuestión de vida o muerte para vosotros o para otro ser humano. Pase lo que pase esta noche, es fundamental que los cuatro recordéis por qué estáis luchando. Por quién estáis luchando. Puede que queráis vengaros, pero recordad siempre que la mayor motivación no es matar aquello que odiáis —dice mientras nos dedica una mirada cómplice a cada uno—, sino proteger lo que amáis. Proteger el futuro de la ciudad en la que os habéis criado. Proteger a los millones de personas que sobreviven gracias a la mera esperanza de que el mañana será un día mejor, de quizá un día puedan vivir en un mundo sin miedo, sin anocheceres y sin mortícolas. —Levanta el puño hacia el cielo—. Y nosotros somos los únicos que tenemos el poder de hacerlo realidad.

Un segundo de silencio.

—Genial —murmuro en voz baja—. Así que… sin presión.

El Fantasma suspira.

—En el Torneo, lo peor que podía pasaros era que os eliminaran. Esta noche, una vez que el sol se ponga, no habrá cabida para las mezquindades ni las discusiones. Ahora todos formáis parte de un único equipo, os guste o no. ¿Lo entendéis?

—¿Tendremos refuerzos, al menos? —pregunta Noëlle mientras se retuerce el extremo de la coleta.

—La idea es que vosotros seáis los refuerzos. Entretanto, yo trabajaré con otros *mavericks* para mantener a los mortícolas a raya, pero sin abandonar por ello nuestros permanentes esfuerzos por localizar a los maestros.

—Pero, aunque los maestros hayan desaparecido, ¿no debería haber suficientes *mavericks* en la ciudad como para salvaguardarla? —insiste Cartier—. ¿Por qué nos necesitan?

Nick consigue mantener una expresión neutra, pero la aflicción que le tiñe la voz es dolorosamente reciente.

—Hace una semana los había. Ahora ya no.

Noëlle palidece de golpe, pero Yuna frunce el ceño.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha producido una masacre.

—Sea más concreto.

—¿Perdona?

Yuna sacude la cabeza en un gesto de impaciencia. Su intensa mirada negra bastaría para hacer que a un hombre menos valiente le temblaran las rodillas.

—La mayoría de esos *mavericks* tenían más de mil muertes en su haber. El mortícola medio no podría ni soñar con ponerles una garra encima. Así que, ¿podría decirnos con exactitud qué es lo que ha provocado la muerte de esos hombres?

—Les tendieron una emboscada.

—Pero los mortícolas suelen cazar solos o, como mucho, en grupos de dos o tres.

—Aún se está investigando —responde en un tono un tanto defensivo.

Yuna arremete contra él, con un brillo delirante en los ojos. Valentine la esquiva con rapidez, la agarra por el brazo y se lo retuerce a la espalda. Con un único y fluido movimiento, saca la pistola y se la clava en el cuello. Su semblante, hasta ahora sereno, está envuelto en llamas.

—Salvo que pretendas que te meta una bala en el cráneo, explícate ahora mismo —murmura con peligrosidad.

En lugar de disculparse, Yuna vuelve la cabeza y se pone de puntillas para susurrarle algo al oído del Fantasma.

Él retrocede y suelta:

—No tienes ni idea de lo que estás hablando. Eso es imposible.

—¿Qué es imposible? —pregunta Kieran.

—Nada —responde Yuna al instante—. Llámalo… esperanza.

Me invade una sensación extraña. En la expresión de la chica hay algo que me recuerda a lo que nos ha contado acerca de sus hermanos durante el desayuno. Primero desaparecieron los dos mayores y luego el menor.

«Jae».

Valentine les resta importancia a las palabras de Yuna con un gesto de la mano.

—Eso es agarrarse a un clavo ardiendo. Y de aquí al anochecer, señorita Park, le sugiero que lo olvide por completo. Entretanto, creo que es hora de que vayáis todos a vestiros.

La Ficha brilla a la luz mortecina del sol mientras la hago rodar de un lado a otro entre los nudillos. Por supuesto, ahora que tenemos acceso a todos los Artefactos, no disponemos del tiempo necesario para visitar los Archivos. Por suerte para los demás, sus respectivos Artefactos ya estaban en el Santuario. Por muy inútil que sea la Ficha,

esta noche es oficialmente mía.

El frío se filtra a través de la espalda de mi exotraje cuando me apoyo contra la fachada de mármol del cuartel general del Sindicato en el Midtown. La visera del casco me cubre la cara y tiñe el mundo de una película plateada. Por encima de mí, unas banderas sobrias que lucen la insignia estrellada restallan al agitarse con el viento fresco del atardecer. Estiro más el cuello para intentar ver la punta de la poderosa aguja del Empire State, al otro lado de la intersección, pero la niebla que se extiende por la ciudad como el humo de un cigarrillo me lo impide.

Frunzo la nariz al oír las armonías disonantes de las campanas del toque de queda que suenan a lo lejos. Ni siquiera el casco consigue contener el penetrante olor a granos de café que espesa el aire nocturno. Los vigilantes han terminado de hacer la ronda, de esparcir granos junto a las puertas y dejar las calles desoladas.

Manhattan: una ciudad fantasma.

La puerta de cristal se abre detrás de mí. Kieran baja los escalones con dos cuchillos colgados de la cintura y su vara colgada a la espalda. Lleva el casco debajo del brazo.

—No había visto una niebla tan espesa desde el Desvanecimiento —dice, aunque ambos sabemos que no hay comparación.

Nunca olvidaré aquella niebla impenetrable, tan espesa que no te veías la mano aunque te la pusieras delante de la cara. Los que se adentraron en ella no encontraron jamás el camino de vuelta.

A excepción de mi hermana.

Kieran se detiene a un brazo de distancia de mí y también se apoya en la pared. Por si la diferencia de altura entre ambos no fuera ya lo bastante irritante, la forma en que me mira desde lo alto, con esa sonrisa altanera y perezosa, hace que se me dispare la tensión. Señala la bandolera de munición que me cuelga en diagonal sobre el pecho.

—Durante un segundo, me ha parecido que llevabas una de esas fajas de reina del baile.

—Me gustaría saber quién ganó la corona.

—En mi opinión, solo había una posible vencedora —responde. Me mira a los ojos, solemne y serio. Me aletea el estómago… hasta

que termina—: Yo.

Su risa resuena alegre y divertida contra los desolados edificios de la ciudad. Con las mejillas ardiendo, le pongo las manos en el pecho para empujarlo. Me coge por las muñecas y me arrastra con él. Pierdo el equilibrio y aterrizo directamente entre sus brazos.

Todo sucede muy rápido. Los cuerpos pegados, las caras a escasos centímetros de distancia. Su cercanía, su tacto y su calor se me inflaman como brasas en la piel. El corazón me da un vuelco, como si estuviera al borde del precipicio de un rascacielos, muy arriba, mirando hacia el suelo. Nunca me han dado miedo las alturas, pero esta sensación…

La risa de Kieran se apaga. Baja la mirada hacia mi boca durante el más breve de los segundos y luego vuelve a levantarla. Vacilante. Interrogante. Despacio, me sube los dedos por los brazos, acariciándomelos, y me toma la mandíbula con ellos. Tiene las pupilas tan dilatadas como lunas negras en un eclipse.

Me digo que debo apartarlo, que tengo que resistir.

Pero no lo hago.

Porque sé lo que quiero. Lo que he querido, lo que nunca he dejado de querer ni siquiera después del día en el que lo vi salir de aquella biblioteca. Me posa la otra mano en la cintura. Veo todo mi deseo, todos mis meses de anhelo reprimido reflejados en sus ojos.

Hay tantas palabras que quedaron sin decir entre nosotros… Pero quizá haya otras formas de expresarlas.

Como la ciudad que nos rodea, Kieran permanece inmóvil por completo, sumido en un silencio absoluto. Esperando mi respuesta.

Cierro los ojos cuando la inmensa gravedad de su cuerpo me atrae hacia él, hacia sus labios…

¡BRRRREEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEEE!

El gemido estridente de la sirena atraviesa el aire. El último aviso antes del anochecer. Me aparto de Kieran de un salto, como si me hubiera electrocutado. Me froto los brazos y me maldigo. «¿En qué estaba pensando?».

—Perdona —murmura—. No pretendía…

—No pasa nada —lo interrumpo en tono hosco.

—Sí pasa. —Se restriega la cara con las manos—. No puedo dejar de pensar en ti, Rei.

—Kieran —le advierto a pesar de que tengo el corazón en un puño—, este no es el momento.

—¿Y llegará el momento alguna vez? —pregunta en voz baja.

Dudo.

—No lo sé…

Asiente, incapaz de mirarme a los ojos. Tras un instante de silencio tenso, pregunta:

—¿Has intentado volver a llamar a la maestra Minyi?

Al ver que deja el tema, se me relajan un poco los hombros.

—Creo que le he roto el buzón de voz.

—Idiota. Por eso no he podido dejarle ningún mensaje.

Una sonrisa tibia se me dibuja en los labios, pero se esfuma con la misma rapidez con la que ha aparecido.

—Ahora mismo me gustaría decirle un montón de cosas. Últimamente, las cosas han sido cuando menos difíciles entre nosotras. Me enfadé mucho cuando te eligió candidato, pero más conmigo misma que contigo o con ella. Sentí que la había decepcionado. Que, por algún motivo, le había fallado.

—El verdadero fracaso solo se produce cuando te rindes antes de empezar —responde Kieran—. Aunque el maestro Sasha no te hubiera nominado, sé que no habrías aceptado la derrota sin más. Habrías encontrado otra forma de lograrlo. Desafiarías incluso las mismísimas estrellas si te dijeran que no.

—Eso no cambia el hecho de que no quedé la primera.

Ahora parece trivial, pero resulta doloroso dedicar años de tu vida a algo y, al final, perderlo cuando estás a punto de llegar a la línea de meta.

—Te entiendo. Sabes que te entiendo muy bien. A los dos nos

enseñaron que las notas lo son todo. Quizá tan solo se deba a que el mundo en el que vivimos ha decidido convertirlo todo en una competición. Pero, en realidad, a los mortícolas que intenten arrancarte la cara a mordiscos no podría importarles menos si tu calificación de aquel examen parcial de Anatomía Inhumana del último año fue perfecta o no.

Siento curiosidad por saber cómo me habría tomado esa afirmación hace un año. O incluso después de que se anunciara la clasificación en la ceremonia de graduación. Mi objetivo final siempre ha sido convertirme en *maverick*, así que necesitaba las mejores notas. Pero me arrepiento de haber dejado que un porcentaje escrito en un trozo de papel determinara mi autoestima.

—Es que, a ver, fíjate en los finalistas —continúa Kieran—. Solo dos de los cinco que quedamos fueron los mejores de su instituto. ¿Crees que eso hace que los demás seamos menos capaces? Siéntete orgullosa de quien has demostrado ser, Rei. Yo, desde luego, lo estoy. —A continuación, en voz baja, añade—: Y tu tía también.

Me trago el nudo que tengo en la garganta justo cuando los últimos rayos de sol se desvanecen y la ciudad sucumbe a la oscuridad. La sirena del toque de queda se interrumpe, ahogada en el silencio.

La puerta de cristal se abre con un ¡bang! El Fantasma sale del edificio, seguido por dos figuras con casco. La media máscara blanca descansa sobre un misterioso fardo negro.

Por culpa de las viseras opacas que les ocultan el rostro, tardo un segundo en darme cuenta de que las dos figuras son Yuna y Noëlle. La única forma de diferenciarlas es por la altura.

—Esto —anuncia Valentine al tiempo que nos tiende el fardo— es para vosotros.

Uno a uno, va entregándonos una gabardina idéntica a las que llevan todos los *mavericks* y maestros.

Introduzco los brazos en las mangas con gran respeto, sintiendo tanto el peso de la tela como el de la responsabilidad sobre los hombros. Al instante, la capa exterior del abrigo, gruesa y resistente, sumada al forro suave y mullido, me ayuda a protegerme del viento helado.

Cuando los primeros remolinos de polvo de estrellas comienzan a

caer, vislumbro mi reflejo en la puerta de cristal de la sede. Se me corta la respiración. Un escalofrío me recorre las venas cuando veo a la *maverick* que me devuelve la mirada.

Soy un terror para la vista.

Y estoy elegante de narices.

—Empezaréis a patrullar en parejas por la ruta predeterminada y luego, si las cosas van bien, os separaréis para poder cubrir más terreno —nos recuerda el Fantasma—. Acordaos de estar pendientes de vuestras reservas de munición y dirigíos de inmediato al refugio más cercano si empiezan a escasear. Y, ocurra lo que ocurra, no perdáis esto. —Nos entrega a cada uno un paquete de bengalas de emergencia que nos guardamos en un pequeño compartimento cosido a la altura del muslo del exotraje—. Mucha suerte, *mavericks*. Nos vemos al amanecer.

El Fantasma se pone la máscara. Reluce tan blanca como la luz de las estrellas durante una milésima de segundo, y después Valentine desaparece sin dejar rastro.

El espectáculo ha comenzado.

Mientras Yuna y Noëlle se encaminan hacia el este, Kieran tira de mí hacia atrás.

—Tengo que pedirte un favor. Si me pasa algo esta noche, necesito que le des una carta a Cassie. Me la he metido aquí para tenerla a buen recaudo. —Se señala el bolsillo interior del pecho de la gabardina nueva—. Alguien tiene que cuidarla si yo ya no estoy…

—No.

—¿Qué?

Le clavo el dedo índice en el pecho.

—Cuídala tú, Cross. No vas a ir a ninguna parte, así que ni se te ocurra pensarlo.

Al cabo de un instante, sonríe.

—Lo que tú digas, Rei.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Caminar de noche por la ciudad es como algo sacado de un sueño… O, según cómo acabe, de una pesadilla.

Una excitación extraña me revolotea por el pecho. ¿Cuántos años llevo fantaseando con este momento? Por fin me he liberado. Me he liberado de las normas y de la burocracia que me obligaban a atacar desde las sombras como una justiciera reticente. Se acabó el irrumpir de manera ilegal en estaciones de metro abandonadas, se acabó el rebuscar balas a espaldas de mi tía Minyi. Pero esta noche…

Nada se interpone en el camino de mi ira.

Un temblor hace temblar el suelo que pisamos. Apenas nos da tiempo a apartarnos del camino cuando un revoltijo de miembros dobla la esquina corriendo con torpeza, echando espumarajos por las fauces. Ni siquiera la abrumadora peste a café que impregna el aire de mi primer anochecer oficial es capaz de enmascarar la repugnante llegada del mortícola.

El monstruo que carga directamente contra la mira de mi arma está tan hambriento de carne que, o no ve, o no le importa que tenga un arma en la mano. Un arma que, de repente, parece insignificante en comparación con sus doscientos y pico kilos de músculo y hueso… Al menos hasta que mi bala lo frena en seco y le abre un cráter sangriento en el vientre. Un chaparrón de dedos nudosos y entrañas relucientes cae sobre la acera con el más repulsivo de los plops.

—¡Tendría que haberme traído un paraguas! —crepita la voz de Kieran a través de mi casco.

—A las seis en punto —grito, y disparo contra otro mortícola que avanza a toda velocidad por la calle, con las mandíbulas lo bastante abiertas como para engullir una cabeza humana de un mordisco.

Yuna se me adelanta y se eleva en el aire de un salto, con la vara apuntándole a la garganta como si fuera una jabalina. La bestia implosiona y muere.

—Ten cuidado, Park —gruño—. Has estado a punto de quedar atrapada en el fuego cruzado.

—Como si fuera a quedarme de brazos cruzados y dejar que te apuntes todos los asesinatos, Reynolds. —No le veo la cara a través del

frío reflejo plateado del casco, pero su tono lo dice todo. Me mira con la cabeza ladeada—. Y, además, no me gustaría que te quedaras sin balas.

Levanto mi arma hacia ella y disparo. Se estremece. Justo a su espalda, un mortícola se transforma en un charco de carne con un grito de desesperación. Un disparo perfecto.

—No cuentes con ello —le digo con una sonrisa gélida.

—Dejadlo ya, las dos —ordena Kieran—. Tenemos que buscar un terreno más elevado.

—Separémonos. Cartier, tú vienes conmigo. —Empiezo a correr hasta que me doy cuenta de que nadie me sigue. Me vuelvo—. ¿Cartier?

Noëlle se sobresalta cuando digo su nombre.

—Sí. Ya voy.

Arranca a moverse como si fuera un muñequito al que le han dado cuerda.

Aún no me ha dado tiempo a preguntarle por qué se está comportando de una manera tan extraña cuando un coro de gritos fantasmales y monótonos se eleva con el viento. No son solo tres o cuatro voces, sino muchas. Demasiadas.

Con aire adusto, empezamos a patrullar por la ruta que Valentine le ha asignado a cada dúo. Serpenteamos de manzana en manzana cubriendo dos lados por pareja. Noëlle y yo avanzamos hasta la Primera Avenida, tan cerca del East River que casi oímos el chapoteo del agua contra las escuálidas orillas de piedra.

Salto de un tejado a otro y, entonces, un zumbido me invade los oídos. Me doy la vuelta en busca de un mortícola esperando a abalanzarse sobre mí desde una escalera de incendios cercana, pero entonces me doy cuenta de que en realidad el sonido me llega a través del casco.

—Noëlle, ¿eres tú?

El zumbido se detiene.

—No soporto el silencio.

—No pasa nada. Pero baja un poco la voz.

Acelera el paso y una nueva melodía le brota de los labios, con las sílabas suaves y redondas de otro idioma. Aunque su canto podría distraernos de los mortícolas que se nos acerquen, parece que ninguno tenemos la determinación necesaria para pedirle que se calle. En el fondo, se lo agradezco: el silencio me hacía sentir como si alguien hubiera clavado la tapa de un ataúd sobre nuestra cabeza.

Escudriño la calle estrecha que tenemos debajo cuando dejamos atrás Madison Avenue.

—Hay algo más adelante. Parece… una pancarta.

El casco me transmite la voz incrédula de Yuna:

—¿En medio de Koreatown?

—Tiene piernas —dice Noëlle.

Nos detenemos a unos cien metros, en la entrada del cruce.

—¿Cuántas? —pregunta Kieran.

—Solo las dos habituales. Es alguien que se ha saltado el toque de queda. O un mortícola disfrazado.

Kieran y Yuna aparecen por la esquina.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dice él.

La figura solitaria está plantada en medio de la calle, entre un restaurante de barbacoa coreana y un bar de karaoke sin vida, blandiendo una pancarta por encima de la cabeza. ESTE NO ES MI GOBIERNO, reza.

—Eso no es un mortícola —murmuro.

—Es peor —murmura Noëlle con un tono que destila un desdén mordaz—. Es uno de ellos.

En efecto, el manifestante lleva una camiseta con las palabras SINDICATO = FRAUDE pintadas en rojo sobre el emblema del Sindicato. El polvo de estrellas le cubre la cabeza calva como el tupé más reluciente del mundo.

—Los ciudadanos tienen prohibido abandonar su residencia tras

la puesta del sol —le grito—. ¡Debe buscar refugio inmediatamente o atenerse a las consecuencias!

—¿O qué? —me responde también a gritos—. ¿Me vas a encerrar? ¡Adelante!

Kieran da un paso al frente.

—Señor, tenemos que pedirle que…

Se pone como loco.

—¡No me toques! ¡No te atrevas! —grita escupiendo un montón de gotas de saliva—. ¡Sois todos unos delincuentes! ¡Cortáis la electricidad al atardecer, nos encerráis en nuestra propia casa! ¿Para qué? ¡¿Para qué?!

—Señor, ¿no está al tanto de la existencia de unos monstruos devoradores de carne que rondan por las calles?

—Sí, sí. Que buscan carne fresca como la mía. ¡Bla, bla, bla! —Nos enseña el dedo corazón—. ¡Pues ya llevo aquí quince minutos y no he visto ni un puñetero bicho!

—Y, si llega a verlo, será demasiado tarde —le digo con toda la calma que puedo—. Si no tiene donde refugiarse, debe dirigirse al centro de alojamiento de emergencia más cercano. Ahora mismo.

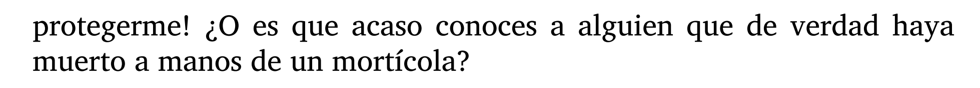
—Uf, la leche, ¡no necesito ningún refugio! La única amenaza para mi vida y mi libertad es vuestro mal llamado gobierno. He seguido vuestras reglas durante más de una década. ¡Estoy harto! Antes, por la noche, podía hacer lo que me diera la gana en esta ciudad. Ir a la discoteca. Pasear por el parque. Cagar en el metro. ¡Vosotros, los gilipollas del Sindicato, habéis prohibido todo eso!

Nadie le señala que, sin duda, cagar en el metro ya estaba prohibido mucho antes de que se creara el Sindicato, pero aprieto los dientes e intento mostrar algo de empatía.

—Entendemos su frustración, señor. Pero tiene que creerme cuando le digo que nuestro único deseo es hacer lo mejor para la ciudad y para mantenerlo a salvo.

Suelta un bufido de desprecio.

—¿No lo entiendes? ¡Que no hay nada de lo que tengáis que


protegerme! ¿O es que acaso conoces a alguien que de verdad haya muerto a manos de un mortícola?

—Sí —contesto sin alterarme—. A mis padres.

—Vale, pero ¿viste cómo los mataban?

—Sí.

—¿Con tus propios ojos?

—Síp.

Niega con la cabeza, sin inmutarse.

—Estáis ciegos. Todos. Llevo años diciéndolo: ¡los mortícolas no son más que un puñetero bulo! —Levanta la cara hacia el cielo y grita—. ¡Venid a por mí, capullos!

Sin una sola palabra más, Kieran se acerca al hombre y lo agarra por el cuello. El manifestante se atraganta con su propio grito de guerra; los ojos llorosos están a punto de salírsele de las órbitas, como si fuera un pollo de goma.

—La verdad es que su vida no tiene ningún valor para nosotros —le dice. Su voz no contiene ni un ápice de piedad. No contiene ningún tipo de emoción—. La única razón por la que aún no le he espetado esa boca de cerdo chillón es que me niego a dejar que el increíble grosor de su cráneo me estropee el cuchillo. Su muerte tendría menos importancia que una vela de cumpleaños apagada por una corriente. Nadie se daría cuenta.

Este es el Kieran que recuerdo de la ceremonia de graduación: una malicia fría y oscura es lo único que le arde en los ojos. Un escalofrío de entusiasmo me recorre de arriba abajo.

El hombre barbotea algo, con la cara cada vez más morada.

Kieran se acerca aún más, adopta un tono burlón.

—¿Cómo dice? ¿Cree que los demás manifestantes anti-Sindicato sí se darían cuenta? —Señala la calle vacía con un gesto de la barbilla—. Entonces, ¿por qué no están aquí con usted? ¿Por qué es el único en toda la calle?

Por primera vez, el hombre es incapaz de encontrar una respuesta.

—Apuesto a que sus líderes le dijeron que iba a venir todo el mundo, ¿verdad? —murmura Cross—. Es lo que siempre les dicen a los recién llegados que son lo bastante ingenuos como para caer en su ardid. Y, sin embargo, le han abandonado a merced de los mismos monstruos en los que aseguran que ni siquiera creen, porque, en el fondo, saben que están equivocados. Los mortícolas son reales y su cadáver mutilado lo demostrará. Esta noche, se sacrificará por una causa en la que nadie, absolutamente nadie, cree.

Sin más, Kieran suelta al hombre. El manifestante cae al suelo de rodillas, tosiendo y farfullando, agarrándose el cuello magullado. Noëlle echa a andar hacia él, pero Kieran la detiene.

—Si así es como quiere morir, ni te molestes. Tenemos asuntos más importantes de los que…

—Yo sí creo en ella.

Kieran se queda quieto.

—Tengo que creer en ella —dice el hombre con la voz ronca mientras se pone en pie con dificultad—. Mi esposa… era lo único que tenía. Es imposible que la matara un monstruo imaginario sacado de una película de terror. Tuvo que matarla otra cosa. Algo real, como el Sindicato. Tú no lo entenderías.

Mientras habla, oigo un ligero chirrido metálico sobre el asfalto. Entorno los ojos. La tapa de la alcantarilla que tiene a los pies se desplaza con gran sutileza.

—¡Señor! —exclamo—. Señor, aléjese de esa alcantarilla.

No me hace caso.

—Además, ¿de dónde se supone que han salido esos mortícolas? Desde que pasamos por aquella pandemia hace un montón de años, la gente empezó a marcharse de la ciudad. Las empresas, a llevarse las sedes a otra parte. ¡Nueva York se estaba muriendo y el gobierno lo sabía! Entonces llegó el Desvanecimiento y cerraron las fronteras para evitar que saliera nadie más…

Saco mis pistolas.

—¡Aléjese!

—¡No me convenceréis de que no os parece como mínimo un

poco sospechoso! —grita justo cuando la tapa se levanta del todo—. Esto no es más que una mi…

¡BANG! La tapa sale disparada hacia arriba y, con un crac horripilante, le destroza las rótulas al manifestante. El hombre cae al suelo con un alarido mientras una criatura que en lugar de cara tiene unos tentáculos que no paran de retorcerse sale del suelo como una exhalación y lo agarra por los tobillos. Lo arrastra hacia el agujero.

—¡Socooorro! —chilla el hombre.

Disparo. El monstruo retrocede de golpe cuando las balas le atraviesan la piel ictérica. Una sangre marrón y rancia cae a borbotones sobre el asfalto. Un grito como el de un hervidor de agua a punto de estallar perfora el aire. El monstruo corcovea cuando las balas le estallan dentro del cuerpo.

Yuna y Kieran corren hacia el manifestante y lo agarran por las axilas mientras el mortícola se desangra.

—¡Mis piernas! —gime—. ¡Me muero!

—Cierre el pico —le suelta Yuna.

—Yo digo que lo dejemos aquí tirado —dice Kieran en tono amenazante—. La supervivencia del más apto, ¿no?

El hombre palidece.

—Por favor. No, por favor. No volveré a saltarme el toque de queda. Me ha agarrado de una forma que… —Se estremece con violencia y contiene una arcada—. No tengo adonde ir. Pero tampoco quiero que me coman. Por favor…

Yuna suspira.

—Lo llevaré al centro de alojamiento de emergencia más cercano.

—No puedes ir sola —dice Kieran—. Te acompaño.

—¿Cómo pretendéis que camine? —protesta el manifestante.

Con un suspiro, Kieran lo levanta del suelo y se lo echa al hombro como si fuera un saco de patatas, haciendo caso omiso de todos sus gritos blasfemos.

—Cúbreme, Park.

—Intenta seguirme el ritmo.

Yuna sale disparada en dirección contraria sin dejarle más opción que echar a correr tras ella. Cuando el repiqueteo de sus botas desaparece, también lo hace la conexión con nuestros cascos. Sumida en el silencio de la estática, mantengo la mirada clavada en la espalda de Kieran.

«No quiero que se vaya».

Pero me digo que ambos vivirán hasta el amanecer. Ambos lo lograrán.

Contemplamos la cáscara arrugada que es el cadáver de mortícola que tengo a los pies.

—¿Has oído cómo gritaba? —susurra Noëlle.

Le doy una patada y observo sin ninguna emoción cómo se convierte en polvo. Ojalá todos desaparecieran con tanta facilidad.

—Psicoanalizar a los monstruos no te ayudará a matarlos mejor.

En lugar de limitarse a poner los ojos en blanco, me pregunta:

—¿Es en lo único que piensas? ¿En matarlos?

La miro con extrañeza.

—¿No es para eso para lo que nos hemos convertido todos en *mavericks*?

—Cierto. —Como si se hubiera activado un interruptor, vuelve a ponerse manos a la obra al instante—. Hasta que regresen esos dos, tenemos mucho terreno extra que cubrir. En marcha.

No digo nada, pero no soy capaz de librarme de mis crecientes sospechas.

Pasamos al trote junto a una iglesia alta, de austera piedra blanca, rodeada por una verja de hierro forjado. Entre los barrotes que la forman, se han atado tiras de seda de un rojo intenso en memoria de las víctimas que los mortícolas han asesinado esta semana.

Aparto la mirada, abrumada por la certeza de que tendría que haber cinco más.

¿Cuánto tardará la ciudad en darse cuenta de que sus maestros también han desaparecido?

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Mi tía Minyi siempre me decía que solo hay dos cosas que separan a un maestro de un *maverick*: la experiencia y la paciencia. La primera, creía ella, la adquiriría con el tiempo y mucho esfuerzo. En cuanto a la segunda, no tenía esperanzas.

Así que no es nada raro que, cuando retomamos nuestra ronda, pierda los papeles la cuarta vez que Noëlle se estremece ante el aullido del viento.

Me quito el casco de la cabeza de un tirón y me giro hacia ella de tal manera que le bloqueo el paso. El aire gélido del anochecer es una bendición, me alivia la piel sonrojada y refresca el sudor que me gotea por la frente. Pero, más que nada, quitarme el casco impide que alguien pueda escuchar la conversación que vamos a tener. Le hago un gesto vehemente para que me imite.

—¿Por qué te quedaste cuando Valentine nos dijo que podíamos marcharnos si queríamos? —le pregunto con brusquedad

—Por la misma razón que tú. Porque quiero ser *maverick*.

—Y, sin embargo, te encoges de miedo a la primera señal de un mortícola.

Frunce el ceño.

—Ya tienes tú el gatillo lo bastante fácil por las dos. ¿De qué te quejas? Creía que te morías de ganas de apuntarte más muertes que Yuna.

—Deja de intentar darle la vuelta a la tortilla. ¿Qué escondes?

Aprieta la mandíbula. Desde la ceremonia de graduación, nunca la he visto con un aspecto nada menos que inmaculado, ni siquiera cuando se le agotó la batería del exotraje y se desplomó delante de toda aquella gente en el Apollo. Ahora, en cambio, entre los pelos que tiene pegados a la frente sudorosa y la rabia que le salpica las mejillas, parece estar al borde de un colapso rollo Vesubio.

—No pasa nada, ¿vale? Esto es lo que quería. Este —sacude los brazos en dirección a las calles vacías, con los ojos desorbitados— es el futuro por el que llevo trabajando desde el Desvanecimiento. Todo está saliendo según lo planeado.

—¿A qué plan te refieres? —pregunto en voz baja, y agarro mis pistolas con más fuerza.

Noëlle vacila.

—¿Qué?

—Has dicho que «todo está saliendo según lo planeado».

—A mi plan de convertirme en *maverick*, obvio. Mira, no quiero seguir hablando de esto. Centrémonos en sobrevivir a la noche.

—No puedes…

—Por favor, Rei.

Su voz transmite un agotamiento y una vulnerabilidad que hacen que las objeciones se me atasquen en la garganta. Cierro la boca.

Vale. Ya encontraré otra forma de superar sus defensas.

Me pongo el casco de nuevo y la empujo hacia un lado. La niebla que se agolpa en lo alto de los edificios como un montón de nubes grasientas desciende más y más con cada paso que damos por el Midtown. Como si los monstruos que salen de las alcantarillas y la constante amenaza de sufrir una muerte brutal no fueran lo bastante siniestros. Nos vemos obligadas a reducir la velocidad cuando empieza a costarnos distinguir las formas entre la niebla.

—Hmmmmm. —Mantengo mi arma apuntada hacia las sombras —. Hmmhmmmm…

—¿Qué coño haces?

—Tararear —digo.

—Pareces un radiador roto.

—Hago lo que puedo.

—Lo sé. —Un silencio incómodo—. Gracias. —¿Es una sonrisa lo que percibo en su voz?—. Pero cállate, lo haces fatal.

—¿Qué era lo que cantabas antes?

—Una nana. Me la cantaban mis abuelos. Por desgracia, mi abuela lo hacía casi igual de mal que tú, pero mi abuelo tenía una voz

maravillosa.

—¿No viven en Manhattan?

Noëlle duda.

—No. Por suerte para ellos, el resto de mi familia está a salvo en la otra punta del mundo. Soy la única que queda en esta ciudad prohibida.

—No eres la única —le recuerdo—. Y quién sabe cuál será el futuro de Manhattan. Si acabamos con los mortícolas de una vez para siempre, abriremos las fronteras de nuevo. La gente podrá disfrutar de la ciudad por la noche de forma segura. Quizá algún día tú también puedas volver a ver a tu familia.

—O cagar en el metro —añade en tono burlón.

—Oye, si ese es tu sueño, ¿quién soy yo para impedírtelo?

Noëlle se para en seco.

—Reynolds, yo no quiero matar mortícolas, como tú. Ni quiero salvar la ciudad, como Everly. Ni proteger a la gente, como el Fantasma.

Atónita, pregunto:

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Por mi tío —dice al cabo de un momento—. Ahora vive en Nueva Jersey, justo al otro lado del río. Es un hombre de negocios que se mete en política cuando le viene en gana. Le encontró un trabajo aquí a mi madre y la convenció para que abandonáramos nuestra vida y nos mudáramos a este país. Cuando perdí a mis padres en el Desvanecimiento, él renegó de mi existencia.

—Así que… —tardo unos segundos en hilar mis pensamientos— vives sola. Desde hace quince años.

—La familia que vivía al lado me ayudó durante un tiempo. Pero intentaron salir de la ciudad cuando yo tenía diez años y desde entonces no he sabido nada de ellos. —Levanta la vista hacia una zona despejada de niebla a través de la cual relucen las estrellas, como si buscara una respuesta que ellas no pueden darle—. Cuando mi tío se enteró de que era la mejor clasificada de mi instituto, decidió volver a

ponerse en contacto conmigo. Me prometió que, si me convertía en maestra o en *maverick* (es decir, en alguien que ocupase una posición de mucho poder y tuviera conexiones con todas las figuras políticas importantes de la ciudad), me ayudaría a encontrar la manera de salir de aquí. De regresar a casa y reunirme con el resto de mi familia.

Casi le suelto que, por muchos hilos que su tío crea que es capaz de mover, a no ser que tenga la habilidad de reconstruir puentes y túneles destrozados con solo chasquear los dedos, o de que le salgan alas y volar, jamás podrá urdir un milagro así. Pero el brillo de tristeza de sus ojos me dice que ya lo sabe.

—Lo siento —consigue decir mientras se seca las lágrimas—. Olvida que te he…

Antes de que me dé tiempo a arrepentirme de todas las decisiones que me han llevado hasta este momento, la abrazo y la estrecho contra mí lo más fuerte que puedo. Durante unos instantes tensos, se queda rígida como un poste. Luego, deja escapar un suspiro silencioso y se relaja entre mis brazos.

—Al principio te odiaba con todas mis fuerzas —murmuro con la mirada fija en la niebla—. Y odio que sigas estando guapa incluso cuando lloras. Y, más que nada, odio que hayas tenido que librar tantas batallas tú sola. Pero ahora tienes un equipo que te respalda… y una amiga.

Aún no ha podido responder cuando un grito inquietante taladra la noche. Tras él, un ¡bang! estruendoso y un silbido agudo.

Nos separamos la una de la otra justo cuando la ardiente cola roja de una bengala de emergencia se eleva sobre nosotras rompiendo la niebla.

El miedo me hiela el cuerpo.

Algo ha ido mal.

Volvemos de golpe a la realidad y nos ponemos el casco. En ese preciso instante, un segundo ¡bang! retumba en la noche. A pocas manzanas de distancia de la primera, otra bengala asciende en espiral hacia el cielo entre una lluvia de chispas escarlata. Ambas nos quedamos paralizadas, aturdidas ante lo que acabamos de ver.

—Hay dos —susurra Noëlle.

—Seguimos el protocolo —digo con firmeza tras tragarme mis propios nervios—. Eso significa…

Cartier asiente y endereza los hombros.

—Yo me ocupo de la bengala del lado este.

—Pero…

—Estaré bien. Ahora tengo un equipo que me respalda, ¿recuerdas?

Lo último que quiero es dejar que se marche sola, pero ya siento el desperdicio que supone cada valioso segundo que pasa, así que intercambiamos una última mirada antes de salir corriendo en direcciones opuestas.

Dejo que mi instinto tome el control y me concentro en el familiar ritmo de mis extremidades al moverse en completa consonancia con mi respiración. Mientras vuelo calle abajo, un par de mortícolas que acechaban detrás de una montaña de bolsas de basura apiladas en la acera comienzan a perseguirme. No veo si están cerca, pero oigo sus gruñidos salvajes, la promesa de la violencia en el roce de sus garras contra la piedra cuando intentan darme caza.

Corro más rápido.

Al final, el único ruido que me llega a los oídos es el de mis propios jadeos. A menos de una manzana, la cola humeante de la bengala ya ha empezado a disiparse. Con la espalda pegada a la pared de piedra desgastada de un banco, me llevo la pistola a la altura del pecho y me acerco con sigilo a la esquina, mirando a través de los enormes ventanales transparentes hacia una calle vacía. ¿He llegado demasiado tarde?

Algo no encaja.

No es solo que la calle esté desierta. Es que no hay absolutamente nada en ella. Ni sangre, ni cadáveres, ni siquiera el envoltorio vacío de la bengala.

Justo cuando estoy a punto de salir de mi parapeto, el silencio del interior de mi casco tiembla. Una respiración agitada me inunda los oídos… y no es la mía. Vuelvo a esconder la cabeza detrás de la esquina. A través del cristal, veo que otro *maverick* corre hacia mí desde el otro extremo de la calle para investigar la bengala. No

distingo quién es, pero está claro que no vacila tanto como yo: se lanza de puerta en puerta e inspecciona todos los escaparates en busca de señales de vida. Quienquiera que sea es tan diligente que no ve la sombra en el tejado del otro lado de la calle ni el destello del objeto redondo que navega hacia el hormigón.

—¡GRANADA! —grito con todas mis fuerzas.

Con una puntería perfecta, la granada rebota una, dos veces y rueda hasta detenerse junto al *maverick*. Lo último que veo es que se gira en un gesto de sorpresa justo antes de que la granada provoque una explosión abrasadora.

Me tiro al suelo y me tapo la cabeza. Me zumban los oídos a causa del estallido y del estruendo de los cristales rotos. Me pongo en pie tambaleándome y apunto hacia el tejado con las manos temblorosas, pero ya es demasiado tarde. La sombra ha desaparecido.

La calle está llena de remolinos de humo negro. No tengo más remedio que dominar mi creciente pánico y obligarme a mover las piernas, correr a toda prisa hacia la carnicería y hacia quienquiera que yazca en ella.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Encuentro el cuerpo debajo de un toldo a un cuarto de manzana de donde ha estallado la granada. Una telaraña de policarbonato agrietado se extiende por toda la visera del *maverick*. El resto del casco está repleto de abolladuras y de arañazos producidos por la metralla. Quienquiera que sea debe de haber saltado lo bastante alto como para evitar la zona de aniquilamiento, pero no para escapar por completo del radio de la explosión. A pesar de su resistencia, la tela del exotraje está rasgada en múltiples sitios. Varias laceraciones ensangrentadas manchan la carne que hay debajo.

—Venga, venga —farfullo mientras tanteo con los dedos en busca del cierre del casco para desabrochárselo.

Me veo en el reflejo fracturado de la visera. Es como si me dijera: «Podrías haber sido tú». De repente, la situación me supera. Empiezo a respirar demasiado superficialmente, demasiado deprisa, y se me empaña el interior del casco. Atrapada en la oscuridad, me invade una oleada de claustrofobia. Consigo quitármelo a duras penas. Lo arrojo a un lado y aspiro el aire frío, contengo la bilis que me sube por la garganta.

Me coloco a cuatro patas. Me aferro al suelo. Clavo los dedos en el asfalto hasta que me duelen. Hasta que el mundo deja de girar.

Pienso en cómo actuaría mi tía Minyi si estuviera aquí.

«Mantén la calma —me diría—. Es mejor hacer las cosas paso a paso que perder pie y caerte».

Miro de reojo el pecho de la persona que tengo al lado. Una ligera pizca de alivio me suelta el nudo que tengo en el estómago: hay movimiento, aunque sea leve. Y, mientras siga respirando, el polvo de estrellas se encargará del resto. Pero no debe de faltar mucho para que el olor del cada vez más enorme charco de sangre atraiga a todos los mortícolas de los alrededores para pegarse un buen atracón.

Por fin consigo liberar al *maverick* del casco. El pelo corto, negro azabache, le cae sobre unos pómulos blancos como la porcelana y una nariz delicada. Con los ojos cerrados y la piel aún más pálida que de costumbre, Yuna tiene peor pinta que la muerte. Por un lado de la mejilla le gotea la sangre de un corte que no le ha alcanzado el ojo derecho por menos de un centímetro.

Me muerdo la lengua con fuerza y empiezo a extraerle el policarbonato roto de la cara esquirla a esquirla. Después, le saco del resto del cuerpo toda la metralla que puedo. En circunstancias normales, jamás retiraría los proyectiles que le mantienen las heridas taponadas. Durante el anochecer, sin embargo, dejárselos dentro podría provocar que el polvo de estrellas le cicatrizara la piel por encima de ellos, lo cual significaría que, para eliminarlos, tendría que abrirse todos los cortes.

Estoy limpiándole un tajo profundo del vientre cuando vuelve en sí con un jadeo repentino. Mientras le hundo los dedos en la carne como una profanadora de tumbas en busca de órganos, posa en mí una mirada de ojos vidriosos. Grita, horrorizada, y me pega un rodillazo en la cara al instante.

Me caigo y suelto una blasfemia violenta. Me llevo la mano a la mejilla magullada. Cuando la aparto, está roja y pegajosa. Me quedo mirándola sin entender nada hasta que me doy cuenta de que la sangre es de Yuna.

Entretanto, mi compañera intenta alejarse de mí con todas sus fuerzas, pero el dolor agónico la obliga a detenerse entre palabrotas y gemidos, todavía delirando a causa de la explosión.

—Sí, yo en tu lugar, no me movería todavía. La metralla te ha convertido en una diana de dardos humana. Y, teniendo en cuenta la altura desde la que has caído, estoy segura de que también te has fracturado unos cuantos huesos.

Yuna se queda quieta y abre y cierra varias veces los ojos inyectados en sangre hasta que consigue enfocarlos en mi rostro.

—¿Tú?

Me mira con una repulsión tan increíble que su expresión podría rivalizar con la suma de todas las miradas de desdén que he recibido de Noëlle.

—No, soy el cabrón que te ha lanzado la granada. —Me limpio su sangre en la pierna con la esperanza de que el Sindicato cuente con unos servicios de tintorería de primera—. Pues claro que soy yo. No te muevas, tienes metralla clavada en el hombro.

Frunce el ceño.

—Gracias.

—No pareces especialmente agradecida.

—No… —Ahoga un grito de dolor cuando por fin consigo eliminar la última esquirla que tenía incrustada en el cuerpo. La sangre ya se le está coagulando, el oro titila sobre la carne viva y el tejido expuesto—. No me gusta estar en deuda con nadie.

Me siento sobre los talones.

—Entonces considera que la deuda ya está pagada. Si no hubieras irrumpido en la escena antes que yo, habrían sido mis órganos los que engalanaran la manzana.

Se palpa la zona cercana al ojo y esboza una ligera mueca de dolor, pero la mayor parte de la piel que le rodea el corte ya está unida de nuevo.

—¿Dónde está el sicario? Lo habrás matado a tiros, supongo.

Me trago el sabor amargo que tengo en la garganta.

—Escapó en cuanto estalló la granada.

—¿Le has visto la cara, al menos?

—¿Qué te crees, que tengo visión de rayos X?

—Pues la granada sí que la has visto. —Yuna se masajea las sienes y murmura—: Más vale que haya sido uno de esos radicales anti-Sindicato. Lo último que necesitamos es que haya más traidores merodeando entre nosotros.

Echo un vistazo en torno a la calle.

—¿Dónde está Kieran?

—Cuando vimos la primera bengala, aún no habíamos llegado al refugio de emergencia, así que nos dividimos. Quedamos en que pondría a salvo al manifestante y se reuniría conmigo en la segunda bengala una vez que yo me hubiera encargado de la primera. —Con un gesto de congoja, se incorpora hasta quedar sentada—. Será mejor que nos demos prisa y lo interceptemos antes de que llegue. Lo más seguro es que ambas bengalas fueran trampas, así que tenemos que…

Se me sube el corazón a la garganta.

—Noëlle. —Me pongo en pie de un salto—. Nosotras también nos

dividimos. Ha ido sola a la otra bengala.

—Ve tú delante. Necesito más tiempo para curarme.

—¿Y dejarte aquí sola en tu estado?

—Confía en mí, Reynolds, he sobrevivido a cosas peores. Soy más que capaz de mantenerme con vida en circunstancias extremas.

Sacudo la cabeza con frustración.

—Nunca has tenido que enfrentarte cara a cara con un colmillo nocturno de más de doscientos kilos dispuesto a arrancarte las entrañas, y mucho menos a una ciudad llena de ellos.

—¿Cómo lo sabes? —responde con un dejo de diversión en la voz.

No tengo ni idea de qué es lo que le hace tanta gracia.

—Ya lo entenderás algún anochecer —le advierto—, pero no este. Te llevaré en brazos.

—El aumento de la potencia de salida requerida para eso comprometerá la longevidad de la funcionalidad de tu exotraje. Se te quemará. Es mejor que me dejes aquí.

—Una pena.

—¿Por qué tienes tanto interés en jugarte el pellejo por mí?

—Si se invirtieran los papeles, contaría con que hicieras lo mismo por mí. Ya está. Date prisa, estamos perdiendo el tiempo.

Me mira con los ojos entrecerrados y se da cuenta de que no aceptaré un no por respuesta.

—Vale. ¿Cómo quieres hacerlo, exactamente?

En el caso de que alguno de los insomnes del Midtown de Manhattan se encontrase mirando por la ventana en este anochecer en concreto, quizá se esperara ver a un *maverick* cortando la niebla. Tal vez incluso a dos.

Pero, desde luego, no a dos adolescentes ensangrentadas, una montada a caballito sobre la otra como si del campeonato mundial de la modalidad de atletismo más novedosa se tratara.

—¡Venga, Reynolds! —me grita Yuna; el borde de su casco rebota contra el mío mientras volamos por las calles.

Aunque le falte la visera, hemos pensado que un casco abollado siempre es mejor que un cráneo destrozado.

Mi exotraje comienza a emitir un pitido de advertencia. Sujeto a Yuna con más fuerza por los muslos y acelero. Bajo mis botas, el pavimento brilla como una lámina de cristal infinita. Hago que cada zancada cuente, devoro en apenas unos segundos la distancia que por lo general tardaría cuatro o cinco minutos en cubrir caminando. Pero ya noto en el cuerpo el precio que voy a pagar por mi velocidad: además del pitido incesante del casco, la tela del traje se está calentando a causa del sobreesfuerzo, sobre todo en las articulaciones, donde hay más fricción. Me brota vapor de los hombros hacia el aire frío. Pronto se convertirá en humo y, conociendo mi suerte, Yuna tendrá a su disposición un lanzallamas humano para usarlo contra los mortícolas antes de que lleguemos a la calle 30.

—¿Has visto eso? —pregunta Yuna—. Ahí, una manzana hacia el sur. ¡He visto a alguien en el tejado!

Por desgracia, no tengo manera de mirar hacia arriba y, al mismo tiempo, correr por la acera a sesenta y cinco kilómetros por hora sin estrellarme por accidente contra una boca de incendios.

—Bájame en el próximo cruce —me ordena Yuna.

—Serán cuatrocientos dólares —jadeo—. Más la propina.

—Uf. Cómo están las tarifas de los taxis últimamente.

—Es la inflación. ¡Qué le vamos a hacer!

Nos detenemos el tiempo justo para que Yuna se baje de mi espalda antes de volver a arrancar a la velocidad máxima. Si no fuera por las manchas de sangre, sería difícil darse cuenta de que Yuna ha estado a punto de volar por los aires. El tejido autocurativo del exotraje oculta cualquier posible rastro de herida y, si aún le duele algo, lo disimula tan bien que da miedo.

—Ya casi hemos llegado —murmura—. Creo que es en la siguiente calle.

La niebla que se cernía sobre la ciudad al atardecer envuelve ahora todos los edificios en un fantasmal velo blanco. A través de la

bruma, las farolas altísimas y los árboles enjutos y jóvenes de ramas esqueléticas destacan con nitidez. Reprimo un escalofrío. Puede que los mortícolas que haya por los alrededores no nos vean acercarnos, pero nosotras estamos igual de ciegas.

—¿Crees que…? —empiezo a decir.

Yuna me agarra del codo y tira de mí hacia las sombras de un elegante arco de mármol. Se lleva un dedo a los labios.

En el silencio, el crujido de los árboles del parque que hay más allá es más estruendoso que el castañeteo de los huesos. Se levanta una ráfaga de viento que arrastra consigo el hedor de los huevos podridos.

Pero lo que veo no es un mortícola.

Es una piltrafa desmoronada en medio de la calle, demasiado pequeña para ser un monstruo y demasiado grande para ser algo distinto a humano. Desde aquí es imposible distinguir de quién se trata, pero, por el brillo del exotraje, resulta obvio que es un *maverick*.

Y, cuanto más tiempo permanece inmóvil bajo el fino pero creciente manto de polvo de estrellas, más cuenta me doy de que debe de ser…

—Tenemos que acercarnos —digo con la voz ahogada—. Tenemos que comprobar si de verdad está…

—No puedes —sisea Yuna—. ¿Has oído hablar alguna vez de un mortícola que se haya cobrado una víctima y abandonado el cadáver? Tiene que haber sido un humano. Es una puñetera trampa, y lo sabes. No tenemos más remedio que esperar hasta el amanecer para recuperar el cuerpo.

Me llevo la mano al pecho, justo sobre el corazón, e intento sin éxito sofocar la tormenta que me está desgarrando por dentro.

—Tengo que saberlo —susurro—. Tengo que saber quién es.

Yuna me mira durante un instante prolongado.

—Eres una zorra imprudente, ¿lo sabías?

—Sí.

Al cabo de un segundo, desenfunda su pistola.

—Te cubriré. Pero no esperes que pierda la vida por ti ni nada por el estilo.

No puedo esperar nada mejor. Respiro hondo, me lleno los pulmones al máximo de oxígeno y después lo expulso con un uf violento, como si exhalando con la fuerza suficiente pudiera librarme del miedo.

No funciona.

Así que, antes de que el terror me lo impida, abandono la seguridad del arco y echo a correr sin pensarlo hacia la oscuridad que me espera.

CAPÍTULO CUARENTA

La niebla se abre ante mí como una brumosa cortina para dejar al descubierto la forma inmóvil de un maverick tendido bocabajo en el asfalto.

Ya antes de darle la vuelta, sé que es él.

La gabardina le rodea el cuerpo como un charco lleno de arrugas. El suelo está ya tan oscuro y húmedo que, hasta que la piso, no reparo en la sangre que lo empapa a la altura de la cabeza del caído. Cuando veo de dónde sale, se me encoge el estómago. Me doy cuenta de que tiene un agujero redondo, más pequeño que una moneda, en la parte trasera del casco.

Un agujero de bala.

Esto ha sido obra de un humano.

La conmoción es tal que se me ofuscan los sentidos. Me muerdo el nudillo para no gritar. No siento nada, ni siquiera cuando empieza a sangrar.

El polvo de estrellas se amontona sobre la herida para intentar reparar el daño. Es capaz de sanar incluso las lesiones más graves, siempre y cuando la vida aún te corra por las venas. Pero la muerte…, la muerte no puede enmendarla.

De repente, vuelvo a tener cinco años. Derrumbada sobre el cemento, con las lágrimas rodándome por las mejillas, paralizada de terror mientras mi madre dispara contra el mortícola que le da vueltas a la cabeza de mi padre sobre su propio cuello como si fuera el tapón de una tozuda botella. Hasta que la carne y los huesos por fin se desgarran y el monstruo se lo traga entero de un bocado.

La veo girarse hacia mí, con los ojos marrones llenos de rabia y desesperación. «Corre, Rei». Su voz me exhorta también ahora. «Huye de esos monstruos antes de que sea demasiado tarde».

Y quiero hacerlo.

Quiero huir de esta pesadilla.

Quiero huir de este mundo de violencia sin sentido y crueldad injusta en el que la gente a la que quiero no deja de morir.

Cierro los ojos con fuerza mientras le doy la vuelta a Kieran. No soporto mirarlo, imaginar sus ojos ciegos tras el muro plateado de la visera. Aunque una bala podría salir volando de entre la niebla y acabar conmigo en cualquier momento, no he olvidado lo que me pidió que hiciera, lo que le negué con el convencimiento y la esperanza de que todos llegaríamos al amanecer. «Si me pasa algo esta noche, necesito que le des una carta a Cassie».

Le paso una mano por los bordes del abrigo para intentar encontrar el bolsillo interior. Hurgo. Un gruñido de frustración me desgarra la garganta. No encuentro la puñetera carta. Aprieto los dientes con tanta fuerza que podría partir una piedra y me obligo a abrir los ojos.

Lo primero en lo que me fijo es en que el bolsillo está vacío. Lo segundo, en que por debajo del casco de Kieran escapan varios mechones de pelo rubio, como de oro hilado con finura.

Me llevo una mano a la boca para ahogar un grito. Después, desabrocho el cierre y por fin le quito el casco.

Noëlle me mira con fijeza, con los ojos azules de un gris pizarra sucio. Tiene los dientes apretados, como si no pudiera escapar del miedo ni siquiera en la muerte.

Le paso una mano por la mejilla helada, que hace menos de una hora estaba caliente y llena de vida mientras nos abrazábamos y le decía que contara con su equipo. Que contara conmigo, con su amiga. Le prometí a Noëlle que ya no tendría que luchar sola y, sin embargo, así es como ha muerto.

Entonces aparece un sentimiento peor. El alivio. Porque es ella y no Kieran.

La culpa me aplasta.

Oigo un crujido de estática en el interior del casco. La voz de Yuna me crepita en los oídos.

—Reynolds, se acerca algo. Deja el cadáver y sal de ahí.

Trago saliva. Con delicadeza, estiro una mano hacia el rostro de Noëlle y le cierro los párpados.

Despacio, me pongo en pie.

—No —contesto—. Que vengan. Estoy harta de huir.

Han pasado años desde que mataron a mis padres, pero no ha cambiado nada. Mientras los mortícolas sigan contaminando esta ciudad, mientras la sangre de los neoyorquinos continúe fluyendo por las calles hasta desembocar en las alcantarillas, la promesa que les hice seguirá sin cumplirse.

—Esto no tiene nada que ver con huir, sino con sobrevivir.

Desenfundo mis pistolas y clavo los talones en el suelo.

—Me niego a dejar a Noëlle aquí tirada y sin protección. No permitiré que devoren su cadáver y se peleen por los restos. No permitiré que nada la toque. Hasta el amanecer, no habrá bestia, humana o no, que se acerque a ella sin pasar primero por mí.

El silencio es mi única respuesta. Al principio, doy por hecho que Yuna me ha abandonado, pero entonces oigo tres fuertes ¡bang! Un montón de chispas salpican el suelo cuando Yuna dispara tres bengalas consecutivas hacia la noche. Mientras observo las espirales que las brillantes colas de cometa trazan entre la niebla, las manchas de color escarlata que pintan en el cielo, mi compañera sale corriendo de detrás del arco, con unos pasos tan ligeros como gotas de lluvia, y se coloca a mi lado.

Dondequiera que esté Kieran, solo puedo rezar para que él —o cualquier otro *maverick* que siga vivo— vea las bengalas. Son una petición de ayuda. Pero también son una declaración de intenciones. Un grito de guerra.

«Aquí estamos —le dicen a la oscuridad—. Así que ven a buscarnos».

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

—Debe de haber batido el récord como persona que menos tiempo ha ostentado el cargo de *maverick* de la historia —comenta Yuna mientras contempla el rostro desnudo de Noëlle.

—¿Sabes qué es lo más triste? —murmuro mientras recuerdo nuestra última conversación—. Que ni siquiera quería dedicarse a esto.

—¿Cuántos crees que lo deseamos en realidad?

La miro, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

Sin perder ni un segundo, Yuna se agacha y le toca la frente a Noëlle.

—Solo digo que todos tenemos nuestras razones, pero, para algunas personas, unirse al Sindicato no es más que un medio para conseguir un fin.

Empieza a rezar en voz baja antes de que pueda pedirle más explicaciones.

Y, después, decide quitarle a Noëlle la gabardina de *maverick*.

—¡¿Qué haces?! —exclamo, indignada.

Podría haber entendido que se quedara con el casco de nuestra compañera, porque, a pesar del agujero de bala que tiene en la parte de atrás, la visera sigue intacta, así que le ofrecería una mejor protección que el que lleva puesto ahora. Pero no me parece bien que le arrebate el abrigo, el único y más importante trofeo que ha recibido por sus disputados logros… y por su disputado su sacrificio.

—¡Para!

Sin él, se la ve demasiado expuesta, es casi como si estuviera desnuda. Pero Yuna no se detiene, consigue sacarle un brazo inerte de una manga y luego el otro.

—Controla tus emociones, Reynolds. ¿No ves lo vulnerables que estamos ahora mismo? Te guste o no, Cartier no va a necesitar su abrigo en un futuro próximo. Es el cebo perfecto y tenemos que aprovechar todas nuestras posibles ventajas. Así que deja de mirarme con esa cara y ayúdame.

Yuna termina de arrancarle el abrigo ensangrentado a Noëlle a toda prisa y coloca la tela en el suelo, en medio de la calle, dándole una forma vagamente humana. Juntas, levantamos a Noëlle del suelo

y nos la llevamos al parque que hay al final de la manzana. Apenas la hemos depositado en la hierba, al cobijo de los árboles, cuando nos llega el olor. Una combinación de residuos y podredumbre que nos resulta demasiado familiar y, sobre todo, la característica *eau* de huevos podridos.

Pero no es el olor en sí lo que nos impacta tanto, sino su intensidad. Son más de uno.

Nos agazapamos detrás del enorme tronco de un roble. Me obligo a respirar por la boca para no vomitar dentro de mi propio casco.

—¿Cuántos son?

¿Diez? ¿Quince? ¿Más?

—No lo sé. Asegúrate de que dispones de munición suficiente.

Yuna comprueba sus armas con unos movimientos tan firmes y metódicos como los de un neurocirujano en plena operación. Su calma me saca de mis casillas.

—No pareces muy preocupada —susurro.

—¿Tendría que estarlo?

—La perspectiva de luchar contra diez mortícolas a la vez haría que cualquier maestro rompiera a sudar.

—Yo no sudo.

Me muerdo la lengua. Ahora la peste de los mortícolas es ya tan penetrante que noto su sabor en el aire. No sé muy bien si se trata de una bendición o de una maldición cuando la niebla empieza a disiparse a gran velocidad, como si la inminente batalla la ahuyentara. Mejora nuestra visión, pero también facilita que nos vean.

Los colmillos nocturnos son los primeros en llegar. Un cuarteto que se desliza de sombra en sombra con tanto sigilo como la propia oscuridad. El más grande tiene demasiados colmillos para que le quepan en la boca, así que han empezado a brotarle de las mejillas como caprichosas agujas de tejer. Los cuernos con púas que les sobresalen del cráneo como si fueran una corona no impresionan menos.

En la calle, la reja de una alcantarilla explota y sale volando por

los aires. El metal chirría y se arrastra por el pavimento con gran estrépito. De la cloaca sale, casi a presión, la forma retorcida de un mortícola con una piel gris y gomosa que se bambolea al ritmo de los movimientos la bestia. La saliva le cae a chorro por la barbilla, reflejando la luz, y le gotea por los bigotes. Cuando ve a los colmillos nocturnos, se queda paralizado y, durante un absurdo segundo, pienso que van a despedazarse entre ellos.

Pero entonces veo que cinco, seis, siete ejemplares más de sus gomosos congéneres salen culebreando del agujero, y que su gruesa cola de reptil y otros apéndices arrugados dejan tras ellos estelas de baba y agua de alcantarilla en los carriles bici.

Ambas partes se reúnen alrededor del abrigo ensangrentado de Noëlle. Es como si estuvieran… esperando. No tengo ni la menor idea de a qué. Percibo que mi asombro se replica en Yuna. Salvo para matarse los unos a los otros en sus disputas territoriales, los colmillos nocturnos y los demás mortícolas no interactúan nunca, así de sencillo. Se supone que no se agrupan, que no cazan en manada. En la guerra contra ellos, es una de las pocas ventajas que la División de Arietes ha podido explotar: las rutas de patrulla por toda la ciudad se coordinaban bajo el supuesto de que solo tendríamos que enfrentarnos a uno o dos monstruos a la vez… Si éramos lo bastante rápidos, claro.

Pero resulta obvio que el enemigo ha evolucionado.

Presa de la inquietud, repaso la logística en mi cabeza. En principio, con nuestras armas y nuestro entrenamiento, no debería costarnos eliminar a los mortícolas de las cloacas desde lejos. Los que me preocupan son los cuatro colmillos nocturnos, sobre todo porque el último contra el que luché en la estación de metro un par de días antes del Torneo parecía haber desarrollado algún tipo de resistencia contra las balas.

Un ataque sorpresa será nuestra mejor baza. No puedo confiar en Yuna porque no cuenta con ningún tipo de experiencia en enfrentamientos reales sobre el terreno, pero, si me ayuda a acabar primero con los mortícolas de las alcantarillas, puede que incluso tenga alguna posibilidad —por inconcebible que parezca— de eliminar también a los colmillos nocturnos.

Le hago una señal a Yuna. Ella sacude la cabeza con ferocidad y señala en dirección contraria a la reunión de mortícolas. Mi plan queda reducido a polvo ante mis ojos cuando el suelo se estremece y una horda de gigantescas abominaciones insectoides inunda la calle.

Hay una que parece un ciempiés y se aferra a la fachada de los edificios con cientos de forcípulas dentadas. Otra recuerda a un escarabajo, aunque solo tiene una mandíbula abierta donde debería estar la cabeza. Son un abrumador total de seis.

Cierro las palmas pegajosas hasta formar sendos puños y analizo nuestro entorno en busca de cualquier cosa que pueda ayudarnos a escapar, de cualquier cosa que calme la repentina y nauseabunda certeza de que no tenemos escapatoria que se me ha instalado en las entrañas. Se necesitaría la fuerza de una decena de *mavericks* para vencer a tal cantidad de mortícolas. Me aferro con una mano a la corteza del poderoso roble que nos separa de la muerte.

Solo me queda una idea.

—Yo los distraigo —le digo a Yuna.

Vuelve la cabeza de golpe hacia mí, sin dar crédito a lo que oye.

—¿Qué?

—Es culpa mía que estés aquí atrapada. Pero puedo ganar tiempo para que escapes.

Tarda un largo instante en reaccionar. Y al final:

—Ese es el peor plan del mundo.

Me cuesta continuar hablando en voz baja:

—Escúchame, es imposible que las dos salgamos vivas de aquí. No mereces morir por mi culpa.

—No, escúchame tú a mí. Yo me encargo de la distracción. Tú ve por la derecha, yo iré por la izquierda. Súbete a ese edificio de ahí y cárgate a todos los mortícolas que puedas.

Se saca del bolsillo un fragmento de mármol blanco con una forma parecida a la de una luna creciente. Deduzco que debe de ser su Artefacto… Como el mío es no sirve para nada, me había olvidado por completo de que podíamos usarlos.

Pero la Cuarta Garra de la Fortaleza no tiene nada de inútil.

Sin darme tiempo a rebatir su plan, Yuna le murmura algo a la Garra que tiene en la palma de la mano y la lanza hacia la calle con todas sus fuerzas. El mármol rebota con estrépito durante varios

metros. Los mortícolas dejan de husmear el abrigo de Noëlle y se ponen alerta; se gruñen y se enseñan los dientes los unos a los otros hasta que localizan el objeto extraño. Durante un momento aterrador, no ocurre nada.

Entonces la Garra cobra vida y se expande a gran velocidad hasta transformarse en una losa que se alarga y se convierte en una joroba de mármol; después, se hincha y adquiere la forma de un enorme montículo de piedra blanca, que continúa floreciendo hasta que se le comienzan a formar una melena espesa y salvaje y unos rasgos majestuosos. Cuatro enormes zarpas se abaten sobre el asfalto y lo resquebrajan con un temblor que hace que los mortícolas se dispersen. Un inmenso león de mármol se alza sobre las patas traseras en medio de Madison Avenue. Tras sacudirse la melena, lanza un explosivo rugido.

Fortaleza, una de las magníficas estatuas gemelas que custodian la entrada de la Biblioteca Pública de Nueva York.

Aunque el enorme felino está tallado en piedra, no es algo que parezca importarle. Embiste de inmediato contra el grupo de mortícolas con la furia de un tsunami. Se abalanza sobre los que tienen aspecto de insecto y les clava los colmillos profunda y alegremente.

Los mortícolas de las alcantarillas arremeten contra *Fortaleza* desde todos los flancos, le dan cabezazos que lo zarandean de un lado a otro como si fuera un saco de boxeo. El león escupe la pata del monstruo escarabajo y gruñe.

—¿A qué estás esperando? —estalla la voz de Yuna en mi casco.

Doy un respingo al darme cuenta de que ella ya está en posición. En medio del caos, consigo cruzar la calle a toda velocidad y sin que nadie repare en mí. Me rozo los pulgares con los dedos corazón. Al recibir la orden, los propulsores del exotraje me elevan unos diez metros en el aire. Aún estoy volando cuando me doy la vuelta y desenfundo las pistolas para que las primeras balas caigan incluso antes de que aterrice en lo alto del edificio más cercano a la pelea. Pasan zumbando junto al león rugiente y atraviesan las fauces del mortícola de alcantarilla que tenía aferrado a la melena. El resto de las bestias se alejan, pero el *staccato* estridente de mis disparos y el plinc plinc de los casquillos que caen no cesa nunca.

Los gritos de agonía de los monstruos son la canción más hermosa

que los he oído cantar.

Cuando termino de vaciar los dos cargadores, el suelo está atestado de cadáveres de mortícola. Mientras recargo la segunda arma, el colmillo nocturno de mayor tamaño levanta la cabeza. Dos ojos negros como el veneno me convierten en su objetivo. Los otros tres no tardan en darse cuenta. El corazón se me acelera cuando se encaminan con sigilo hacia mí. En cuanto *Fortaleza* se interpone en su camino, el colmillo nocturno más grande lo ataca y le raja la cara con las garras. La nariz del león cae al suelo. Los demás lo imitan y destrozan a *Fortaleza* pedazo a pedazo. Cada vez que disparo, se limitan a agacharse y a utilizar el torso de mármol de *Fortaleza* a modo escudo.

El león los acomete con un rugido. Se precipita contra el líder de los colmillos nocturnos y lucha cuerpo a cuerpo con él bajo los semáforos. Cuando el monstruo intenta morderle, *Fortaleza* le devuelve el bocado. Tiene el corazón literalmente de piedra, así que no les tiene miedo a sus colmillos. Le asesta un zarpazo en la cara a la bestia y le atraviesa una capa del pelaje de marta.

El mortícola deja escapar un aullido y retrocede.

Fortaleza lo contempla, con una expresión no menos regia a pesar de que ahora le falta la mitad de la cara.

Despacio, el colmillo nocturno agacha la cabeza en señal de sumisión. La sangre le mana a borbotones del profundo corte que le atraviesa la mitad izquierda de su terrible rostro.

Y, entonces, le clava los cuernos en el pecho al león. El mármol se fractura y se transforma en una red de grietas.

El resto de los colmillos nocturnos se abalanza sobre *Fortaleza*. Mis balas no consiguen disuadirlos de su brutal ensañamiento. El león se agita con desesperación mientras le machacan las patas. Aunque lucha con el espíritu de mil guerreros, hasta la piedra termina por desmoronarse. Cuando intenta ponerse en pie, se estampa de nuevo contra el suelo. Gimotea con aire lastimero llamando a Yuna. Es la última vez que lo veo antes de que los colmillos nocturnos empiecen a pisotear sus restos. Cuando el polvo se asienta, descubro que han arrasado hasta el último vestigio del poderoso rey, a excepción de su cuarta garra, que descansa sobre un charco de sangre de mortícola.

El líder de los mortícolas la agarra con los dientes y la devora.

Satisfechas, las cuatro bestias se suben al bordillo y forman una fila ordenada. Me miran fijamente, sumidas en un silencio siniestro, como cuatro buitres horribles y sedientos de sangre. Sin romper el contacto visual, levanto la pistola y aprieto el gatillo.

De repente, como salido de la nada, el mortícola ciempiés aparece dando tumbos delante de los colmillos nocturnos. La piel ondulante y gomosa se le ondea al absorber el impacto de la bala. Sin vacilar, la criatura salta hacia el lateral del edificio al que estoy encaramada y utiliza las forcípulas a modo de piquetas de escalada para trepar hasta el tejado.

Me cuesta mucho mantenerme firme mientras asciende hacia mí con un brillo triunfante en los ojos rojos, como si ya se estuviera imaginando atiborrándose de mi carne. Abro fuego. Grita de dolor cuando las balas le atraviesan el cuerpo. Sin embargo, pese a los plops con los que los pedazos de su carne aterrizan sobre la acera, continúa trepando. Asoma la cabeza por el borde del tejado. Me obligo a esperar y retrocedo hasta que, con gran esfuerzo, consigue encaramarse del todo al tejado.

No es hasta que le veo el fondo de la garganta y siento su aliento caliente y dañino rozando la superficie de mi exotraje cuando por fin aprieto el gatillo.

La bala le entra como un torpedo directamente hasta el esófago y se le aloja en lo más profundo del vientre. Esta vez, cuando el proyectil explota, le revienta el cuerpo entero y lo hace saltar por los aires en mil pedazos.

Al resto de los mortícolas no les hace ninguna gracia.

Se precipitan hacia el edificio todos a la vez y comienzan a remontar la fachada ladrillo a ladrillo.

Suelto un improperio mientras me limpio las tripas grisáceas de la visera.

—¡Park! ¿Dónde coño estás? ¡No me vendría nada mal tener un poco de ayuda!

—Tú sigue concentrada en matar a los mortícolas menores. Cuento contigo.

—¿Qué? ¿Qué estás…?

Abro mucho los ojos. Abajo, en la calle, los colmillos nocturnos observan el asedio con gran serenidad, ajenos a la figura que carga contra ellos a través de los árboles. Yuna blande su vara, los gritos de los monstruos ahogan los rumores de su aproximación.

Va a enfrentarse a ellos en solitario.

Durante el más breve de los segundos, el miedo me hace titubear. En ese preciso instante, a uno de los colmillos nocturnos se le crispa la nariz. Con los labios curvados hacia atrás en un gruñido, se da la vuelta justo cuando Yuna se eleva en el aire.

El extremo de la vara de mi compañera estalla. Las ramificaciones del relámpago dividen el cielo nocturno y se enredan alrededor del cuello del mortícola como cuerdas de electricidad. La bestia deja escapar un chillido impío. Los demás se apartan del rayo, con las orejas pegadas al cráneo. Incluso desde aquí arriba, siento el calor del odio que les arde en los ojos negros.

—¡Sal de ahí! —le grito a Yuna.

Blasfemo de nuevo. Mantener a raya a los otros mortícolas me está dando mucho trabajo. Me atacan con renovado fervor, enardecidos por el griterío de más abajo, trepando los unos sobre los otros para llegar cuanto antes al borde del tejado.

El estallido de otro relámpago desgarra la oscuridad. Consigo echar un vistazo al pandemonio de la calle. Aunque me resulte increíble, Yuna continúa en pie. Y no solo continúa en pie, sino que sigue luchando contra cuatro colmillos nocturnos. Ella sola. Serpentea entre ellos como una lengua de fuego, se escabulle de sus garras y les golpea donde más les duele. Salta de un mortícola al siguiente utilizando los cuerpos de las bestias como plataformas de lanzamiento privadas y dejando un torbellino de destrucción a su paso. Me vienen a la cabeza las estadísticas de su expediente: «prodigio del taekwondo». Pero, por muy prodigiosa que sea, hay algo que no cuadra. Trata la vara como si fuera una extensión de su cuerpo: para atacar, para bloquear, para recuperar el equilibrio. Todos y cada uno sus movimientos emanan confianza. Sus pasos ágiles y ligeros me recuerdan a las bailarinas del Metropolitan Ballet. Sigue la coreografía como si volara y lucha no con cautela, sino con intimidad.

«No es la primera vez que lo hace», pienso de repente. No me extraña que le hicieran tanta gracia mis suposiciones sobre su experiencia.

El ruido de los arañazos de unas garras me saca de mi trance. Aprieto los dientes y vuelvo a centrar mi atención en los mortícolas de las alcantarillas, a los que apenas les faltan unos segundos para alcanzar el tejado. Cuando estiro la mano para buscar un nuevo cargador, rozo demasiadas cartucheras vacías con los dedos.

Un mortícola alcanza el tejado. Le doy una patada, pero me agarra el pie. En lugar de sacudir la pierna para quitármelo de encima, la levanto y, cuando la bestia está a la altura necesaria para poder apuntarle con una pistola por debajo del muslo, le disparo justo entre las repulsivas mandíbulas. Se tambalea hacia atrás debido al impacto de la bala…, pero no me suelta.

La porquería del tejado hace que el tacón me resbale. Durante un segundo petrificante, me inclino sobre el borde, a punto de perder el equilibrio. Un sudor frío me chorrea por la espalda. Con un gruñido, le estampo la bota sobre la cintura al monstruo y aprieto los dedos pulgar y corazón.

El exotraje me hace salir disparada hacia atrás y me libera de las garras del mortícola. Choco de espaldas contra un conducto de ventilación y me quedo sin aire en los pulmones. Me deslizo hacia el suelo. Algo explota. Abajo, los gritos estridentes de los mortícolas se ven interrumpidos por un tremendo y húmedo PLAF.

Me pongo en pie como puedo y me arriesgo a mirar hacia la calle.

Hay una montaña humeante de cadáveres de monstruos sobre la acera. La última bala que he disparado debía de estar defectuosa: ha detonado tarde y, aun así, en el momento perfecto.

Otro grito perfora el aire. Esta vez es humano. Solo queda un colmillo nocturno con vida, el más grande. No sé cómo, pero Yuna sigue ingeniándoselas para defenderse en el enfrentamiento mano a mano. Ya no tiene tanta fuerza, pero el colmillo nocturno tampoco. La bestia arremete con torpeza contra el vientre de su rival, cojeando. La *maverick* lo esquiva con facilidad y aprovecha la abertura para lanzarle una estocada a la cara. El monstruo la esquiva por los pelos, retrocede unos pasos y comienza a rodearla con una mirada recelosa. Ella, sin embargo, continúa con la ofensiva, sin dejar que se aleje demasiado.

Con un gruñido, levanta la vara por encima de la cabeza para acabar con él.

Grito en señal de advertencia cuando el colmillo nocturno

arremete contra ella a toda velocidad. Ya es demasiado tarde cuando me doy cuenta de que, durante todo este tiempo, la fatiga de la bestia ha sido fingida, de que lo que pretendía era acorralar a Yuna contra uno de los cadáveres de colmillo nocturno que colman la calle. Se me encoge el estómago cuando la *maverick* tropieza y cae al suelo. Enseguida comienza a arrastrarse, a intentar ponerse fuera del alcance del monstruo lo antes posible, pero en realidad solo consigue quedar atrapada entre las extremidades del enorme cadáver.

—¡NO! —grito.

Yuna me busca con la mirada. Tiene los ojos preñados de terror. Mueve los labios: tres palabras susurradas, casi demasiado quedas para que mi casco las capte:

—Encuentra a Jae.

Las garras del colmillo nocturno caen como un destello de plata.

SHHH… KLERUNCH.

La sangre rocía el aire. Las garras le atraviesan limpiamente la parte blanda del cuello, pero es el chasquido de los huesos de Yuna lo que resuena más fuerte que un disparo.

No puedo moverme. No puedo respirar.

La cabeza de mi compañera rueda calle abajo. Choca con suavidad contra el bordillo.

Los oídos se me llenan del ruido de la estática. Los contornos del mundo se vuelven borrosos, como si fuera una señal demasiado lejana. Todo ha sucedido muy rápido.

El colmillo nocturno olfatea el muñón ensangrentado del cuello de Yuna. Tras pensarlo un momento, lo coge entre las mandíbulas y arroja el cadáver hacia la alcantarilla. Chof. Aterriza justo al lado de la cabeza cortada y le salpica la cara de mugre marrón y vísceras de mortícola.

Me quito el casco y vomito por el borde del tejado.

El colmillo nocturno vuelve hacia mí una mirada de ojos negros y brillantes. Parece conformarse con lamerse las heridas y esperar, ahora que me tiene acorralada.

Sufro una última arcada. Un ardor horrible me llena el pecho. Se me extiende por las venas y ahoga cualquier otra sensación.

Despacio, me limpio la bilis de la boca y levanto la cabeza.

Dejo que me consuma como un incendio. Dejo que me empape los huesos con la promesa de la ira como una tormenta.

Respiro hondo.

Y luego me dejo caer por el borde.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Mis botas chocan con fuerza contra la acera. Los latidos del corazón me retumban en los oídos: el ritmo resuelto e imparable de un tambor de guerra con el que marcho hacia el enemigo. Me acerco al cadáver de Yuna y le arranco la vara de los puños. La vara me ronronea entre los dedos, ajena al violento final con el que se ha topado su anterior dueña.

Todo el miedo, el terror y el pánico que me han inundado el sistema durante la noche se han desvanecido. Por primera vez en este anochecer, mi mente se vacía por completo de pensamientos. Como si caminara a través de un sueño, todo se desdibuja excepto el arma, sólida y pesada entre mis manos, y la furia fría y borboteante de mi corazón.

El colmillo nocturno se pone en pie con pesadez. Un gruñido grave le brota de la garganta. Le enseño los dientes y le devuelvo el gruñido. Se acuclilla, preparándose para atacar.

No se lo permito. Estampo la empuñadura de la lanza contra el suelo. Los relámpagos se elevan hacia el cielo. Echo el brazo lo más atrás que puedo, hasta que el hombro comienza a protestarme por el esfuerzo, y le hinco el extremo de la vara al mortícola en el horroroso hocico. El rayo restalla a mi alrededor como un látigo e impacta en la carne del monstruo con un crac ensordecedor. Aunque me escuecen los ojos a causa del humo, lo ataco sin tregua, danzando fuera de su alcance cada vez que intenta herirme con sus garras.

—¿Qué te pasa? —grito cuando tiro al colmillo nocturno al suelo. Se desploma sobre un costado, con el pecho agitado, luchando sin el menor rastro de su anterior vigor—. ¿A qué esperas? ¡Mátame!

Lo golpeo una y otra vez hasta que la electricidad hace que le convulsione el cuerpo entero y de la boca le salen espumarajos teñidos de color carmesí.

—¿Te has sentido satisfecho al matar a esos *mavericks*? —vocifero —. ¿Te ha valido la pena?

Cometo el error de mirarlo a los ojos vengativos…, aunque algo ha cambiado. Entre un parpadeo y el siguiente, me recuerdan a los de otro colmillo nocturno, aún no corrompidos por el mal. Hay un dejo de… remordimiento, incluso.

El rayo se apaga con un chisporroteo. La pausa en la tortura le arranca un gemido de alivio al colmillo nocturno.

Y después chilla cuando le clavo la vara en todo el ojo izquierdo y subo la potencia al máximo. Cuento hasta diez, apretando los dientes y aferrándome al arma para mantenerla hincada mientras el monstruo corcovea. Retiro la lanza. Y a continuación se la incrusto en el otro ojo.

Mucho después de que el cuerpo deje de agitársele debido a las réplicas, mantengo la vara eléctrica clavada en el cráneo del monstruo y observo las volutas de humo que le salen del pelaje incinerado. Todavía no me atrevo a soltarla. Al cabo de un minuto, la empuñadura comienza a escaldarme la mano. Me limito a clavarla con más fuerza en el cráneo del colmillo nocturno, a hacer crujir cartílagos y huesos. Un segundo después, el asta emite un destello incandescente, el único aviso que me ofrece antes de partirse por la mitad, sobrecargada, y estallar en una lluvia de esquirlas. La mayoría rebotan en la superficie de mi exotraje, pero unas cuantas me desgarran la cara desnuda.

Me arranco una esquirla que se me ha clavado en la frente. La sangre me gotea hasta el ojo y tiñe el mundo de rojo.

Me tiemblan las piernas.

Más que apoderarse de mí, el cansancio me aplasta contra el cemento. Camino a trompicones por la calle hasta que me desplomo contra la señal de una parada de autobús.

El silencio se dilata a lo largo y ancho de muchos kilómetros. Ahora que todo ha terminado, me parece que la ciudad está más vacía que nunca.

Una luz blanca y luminosa destella sobre las escamas de mi exotraje. En lo alto, la luna pasa por la veta de cielo que asoma entre dos edificios mientras avanza hacia el oeste como un ladrón furtivo. Llevo casi veinticuatro horas sin dormir. Pronto, el amanecer…, bueno, amanecerá.

Estoy tan agotada que podría acurrucarme en el suelo justo debajo de la señal de la parada y dormir durante mil años. Pero aún faltan varias horas para que amanezca, y un número indeterminado de mortícolas podría doblar la esquina en cualquier momento. Entretanto, me he quedado sin munición, he destrozado la vara de Yuna y, a estas alturas, dudo que pudiese levantar algo que pesara

más que un guijarro para defenderme.

Con el ánimo por los suelos, me pongo en pie y me arrastro hacia donde yace Yuna. Me coloco su cabeza entre los brazos y la llevo hasta la zona herbosa en la que descansa Noëlle.

Después, comienzo la extenuante tarea de arrastrar el resto del cadáver de mi compañera hacia el otro lado de la calle. Hago cuanto está en mi mano por colocarle los distintos pedazos donde toca y limpiarle la suciedad de la cara.

Más tarde, les registro los abrigos y los uniformes en busca de armas. Solo encuentro un cargador usado entre los restos de Yuna; por lo que parece, Noëlle había perdido todo el equipo antes de llegar a esta zona, el Artefacto incluido. Me planteo hurgar entre las tripas del colmillo nocturno que ha matado a Yuna para intentar desenterrar la Cuarta Garra de Fortaleza, pero no hay garantías de que lo consiga y, de todas formas, el malestar que siento en lel estómago me dice que lo más probable es que no esté preparada para la tarea.

Clic. Recargo mi arma con el cargador de Yuna. Me quedan dos míseras balas. El refugio más cercano está a varias manzanas. Hasta que lleguen los refuerzos, tendré que arreglármelas así.

Me hundo en la hierba fresca y me apoyo contra el roble, con la pistola posada en el regazo. Levanto los ojos hacia las estrellas. Nunca las había visto así, ni siquiera antes del Desvanecimiento, antes de la implantación del toque de queda: una impresionante extensión de luz deslumbrante, como si alguien hubiera robado todos los diamantes de la Tierra y los hubiera lanzado directamente hacia el cielo nocturno.

—Las estrellas están preciosas esta noche —les murmuro a mis amigas caídas—. Ojalá pudierais verlas.

Una ramita cruje en algún rincón del parque. Me quedo inmóvil, con el arma ya apuntando a la oscuridad.

Un joven sale de detrás de un árbol, con la preciosa cara ensangrentada y el abrigo desgarrado.

El corazón me golpea las costillas.

—¿Kieran? —susurro con la voz ronca. El torrente de esperanza y alivio que experimento me abruma tanto que casi se me saltan las lágrimas—. Estás vivo.

Una sonrisa confusa y anonadada se le dibuja en los labios. Yo también estoy viva. Asiente, al parecer mudo de incredulidad. Despacio, con cuidado, empieza a acercarse a mí como si me tuviera por un animal herido al que teme espantar. Cuando ve los dos cadáveres que descansan a mi lado, la aflicción le oscurece las facciones. Me tiende los brazos.

Me pongo en pie con dificultad y me fundo en un abrazo con él. Me roza el cuello con los labios.

Y entonces, sin levantar la vista, le meto una bala en la sien.

Se pone rígido. De repente, sus brazos parecen de hierro. Más arriba, veo que unas mandíbulas abiertas y con los dientes situados a escasos centímetros de mi yugular le sustituyen la mitad inferior del rostro. Me libero justo cuando el mortícola, recuperada su forma original, se desploma contra el suelo con un balido patético mientras la bala le disuelve las entrañas.

Antes de que los chillidos del monstruo se hayan apagado del todo, capto el ruido de unos pasos que corren hacia mí. Me preparado para disparar por si se trata de otro monstruo, pero entonces oigo una voz que me vacía los pulmones de aire.

—¡Rei! ¿Rei? ¿Eres tú?

Niego con la cabeza, pero no puedo resistirme a contestar a la llamada.

—Tía… ¿Tía Minyi?

Una segunda figura viene trotando hacia mí desde el otro lado del parque. Le veo la cara, la preocupación que reflejan sus ojos marrones, y me derrumbo. No puede ser otro mortícola: solo son capaces de replicar la voz o la apariencia, no las dos cosas a la vez.

Pero, en el último segundo, antes de que llegue hasta mí, aprieto los dientes y encuentro la fuerza necesaria para gritar:

—¡Detente ahora mismo!

Duda y levanta las manos.

—Lo siento. Necesito… Necesito comprobar que eres tú de verdad. Te he oído antes de verte. Dime algo ahora —le suplico con los ojos llenos de lágrimas.

Estoy muy cansada.

Pero, cuando mi tía abre la boca para hablar, detecto un movimiento a su espalda, a apenas unos metros, y otro mortícola se precipita a toda prisa hacia ella. Con las mandíbulas desplegadas, se le tira directamente al cuello.

BANG.

Mi última bala se encaja en la garganta del monstruo. Grita y muere en una explosión de pringue viscoso y rancio.

Mi tía Minyi sonríe con orgullo y sigue avanzando hacia mí, aún sin hablar. Mi duda se convierte en temor al instante.

—No. No, detente ahí mismo —exclamo—. Detente o disparo.

No dejo de apuntarle al pecho con la pistola, pero, de algún modo, el monstruo descubre mi farol.

En cuanto se hace evidente que me he quedado sin munición, la sonrisa se le ensancha y se convierte en una mueca malvada llena de dientes brillantes y afilados como cuchillas.

La histeria se apodera de mí. Niego con la cabeza, desesperada.

—¿Cómo? ¿Cómo lo has…? He oído tu voz. ¡He oído tu voz! —grito.

Mi mirada se topa por casualidad con los cadáveres de los otros dos mortícolas a los que he disparado. Pienso en la emboscada. Se me ocurre una teoría absurda, pero ni siquiera quiero considerarla una posibilidad, puesto que significaría que, por primera vez desde que surgieron, los mortícolas por fin están aprendiendo a colaborar juntos. Y nada de lo que ha pasado esta noche —nada— es comparable con el terror que me provoca ese pensamiento. Porque ¿qué pasa si es verdad?

Que Manhattan está bien jodida.

Justo delante de mis narices, el cuello de mi tía Minyi crece y crece sin parar, la piel se le deteriora hasta dejar el hueso a la vista cuando el mortícola termina de despojarse de su disfraz. Hambriento, se fija en Noëlle y en Yuna, presas fáciles que no se defenderán.

—Ni se te ocurra —musito, pero me tiemblan los brazos.

Me llevo la mano a la bandolera por si se me ha pasado por alto algún cartucho de munición, y luego busco en los bolsillos del abrigo, que ya sé que están vacíos. No tengo nada con lo que matar al mortícola. Tendría que haberme traído una vara, por si acaso. Menuda cagada…

Cierro los dedos en torno a un diminuto objeto metálico, del tamaño aproximado de una moneda de diez centavos. Un centelleo de reconocimiento me recorre por dentro. Saco la vieja Ficha del metro.

Mi Artefacto.

—Por favor —susurro mientras me la acerco al pecho—. Aún no sé lo que haces, pero haz algo, por favor.

La hierba cruje. Abro los ojos de golpe cuando el mortícola carga, con las fauces abiertas y los dientes relucientes. Abro los brazos en cruz en un intento inútil de proteger los cadáveres de Noëlle y Yuna.

Mi último acto: protegerlas.

Algo me palpita en el pecho.

Un calor abrasador me recorre entera, me baja por los brazos y las piernas hasta la punta de los dedos de las manos y de los pies.

Una cúpula de luz dorada que se ondula a causa del calor estalla hacia delante e incinera al mortícola de un solo golpe. Los árboles cercanos se doblan hacia los lados debido a la fuerza de la explosión. Las ramas se marchitan. Las hojas se transforman en polvo.

La luz dorada se expande hacia fuera y se desvanece con un suspiro suave.

Tras la explosión, la piel me arde febrilmente. Me balanceo un momento antes de que me fallen las rodillas y me caiga al suelo. La Ficha se me escapa de las manos y rueda por la hierba. No veo dónde se detiene.

Tengo la cabeza apoyada en la pantorrilla de Noëlle. Justo antes de que todo se oscurezca a mi alrededor, distingo tres siluetas sombrías que se ciernen sobre mí. En el pecho de la del medio brilla una insignia: una estrella dorada, en el centro, rodeada de otras diez más pequeñas. Mueven la boca, pero las voces me llegan amortiguadas, sumergidas bajo el agua.

—*¿Es ella?* —pregunta la primera.

—*Eso parece* —responde la del medio.

Un destello de vaga familiaridad se agita en lo más profundo de las tinieblas de mis pensamientos.

—*No es más que una cría* —dice la tercera, dubitativa—. *¿Será de verdad la clave?*

Me aferro a mi conciencia con todas mis fuerzas. «¿La clave de qué?», quiero preguntar. Pero es una lucha perdida. Y, tras una noche llena de ellas, no me queda nada con lo que combatir. Así que, por fin, me rindo a la oscuridad.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

No siempre he pensado que los mortícolas merezcan morir.

Durante las vacaciones de invierno posteriores a mi duodécimo cumpleaños, me enganché tanto a un libro que era incapaz de soltarlo. De hecho, cuando se hizo de noche, abrí la ventana, sin despegar los ojos de las páginas, y saqué un tarro de cristal al exterior para recoger polvo de estrellas y poder seguir leyendo.

Tofu se subió a la cama a mi lado y se me acurrucó con delicadeza en la sangradura del brazo antes de proceder a echarse una siesta.

Horas más tarde, me desperté sobresaltada debido al estrépito ensordecedor de unos ladridos. Me quité el libro a medio leer de la cara y agucé la vista para intentar distinguir algo en la penumbra.

—¿*Tofu*?

Mi perro miraba hacia la ventana y gruñía con rabia, enseñando los dientes como nunca le había visto hacer. Debió de olerla primero.

La peste a aguas residuales.

Despacio, levanté la mirada hacia la ventana.

La ventana que me había olvidado de cerrar.

Había un mortícola intentando colarse por el hueco.

Me abalancé hacia ella y la bajé una y otra vez sobre las garras arrugadas del monstruo, no paré de golpeárselas hasta que retrocedió. Casi sin aliento, eché el pestillo de la ventana de guillotina y cerré los postigos de inmediato. Cogí una lata de granos de café y los esparcí por la repisa con los dedos temblorosos. ¿Cómo podía haber sido tan descuidada?

Abracé a *Tofu* y le enterré la cara en el suave pelaje hasta que dejé de temblar. Me lamió la cara y gimoteó, con los enormes ojos redondos llenos de preocupación. La gente decía que los perros no entendían las emociones como los humanos, pero yo a veces tenía la sensación de que *Tofu* me comprendía mejor que la mayoría de los humanos que conocía.

Diez minutos más tarde, me planté delante de la habitación de mi tía Minyi y me quedé mirando su puerta con nerviosismo. *Tofu* se

paseaba a mi alrededor con actitud protectora y gruñía a todas y cada una de las sombras que veía. Aunque estábamos en pleno anochecer, mi tía tendría que levantarse al cabo de menos de una hora para iniciar su turno. Lancé una mirada furtiva hacia el exterior por las ventanas de la cocina y vi que nada salvo el viento perturbaba el polvo de estrellas.

Decidí dejarlo pasar.

Una semana más tarde, me incorporé de golpe en la cama al oír un ¡paf! y un rumor de gruñidos. Una foto enmarcada en la que aparecíamos Maura y yo yacía bocabajo en el suelo, con el cristal hecho añicos. Salí tambaleándome de la cama para intentar coger a *Tofu*, que corría descontrolado por la habitación. Mi torpeza en la oscuridad era tan grande que tiré una lámpara y me di un golpe en el dedo gordo del pie con el borde de la estantería. Por fin, conseguí agarrarlo por el collar, pero opuso una gran resistencia, con todo el cuerpo apuntando hacia la ventana como una flecha.

O, mejor dicho, apuntando hacia lo que esperaba al otro lado.

Clavé la mirada en las cortinas que me impedían la vista, con las extremidades rígidas a causa del miedo a lo que no conseguía atisbar tras ellas.

Tofu gruñó.

Le señalé y le susurré con firmeza:

—Quieto ahí, chico.

Volvió la cabeza hacia mí, como diciéndome: «Tienes que estar de coña».

Le lancé una mirada severa y solté el collar. Dejó escapar un quejido suave, pero, a regañadientes, se sentó sobre las patas traseras. Cogí la lámpara de pie que había tirado al suelo. La agarré al revés, como si fuera un bate de béisbol, y me acerqué a la ventana con sigilo.

Con una mano, abrí las cortinas de golpe.

A apenas un par de centímetros de mi cara, cuatro ojos negros y sin alma miraban a través del cristal.

Aunque no me miraban a mí, sino a mi perro.

Tofu gruñó otra vez, con las orejitas —normalmente caídas— alzadas y en estado de alerta. En respuesta, el mortícola desencajó las mandíbulas y emitió un sonido gutural de lo más curioso.

Sonó casi como… un ladrido.

En el reflejo de la ventana, vi que *Tofu* se quedaba paralizado.

Y luego se volvió loco.

Se encaramó de un salto al alféizar, empezó a arañar los cristales, a lanzarle dentelladas al monstruo y a echar espuma por la boca. El mortícola salió disparado. Desesperada, intenté acallar los aullidos lacerantes de mi perro.

Demasiado tarde: oí que la puerta de mi tía Minyi se abría de golpe.

Para cuando mi tía irrumpió en la habitación, yo ya estaba acunando a *Tofu* en el suelo, acariciándole el pelo y sujetándolo al mismo tiempo. Por suerte, había dejado de ladrar, pero todo el cuerpo seguía vibrándole como un motor recalentado.

—¿Qué pasa? —preguntó mi tía en tono urgente mientras apuntaba hacia la oscuridad con su arma N.N.

Recorrió la habitación con la mirada en busca de posibles amenazas, con los ojos tan atentos y vigilantes como siempre a pesar de que hacía apenas unos segundos que se había despertado.

Me limité a señalar la ventana.

—Hemos tenido visita. Pero no ha entrado.

Tofu volvió a gruñir.

Mi tía Minyi exhaló y bajó el arma. Se acercó a la ventana y estiró el cuello para ver el exterior.

—Últimamente están muy alterados. —Tras correr las cortinas, se acercó a *Tofu* y le rascó detrás de las orejas—. Mañana por la mañana pediré que instalen unas verjas de seguridad.

Pasé los dedos por el aterciopelado pelaje de *Tofu*.

—¿Tía?

—¿Sí?

—¿Crees que los mortícolas son capaces de hacer amigos?

Me miró un segundo con cara de sorpresa antes de soltar una carcajada. Me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Claro que no, cielo. No son como los humanos, ni siquiera como los animales. Son monstruosidades.

No respondí. Sin embargo, mucho después de que se marchara, pensé en el intento de ladrido del mortícola. Y, en el fondo, no pude evitar pensar que, a veces, las monstruosidades también se sentían solas.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Me despierto sobresaltada por culpa del berrido ensordecedor de una alarma. Me incorporo con dificultad y descubro que el cuerpo me duele en sitios que no sabía que podían doler. Estoy tapada con una manta tan raída que más bien parece una sábana. Al principio, pienso que estoy en el Santuario. Pero ni siquiera he podido salir aún de la cama cuando oigo algo que tintinea. Aparto la manta de inmediato, perpleja, y me quedo mirando los grilletes que me sujetan los tobillos a las barandillas.

Se me pone toda la piel de gallina. No veo ni mi exotraje ni mi gabardina de *maverick* por ninguna parte. Estoy desnuda, salvo por un áspero camisón de hospital. Me llevo la mano al cuello al instante, me lo palpo con desesperación. Exhalo un tembloroso suspiro de alivio cuando cierro los dedos en torno al collar de mi madre. Si lo perdiera, no me lo perdonaría jamás.

La Ficha, en cambio… Tengo un vago recuerdo de que se me escapó de la mano y desapareció entre la hierba. Ese estallido de luz dorada, el calor abrasador. Tuvo que provocarlo ella. Ojalá supiera cómo.

Paseo la mirada por la pequeña y oscura celda, me fijo en el techo bajo, en las paredes austeras y en los utensilios quirúrgicos que relucen en el carro que hay junto a la cama. En el lado opuesto de la celda se alza una puerta de acero. No sé si está diseñada para mantenerme a mí aquí dentro… o para mantener ahí fuera a lo que sea que tal vez esté esperando.

Examino los candados de las dos cadenas que me rodean los tobillos. Deberían despedir de inmediato a quienquiera que haya tomado la decisión de dejarme las manos libres, pero para mí es un puñetero santo. Me acerco al borde de la cama tanto como me lo permiten los grilletes. Usándolos a modo de ancla, me tumbo de lado y la mitad de mi cuerpo queda precariamente suspendida en el aire. Estirando hasta las yemas de los dedos, consigo a duras penas rozar el borde del carro quirúrgico. Rueda un milímetro hacia mí. Lo acerco más. Selecciono mis herramientas y reprimo el escalofrío que me produce la hilera de bisturíes al mismo tiempo que agradezco la variedad. A continuación, abordo la tarea de forzar las cerraduras.

La alarma sigue berreando. Tras estos primeros minutos, la cabeza me palpita a causa de la intensidad de sus aullidos, es como si tuviera

un martillo neumático pulverizándome el interior del cráneo. Pero tengo que centrarme. Alguien podría entrar por la puerta en cualquier momento. Con el ceño fruncido a consecuencia tanto de la concentración como de la frustración, siento una punzada de alivio cuando se oye un clic de lo más satisfactorio.

La segunda cerradura me lleva aún más tiempo que la primera, así que, para cuando oigo el segundo clic y los grilletes caen, al menos estoy segura de que, sea cual sea el motivo de esa atroz alarma, no soy yo.

El despiadado frío del suelo de piedra áspera me escuece en los pies descalzos mientras me tambaleo hacia la puerta. Es extraño, pero detecto tenues cercos de pintura en aerosol en las paredes. Es evidente que alguien ha hecho todo lo posible por frotarlos a conciencia, pero los rastros inconfundibles de un grafiti aún persisten.

¿Dónde leches estoy?

Muy a mi pesar, no parece haber forma de abrir la puerta desde dentro, lo cual significa que tendré que esperar a que venga alguien. Pego la espalda a la pared que hay junto a la puerta y me armo colocándome varios bisturíes entre los dedos de manera que las hojas apunten hacia fuera, como las garras de un colmillo nocturno.

No paro de darle vueltas a la cabeza mientras espero. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Quién me ha traído hasta aquí? ¿Dónde están los cuerpos de Yuna y Noëlle? ¿Kieran sigue vivo? Vuelvo a mirar los bisturíes. ¿Por qué tenían planeado abrirme? Intento recordar los momentos previos a la pérdida de conciencia, pero ya se han hundido en el fango de mis recuerdos y, cuanto más intento desenterrarlos, más borrosos se vuelven.

Lo único que recuerdo es la familiaridad de una de las voces que habló antes de que me desmayara.

Vuelvo de golpe al presente cuando, desde el otro lado de la pared, me llega una serie de bips. Aprieto los bisturíes con más fuerza y me coloco en posición de ataque.

La puerta de acero se abre con un chirrido. Quien entra es una mujer vestida con una bata de dormir carmesí, rasgada pero conocida, y con el pelo negro recogido en un apresurado moño. La observo mientras se quita con torpeza una bota que no es de su talla y la encaja en la puerta a modo de cuña justo antes de que se cierre.

Gira sobre el mugriento pie descalzo y le echa un vistazo a la cama vacía. Luego vuelve la mirada a toda prisa hacia mí. Tiene la cara manchada de sangre, pero su expresión endurecida no muestra el menor indicio de la agitación a la que tal vez se esté enfrentando por dentro.

Estoy a punto de marearme cuando me invade un alud de esperanza… y de miedo. Pero no puedo correr el riesgo.

Me abalanzo sobre ella con un rugido gutural, apuntándole directamente a la garganta con los bisturíes. Retrocede y me agarra por la muñeca. Me la retuerce con fuerza hacia arriba y me rodea el cuerpo con el suyo al mismo tiempo que me clava los dedos en el hombro. Se me escapa un grito cuando la mano derecha se me entumece por completo. Varios bisturíes caen al suelo con un repiqueteo metálico. Me zafo de su presa, haciendo caso omiso del grito de dolor de mi hombro, y le clavo las hojas que me quedan en el estómago. En el último milisegundo, consigue girarse unos centímetros hacia un lado. Los escalpelos le hacen la bata jirones. La seda se tiñe de sangre, pero su rostro ni siquiera refleja el dolor.

—¡Rei! ¡Para! —exclama mi tía Minyi—. ¡Soy yo!

—¿Qué quieres? —sollozo—. Por favor…, deja…, deja de robarle la cara.

—Mírame —implora—. Mírame, Rei. Soy yo, lo juro.

Niego con la cabeza.

—También te oí hablar antes, cuando eras un mortícola.

Me rodea con los brazos y me estrecha con tanta fuerza que me cruje la columna.

—Lo siento —murmura—. No sé qué te ha pasado, pero lo siento mucho. Tendría que haber estado a tu lado.

Me aparto un poco de ella y me obligo a mirar con fijeza a la mujer que todo el mundo —incluida yo— temía que estuviera muerta.

—Si de verdad eres tú, dime algo que no sepa nadie más.

No duda:

—El cuarto Día de la Madre después de que te adoptara, me

hiciste una pulsera de dijes con un bol de ramen pequeñito, un gato negro y un trofeo con el número 1.

Se me sonroja el cuello.

—¿Te acuerdas de eso?

—¿Que si me acuerdo? Cariño, es uno de los regalos más valiosos que he me han hecho en la vida. —Me suelta—. Bien, sé que debes de tener miles de preguntas, pero me temo que tendrán que esperar. Te prometo que te las responderé todas en cuanto salgamos de aquí sanas y salvas. Pero tenemos que darnos prisa.

No puedo evitarlo.

—O sea que ¿es cierto que te habían secuestrado?

—Como a todos los demás maestros. —Se mete la mano en el bolsillo y saca dos llaves—. Y, ahora, tú y yo vamos a liberarlos.

—No lo entiendo. Dime al menos quién nos ha secuestrado —insisto—. A quién nos enfrentamos.

Mi tía dedica unos segundos a meditar la respuesta. Al final dice:

—A unos individuos capaces de causar tanto un mal como un bien enormes. Uno de ellos me ha dado esto.

La bilis me sube por la garganta cuando saca una bolsa de plástico sellada y llena de líquido. Dentro flotan un par de pulgares y de globos oculares extirpados. Coge uno de cada, se los guarda en el bolsillo y me entrega la bolsa.

—Los necesitarás para los escáneres biométricos —dice en tono sombrío. Se quita la bota que le queda—. Póntela. Coge la otra de la puerta cuando salgamos.

—¿Y tú? —pregunto mientras me ato los cordones.

—Ya me buscaré otro par.

Me explica el resto del plan. Hasta el final, cuando la sorprendo toqueteándose la alianza de casada, no me doy cuenta de lo bien que ha conseguido ocultarme sus nervios durante todo este rato. Parece que, a lo largo de estos días, le ha dado tantas vueltas al anillo que tiene la piel de alrededor enrojecida y en carne viva.

—Entonces, ¿puedo confiar en ti para que te encargues de las celdas del pasillo de la izquierda mientras yo me encargo de las de la derecha? —me pregunta. Cuando asiento con firmeza, me coge la mano. Me quedo de piedra al descubrir que tiene los ojos llenos de lágrimas—. Rei, otra cosa: ha sido un privilegio ver cómo te convertías en la joven fuerte, inteligente y valiente que siempre he sabido que eras. Tu madre estaría muy muy orgullosa de ti. Yo, desde luego, lo estoy.

Parpadeo para contener yo también las lágrimas y me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Solo he tenido suerte de contar con un modelo extraordinario.

Se le desvanece la sonrisa. Me atrae hacia ella para abrazarme por última vez y ocultarme el rostro. Pegada a mí, la siento coger una bocanada de aire y retenerla en el pecho. Para cuando exhala y me suelta, su expresión se ha suavizado por completo. Con la máscara de nuevo en su sitio, me hace un gesto con la cabeza.

—Vámonos.

Abandonamos la celda escabulléndonos por la rendija de la puerta. Saco la bota que la mantenía bloqueada y me la pongo lo más deprisa que puedo.

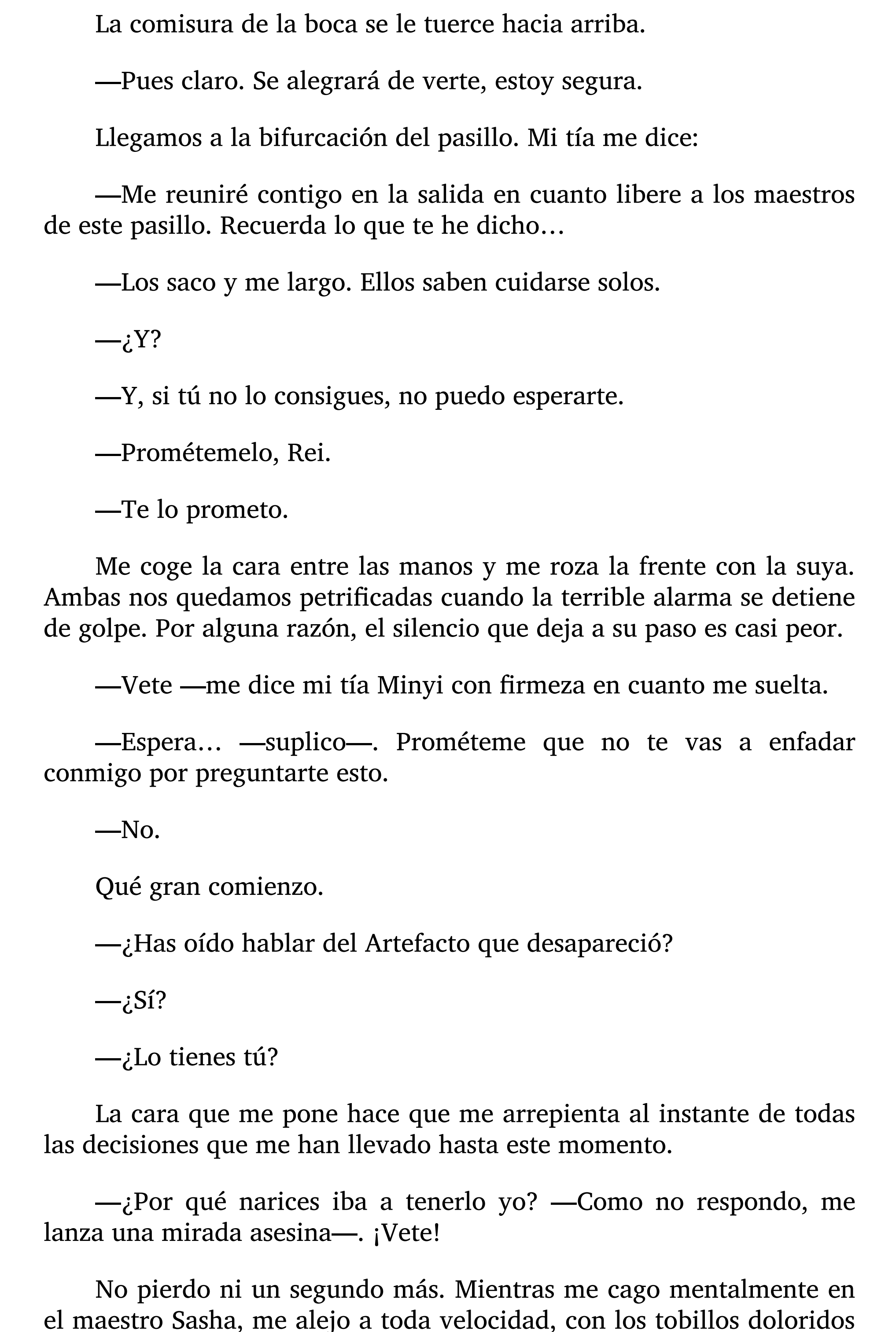
Ya en el exterior, nos encontramos con una red de corredores estrechos y poco iluminados. Las bombillas del techo lanzan destellos rojos al ritmo de los alaridos intermitentes de la alarma y proyectan siluetas ensangrentadas sobre el suelo.

Me tapo los oídos como puedo cuando echamos a correr por el pasillo. Por desgracia, el camisón de hospital no tiene bolsillos, así que me toca llevar las «llaves» en la mano. Dejamos atrás un puñado de galerías que se adentran en la oscuridad, todas igual de vacías. Inquieta, espero captar un estruendo de botas, órdenes gritadas, el chasquido de las armas al cargarse… Pero no oigo nada.

—¿Has sido tú quien ha hecho saltar la alarma? —pregunto.

—Por lo que he visto estos días, la alarma salta cada dos por tres. Parece que se producen muchas catástrofes, pero que no hay gente suficiente para ocuparse de ellas. Ninguno hemos pegado ojo desde que llegamos, excepto Sasha. Parece un oso pardo cuando ronca.

—¡¿El maestro Sasha?! —exclamo—. ¿Está vivo?


La comisura de la boca se le tuerce hacia arriba.

—Pues claro. Se alegrará de verte, estoy segura.

Llegamos a la bifurcación del pasillo. Mi tía me dice:

—Me reuniré contigo en la salida en cuanto libere a los maestros de este pasillo. Recuerda lo que te he dicho…

—Los saco y me largo. Ellos saben cuidarse solos.

—¿Y?

—Y, si tú no lo consigues, no puedo esperarte.

—Prométemelo, Rei.

—Te lo prometo.

Me coge la cara entre las manos y me roza la frente con la suya. Ambas nos quedamos petrificadas cuando la terrible alarma se detiene de golpe. Por alguna razón, el silencio que deja a su paso es casi peor.

—Vete —me dice mi tía Minyi con firmeza en cuanto me suelta.

—Espera… —suplico—. Prométeme que no te vas a enfadar conmigo por preguntarte esto.

—No.

Qué gran comienzo.

—¿Has oído hablar del Artefacto que desapareció?

—¿Sí?

—¿Lo tienes tú?

La cara que me pone hace que me arrepienta al instante de todas las decisiones que me han llevado hasta este momento.

—¿Por qué narices iba a tenerlo yo? —Como no respondo, me lanza una mirada asesina—. ¡Vete!

No pierdo ni un segundo más. Mientras me cago mentalmente en el maestro Sasha, me alejo a toda velocidad, con los tobillos doloridos por el roce de las botas.

O sea que Sasha estaba equivocado.

No sé muy bien por qué, eso no me produce la sensación de alivio que me esperaba.

La primera persona con la que me encuentro ni siquiera me ve llegar. Cuando da la vuelta a la esquina, lleva una bata blanca de laboratorio y un portapapeles en la mano. Lo placo con tanta fuerza que lo tumbo. El portapapeles tamborilea contra el suelo. Le agarro la garganta con una mano para impedir que grite. Se sacude bajo mi peso, con los ojos desorbitados a causa del pánico. Reprimo la compasión que me despierta mientras gruñe y resuella. Tendría que haberlo noqueado de un puñetazo en lugar de someterlo a esta asfixia lenta.

Mi tía Minyi ya me había advertido antes que tendría que incapacitar a cualquier persona con la que me cruzara, pero, aun así, no estaba preparada. Me han entrenado para cazar mortícolas. No humanos.

—Lo siento —le digo justo antes de que el cuerpo se le quede sin fuerza.

Miro a mi alrededor en busca de algún armario de suministros hasta el que pueda arrastrarlo, pero no tengo tanta suerte. Se me ocurre una idea. Le quito la bata de laboratorio y me la pongo encima del endeble camisón de hospital. Me guardo en el bolsillo del pecho la bolsa con el globo ocular y el pulgar que me ha dado mi tía. En los de los laterales, encuentro varios rotuladores, un temporizador y unas cuantas bridas.

Me llama la atención el cinturón del hombre, antes oculto bajo la bata. Lleva enganchada una funda. La abro y saco la pistola eléctrica más pesada que he empuñado en mi vida. Es de las que tienen varios cartuchos y voltaje suficiente para matar a alguien .

¿Qué clase de científico lleva una pistola eléctrica de este tipo al trabajo? O de cualquier otro tipo, en verdad.

De repente, un atronador rugido de dolor está a punto de conseguir que el alma se me separe del cuerpo; resuena por el pasillo como si un tren lo estuviera atravesando a toda velocidad. Asomo la cabeza por la esquina por la que ha aparecido el señor de la bata y, a mitad del corredor, vislumbro una puerta de acero idéntica a la de mi celda. Por desgracia, no tengo tiempo de investigar, pero no puedo resistirme a coger el portapapeles que descansa junto a la cabeza del

desconocido.

Paso las hojas e intento encontrar algo coherente entre el revoltijo de notas manuscritas ilegibles y de datos sin sentido. Cuando llego a la última página, me quedo paralizada. En ella aparece la foto de un joven con el ceño fruncido, encima de la leyenda sujeto XIX. Al principio, estoy convencida de que se trata de una alucinación. Pero es inconfundible.

—¿Tim? —susurro.

Le doy la vuelta a la página para ver si hay más notas, una explicación, pero el reverso está en blanco. A menos que el ex compañero de equipo de Kieran tenga un doble idéntico, es imposible que sea otra persona. Además de tener el ceño fruncido, luce un aspecto macilento, aunque por lo demás normal… Salvo por una cosa.

Los ojos.

Los tiene totalmente negros, desde el párpado inferior hasta el superior, como si las pupilas se le hubieran expandido hasta llenarle del todo los globos oculares.

Ya había visto unos ojos así: los de la mujer del Sindicato que vino a observar nuestra última clase de educación para el combate. La que llevaba gafas de sol incluso estando a cubierto, la que tenía una pierna biónica y un gusto impecable para la moda.

En el suelo, el hombre se revuelve. Presa del pánico, levanto el portapapeles lo más alto que puedo y le atizo con él en la cabeza. Vuelve a perder la conciencia.

Arranco la hoja que incluye la foto de Tim y me la meto en el bolsillo. Luego, le ato las muñecas y los tobillos al científico con una brida y salgo corriendo. Alguien podría encontrarlo en cualquier momento y dar la alarma, pero, aparte de correr más deprisa, no puedo hacer gran cosa al respecto.

La imagen de Tim no deja de atormentarme mientras me dirijo hacia las celdas. ¿Qué le han hecho? ¿Cómo ha terminado siendo un «sujeto» en un portapapeles? ¿Lo han secuestrado a él también? ¿Estará aquí ahora mismo, en algún rincón de este espeluznante laberinto que tienen por base? Me estremezco al pensar en el carro de bisturíes, ganchos quirúrgicos y fórceps junto al que me he despertado. Si mi tía no me hubiera ayudado a escapar, ¿habría sido una foto mía con los ojos muertos la siguiente en pegarse a un

portapapeles?

El rugido que he oído antes…, me pareció que pertenecía a un colmillo nocturno.

Pero ahora ya no lo tengo tan claro.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Me acerco con sigilo al final del pasillo y asomo la cabeza por la esquina. Dos guardias. Ambos lucen un uniforme oscuro, aunque desparejado. Una está apoyada contra la pared, mientras que el otro está sentado a horcajadas sobre una silla con el respaldo hacia delante.

Abandono la seguridad de mi escondite.

—¡Manos arriba! —grito mientras los apunto alternativamente con la pistola eléctrica.

En su afán por levantarse de la silla de la silla con rapidez, el segundo guardia termina cayéndose al suelo.

La primera, en cambio, se saca un cuchillo terrible del cinturón.

—¿Quién coño eres?

—He dicho que manos a…

—Cállate —gruñe, y se precipita hacia mí.

Me aparto de su trayectoria y agarro por el cuello al guardia tirado en el suelo. Se le escapa un gemido cuando le clavo la pistola eléctrica en las costillas.

—Suelta el cuchillo —le digo a la chica—. O se lleva una descarga.

Me sonríe.

—Hazlo. El dolor forja el carácter. Le vendrían bien ambas cosas.

Aprieto los dientes. Ninguno de los dos parece mayor que Cassie.

—No te muevas o haré que te arrepientas —le siseo al muchacho al oído.

Sin esperar respuesta, lo empujo contra la pared.

Roto y me agacho justo a tiempo de que la hoja de la chica saje el aire a escasos centímetros de mi cuello. El cuchillo corta el espacio vacío una y otra vez. Es una luchadora feroz, pero sin experiencia. Sus movimientos carecen de elegancia. Se enfurece más con cada fallo y,

cuanto más se enfada, más se desespera.

La siguiente vez que intenta apuñalarme, giro el cuchillo hacia un lado agarrándolo por la empuñadura y se lo arranco de la mano. Emite un grito primitivo y arremete contra mí. Me araña la cara con las uñas, tratando de alcanzarme los globos oculares. Siseo entre dientes. En lugar de esquivarla, bajo la barbilla hacia el pecho y la agarro por la nuca. Tiro de su cabeza hacia la mía y se cae redonda al suelo, sumida en la inconsciencia de un solo coscorrón.

—Esa es mi campeona —oigo que dice una voz.

Me doy la vuelta y me acerco a la celda que tengo detrás. Al otro lado de la rejilla estrecha, atisbo una conocida mirada azul.

—¡Maestro Sasha!

No sé muy bien cómo, consigo sacar el pulgar y el globo ocular sin apenas estremecerme. Intento no mirarlos mientras los acerco a los escáneres. En cuanto se desbloquean las celdas, las puertas se abren y los maestros empiezan a salir al pasillo.

Me encamino hacia los guardias para ponerles las bridas, pero una mujer alta me toca el codo y me dice con una sonrisa:

—Ya me encargo yo, señorita Reynolds.

—Maestra Aaliyah —tartamudeo.

Estoy tan deslumbrada por su presencia que casi se me olvida hablar y estoy a punto de sufrir una combustión espontánea al mirarla a los ojos.

La maestra del Lower East Side, con los ojos oscuros e imponentes y un hiyab azul marino —adornado con un broche de perlas— que le cae en cascada sobre los hombros, tiene un aspecto aún más regio en la vida real. Junto con el Fantasma, es uno de los pocos arietes que cuentan con un Artefacto característico: la Ostra. Ese objeto tiene la capacidad de convertir en nácar, el compuesto duro e iridiscente que se encuentra en el interior de las valvas, todo lo que toca. La única que se salva es su dueña. Antes de la maestra Aaliyah, nadie había conseguido que cooperara, pero, cuando esta le regaló al Museo de Arte Moderno una colección escultórica de cien mortícolas solidificados, pasó a ser conocida como la Madreperla.

La atención que me presta hace que me ponga colorada desde el

cuello hasta la punta de las orejas. La euforia me aturde. La maestra Eliza, a la que conocí durante el desayuno previo a la primera misión del Torneo, me guiña un ojo. El maestro Jagdeep, del distrito de Chelsea, me saluda al pasar. Me digo que tengo que hacer como si no pasara nada, pero la verdad es que me falta muy poco para caer desmayada o empezar a flotar en el éter.

El alma no me vuelve al cuerpo hasta que las enormes manazas del maestro Sasha me agarran por los hombros.

—Sabía que serías capaz de hacerlo —me dice en voz baja mientras los demás maestros nos guían por el pasillo—. Pasarás a la historia como la que nos salvó a todos.

—El mérito es de la maestra Minyi.

Sacude la cabeza con impaciencia.

—Me refería al Artefacto perdido. —Cuando ve mi mirada vacía, se le ensombrece la expresión—. Señorita Reynolds. He oído a los guardias parlotear sobre lo que ocurrió antes de que te capturaran. Hubo un gran estallido de luz dorada, como la explosión de una bomba, que arrasó a los mortícolas que te estaban atacando. Robaste el Artefacto del despacho de Minyi, tal como te ordené.

Aparto la vista.

—No robé nada.

El maestro Sasha me mira de hito en hito, ahora ya sin un ápice del orgullo anterior.

—Imposible. Tuviste que usar el Artefacto perdido. Tuviste que usarlo.

Su creciente ira capta la atención de los demás maestros. Me encojo ante la intensidad de su escrutinio.

—Lo…, lo siento. Solo tenía la Ficha, pero…

Aprieta la boca.

—No debería haber depositado mi confianza en ti. Podríamos haber acabado con todos los mortícolas hoy mismo. Podríamos haber acabado con ellos. ¿Lo entiendes?

Le hace un gesto al resto de los maestros y echa a correr.

Me cuesta mantener el ritmo.

—¡Me pidió que traicionara a mi propia familia! Y mi tía jamás tendría dentro de su despacho un objeto capaz de provocar una destrucción tan masiva, ni encerrado bajo llave ni de ninguna otra manera.

Su voz se torna aterradoramente suave, apenas audible por encima del patullar de nuestras botas:

—¿Cómo puedes estar tan segura de eso?

Doblamos una esquina. Las paredes se inclinan hacia dentro y se van estrechando hasta obligarnos a correr en fila india.

—Se lo he preguntado. Hace un instante.

El maestro Sasha se ríe. Es una carcajada lenta, fría como la piedra, dura y plana como una lápida mortuoria.

Aprieto la mandíbula para contener la irritación.

—¿Le hace gracia algo de lo que le he dicho?

—Yo era como tú, antes. No me cuestionaba las verdades que me ofrecían, mi lealtad era irreflexiva. Trabajaba para el gobierno de mi país natal. Mi esposa me advirtió de sus métodos, pero para abrir los ojos tuve que ver los trozos de su cuerpo colgados junto a los de mis dos hijos, como carne puesta a secar.

Un frío repentino y letal se adueña del aire del pasillo.

El maestro Sasha ve la expresión de mi rostro y sonríe sin humor.

—Nunca había hablado de esas cosas en mis autobiografías, ¿eh?

¡BUUUM!

Salgo disparada hacia delante y estiro los brazos a los lados para intentar mantener el equilibrio cuando una explosión ensordecedora sacude el pasadizo. Más adelante, algo repiquetea contra el suelo, demasiado oscuro para distinguirlo. Un silbido invade el aire. Un humo púrpura y opaco se derrama en el túnel.

—¡Retirada! —grita la maestra Aaliyah, que se tapa la cara con la esquina de la camisa para protegerse la nariz y la boca.

Sin embargo, cuando nos damos la vuelta, una puerta de acero hasta ahora oculta sale retumbando de la pared y sella el pasadizo, nos deja atrapados como ratas en un laberinto.

Mientras los demás maestros buscan una ruta alternativa, el maestro Sasha me agarra de la muñeca.

—Escóndete donde nadie te vea. Deja que seamos los maestros quienes nos encarguemos de la lucha. A la primera oportunidad, escabúllete entre el humo y escapa. Si logras llegar a la mansión, todavía tendremos una oportunidad de salvar esta ciudad.

Me zafo de su presa.

—Voy a luchar con ustedes. Ahora soy *maverick*. No dejo a nadie atrás.

—Te olvidas de quiénes somos. No somos *mavericks*. Somos los maestros de Manhattan. Nuestro deber es alzarnos por encima del resto. Luchar y ganar. Pero no podemos garantizar tu seguridad si te quedas. Así que entréganos tu confianza. Y también esa pistola eléctrica, que por lo que se ve no sabes usarla.

—Mi trabajo consiste en matar mortícolas —murmuro mientras se la doy—. No pienso añadir humanos a la lista.

Un gruñido gutural se eleva entre el estruendo… y, por encima de él, el tenue clac, clac de unos tacones de aguja.

El maestro Sasha quita el seguro de la pistola e intercambia una señal con los otros tres maestros.

—Eso ya lo veremos.

Antes de que pueda reaccionar, dos colmillos nocturnos surgen del humo lanzando gruñidos. El maestro Sasha me arrastra tras de sí y golpea al primero en la cara con el puño. Aprieta el gatillo apuntando al segundo. Como si fueran de seda de araña, del cañón brotan unos hilos sutiles, rematados con pequeños nódulos, que se aferran al cuerpo del colmillo nocturno. El monstruo convulsiona con violencia y se desploma contra el suelo, paralizado.

Un ruido metálico resuena por todo el pasillo. Una lata de aluminio choca contra uno de mis pies. El aire se llena de humo púrpura. Grito, con los ojos ardiendo, y me tapo la nariz y la boca con el cuello de la bata de laboratorio. Perdida en el caos, busco al

maestro Sasha, pero, en cuestión de unos segundos, el humo ha transformado el mundo en una pesadilla. El ruido de los frenéticos latidos de mi corazón me palpita en la cabeza y casi ahoga el del impacto de los cuerpos contra la piedra y los furiosos aullidos de monstruos y humanos por igual, una interminable banda sonora de violencia.

Una mano sale disparada de entre la bruma púrpura y me agarra del codo. Estoy a punto de doblarlo para escapar cuando una voz familiar mana del humo.

—Por aquí —me insta el maestro Sasha.

Tira de mí, con la cabeza girada en dirección contraria. El nudo de miedo que me atenaza el estómago se afloja.

Lo sigo dando tumbos. El humo les juega malas pasadas a mis ojos mientras corremos entre las formas y las sombras que se arremolinan tras la cortina púrpura, que se retuercen y deforman como fantasmas. Un montón de siluetas de luz y oscuridad me envuelven solo para disiparse en el aire cuando las atravieso. Todo es un espejismo excepto la solidez de la mano que me rodea la muñeca.

Cuanto más lejos me lleva el maestro Sasha por el pasillo, más se desvanece el estrépito de la batalla. Milagrosamente, no nos topamos con ningún mortícola.

Cuando el humo se disipa, me suelto de su mano con los dedos temblorosos.

—Creía que esta era una base dirigida por humanos. ¿De dónde narices han salido esos mortícolas?

Continúa caminando.

—Pregunta incorrecta.

—Me prometió que me contaría todo lo que sabía, pero me mintió. Me está ocultando algo. Algo importante. Algo que lo cambiará todo. ¿Quién dirige esta base?

—Las únicas personas de esta ciudad que tienen el poder necesario para hacerlo.

—El Sindicato nunca trabajaría con… —me muerdo la mejilla con tanta fuerza que me sale sangre y se la escupo a los pies— los

mortícolas.

—¿Por qué no?

—¡Porque son monstruos! Podemos domesticar incluso a los animales salvajes, pero los mortícolas son incontrolables. Lo único que quieren es comerse a la gente. Son lo más alejado de un humano que existe. Y eso no cambiará nunca.

Despacio, el maestro Sasha se da la vuelta y se acerca a mí con la cara inclinada para ocultar sus rasgos en la oscuridad. Me quedo paralizada cuando se agacha para susurrarme:

—¿Estás segura de eso?

Se me escapa un grito de sorpresa cuando me rodea el cuello con una mano y me levanta los pies del suelo. Por primera vez, lo miro a los ojos y me doy cuenta de que ya no los tiene de un azul penetrante.

Están sumidos en una negrura absoluta.

Con una sonrisa despiadada, el maestro Sasha levanta la otra mano para enseñármela. Mi corazón empieza a titubear y sufrir espasmos. Las yemas de los dedos se le abren como si fueran serpientes mudando de piel y se le desprenden para dejar paso a unas garras terriblemente afiladas.

Unas garras de colmillo nocturno.

Con las piernas colgando, intento tragar aire y me agito, desesperada, contra su fuerza inhumana.

—Verás —comienza a decir el maestro Sasha, y su marcado acento se transforma en algo más cercano, más local. Continúa con esta voz nueva y afectada, una voz que reconozco, pero por nada bueno—, al principio no estaba seguro de todo este asunto de los Renegados. —Se le estiran los labios en una sonrisa cruel—. Pero, solo por poder acabar contigo, es posible que merezca la pena.

Cinco garras silban en el aire, encaminadas a toda velocidad hacia mi pecho. Aparto la cara y me preparo para resistir el dolor.

Sin embargo, es otra energía la que embiste contra mi cuerpo. En el último segundo, me libera a la fuerza de la mano que me rodea la garganta y caigo al suelo. Mi hombro izquierdo absorbe el impacto con un crac ominoso. El dolor me estalla en el brazo. Me lo llevo al

pecho y levanto la vista justo a tiempo para ver al maestro Sasha asestándole un puñetazo en la mandíbula al…

«¿Maestro Sasha?».

A lo mejor ya estoy muerta. O a lo mejor son delirios provocados por la conmoción. Mi cerebro es incapaz de entender la imagen de no uno, sino dos maestros Sashas que tiene delante, idénticos en todo excepto en los ojos. Y en las garras del colmillo nocturno que brotan de la mano del que acaba de intentar apuñalarme, claro.

—¡Rei! —vocifera el maestro Sasha de los ojos azules. Señala con el dedo hacia el pasadizo al mismo tiempo que forcejea con su imitador—. ¡La salida está por ahí! Ve a la man…

Grito cuando el imitador le hunde las garras en el estómago. Le atraviesan el vientre y le salen por la espalda. La sangre cae el suelo con un chapoteo húmedo. Un gemido horrible e intenso escapa de los labios del verdadero maestro Sasha.

A pesar de que el maestro del Distrito Financiero se está muriendo, consigue mirarme a los ojos y balbucear sus últimas palabras:

—Álzate, Rei.

Se me nubla la visión. De algún modo, como si estuviera poseído, mi cuerpo encuentra la fuerza necesaria para moverse. El hombro roto me palpita y me arde con la intensidad del fuego del infierno, pero grito con los dientes apretados y consigo ponerme en pie. No tengo armas. Lo único que sé es que el imitador se interpone entre la salida y yo y que tengo que encontrar la manera de superarlo.

—Apártate de mi camino —gruño con mucha más ferocidad de la que poseo.

—¿O qué? —se burla el imitador, que ha vuelto a adoptar el acento del maestro Sasha solo para mofarse de mí.

Mientras avanza, mantiene las garras clavadas en el cuerpo del verdadero maestro, lo arrastra bocabajo a su espalda como si fuese un saco de tierra.

Un movimiento sutil capta mi atención. El maestro Sasha agonizante levanta un brazo flácido y tembloroso. Tiene la pistola eléctrica en la mano. Me dedica un último gesto de asentimiento.

Álzate, Rei.

Aprieta el gatillo.

La electricidad les inunda el cuerpo. No puedo hacer nada salvo contemplar los dos rostros gemelos que se retuercen en un estertor grotesco y silencioso. Pero, incluso después de que el verdadero maestro Sasha se quede inmóvil y blanco, la cara del imitador continúa retorciéndose y contorsionándose. Hasta que se transforma en un semblante totalmente distinto.

Al igual que en su foto, los ojos de Tim el Bruto están negros por completo. Me enseña los dientes e intenta agarrarme cuando paso corriendo a su lado. La descarga eléctrica le ha inutilizado las extremidades, pero trata de clavarme las garras. Me agacho. Siento una punzada de dolor en la mejilla. Sigo corriendo.

El impulso de Tim hace que se precipite hacia delante. Incapaz de sujetarse, se desploma de bruces contra el suelo con un golpe atronador. Se queda allí, revolcándose de forma patética y volviendo poco a poco a su forma humana.

Justo antes de llegar a la salida, lanzo una última mirada hacia atrás por encima del hombro. Levanta el puño como en señal de saludo y luego estira el dedo corazón en mi dirección.

No sé cómo, consigo subir las escaleras que me sacan de las profundidades de esa pesadilla infernal. Emerjo a la luz del sol y caigo de rodillas sobre el cemento.

Hay una furgoneta aparcada en la acera. Sus puertas se abren de golpe. Se produce una conmoción. Oigo voces frenéticas. Unas manos fuertes y capaces me colocan en el asiento de atrás, me abrochan el cinturón. Me sujetan con firmeza. El chirrido de los neumáticos sobre

el pavimento. El roce de un beso en la frente.

A través de la ventana, las sombras de Manhattan me serpentean en la cara.

Luego, la oscuridad.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Los fantasmas aparecen y desaparecen de la cabecera de mi cama. Los susurros me perforan el cráneo como taladros eléctricos. Es imposible que me quede nada en el estómago, pero, aun así, no consigo librarme de las ganas de vomitar. Siento el escozor de hasta la última fibra del paño frío que me cubre la frente. Soy demasiado sensible para este mundo.

Pasan las horas. Segundos. Años. Estoy atrapada en el limbo, ni consciente del todo, ni muerta del todo.

Una mano me acaricia el pelo, cálida y tan ligera como un rayo de sol. El fantasma de mi hermana me besa la frente. Grito para suplicarle que se quede, que no me abandone, pero lo único que me brota de la garganta es un graznido áspero y seco.

La siguiente vez que me despierto, abro los ojos con dificultad y me descubro tumbada a solas en la oscuridad. Tengo un sabor de boca espantoso. Pero el dolor ha desaparecido…, al menos el físico.

La almohada cruje bajo el peso de mi cabeza cuando me giro hacia un lado. Alguien me ha colocado cinco o seis ramos de flores en la mesilla de noche. Sobre el edredón descansa un enorme peluche de un té de burbujas con ojos de anime y una sonrisa tierna. No me cabe duda de que es un regalo de Zaza.

—Hijo de fruuuta —le gruño al techo.

Estoy en mi dormitorio de la mansión. Levanto el brazo para frotarme la cara, pero algo me retiene la mano. Aunque me cuesta muchísimo, estiro el cuello y trato de aguzar la vista en la oscuridad. Hay un bulto repantigado al borde de la cama: una cabeza, un cuerpo y dos brazos, uno de ellos apoyado sobre el colchón, con los dedos entrelazados con los míos. Me agarra con más fuerza cuando intento que me suelte la mano.

Cojo el peluche de té de burbujas y se lo lanzo al bulto con todas mis fuerzas. Rebota. El bulto se mueve y se despierta con un parpadeo.

—Rei —murmura Kieran. Se aclara la garganta y desenmaraña los dedos de entre los míos—. ¿Cómo te encuentras?

—¿Dónde leches estabas? —le pregunto en tono de enfado.

—¿Yo? —El rostro se le tiñe de incredulidad, justo antes de que se lo invada una oleada de indignación—. ¿Dónde leches has estado tú? —protesta.

Oh-oh.

—A Valentine y a mí nos retuvo una horda de mortícolas. Para cuando llegamos, lo único que encontramos fueron… los restos de Noëlle y de Yuna. No había ni rastro de ti por ninguna parte. Y luego, de repente, recibimos una llamada anónima para que esperemos a la entrada de una dirección desconocida y te vemos salir dando tumbos de una de las estaciones de metro abandonadas, cubierta de sangre y vísceras como si acabaras de escapar de una tumba. No respondías a ninguna de nuestras preguntas. No hablabas.

La impotencia me empequeñece la voz.

—Perdón.

La rabia acumulada que le tensaba la expresión se desvanece.

—Dios, no. No quería que sonara así, Rei. Es solo que me entró mucho miedo. De que estuvieras muerta, como las otras. No sé lo que habrá pasado, pero todos estamos muy agradecidos de que hayas vuelto con nosotros. Zaza, Declan, tu hermana, los demás maestros…

Me da un vuelco el corazón.

—¿Lograron huir? ¿Todos? Aparte… —Se me entrecorta la voz—. Aparte del Maestro Sasha, me refiero.

Vacila.

—Y de la maestra Minyi. Hubo otra furgoneta esperando hasta el anochecer, pero no apareció nadie más. No sabemos si… No podemos confirmar nada. ¿La viste?

No consigo articular más que un susurro escueto:

—Fue ella quien nos ayudó a escapar.

Cierro los ojos para intentar recordar los detalles. La alarma no había vuelto a saltar y en ningún momento detecté cámaras de vigilancia. ¿Cómo pudieron acorralarnos tan rápido?

A menos que todo fuera una trampa desde el principio.

Me incorporo de golpe.

—¡La Ficha! Se me cayó entre la hierba del parque. ¿La ha encontrado alguien?

—Valentine envió a un equipo a peinar la zona cuando encontramos los cadáveres. Les oí comentar que habían encontrado la Cuarta Garra, pero no dijeron nada de tu Artefacto.

—¿Podrías preguntárselo? ¿O enviar a alguien a buscarla otra vez?

—Claro, pero ¿por qué? ¿No es un chisme inútil hasta que averigüemos cómo activarla? —Enarca las cejas—. A menos que lo hayas descubierto ya.

—No del todo —reconozco—. Pero sí hizo algo.

Más que algo. Me salvó de las fauces de un colmillo nocturno. Me salvó de la muerte. ¿Qué otro Artefacto tiene un poder así?

—Aparte de a los maestros y a aquellos guardias, ¿recuerdas haber visto a alguien más antes de escapar?

Una imagen de Tim me asalta la mente. No puedo quitarme de la cabeza la visión de su cara metamorfoseándose, a medio camino de la suya y de la del maestro Sasha.

«Me está ocultando algo. Algo importante. Algo que lo cambiará todo».

Creía que le estaba diciendo esas palabras al maestro Sasha, pero en realidad se trataba de Tim. La pena me apuñala el corazón. Si el verdadero maestro Sasha no hubiera aparecido en el último segundo, jamás habría adivinado que quien me atacaba era otra persona disfrazada de él. Habría muerto creyendo que era un traidor. Sin embargo, al final se sacrificó para salvarme la vida.

En cualquier caso, aún me falta la pieza más importante del rompecabezas: ¿cómo es posible que un humano se beneficiara de los poderes de un mortícola? Del cambio de forma, por ejemplo.

En lugar de responder, me levanto de la cama con pesadez y, arrastrando el edredón a mi espalda, salgo de la habitación.

—¿Perdona? —me grita Kieran, indignado—. ¿Adónde crees que

vas?

Paso de él, confiando en que me siga. Me ajusto el edredón sobre los hombros como si fuera una capa y me arrebujo en su calor mientras avanzo por el pasillo hasta detenerme ante la puerta del despacho de mi tía Minyi. Intento girar el pomo. Cede. La puerta no está cerrada con llave. La abro y el intenso sol del mediodía que entra a raudales por las ventanas me obliga a esbozar una mueca de dolor.

—¿Cuánto tiempo he pasado inconsciente? —pregunto mientras cruzo el umbral y me coloco detrás del escritorio.

Kieran aparece junto al marco de la puerta. Ahora que la luz al fin me permite verlo bien, puedo confirmar de manera oficial que tiene un aspecto horrible. Bolsas oscuras bajo los ojos inyectados en sangre, el pelo grasiento… Aunque, pensándolo bien, seguro que yo tengo peor pinta.

—Casi treinta horas —responde—. El médico dijo que te habías partido la clavícula por la mitad y te drogó a saco para calmarte el dolor. Faltaba un buen rato para el anochecer, cuando pudimos recoger polvo de estrellas y curarte. Uf, míralos.

Levanto la vista del ordenador de mi tía Minyi, con los dedos sobre el teclado.

—¿Que mire qué?

Se acerca a la ventana y observa los puntitos brillantes que, más abajo, recorren las calles de un lado a otro.

—Siguen con su día como si todo fuera normal.

—Qué desconsiderados.

—¿Alguna vez te han entrado ganas de ser como ellos? —Se le contrae la cara—. De ser… normal.

—Esta es nuestra normalidad, Kieran.

—Amén. ¿Necesitas la contraseña?

A regañadientes, me aparto para dejarle espacio. Se agacha y teclea una combinación de letras y números inquietantemente larga y aleatoria.

—¿Esa es ahora su contraseña?

—Gracias a ti, sí. Por lo que se ve, se limitó a abrir un documento en blanco, coger un libro de la estantería, estamparlo contra el teclado y luego copiar el resultado. No se te ocurra volver a intentar piratearle la cuenta, hace nada que he conseguido aprendérmela de memoria.

Le dedico una sonrisa burlona.

Kieran se asoma por encima de mi hombro, tan cerca como para rozarme la mejilla con la mandíbula.

—¿Qué esperas encontrar?

Escribo un nombre y pulso «Intro».

—Algo bueno.

—Storm, Sabrina —lee en voz alta—. Ex portadora de infiernos. Ese nombre me suena.

—He oído rumores sobre ellos —contesto mientras pienso en varias conversaciones susurradas que escuché en su día a escondidas de mi tía—. Eran una especie de comando de élite encubierto dirigido por los directores, pero se disolvió hace unos años. Por algo relacionado con un experimento que salió mal. —Hago clic en el archivo de la agente Storm, pero en lugar de abrirse, en la pantalla aparece un cuadro que me pide otra contraseña—. Confidencial —murmuro—. A lo mejor los maestros son los únicos que tienen autorización para verlo. Prueba otra vez con la contraseña de acceso de mi tía.

Lo hace. Cuando pulsa «Intro», el ordenador emite un zumbido furioso. La caja parpadea. CONTRASEÑA INCORRECTA. 2 INTENTOS RESTANTES.

—¿Estás seguro de que la has tecleado bien? —pregunto.

—No —admite Kieran—. Deja que lo intente de nuevo.

Pulsa «Intro».

Bzzt. Queda un intento.

Frunce el ceño.

—¿Por qué iban a ocultarles a los maestros el expediente entero de una agente? Tienen el segundo nivel de acceso más alto, solo por detrás del de los directores.

—Tal vez contenga algo que los directores no quieren que nadie sepa —respondo, y me llevo las manos a los bolsillos—. ¿Has visto mi móvil?

—Sí, te lo puse a cargar en tu habitación. Voy a por él.

Cuando me quedo sola, adopto una actitud pensativa y empiezo a darme golpecitos con los dedos en la barbilla. Salgo del archivo de la agente Storm y tecleo «Kieran Cross». Lo hago más que nada por curiosidad… Así que mi sorpresa es aún mayor cuando aparece otro cuadro de solicitud de contraseña. ¿Por qué iba a ser confidencial su expediente? Es un chico que acaba de graduarse en el instituto, no un ariete de alto nivel como Storm. ¿Será un fallo del sistema? No debe de serlo, porque, cuando busco mi nombre, mi expediente se abre sin ningún problema.

NOMBRE: REI REYNOLDS

EDAD: 18 AÑOS

INSTITUCIÓN: INSTITUTO PREPARATORIO DEL DISTRITO FINANCIERO,

LIGA PREPARATORIA DEL SINDICATO (GRADUADA)

NOTAS: FINALISTA DEL TORNEO. «COMODÍN». NOMINADA POR SASHA SOKOLOV, MAESTRO DEL DISTRITO FINANCIERO (FALLECIDO).

Fallecido.

Cierro el archivo al instante y entierro la cara entre las manos.

«El silbido del aire que se le escapa de los pulmones. Su sangre salpicando el suelo. Sus brillantes ojos azules buscando los míos. Un momento de claridad y luego sus últimas palabras…».

«Álzate, Rei».

Me froto los ojos y exhalo un suspiro tembloroso.

Todavía no he cobrado verdadera conciencia de la muerte del maestro Sasha. Ni de la de Yuna, ni de la de Noëlle. Una parte de mí sigue empeñada en creer que mi primer anochecer no ha sido más que una trampa, como la que me tendieron en el teatro Apollo durante la segunda misión del Torneo. Pero, al verlo así registrado en la base de

datos del Sindicato, de una forma tan oficial y objetiva…, no puedo continuar negándolo.

Me siento superada. Completa y totalmente superada por la perpetua espiral de miedo, duda y dolor que infesta hasta mi último instante de vigilia desde hace varios días. Sin embargo, a pesar de lo agotada que estoy, me aterra dormir. Me aterra la posibilidad de revivir mis pesadillas de la vida real.

—¿Por qué tienes una foto de Nick Valentine de fondo de pantalla?

Me pongo en pie de un salto, con las mejillas encendidas, cuando Kieran entra de nuevo en el despacho.

—¡Dame eso!

—A ver, lo entiendo. Es guapo. Tiene carisma. Todo el mundo está un poco colado por él. Solo digo que, teniendo en cuenta que ahora es nuestro compañero de trabajo, quizá deberías plantearte cambiar la foto. Por si la ve y piensa que eres una babosa.

—A lo mejor se siente halagado por la atención. Está soltero, por si no lo sabías.

—Estoy seguro de que seréis muy felices juntos —responde Kieran en tono sarcástico—. Ha venido hace un rato a ver cómo estabas. Parecía muy preocupado por ti. Incluso te ha traído flores. De las caras.

—Ja, ja.

—No, lo digo en serio. Están en tu habitación.

Intento ocultar mi sorpresa. ¿El Fantasma ha venido a hacerme una visita? Seguro que tiene cosas más importantes a las que dedicar su tiempo.

—Para que conste: yo no te he comprado flores porque estaba demasiado ocupado velando por tus ronquidos —farfulla—. Además, yo habría ido a la pastelería, porque sé que preferirías un pan de plátano a un inútil ramo de peonías, sin dudarlo.

Dejo escapar un suspiro soñador y me enrollo un mechón de pelo en el dedo, haciendo como si no lo hubiera oído.

—Oh, Kieran, ¿crees que el Fantasma pensará que soy guapa?

Cuando me fulmina con la mirada, me río y le arrebato el móvil de las manos. Busco entre mis mensajes hasta que encuentro la conversación que busco.

jie jie

sé que esto no compensa que no estuviera allí

en persona, pero espero que ayude.

NO se lo digas a mamá!!!

archivo cifrado recibido

Copio el texto cifrado oculto en otra aplicación para desencriptarlo. No tengo ni idea de cómo habrá conseguido mi hermana esta contraseña. Lo único que sé es que no saberlo es el precio que debo pagar.

Me vuelvo a sentar y recupero el expediente de la agente Storm. Cuando aparece el cuadro, dudo antes de escribir. 1 INTENTO RESTANTE. Si la contraseña es incorrecta, se acabó el juego.

Me muerdo el labio y pulso «Intro».

El archivo se abre. Se me hunden los hombros de alivio…, aunque no durante mucho tiempo.

—¿Qué coño…? —murmuro mientras ojeo la información de la agente Storm.

O, mejor dicho, la pasmosa ausencia de ella. Aparte de su nombre y de su cargo, su expediente es una página en blanco. Ni siquiera incluye su fecha de nacimiento, y mucho menos su historial laboral en el Sindicato. Su descripción está vacía, salvo por una única frase.

«Jefa del Proyecto Renegados». Hay una fecha al lado, la de la fundación del programa hace seis años.

Busco el «Proyecto Renegados» en la base de datos y obtengo un único resultado confidencial. Ni siquiera la clave maestra funciona.

¿Qué tipo de proyecto podría ser tan secreto como para que ni siquiera los maestros estén autorizados a conocerlo?

De pronto, un golpeteo juguetón en la puerta me hace volver a la realidad.

—¿Os estáis liando ahí dentro o algo así? —pregunta una voz burlona.

Me levanto volando de la silla y, cuando abro la puerta de par en par, me encuentro a Zaza al otro lado, sujetando un elegante paquete envuelto en papel dorado entre las manos.

La abrazo. Me besa en las dos mejillas y me acaricia el pelo.

—Yo también me alegro de verte, cielo. Estoy en el descanso para comer, así que no puedo quedarme mucho rato, tengo que regresar al laboratorio.

—¿Es para mí? —pregunto tras señalar el regalo.

—Sí, pero no es de mi parte.

Me lo pasa. Resulta sorprendentemente ligero para su tamaño. De hecho, me da la sensación de que está casi vacío. La etiqueta atada a la cinta tiene mi nombre escrito a mano en una preciosa caligrafía inclinada.

—¿De quién es?

—¿De un admirador secreto, tal vez? Lo habían dejado en la puerta.

Deposito la caja en el borde del escritorio de mi tía Minyi, tiro de los extremos del lazo hasta que se suelta y rasgo el papel dorado. Debajo, hay una simple caja de cartón. Kieran y Zaza me observan, absortos, mientras abro las solapas y miro lo que hay dentro.

Me llevo una mano a la boca para ahogar un grito.

—¿Qué es? —dice Zaza, que coge la caja para verlo con sus propios ojos. Se le abren como platos—. Uf, una oreja cortada. Y bastante reciente, además. Quizá sea una declaración de amor.

Kieran le quita la caja de las manos, con la cara contraída en una expresión de asco.

—Qué broma más macabra. ¿Quién ha subido el paquete? Voy a localizarlo.

—¿Hay alguna nota? —pregunta Zaza.

Kieran se queda callado un instante.

—Pues sí.

Con la nariz fruncida, mete los dedos en la caja muy cuidadosamente y saca un sobre pequeño y manchado de sangre.

Le tiendo la mano, agradecida de no haber comido todavía.

—Dámelo.

—¿Estás segura?

Asiento. De mala gana, me lo pone en la palma. Rompo el lacre y saco la nota: una pesada cartulina sin marcar, escrita con la misma caligrafía que la etiqueta con mi nombre.

Times Square. Hoy a medianoche.

Acude o tu maestra también volverá a la mansión hecha pedazos.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Con gran precaución, introduzco de nuevo la nota en el sobre.

—No estarás pensando en ir, ¿verdad? —me pregunta Kieran.

—Pues claro que sí —respondo en tono cortante y con las manos extrañamente firmes mientras vuelvo a cerrar las solapas de cartón de la caja.

Me invade una extraña calma.

—¿No te das cuenta de que es una trampa?

—Obvio. Pero no debemos permitir que nos pillen desprevenidos. Esta vez estaremos preparados.

—La última vez estuvieron a punto de matarte, Rei.

—Vale, pero no lo consiguieron.

Me taladra con una mirada acerada.

—Se cerciorarán de que no vuelven a fallar.

Se la devuelvo, decidida a no echarme atrás. Estamos atrapados en un callejón sin salida.

—Siento interrumpir vuestra sesión de miradas calenturientas —interviene Zaza—, pero ¿de quiénes habláis? ¿Y por qué van por ahí cortándole partes del cuerpo a la gente? ¿En serio que esa oreja es de Minyi?

La examino de nuevo.

—No, ella tiene agujeros para los pendientes.

—Vale, pero sigue siendo bastante rarito. ¿Y a qué os referíais con lo de salvar a los maestros? ¿Les ha pasado algo?

Vacilo, sin saber muy bien qué contestarle. Casi nunca le oculto nada a mi mejor amiga, ni siquiera le escondía mis escapadas ilegales a las estaciones de metro abandonadas después de clase. Sin embargo, este secreto no me pertenece. Es algo mucho más importante…, tanto como para afectar al futuro del Sindicato.

—Digamos que varios de los maestros están desaparecidos en combate. En cuanto a lo otro, no estamos del todo seguros de quiénes son las personas de las que hablamos. Solo sabemos que están planeando algo peligroso. Algo relacionado con los mortícolas.

Zaza ahoga una exclamación.

—Ostras, acabas de recordarme una cosa. ¿Te acuerdas de la última vez que fuiste al metro a cazar mortícolas, el penúltimo día de clase antes del examen final? ¿Y te acuerdas de que te tomé una muestra después de que aquel colmillo nocturno te mutilara?

Kieran gira la cabeza de golpe hacia mí.

—¿Que te mutilaron?

Zaza le resta valor a su pregunta con un gesto de la mano.

—Eso da igual. Nunca nos proporcionan muestras de colmillos nocturnos porque son muy difíciles de conseguir, así que estaba impaciente por conocer los resultados.

—¿Pero? —la insto.

Duda.

—Pasó una cosa muy rara. Y, cuando le enseñé la muestra a mi jefa, me dijo que me deshiciera de ella inmediatamente. Intenté preguntarle por qué, pero se puso muy hostil y a la defensiva. Incluso me amenazó con expedientarme por insubordinación.

Enarco las cejas.

—¿De modo que te deshiciste de ella?

—Por supuesto que no. —Zaza le lanza una mirada sutil a Kieran y señala la puerta con la cabeza. Él capta la indirecta y se acerca para asegurarse de que el pestillo está echado. Mi amiga baja la voz—: Secuencié el ADN del colmillo nocturno. Como no tenía más muestras de mortícolas, lo cotejé alineándolo con el genoma de varias especies aleatorias. Solo hubo una coincidencia casi perfecta, excepto por unos cuantos genes con mutaciones bastante delirantes.

—¿Una coincidencia?

Se acerca al escritorio de mi tía Minyi y, con una expresión pensativa en la cara, se apoya en el borde.

—Al principio me planteé si no habría sido una mera casualidad o, incluso, si la muestra que te había tomado no se habría contaminado debido a alguna reacción extraña que tu cuerpo hubiese generado al entrar en contacto con el colmillo nocturno. Por suerte, hoy día puedo tomar una muestra de tu ADN e introducirla en un sofisticado algoritmo para, básicamente, sustraerla de la muestra original. Por eso te pedí el cepillo el otro día, para robarte unas cuantos pelos.

—Creía que ibas a clonarme.

—Quizá la próxima vez. El caso es que no hubo coincidencia.

La sensación de inquietud que tengo en el estómago no hace sino aumentar. Kieran permanece sumido en el más absoluto silencio. No sé si es porque está nervioso o porque no entiende nada de lo que dice mi amiga.

—Salvo por esos pocos genes chiflados que ya he mencionado antes —prosigue Zaza—, las únicas variantes que he observado son las típicas de un humano.

Kieran se queda boquiabierto.

—No. Eso es imposible.

Zaza niega con la cabeza y se le escapa una risa nerviosa.

—Lo sé. Debo de haber metido la pata en algo. Quizá ni siquiera debería habéroslo contado. Ahora mismo tenéis demasiadas cosas en la cabeza. Lo último que necesitáis son mis absurdas teorías…

Le cojo las manos entre las mías y se las aprieto con fuerza.

—Puede que parezcan absurdas, pero eso no significa que sean erróneas. No hace falta que te diga lo inteligente que eres. Tenemos una suerte increíble de poder contar contigo.

Kieran se frota la barbilla.

—Si te consiguiéramos las muestras adecuadas, ¿podrías hacer más pruebas?

Zaza asiente despacio.

—Aunque tengo la sensación de que mi jefa me vigilará más de cerca a partir de ahora. Tengo tantas ganas como vosotros de llegar al

fondo de este asunto, pero no os serviré de nada si me despiden.

—¿Por qué no utilizas los laboratorios que hay aquí, en la mansión? —sugiere Kieran—. Si alguien nos pregunta, podemos decir que la orden viene directamente del despacho de la maestra Minyi. Y es verdad. En teoría.

Cojo aire con brusquedad.

—¿Me disculpáis los dos un minuto? Voy a la cocina a por agua.

Kieran no me quita ojo.

—¿Va todo bien?

Me fuerzo a sonreír.

—Tú ayuda a Zaza a concretar qué más necesita para las pruebas.

Por suerte, no insiste, así que abro el pestillo y salgo lo más rápido que puedo, antes de que alguno de los dos decida seguirme.

Cierro la puerta a mi espalda para silenciar su discusión y me dirijo a la cocina. Es un precioso espacio abierto con encimeras de mármol y elegantes alacenas llenas de piezas de cristalería y vajilla. Y, por supuesto, de té. Mi tía es una fanática del té e importa variedades de todo el mundo: de cereza japonesa, cardamomo y clavo, pu'er de árboles antiguos en bosques lejanos. Acaricio con los dedos una de las numerosas teteras de su colección, cuya superficie de cerámica de color tierra huele perpetuamente a lluvia y a arroz tostado. Todavía está llena. Siempre se prepara una taza de té antes de ir a trabajar, pero esta no debió de tener ocasión de tomársela.

Las palabras de Zaza me resuenan en la cabeza.

«Las típicas de un humano».

«Solo hubo una coincidencia casi perfecta, excepto por unos cuantos genes con mutaciones bastante delirantes».

Pienso en Tim, en sus ojos negros, en su cara de maestro Sasha transformándose de nuevo en la suya. En sus garras perforando la carne del maestro… Sus garras de colmillo nocturno.

No sé cómo, en algún rincón de las profundidades de esa base de la que escapé por los pelos, Tim encontró la forma de convertirse en uno de esos monstruos a los que todos juramos destruir. ¿Existen más

abominaciones híbridas de ese tipo? ¿Cuántas se han creado?

Pienso en el colmillo nocturno que mató a Yuna. En la persona que le lanzó una granada desde el tejado. En quienquiera que le pegara un tiro a Noëlle en la nuca.

¿Eran todos el mismo ser?

Pienso en mi tía, que me dijo que los «individuos» de la base eran capaces de causar tanto un mal como un bien enormes. No eran personas. No eran humanos. Eran abominaciones.

Abro la alacena de un tirón, con los hombros agitados. Cojo un vaso y lo lleno hasta arriba de agua en el fregadero. Me lo bebo de golpe, un trago tras otro. Cuando acabo, repito todo el proceso. Bebo demasiado deprisa y me atraganto. Me llevo las manos al pecho, toso, respiro con dificultad. El agua sin filtrar me deja un regusto metálico en la lengua. Parecido al de la sangre.

Mi tía lo sabía.

Sabía que existían.

Tenía que saberlo.

Ya me había mentido antes, incontables veces, como yo misma le dije al maestro Sasha. Pero esto… Esto es distinto.

Esto lo cambia todo.

No tenía intención de estampar el vaso contra la encimera con tanta fuerza como lo hago. Se me rompe en la mano, las esquirlas saltan en todas direcciones. Suelto una palabrota y me chupo las gotas de color escarlata que me brotan de la yema del pulgar. Ahora sí que me sabe la boca a sangre.

Una burbuja de risa histérica me sube a la fuerza por la garganta. Es la carcajada que colma el vaso. Me desplomo contra la encimera y caigo resbalando hasta el suelo, temblando en silencio de los pies a la cabeza. Un flujo constante de lágrimas me gotea por la barbilla. Me quedo ahí tumbada en la oscuridad, a solas con la colección de teteras de mi tía Minyi, riéndome con tanta fuerza que podría hasta vomitar las tripas.

—¡Señorita Reynolds! ¿Qué demonios hace ahí?

Abro un poco los ojos hinchados y veo a un Declan muy alarmado que me mira desde lo alto, con una bolsa de papel marrón llena de comida en cada mano. Cuando intenta dejarlas en el suelo, una de ellas suelta un tremendo ¡raaas! y al menos diez tarrinas de helado caen al suelo.

—¡Por el amor de Dios! —Declan se agacha e intenta cazar una tarrina de helado de menta con pepitas de chocolate—. Lo siento mucho. ¿Eso es cristal? Ay, madre mía…

Sin dejar de sorberme la nariz, lo ayudo a recoger el resto. No hay ni un solo sabor repetido, y los hay desde de chocolate hasta de tarta de manzana y caramelo.

—¿Para qué son?

—Bueno, estamos recibiendo muchas visitas y he pensado que a nadie le iría mal un pequeño tentempié. —Se yergue, coge unas tenazas del cajón y empieza a embutir los helados en el congelador. Es una versión doméstica de un criotanque que utiliza nitrógeno líquido para mantener la temperatura durante el anochecer, cuando se corta la luz—. No sabía qué sabores les gustan a sus amigos, así que he comprado uno de cada. —Rebusca en la segunda bolsa y me tiende un litro de helado de masa de galleta de chocolate—. Y, por supuesto, no podía olvidarme de su favorito.

Me quedo mirando la tarrina en silencio. Pasan varios segundos.

—Señorita Reynolds, ¿va todo bien? —me pregunta Declan en voz baja.

Una lágrima solitaria me resbala por la mejilla.

Sin una sola palabra más, deja el helado en la encimera y me envuelve en un abrazo. Le apoyo la cara en el pecho e intento con todas mis fuerzas controlar los sollozos, pero eso solo consigue que llore aún más.

—Tranquila —murmura mientras me frota la espalda—. Tiene que sacárselo de dentro. Así, muy bien. Ha tenido que ponerle al mal tiempo buena cara, ¿verdad? Pobrecita. No sé cómo ha conseguido mantener la compostura durante todo este tiempo.

—No pude salvarlas —sollozo—. Y Tim…, él… y el maestro Sasha… Zaza dice…, es que todo aquello en lo que he creído toda mi vida…

—Respire, señorita Reynolds. Inhale y exhale. Inhale y exhale. Eso es, muy bien.

Necesito varios intentos, pero al final consigo dominarlo.

—Estaba justo delante, Declan, y… no pude salvarlas. ¿Por qué? ¿Por qué no fui capaz de hacer nada? A lo mejor es… —Me convulsiona la garganta. Ni siquiera puedo terminar la puñetera frase —. A lo mejor es culpa mía. Como la noche en que murió *Tofu*.

Declan se queda inmóvil. En voz baja, suplica:

—No diga eso.

Pero es verdad. Él lo sabe. Y no puedo olvidarme de esa noche.

La única noche en la que me salté el toque de queda.

Era Nochebuena. Bueno, la tarde de Nochebuena. Yo tenía casi trece años y estaba ayudando a Declan a decorar el apartamento con tarros de cristal que llenaríamos de polvo de estrellas cuando cayera la noche. En la mesa del comedor, un festín esperaba a que la tía Minyi volviera de la sede de Grand Central. En un principio, habíamos preparado la mesa para cuatro, pero Maura nos había avisado una hora antes de que al final no podría venir. Hacía casi un año que no la veía.

A *Tofu* le había dado por correr como un loco. No paraba de dar vueltas por todo el apartamento a la velocidad del rayo, rebotaba de un mueble a otro como un petardo desbocado. Declan me suplicó que lo sacara a pasear.

—Pero regrese rápido —gritó por encima del repicar de las campanas del toque de queda mientras *Tofu* me sacaba del apartamento prácticamente a la rastra—. Llévelo solo hasta la esquina. Antes de que se dé cuenta, habrá llegado el anochecer.

Mientras bajaba en el ascensor, me subí la cremallera del abrigo y me di cuenta de que me había olvidado las manoplas.

Una menorá y un árbol de Navidad destellaban en el vestíbulo, engalanados con adornos de estrellas plateadas y brillantes lucecitas que no tardarían en apagarse. Uno de los guardias que estaban de servicio me preguntó si necesitaba que me acompañara, pero le prometí que volvería enseguida.

Mientras caminaba por la acera llena de trozos de lodo marrón, veía mi aliento condensado en el aire glacial de diciembre. *Tofu* se abría paso entre la nieve husmeando y moviendo la cola. Salvo por los vehículos aparcados en todos y cada uno de los huecos disponibles, las calles estaban desiertas. Levanté la vista cuando oí el chisporroteo de un motor solitario, un último rezagado que circulaba por las carreteras heladas ansioso por llegar a casa.

Cuando, al final de la calle, *Tofu* eligió un poste de teléfono para hacer sus necesidades, me metí la correa bajo el brazo y empecé a frotarme las manos heladas para intentar que me entraran un poco en calor. Aun así, ni siquiera las temperaturas bajo cero podían compararse con el gélido vacío de la decepción que sentía por dentro. Recordé el mensaje que había enviado Maura y me pregunté con desesperación si sería culpa mía, si habría dicho o hecho algo que la hubiera llevado a decidir que no volvería a casa, ni siquiera en Nochebuena.

Zzzip.

Solté un grito de horror cuando la correa de *Tofu* se me escapó de debajo del brazo. Echó a correr a toda velocidad por la calle 74, con la cinta de cuero volando tras él como la cola de una cometa. Resbalé en un trozo de hielo y me caí con fuerza sobre el coxis. Apenas lo noté mientras me ponía en pie. Seguí corriendo tras él, llamándolo a gritos, agradecida de que no hubiera coches en la carretera.

Hasta que las campanas del toque de queda enmudecieron.

De repente, las sirenas que avisaban de la llegada del anochecer empezaron a ulular.

Me tapé los oídos para aislarme de sus lamentos desgarradores y aceleré aún más. Con los pulmones ardiendo, derrapé por el cruce fangoso del extremo sur de Riverside Park justo cuando *Tofu* saltaba una valla baja y desaparecía entre los árboles.

A pesar de que solo faltaban unos minutos para el anochecer, no lo dudé. Franqueé la valla y continué persiguiéndolo a través de un banco de nieve casi intacta que me llegaba hasta las rodillas.

No pensaba perder a mi perro.

Al final lo alcancé cuando se detuvo apenas unos metros antes de llegar a un bosquecillo de árboles de hoja perenne.

—¡*Tofu*! Ven aquí —exclamé mientras le tendía los brazos. Nunca se había escapado de aquel modo. De hecho, nunca se había escapado, punto. Eché una ojeada nerviosa en torno al parque desierto—. Vamos, chico. Tenemos que irnos, queda muy poco para el anochecer.

Se puso a gruñir a los árboles.

—*Tofu*, por favor… —le dije en un susurro.

La voz se me ahogó en la garganta cuando la oscuridad que se extendía entre las ramas se licuó y una bestia descomunal salió al claro, con cuatro ojos que no parpadeaban y negros como el pecado. Era el mismo mortícola que había intentado colarse por mi ventana.

Tofu se mantuvo firme mientras el monstruo se acercaba, sin dejar de gruñir en ningún momento.

Calculé la distancia entre mi perro y el mortícola. Si conseguía agarrarlo y aprovechar los árboles como cobertura, y si después salíamos corriendo…

Pero, aunque tuviera solo doce años, sabía que era inútil.

La última sirena se quedó callada, dejando tras de sí un silencio terrible.

El silencio de las cosas muertas.

El mortícola se detuvo ante nosotros. No me atreví a moverme mientras se sacudía la nieve de la cola. Miró a *Tofu* durante un minuto larguísimo antes de abrir las fauces.

De entre ellas, surgió el mismo ladrido extraño que había emitido la última vez. Un guau cavernoso y áspero, como la tos de un anciano. Pero, esta vez, *Tofu* no perdió la cabeza. Más bien la ladeó, perplejo.

Casi vacilante, le devolvió el ladrido.

—¡REI! —rugió una voz.

Me di la vuelta. El polvo de estrellas que empezaba a caer iluminó al escuadrón de *mavericks* que cargaba por el claro cubierto de nieve, encabezado por un hombre alto, con el pelo engominado y entrecano peinado hacia atrás y una pistola en cada mano.

—¡Vuelve aquí! —me gritó Declan, que amartilló las dos armas y apunto a la cabeza del mortícola.

Estiré los brazos.

—¡Espera! No dispares.

El hombre vaciló.

—¿Qué?

—No dispares —grité—. Mira.

Ni *Tofu* ni el mortícola se habían movido desde la llegada de Declan. Seguían observándose el uno al otro. El primero de ellos dio un paso titubeante hacia el frente, trazando surcos en la nieve con los colmillos nudosos.

—Rei —me advirtió Declan en voz baja.

—Confía en mí —le susurré sin apartar la vista del monstruo.

Me llevé los puños al pecho, con el corazón lleno de esperanza. Sí, los mortícolas se pasaban la vida masacrando a la gente, incluidos mis padres. Pero ¿y si no tuvieran que hacerlo? ¿Y si se pudiera entablar amistad con ellos? Así nadie tendría que patrullar las calles al anochecer ni volver a luchar jamás contra aquellas bestias.

Nadie más tendría que morir como lo habían hecho mis padres.

El mortícola inclinó la cabeza enorme y ajada hacia *Tofu*, despacio. «Un gesto de sumisión», pensé. No aparté la vista cuando abrió las mandíbulas de par en par y mostró las hileras de colmillos torcidos y afilados como agujas que le bordeaban la boca. Durante un instante, me pregunté si intentaría ladrar de nuevo.

El rostro de Declan se convirtió en una máscara de horror. Vio lo que yo no fui capaz de ver y se abalanzó sobre mí con los brazos extendidos.

Varios disparos restallaron en el parque. Declan me placó y caímos sobre la nieve, me rodeó con los brazos e hizo cuanto pudo para taparme los ojos. Continuó sujetándome incluso cuando le pegué patadas en las espinillas y le grité en los oídos hasta quedarme ronca. Y, cuando ya no pude más, me llevó en brazos hasta la mansión. Mis sollozos histéricos no cesaron durante todo el trayecto.

Los *mavericks* me impidieron la vista mientras salíamos del parque. Solo vi la nieve y los brotes rojos sobre el blanco.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Ninguno de los dos decimos nada durante un buen rato. Ambos nos sumimos en los recuerdos del tierno perrito que se echaba a dormir debajo de la mesa y engullía los restos de comida como si fuera un aspirador suave y dorado. He perdido la cuenta de cuántas veces he soñado que me despertaba y me encontraba a *Tofu* acurrucado a los pies de la cama, o esperando con paciencia junto al umbral, meneando el rabo.

—Me he pasado años intentando borrar de mi mente aquella noche —susurro con la voz ronca—. He cometido muchos errores, Declan, pero ese no me lo he perdonado nunca. Se supone que tendría que haber aprendido de él. ¿Por qué no ha sido así? ¿Por qué soy tan redomadamente inútil?

Para mi sorpresa, a Declan se le escapa una risita apenada.

—¿Sabe que la noche en que mataron a sus padres su tía dijo lo mismo? En aquel momento, ella tampoco se perdonó no haberlos salvado. Ni siquiera tengo claro si se lo habrá perdonado ahora. Siempre se ha considerado responsable de todos y cada uno de los ciudadanos que residen en el Upper West Side.

—¿De todos y cada uno de ellos? —repito con escepticismo—. Eso son casi cien mil personas. ¿Cree que es responsable de protegerlas a todas? ¿Ella sola?

—En efecto.

—Pero eso es ridículo.

Declan suspira.

—Su tía tenía una imagen en la cabeza. Una imagen de su mejor versión. De la perfección. No paraba de esforzarse por alcanzarla. Como cabía esperar, no lo conseguía a menudo. —La expresión del hombre se vuelve sombría—. La vi caer en una espiral destructiva. Ojalá me hubiera dado cuenta antes, pero se le daba muy bien ocultarlo bajo esa máscara suya.

Me quedo sin palabras. Jamás me habría imaginado que mi tía Minyi —mi paciente, sabia y compasiva tía— fuera esa clase de persona. En voz baja, levanto la mirada hacia él y le pregunto:

—¿Qué pasó?

El asombro le enciende el tono como unas brasas que vuelven a la vida.

—Pasaste tú, Rei. Irrumpiste en su vida como una bola de luz. Impredecible, maleducada y enfadadísima. Cualquier otro niño que hubiera pasado por un trauma tan brutal como el que viviste tú habría quedado aplastado bajo su peso, pero tú… —Igual que cuando era pequeña, se agacha para quedar a la altura de mis ojos y me agarra por los hombros—. Tú cogiste todos tus fragmentos rotos y los convertiste en tus armas.

El aire se me escapa de golpe de los pulmones.

—Al principio no fue fácil para ti —continúa Declan. La comisura de los labios se le curva hacia arriba—. Jamás olvidaré tus primeros días en el Prep del Distrito Financiero. ¿Recuerdas lo mucho que te costaban la mayoría de las clases?

—No.

Se ríe entre dientes.

—Escondías las notas de los exámenes en los pantalones para que la maestra Minyi no las viera. Después de tu primer día de educación para el combate, te traje a casa llorando.

—Te lo estás inventando.

Niega con la cabeza y me mira con tanta exasperación como cariño.

—Tú nunca fuiste perfecta, Rei. Sin embargo, te negabas a rendirte. Gracias a ti, tu tía se dio cuenta de que lo importante no era ser «perfecta», no era alcanzar la imagen divina que se había impuesto a sí misma. Era aceptar que no siempre podemos ser la persona que queremos ser y, aun así, tener la valentía suficiente para seguir intentándolo.

Me quedo mirando su rostro sabio y curtido, las arrugas amables que se le forman alrededor de los ojos, y asimilo sus palabras.

—Bueno, el caso es que ya tiene bastantes preocupaciones. Lo que le haya dicho la señorita Alvarez puede esperar. Tómese un té. Cómase un par de tazones de helado. Con el debido respeto, dúchese,

por favor. Rompa unos cuantos platos si es necesario…, aunque preferiría que no fueran los de melamina, que son *vintage*.

Exhalo un suspiro tembloroso y asiento con la cabeza. Me suelta y empieza a rebuscar en un cajón una cuchara para servir el helado.

—¿Declan?

Vuelve la cabeza hacia mí por encima del hombro.

—¿Sí?

Me froto la nariz con aire avergonzado.

—Perdóname.

—¿Se puede saber por qué tengo que perdonarla?

—Creo que te he llenado el traje de mocos.

Me mira con sorpresa y luego echa la cabeza hacia atrás para soltar una carcajada. Sonrío a mi pesar cuando Zaza y Kieran salen del despacho de mi tía. Antes de que se percaten del desastre, Declan les ofrece unas cucharas.

—¿Quieren un helado, señorita Alvarez y señor Cross?

—No habría mayor honor para mí —contesta Zaza, que acepta la cuchara con una reverencia teatral.

—¿De qué sabores hay? —pregunta Kieran.

Saco un recogedor del escobero y señalo el congelador con la barbilla.

—¿No quieres verlo tú mismo?

Cuando se asoman al interior, Zaza chilla y empieza a hacer un bailecito. Declan me guiña un ojo y me pasa un cuenco de pura delicia azucarada. Me río cuando Zaza nos agarra por el brazo y nos obliga tanto a mí como a un Kieran solo ligeramente reticente a bailar como vándalos por la cocina. Es un momento en el que me gustaría quedarme para siempre, pero, al igual que el dulce que se me derrite en la boca, hay cosas que no están hechas para durar.

Pero quizá sea eso lo que las hace tan valiosas.

Quizá sea eso lo que haga que merezca tanto la pena luchar por ellas.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Quedan menos de diez horas para la medianoche y el anochecer se precipita hacia nosotros a una velocidad de vértigo. Cuando llamamos al Fantasma para ponerlo al corriente de la misteriosa nota, promete llegar antes de las cuatro de la tarde. Zaza se marcha a trabajar y Kieran se apropia del sofá del salón para echarse una siesta que necesita con urgencia.

Entretanto, aunque Declan tiene muchísima razón en lo de que no me iría nada mal una ducha, hay otro asunto del que debo ocuparme antes de que llegue Valentine.

Vuelvo a colarme en el despacho de mi tía y cierro la puerta a mi espalda. Me quedo unos segundos paralizada en el umbral, sintiendo la culpa que me roe el estómago, sintiendo que soy una invitada no deseada a pesar de que la habitación está desierta. Paso la mirada a toda prisa de la estantería a la repisa de la chimenea que hay detrás de su escritorio, y luego a los sillones que hay junto a la ventana. Escudriño tanto la lámpara del techo como las alfombras que se extienden a mis pies.

Si la maestra del Upper West Side tuviera el equivalente a una bomba atómica en algún rincón de su despacho, ¿dónde lo escondería?

Empiezo por el escritorio. Los cajones no solo están abiertos, sino que además se encuentran prácticamente vacíos: contienen el material de oficina justo y necesario y una bolsa de galletas de mantequilla de cacahuete a medio comer. Registro la parte inferior del tablero de madera pulida en busca de compartimentos secretos; después, me encaramo a la mesa para revisar el interior de la lámpara, que tiene más polvo, pero resulta igual de decepcionante. Aparto la maceta de la planta para enrollar las alfombras, pero no descubro ningún tipo de trampilla, y tampoco hay ningún tablón de madera lo bastante suelto como para ocultar algo más que pelusas de polvo. Levanto la foto enmarcada de Times Square que ocupa toda la pared y las piernas me tiemblan bajo su peso cuando la deposito en el suelo para poder pasar las manos por el tabique vacío y por la parte trasera del marco.

Nada.

No sé si estar agradecida o si enfurecerme por el hecho de que en su despacho haya tan pocos muebles. Facilita la búsqueda, pero enseguida empiezo a quedarme sin posibilidades.

Al final, lo apuesto todo a la estantería. Tal como demostró la biblioteca del Santuario, ocultar cosas en las librerías tiene algo que es intrínsecamente la leche. Por lo tanto, sería una elección adecuada para mi tía.

Treinta minutos más tarde, estoy sumergida en un mar de libros esparcidos sin orden ni concierto por el suelo. He vaciado todas las baldas y hojeado todas las páginas. Me meto en la boca la última galleta de mantequilla de cacahuete de la bolsa del cajón y me acuclillo para contemplar los estantes vacíos, desesperada.

Con un gruñido sonoro, me pongo en pie de nuevo para empezar a limpiar el caos que he provocado. Me amontono libros en los brazos hasta que forman una torre que me sobrepasa la cabeza, decidida a hacer el menor número de viajes posible. Mientras me dirijo hacia la estantería, me tropiezo con algo. Me caigo de bruces al suelo. Los libros se desploman detrás de mí y me golpean en la nuca.

Sin dejar de frotármelo con amargura, giro el cuello hacia atrás para ver que he tirado. La planta está tumbada de costado como una tortuga panza arriba. Blasfemo en voz baja y la agarro por el tallo para levantarla dándole un tirón, pero lo único que consigo es que salga disparada de la maceta, con tierra y todo.

Me acerco el pesado tiesto de cerámica y, cuando me asomo al interior, me doy cuenta de que es poco profundo.

Para una maceta de este tamaño, demasiado poco profundo.

Con cautela, vuelvo a tumbar el tiesto de lado y después lo pongo del revés. Retiro la fina capa exterior que tiene en la parte de abajo y descubro el ojo de una cerradura.

Mi entusiasmo se extingue cuando me doy cuenta de que ahora tengo que encontrar la llave.

Lanzo una mirada de angustia hacia el otro lado de la ventana, hacia el sol que se acerca al horizonte. El Fantasma podría aparecer en cualquier momento.

Esbozando una mueca a causa del esfuerzo, arrastro la maceta hasta el escritorio de mi tía y luego la levanto. Aterriza sobre el tablero con un ruido sordo y hueco. A continuación soy yo la que se sube a la mesa. Como una campeona de halterofilia, alzo el tiesto por encima de mi la cabeza de tal manera que el borde casi roza el techo.

Por último, lo arrojo contra el suelo con todas mis fuerzas.

Con un CRAC que hace temblar el suelo, se rompe en mil pedazos. Me bajo de la mesa de un salto, con el corazón acelerado. En medio de las ruinas hay un cofre sencillo, más o menos del tamaño de una caja de zapatos, abollado pero, por lo demás, intacto. Aparto los restos de la maceta y acerco la caja a la luz.

¿Contendrá de verdad el Artefacto perdido, el que el maestro Sasha pensaba que podría cambiar el destino de Manhattan?

Se me revuelve el estómago cuando levanto la tapa y miro dentro.

Una oleada de confusión me recorre de arriba abajo.

No son más que un montón de baratijas.

Rebusco entre la mezcla de objetos aleatorios: un diario de cuero, un ramillete marchito, una caracola pequeña. Una minúscula bolsita de seda con dos dientes de leche aún más minúsculos. Un reloj roto. No es hasta que saco una pulsera de dijes que me resulta familiar cuando todos estos chismes insignificantes cobran sentido de repente.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Los dijes tintinean al chocar entre ellos: un cuenco de ramen, un gato negro y el trofeo con el número 1 que decidí añadir en el último momento para el primer regalo del Día de la Madre que le hice a mi tía Minyi. Nunca se lo he visto puesto a lo largo de todos estos años, así que creía que lo había tirado.

Cuanto más me fijo en el resto de los objetos, más capaz soy de reconstruir su posible procedencia. En el reverso del reloj roto hay grabadas una E y una R, las iniciales de Elliot Reynolds, mi tío. El ramillete contiene flores que coinciden con las del ramo de novia de mi madre. Los dientes de leche podrían ser de Maura, o tal vez míos.

Por último, saco el diario. Acaricio con los dedos la cubierta de cuero suave y bien cuidado. Desato el largo cordón que lo mantiene cerrado. El lomo cruje cuando lo abro por la primera página amarillenta e inhalo el olor a pergamino envejecido y tinta.

«Propiedad de Ru Chen».

Con una devoción silenciosa, releo las cuatro primeras palabras del diario de mi padre mientras trazo las letras de su nombre con el dedo índice. Intento ubicar el diario en mi memoria, pero no lo

consigo. El papel susurra bajo mi tacto y me invita a pasar la página.

Varios bocetos ininterrumpidos por la costura central cubren la mayor parte de la superficie. El espacio restante lo ocupan unos inmaculados párrafos de caracteres chinos que no logro descifrar. Nunca había sentido con tanta intensidad mi incompetencia en la lengua materna de mis padres. Los dibujos, en cambio, sí los reconozco. Son la representación de un mapa.

«El Mapa de Randel».

Me estremezco de emoción. Las siguientes páginas que hojeo presentan una distribución similar: esbozos detallados de los Artefactos que, aunque no siempre están completos, van acompañados de más descripciones escritas en caracteres chinos. Paso la página del Cuerno de bronce de la escultura del toro de Wall Street, la del Medallón del Taxi, la de la Ostra…

Mi padre debió de registrar en este diario todos los Artefactos durante los días inmediatamente posteriores al Desvanecimiento.

Oigo que alguien se detiene delante de la puerta.

—Rei, ¿estás ahí? —pregunta Kieran desde el otro lado—. Valentine está en camino.

Me sujeto el diario contra el pecho con un brazo y me pongo de pie para intentar ordenar el despacho. Me resulta imposible recoger a mano todos los fragmentos de la maceta, así que opto por estirar la alfombra más gruesa encima de ellos y rezar para que nadie entre en la habitación hasta que regrese mi tía. En cuanto al cofre, lo esconderé en mi habitación y se lo daré en persona cuando vuelva, acompañado de una disculpa.

En la ducha, me enjabono con mi gel favorito, que huele a limón y rosas, y luego me lavo el pelo y me froto la sangre y la suciedad acumuladas debajo de las uñas. Giro el grifo hasta que el agua sale tan caliente que me escalda la piel y se forma una espesa capa de vapor blanco que se eleva hasta el techo de baldosas. Me quedo mirando el desagüe mientras la mugre desaparece por él, hasta que el remolino teñido de un marrón rojizo se torna transparente. Seguro que es demasiado pedir que el agua me aclare la mente con la misma facilidad con la que limpia la porquería, pero eso no me impide intentarlo.

Para cuando emerjo de entre el vapor, soy una mujer distinta.

Bueno, a lo mejor estoy exagerando, pero la ropa que me pongo sí que es distinta. Elijo unos pantalones de chándal negros y una sudadera afelpada que Zaza me regaló por mi cumpleaños y que tiene unas orejas de osito cosidas a la capucha. No he encontrado muchas ocasiones de ponérmela (o sea, ninguna), pero como a lo mejor muero esta noche, supongo que es ahora o nunca.

A las cuatro en punto, vuelvo al despacho de la maestra Minyi y me encuentro a tres figuras ya sentadas junto a la ventana, comiendo helado y unos *shawarmas* calientes envueltos en papel de plata de los que venden en el carrito de comida de la esquina.

Cuando ve mi atuendo, Valentine se echa a reír.

—Madre mía.

Kieran arquea tanto las cejas que casi se le salen de la cara.

—No pensarás salir a matar Mortícolas en pijama, ¿no?

La tercera figura se vuelve para mirarme.

—Pues yo creo que se las arreglaría a la perfección.

Freno en seco y me quedo embobada.

—¿Everly?

Me dedica una sonrisa torcida.

—Hola, Rei. Cuánto tiempo sin verte.

—No…, no esperaba verte aquí —tartamudeo, porque ¿qué le digo si no? ¿Me alegro de que no hayas muerto? ¿Me alegro de que decidieses no luchar a nuestro lado y así sobrevivieras un día más? ¿Agradezco que no hayas terminado como Noëlle y Yuna?

Everly se pasa una mano por el pelo en un gesto de incomodidad.

—Sí…, lo sé. No he podido dejar de pensar en todos vosotros desde que me marché, en que os estabais jugando la vida mientras yo estaba a salvo y en mi cama. —Desvía la mirada—. Kieran me ha contado lo que les ha pasado a Yuna y a Noëlle.

Me rodeo con los brazos.

—A lo mejor tomaste la decisión correcta. Si los demás

hubiéramos tenido una pizca de tu sensatez, quizá seguirían vivas.

—Pero es que ese es el problema. Si yo también hubiera estado allí, si Noëlle y tú no hubierais tenido que separaros… —Everly aprieta los puños y se los posa en el regazo—. Durante toda mi vida, me he enorgullecido de no ser un cierto tipo de persona, el tipo de persona que se lava las manos y observa desde la seguridad de la barrera cuando tiene el poder de cambiar las cosas.

Valentine le pone una mano en el hombro.

—Todos tenemos remordimientos. Lo que de verdad determina quiénes somos es cómo elegimos superar nuestros errores.

—Para usted es fácil decirlo —replica Everly—. Es el Fantasma.

—Lo del Fantasma no es más que un título. No quiere decir que sea menos humano que cualquiera de vosotros. —Ante el escepticismo de nuestro silencio, exhala—. ¿Creéis que no he visto morir ninguno de mis compañeros? ¿O que no me he sentido increíblemente impotente cuando no podía hacer nada salvo mirar?

—Pues contraten a más *mavericks* —le espeta Everly—. Es evidente que, si hubiera más, las posibilidades de supervivencia de todo el mundo aumentarían.

Valentine le lanza una sonrisa cansada.

—No es tan sencillo. Aparte de que el número de Artefactos y de exotrajes con los que trabajamos es limitado, no puedes esperar que los ciudadanos se conviertan en armas por el mero hecho de entregarles una pistola. Ya sabéis que el Torneo lleva a los candidatos al límite. Las misiones están diseñadas para imitar los desafíos reales a los que nos enfrentamos como *mavericks*…, por eso no siempre es necesario ganar para que los maestros se percaten de tu verdadero potencial. Pero también es la razón por la que ni siquiera algunos de los mejores vigilantes de la historia del Sindicato durarían más de un anochecer. ¿Por qué plantearles un acertijo a cien personas cuando solo necesitas a una para resolverlo?

—Solo necesitas a la persona adecuada —señalo.

Valentine asiente.

—¿Y cómo sabemos si somos la persona adecuada? —pregunta Everly.

El Fantasma junta las manos y los ojos oscuros le brillan con lo que podría ser un atisbo de arrepentimiento.

—Esa respuesta solo la tiene el amanecer.

CAPÍTULO CINCUENTA

Cuando dan las siete, estoy arrellanada en el alféizar de la ventana de mi habitación con una taza del té favorito de mi tía Minyi y el diario de mi padre. Junto a mí, un flujo constante de partículas cae de la parte superior a la inferior del reloj de arena a medida que Valentine nos ha regalado a todos para que no perdamos la noción del tiempo que queda hasta la medianoche.

Zaza está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, rodeada de gráficos y cifras interminables. Mordisquea el lápiz y anota algo, con el ceño fruncido a causa de la concentración. A través de las cortinas, el polvo de estrellas que flota fuera proyecta un resplandor dorado sobre mi cama. Una cama en la que ya tendría que estar durmiendo.

Si fuera un verdadera *maverick*, podría obligarme a dormir. Forzarme a estar tan inmóvil como para terminar apagándome. Con unos horarios de trabajo tan erráticos, es una habilidad con un valor inestimable. Ni siquiera el más letal de los arietes es capaz de pasar más de unas cuantas en vela antes de que el agotamiento lo lleve de cabeza a las fauces de un mortícola.

Kieran, al menos, no comparte mis aprietos. Los retumbos de sus ronquidos se filtran por las paredes del apartamento como si estuvieran hechas de papel de seda.

—¿Has encontrado algo útil? —le pregunto a Zaza.

Refunfuña algo ininteligible a modo de respuesta, así que no.

Sin levantar la vista, añade:

—¿Y tú?

—Si de repente adquiriera la capacidad de leer los caracteres chinos tradicionales, tal vez. —Me froto los ojos—. Aunque los simplificados también me valdrían.

Zaza ladea la cabeza.

—¿No te los has aprendido nunca?

—Creo que reconozco unas treinta palabras.

—¡No está tan mal!

Me echo a reír.

—Sí. Ya solo me quedan unas ocho mil más. Y eso es solo el chino simplificado. A veces los mismos caracteres tienen una forma completamente distinta cuando se emplea la escritura tradicional. He intentado escanear una página en una aplicación móvil de traducción, pero mi padre debía de escribir en cursiva o algo así, porque, una cosa te digo: no ha funcionado.

A Zaza se le ilumina el rostro.

—En mi laboratorio hay un chico que emigró a Nueva York después de graduarse en uno de los mejores centros educativos de China. A lo mejor puede echarte una mano.

Me muerdo el labio, indecisa. Podría tardar años en traducirlo todo yo sola. Pero ¿puedo confiarle los secretos de los Artefactos a otra persona? ¿Aunque trabaje para el Sindicato (o, sobre todo, si trabaja para el Sindicato)?

—Mi tía ha mantenido este diario bajo llave durante más de una década por alguna razón —digo al final—: o porque ella tampoco sabe leerlo, o porque la información que contiene es demasiado peligrosa. Debo controlar en manos de quién cae.

—Bueno, tiene que haber alguna solución. —Se queda callada un instante—. ¿Y los Artefactos? ¿No hay alguno que traduzca cosas?

—Ojalá —suspiro.

—No te des por vencida, cari. A lo mejor hay por ahí otro Artefacto esperando a que lo descubras, igual que tu Ficha. Creo que, como mínimo, merece la pena que hagas una visita a los Archivos.

—Si sobrevivo el tiempo suficiente, lo haré —digo.

Llego a una entrada sobre la Máscara del Fantasma. Aunque no entiendo las descripciones de mi padre, su pasión se transluce en todas las páginas, en todos y cada uno de los trazos detallados, en cada curva dibujada con primor. Llevo años estudiando los Artefactos, pero es como si los estuviera viendo con otros ojos. Con sus ojos.

Se me eriza el vello de la nuca. Levanto la vista y me llevo un susto de muerte:

—¡Zaza!

La cara de mi amiga está a escasos centímetros de la mía. Estaba tan absorta en el diario que ni siquiera la he oído acercarse. Con una voz extrañamente tensa, me pregunta:

—¿Lo harás?

—¿Ir a los Archivos? Acabo de decirte que…

—No. Sobrevivir.

La miro con sorpresa.

—Ostras, eso espero.

—No es una broma, Rei —replica. Respira hondo—. Solo… Tú respóndeme.

Me poso el diario en el regazo y la miro a los ojos.

—Zaza, ya conoces los riesgos a los que se enfrentan los *mavericks*.

—Pero ahora las cosas son distintas, ¿no? Los colmillos nocturnos no son simples mortícolas. Son… medio humanos. Vete tú a saber cómo. Y eso significa…

No la dejo terminar.

—Una muestra no basta para llegar a una conclusión definitiva.

—Pero…

—No —le digo con firmeza—. Vi a uno decapitar a Yuna y a otro descuartizar al maestro Sasha. Justo delante de mis narices, sin la menor vacilación ni un ápice de piedad. Ya no tienen nada de humanos. Son monstruos, como el resto.

Baja la mirada.

—Supongo.

Le cojo una mano.

—Venga, Zaza. No dejaré que acaben conmigo sin plantarles cara.

Se aparta y se encamina hacia la puerta. Cuando agarra el pomo, se vuelve hacia mí.

—Sé que el Sindicato significa mucho para ti, Rei. Lo único que digo es que las personas que siempre te han pedido que te alces por encima del resto nunca serán las que te adviertan de lo alta que puede ser la caída.

La puerta se cierra con un chasquido antes de que se me ocurra qué responderle. Me muerdo otra vez el labio e intento concentrarme de nuevo en el diario.

Cuando paso la página, se me acelera el corazón.

Solo hay dos esbozos del siguiente Artefacto. Una vista frontal y otra posterior de un círculo perfecto, con inscripciones en ambos lados. En el anverso, «New York City Transit Authority». En el reverso, «Good for One Fare».

Tres letras, NYC, ocupan el centro de la más que conocida moneda.

Es la Ficha.

Todos los bocetos que he visto hasta ahora representaban los Artefactos con todo lujo de detalles, y este no es una excepción: refleja desde el diseño espirográfico grabado en el borde exterior de la moneda hasta los diversos arañazos y rozaduras que tiene en la superficie. Sin embargo, a diferencia de lo que ocurre en los de todas las demás entradas, los dibujos de la Ficha parecen estar inacabados. Además, mi padre se equivocó en un detalle fundamental: en la vida real, el Artefacto tiene una muesca abierta en forma de Y justo en el centro de la moneda. En los dos bosquejos del diario, la muesca está rellena, como si nunca hubiera estado ahí.

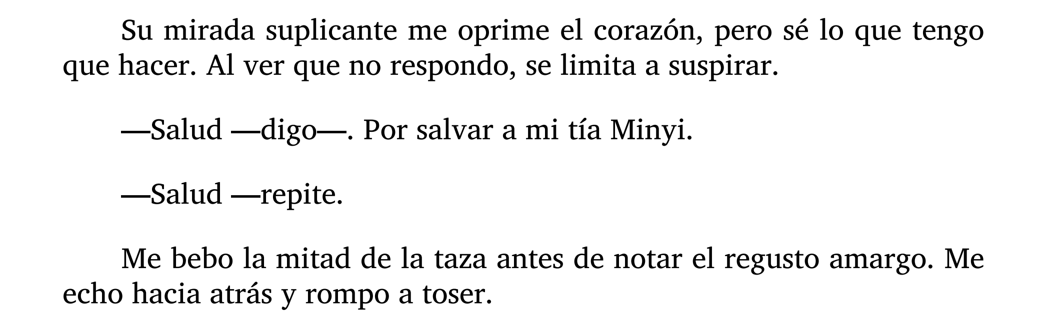
En ese momento, Zaza regresa con dos tazas de té recién hecho. Las hojas de la flor de guisante de mariposa han teñido el agua de un azul hipnotizante y vivo.

—Perdón por haberme preocupado.

Me siento en el borde de la cama y le doy unos golpecitos al colchón a mi lado. Cojo la taza que me tiende.

—Perdón por haberte preocupado.

—¿Puedo decir algo que te haga cambiar de opinión sobre lo de esta noche?



Su mirada suplicante me oprime el corazón, pero sé lo que tengo que hacer. Al ver que no respondo, se limita a suspirar.

—Salud —digo—. Por salvar a mi tía Minyi.

—Salud —repite.

Me bebo la mitad de la taza antes de notar el regusto amargo. Me echo hacia atrás y rompo a toser.

—Zaza, ¿cuánto azúcar le has echado?

Frunce la cara entera.

—Ay, lo siento. No tenía ni idea de cómo se preparaba. El azul me ha despistado.

Sin que me vea, vuelvo a escupir parte del líquido en la taza.

—Menos mal que te quiero.

Sonríe, pero no el gesto no le alcanza los ojos.

—Yo también te quiero.

—Mira —digo, y cojo el diario de mi padre para enseñarle la entrada de la Ficha—. Creo que este lo dibujó mal. La Y del medio debería estar vacía.

Zaza me apoya la cabeza en el hombro.

—A lo mejor todavía la tenía cuando tu padre la dibujó.

—Imposible. Lo sabría todo el mundo.

—Anda, ¿y no has tenido que llegar tú para descubrir cómo se utiliza la Ficha cuando todos los demás pensaban que estaba rota?

—Estás exagerando un poquito. —Sacudo la cabeza al sentir la acometida de un mareo repentino—. ¿Y si faltara una pieza? ¿Y si la pieza que falta soy yo?

—La última vez que me fijé, no tenías forma de Y.

Mi cama me resulta más tentadora que nunca. ¿Desde cuándo es tan difícil mantener los ojos abiertos? Antes de que pueda darme cuenta, me estoy desplomando hacia atrás. Aterrizo con un paf suave

sobre las sábanas y estiro los brazos por encima de la cabeza.

—Ahora ya sí.

—Pero ¿tú te oyes? —Zaza me acaricia la mejilla. Me cuesta no cerrar los párpados y seguir viendo su preciosa cara flotando sobre la mía—. Debes de estar agotada. Relájate. No te resistas.

Su orden funciona como un hechizo mágico. Aún no he podido preguntarle a qué debo dejar de resistirme exactamente cuando me sumo en un sueño profundo.

En mi sueño, es la mañana de Navidad. Me despierto rodeada de regalos envueltos en papeles brillantes y con lazos extravagantes. Un par de manos sin cuerpo me colocan el primer paquete sobre el regazo. Lo abro con una sonrisa. Cuando levanto la tapa, me encuentro la cabeza de mi tía Minyi cercenada y sonriéndome.

Me despierto sobresaltada, jadeando, con la ropa empapada de un sudor que huele a miedo. Estoy acurrucada en la cama, con el peluche de té de burbujas que me ha regalado Zaza apoyado en la almohada, junto a la cabeza. El cris cras de un bolígrafo sobre el papel se interrumpe de golpe cuando mi amiga me mira desde el suelo.

Se le desencaja la cara por completo.

—¿Ya estás despierta?

Me levanto a toda prisa, resollando con fuerza.

—¿Qué hora es?

—Rei…

—¿Qué hora es? —le grito. Cojo el reloj de arena y lo miro con incredulidad. La arena se ha vaciado por completo en la mitad inferior —. Zaza —le susurro—, ¿qué mierda has hecho?

Las lágrimas le inundan los ojos.

—Lo siento mucho, Rei. Él no quería que fueras. Me ha obligado a hacerlo, a drogarte. Me dijo que si ibas te matarían. Jamás me lo habría perdonado si no hubiese hecho nada para impedirlo. En teoría no tendrías que haberte despertado hasta por la mañana, cuando todo hubiera terminado.

Me quedo helada.

«La última vez estuvieron a punto de matarte, Rei. Se cerciorarán de que no vuelven a fallar».

«Él no quería que fueras».

«¿No te das cuenta de que es una trampa?».

Él no quería que fueras.

Kieran.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

No paro de soltar tacos durante todo el recorrido hasta la sala de estar. Por supuesto, el sofá está vacío. No hay ni rastro de Kieran por ninguna parte.

—Pedazo de mierda traidora e intrigante —suelto mientras me calzo un par de botas de combate y salgo hecha una furia por la puerta del apartamento.

Zaza me llama a gritos, pero hago caso omiso de sus súplicas desesperadas aunque sé que nada de esto es culpa suya. Kieran la eligió porque sabía que querría protegerme y eso la convertía en un blanco fácil de manipular.

Lo cual me hace odiarlo aún más.

Salgo al hueco de las escaleras de la mansión y bajo a toda velocidad hasta la décima planta. El polvo de estrellas revolotea junto a las ventanas del pasillo y me ilumina el camino hacia la cámara acorazada en la que se almacenan las existencias de armas y de exotrajes de la mansión. Tiro de la manilla. Está cerrada. Valentine le ha dado la llave a Kieran esta tarde. Se suponía que teníamos que prepararnos juntos y luego dirigirnos hacia Times Square con Everly.

Soy una imbécil por haber confiado en él.

Me prometo que, si llega vivo al amanecer, no volveré a permitir que forme parte de mi vida. Y, si lo intenta, haré que se arrepienta.

Le doy una patada a la puerta con tanta fuerza que le hago una enorme rozadura negra. Después, vuelvo al apartamento. Me digo que aún puedo llegar a Times Square antes de la medianoche. Pero, sin exotraje, mi única opción es salvar corriendo las treinta manzanas que me separan del punto de encuentro.

Me topo con Zaza esperándome en el vestíbulo, angustiada.

—Rei, perdóname…

La agarro por los hombros.

—Zaza. No pasa nada. Lo entiendo. Creo que, de haber estado en tu lugar, yo habría hecho lo mismo. Sin embargo, ¡necesito que te quites del medio!

Se muerde el labio y cede. Paso a su lado como una exhalación y arraso mi armario en busca de mi exotraje de educación para el combate. Me lo pongo sin decir nada y me subo la cremallera yo sola.

—Ese exotraje no es de verdad, ¿no? —me pregunta Zaza con la voz empequeñecida.

Casi sin pensar, me toco el pulgar con los otros dedos. Me resulta desconcertante no obtener ninguna respuesta. Lo mismo me ocurre con la vara. Mientras que las que se les entregan a los *mavericks* se alimentan de la energía producida por los exotrajes, esta solo funciona durante el día tras varias horas de carga. Si Kieran no hubiera convencido a Zaza para que me drogase, me habría enfrentado a una situación peligrosa, pero al menos contaría con el equipo y la protección adecuados. Ahora, esto es lo mejor que tengo.

—No —respondo—. Pero protege más que un pijama.

Del armario del vestíbulo, saco una gabardina normal y corriente que debe de ser de mi tía Minyi. Me cuelgo la vara a la espalda. Justo antes de salir, veo mi reflejo en el espejo de cuerpo entero que hay junto a la puerta.

No parezco una *maverick*. Parezco una niña pequeña jugando a disfrazarse.

No confío en lo que podría llegar a decir, así que le doy un abrazo escueto a mi amiga y, sin más, me marcho.

Cuando salgo de las escaleras al oscurecido vestíbulo de la mansión, me dirijo a grandes zancadas hacia la puerta de doble hoja. No es hasta que cierro los dedos en torno a la ornamentada manilla cuando dudo por primera vez. Miro la calle desolada a través del cristal. Me da la sensación de que las sombras adoptan formas nuevas ante mis ojos, de que se regodean, se burlan y me desafían a adentrarme en sus profundidades.

La realidad me golpea por sorpresa en las tripas. Repentinamente mareada, apoyo todo el peso en la puerta. Aunque consiga recorrer las treinta manzanas en plena noche sin cruzarme con ningún mortícola, ¿qué voy a hacer una vez que llegue a Times Square? ¿Ponerme de rodillas y pedirle con mucha educación a quienquiera que me haya enviado la oreja cortada que le perdone la vida a mi tía Minyi?

He sido una estúpida al confiar en Kieran, pero lo sería más aún si no me diera la vuelta ahora mismo.

Dejo caer la mano a un lado.

No obstante, cuando doy el primer paso para alejarme de la puerta, la voz de Everly me resuena en la cabeza: «Durante toda mi vida, me he enorgullecido de no ser un cierto tipo de persona, el tipo de persona que se lava las manos y observa desde la seguridad de la barrera cuando tiene el poder de cambiar las cosas».

Cuando encontramos el cuerpo de Noëlle en el parque, Yuna podría haberme abandonado a mi suerte. Sabía que los mortícolas irían a por nosotras. Podría haber optado por escapar y ponerse a salvo, pero eligió quedarse y luchar a mi lado. Una decisión que acabó pagando con la vida.

Aquel día en el que Roland apareció en la estación de metro abandonada, no dudó en ponerse en peligro por mí. Roland era muchas cosas: arrogante, pesado y un engreído de narices, pero nunca fue un cobarde.

El aire frío del anochecer me besa la cara desnuda cuando echo a correr por Broadway hacia el centro de la ciudad. Antes del Desvanecimiento, la noche era el momento en el que la ciudad cobraba verdadera vida. Sin embargo, ahora apenas reconozco el barrio por el que he pasado miles de veces a la luz del sol.

Atravieso a toda velocidad el batiburrillo de cruces que hay justo al otro lado de la plaza de la calle 64, donde la ciudad ofrece lo mejor de las artes escénicas. En el centro hay una fuente enorme que durante el día brinda espectáculos impresionantes, pero esta noche la única atracción es el mortícola que se está dando un baño en sus aguas.

Acelero el paso, rezando para que no me vea.

Sin embargo, justo antes de doblar la esquina oigo un chapoteo. La bestia sale de la fuente tirando un montón de agua a la acera y carga sin dudarlo contra mí.

Sin la velocidad añadida del exotraje, me alcanza en un abrir y cerrar de ojos. Una garra me araña la espalda. Salto hacia detrás de un árbol y salgo rodando por el otro lado del tronco, con la vara en alto. Le clavo la punta al mortícola en el esternón. Suelta un alarido y me lanza un tajo salvaje. Una punzada de dolor me atraviesa el hombro. Siento que se me encoge el estómago cuando pierdo el equilibrio por el borde de la acera. Estampo la empuñadura de la vara en el suelo y me agarro al asta para girar el cuerpo justo a tiempo de esquivar la siguiente embestida. Antes de que el monstruo recupere el equilibrio,

dejo escapar un grito feroz y le atravieso la garganta con la vara. La retuerzo para que se le cruce de parte a parte y disfruto del ruido húmedo de los músculos y los huesos desgarrados.

Una mezcla de polvo de estrellas y del sudor que me gotea por el cuello me escuece en el hombro que ya se me está curando y en las heridas de la espalda. Extraigo la vara del cadáver ya en descomposición del mortícola y alzo la vista.

Se me sube el corazón a la garganta. Blandiendo mi única arma, retrocedo para alejarme de la colosal masa de oscuridad y pelo que se cierne sobre mí.

No le quito ojo.

A apenas unos metros, un colmillo nocturno me enseña los dientes. No es un gesto de amenaza, exactamente. Parece más bien de… entusiasmo. Poco a poco, bajo la vara.

Sin apenas atreverme a respirar, susurro:

—¿*Boba*?

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

Durante un segundo, no pasa nada.

Pues a lo mejor sí que muero, al final.

Sin embargo, en ese momento mi cachorro de colmillo nocturno se tumba de espaldas para ofrecerme la barriguita y me lanza una mirada de adoración con esos ojos negros, luminosos y soñadores.

Casi me fallan las piernas de puro alivio. Envaino la vara y lo colmo de caricias en la panza. Ya ni siquiera tengo que agacharme.

—¿Cuándo te has hecho tan grande?

Cada vez que golpea el suelo con la cola, el impacto abre grietas en el cemento.

De repente, empieza a tener nauseas. Las arcadas son tan intensas que se le estremece el cuerpo entero. Desesperada, me coloco a horcajadas sobre él y empiezo a golpearle el abdomen con los puños. Jamás me imaginé que fuera a utilizar de esta forma mis conocimientos del libro de texto *Anatomía Inhumana IV*, pero, unos segundos después, mi diligencia da sus frutos y un objeto brillante sale disparado de entre las fauces de *Boba*. Tintinea sobre la acera.

Me aparto del cachorro y aguzo la vista cuando me agacho. Parpadeo varias veces, con la boca entreabierta a causa de la estupefacción.

Cojo el objeto. Está cubierto de saliva de mortícola y de un extraño pringue rosa, pero no hay duda.

Levanto la Ficha y me vuelvo hacia *Boba* sin dar crédito.

—¿Cómo…?

Se limita a sonreírme enseñando sus tropecientos dientes.

Un estruendo resuena a lo lejos. El cachorro agacha las orejas. Un gruñido grave le brota de la garganta. Se sienta sobre las patas traseras y baja el cuello mientras me lanza una mirada expectante. No entiendo lo que quiere decirme hasta que, cada vez con más urgencia, empieza a darme cabezazos en dirección a uno de sus costados. Le agarro un mechón de pelo grueso y sorprendentemente suave. Le doy un tirón de prueba. Como no parece molestarle, me encaramo a su

lomo.

Apenas me ha dado tiempo a sentarme cuando *Boba* se levanta de un salto y, sin previo aviso, echa a correr a toda prisa calle abajo. Grito, a punto de salir volando hacia el vacío.

Para cuando llegamos a Columbus Circle, me he acostumbrado lo suficiente al ritmo de sus zancadas como para empezar a relajarme un poco. Sin embargo, el propio *Boba* se frena a la entrada de la enorme rotonda. Bailotea sobre las patas, moviendo la cabeza de un lado a otro, sin saber qué calle seguir ahora.

Intento apretar los muslos, pero tiene un pelaje tan espeso que ni siquiera se percata de la presión. Tiro del mechón de pelo que tengo aferrado en la mano izquierda. Al instante, trota un poquito hacia la izquierda, con las orejas erguidas.

—Vale —murmuro—. Con esto me apaño.

Lo guío alrededor de la rotonda. Cuando volvemos a enfilar Broadway, recupera el veloz ritmo anterior. El viento me alborota el pelo mientras él recorre las calles como una bala, con los poderosos músculos ondeando como las olas del mar bajo mi cuerpo.

Inclino el torso hacia él y lo espoleo para que acelere. Con un sobresalto, me doy cuenta de que no apesta tanto a aguas residuales ni a azufre como los otros mortícolas. También huele a hierba y a barro. Por primera vez, me pregunto si el olor característico de los mortícolas es verdaderamente suyo o si será una consecuencia de sus hábitats subterráneos. Nunca me había planteado esa posibilidad.

Y tampoco me había planteado por qué *Boba* no ha intentado hacerme daño jamás.

Un pensamiento incómodo se instala en mi interior. ¿Y si *Boba* es como Tim, un humano convertido en colmillo nocturno? Y, aunque no lo fuera, si lo matara aquí y ahora, ¿quién sería el verdadero monstruo?

No es sencillo cruzar la única línea que he sabido seguir durante toda mi vida. No es sencillo olvidar lo que me he pasado años aprendiendo en el instituto, lo que tengo grabado en el cerebro tras miles de horas de estudio. Tampoco lo es desenmarañarse de toda una vida de asco y odio perpetuados por un grave trauma infantil y un deseo de venganza arraigado en lo más profundo de mi ser. Porque, si le doy la espalda a todo lo que siempre he creído sobre los mortícolas,

a todo lo que representa el Sindicato, ¿qué implicará para todos los *mavericks* que han muerto por esta causa? ¿Para el maestro Sasha? ¿Para mis padres?

Al pasar por delante de un rascacielos construido con cristal reflectante, vuelvo a captar mi reflejo, con la vara a la espalda y el abrigo prestado meciéndose en el aire mientras cabalgo sobre mi magnífica criatura de las tinieblas.

Abro los dedos para estudiar la modesta moneda que sostengo en la palma de la mano; la he llevado tan apretada en el puño que se me ha formado una diminuta roncha roja en forma de Y sobre la piel. ¿Y si es verdad que a la Ficha le falta una pieza? ¿Y de qué será capaz cuando esté completa?

En cuanto empezamos a acercarnos a Times Square, los anuncios y las colosales vallas publicitarias se adueñan del cielo. El anochecer drena los vibrantes colores de las pantallas eléctricas y las reduce a puro negro. Me siento minúscula en comparación con su vacío inmenso y plano, un vacío tal que, apenas unos segundos más tarde, los rectángulos dejan de parecer pantallas muertas y se transforman en los muros sin ventanas de una siniestra fortaleza.

Dejamos atrás la calle por la que perseguí a Cassie después de que me robara la cartera. Ni siquiera la brisa honra con su presencia estas avenidas.

Aquí, la ciudad se ha paralizado por completo.

Eso significa que al menos Valentine y el resto de los *mavericks* están llevando a cabo el trabajo del que prometieron que se encargarían: atraer a todos los mortícolas de los alrededores hacia otras zonas para evitar el mayor número posible de intrusiones no deseadas.

En cambio, Kieran y Everly ya deberían estar aquí, pero no los veo por ninguna parte.

Tiro del pelaje de *Boba* hasta que se detiene. Después de bajar al suelo deslizándome por su cuerpo, le rasco el cuello.

—Vete. No pueden verte conmigo, es demasiado peligroso.

Lloriquea y me apoya la cabeza en el hombro.

Lo acaricio por última vez detrás de las orejas.

—Si salgo viva de esta, prometo comprarte tarta como para llenar un autobús. Dos autobuses. Y un taxi lleno de pan de plátano.

Ni siquiera eso lo hace moverse. Al final, tengo que empujarlo. Fuerte. De mala gana, desaparece al doblar la esquina, enfurruñado y con la cabeza gacha. Se me encoge el corazón al verlo marchar, pero no sería capaz de vivir conmigo misma si alguien le pusiera las manos encima, sea del Sindicato o no.

Me detengo justo debajo de donde antes caía la bola cuando en Nochevieja daban las doce. Busco indicios de algún tipo de pelea, pero la plaza está intacta.

—¿Y bien? —le pregunto a la oscuridad. Saco la nota que me entregaron hace unas horas y la levanto en el aire—. Ya estoy aquí. Me he dormido un poco, lo siento.

Giro trescientos sesenta grados sobre mí misma para examinar el entorno.

Nada.

—Eras tú quien quería verme —digo—. Así que sal a jugar.

Justo cuando empiezo a temer que de verdad sea demasiado tarde, lo oigo.

Clac-clac. Clac-clac. Clac-clac.

El mismo ruido cuyo eco oí en la base donde los maestros y yo estábamos retenidos.

Con el corazón desbocado, me doy la vuelta cuando las sombras se turban y una figura emerge de la penumbra bajo una de las pantallas. Igual que la primera vez que nos vimos, lleva gafas de sol y viste de blanco impoluto de pies a cabeza, aunque esta noche ha optado por un traje pantalón de seda que se ajusta como un guante a su figura. La melena platino cortada a lo *bob* se le ondula cada vez que da un paso, tan celestial como el resplandeciente polvo de estrellas que cae entre nosotras. Incluso de lejos, el brillo acerado de su prótesis destella peligrosamente tras la jaula de color blanco hueso que son sus tacones de aguja.

Se detiene a un brazo de distancia de mí y pronuncia mi nombre como si pudiera saborearlo.

—Rei Reynolds.

Aprieto la mandíbula.

—Agente Storm. ¿O debería llamarla Sabrina?

Los labios de color rosa sangre se le curvan en una sonrisa serpentina.

—Como quieras.

—Puedes quitarte las gafas de sol. No es necesario que ocultes lo que eres en realidad, a mí no.

—¿Y qué soy «en realidad»? —dice en tono burlón mientras se las quita.

Cuando su mirada negra y sin alma se clava en mí, un escalofrío de horror me recorre el cuerpo entero.

—Inhumana.

—Hum. Creo que mi aspecto es muy humano. —Extiende las manos y se examina la perfecta manicura—. Aunque supongo que todo el mundo tiene derecho a opinar.

—Eres una abominación. Y lo sabes.

Se le afila la sonrisa.

—Como la mayoría de los humanos, cariño.

Aprieto los puños.

—Eres una traidora a tu propia especie. Parte humana, parte mortícola.

Esas palabras le borran la sonrisa de la cara.

—Fue la lealtad a mi «propia especie» lo que me llevó a mi condición actual.

Resoplo con desdén.

—¿Qué vas a decirme, que un malvado científico te inyectó una mutación mortícola en el cuerpo? ¿O tal vez que fuiste tan estúpida como para hacerlo tú misma?

La agente Storm estira una mano a la velocidad del rayo y me rodea el cuello con ella.

—Deja que te haga una pregunta —susurra, y me clava las uñas en el punto del pulso—. Supongamos que te rajo la garganta aquí mismo. Solo tienes una opción, una única manera de sobrevivir. O la aceptas, o mueres ahogada en tu propia sangre. ¿Cuál sería tu elección?

—La aceptaría —musito mientras intento zafarme de su agarre—, aunque solo fuera para rajarte la garganta a ti.

—Entonces estamos de acuerdo.

Vuelve a sonreír y me acaricia la mejilla con los nudillos tras soltarme.

Me llevo las manos a la base de la garganta, todavía respirando con dificultad. Rodeo el collar de mi madre con los dedos, como si fuera a darme fuerzas.

—No lo creo.

—Ya lo veremos. —Junta ambas manos—. Pero, bueno, ¿en qué puedo ayudarte, cielo?

Me sulfuro.

—¡Eres tú la que me ha citado aquí!

—Sí, y tú eres la que necesita algo de mí. Y desesperadamente, debo añadir. Así que hazme una oferta.

«Paciencia, Rei». Oigo la voz de mi tía Minyi. Necesito tiempo para ganar ventaja, así que respiro hondo y abro los puños.

—¿Cuál es el precio de venta?

—Me alegra que me lo preguntes —ronronea Storm.

Silba y dos guardaespaldas emergen del interior del edificio más cercano, el museo de cera Madame Tussauds. Uno lleva una bandeja de plata con una tapa. El otro lleva una servilleta enrollada. Es curioso, pero solo el segundo tiene los ojos negros y brillantes como la obsidiana fundida desde un párpado hasta el otro. El primero los tiene marrones y redondos; aunque recuerdan a los de un cervatillo, siguen siendo humanos.

—¿Cuánto te pagan? —le pregunto al esbirro de los ojos marrones.

En lugar de responder, levanta la tapa de la bandeja y deja al descubierto un trozo de carne cruda y brillante, recubierta de mantequilla y adornada con ramitas de romero.

—Tachán. —La agente Storm se inclina hacia mí y me murmura al oído—: Ahora, cómetela.

Frunzo el ceño con enfado. De todas las cosas que me esperaba esta noche, una cena romántica con el enemigo era la última.

—¿Qué?

—Cómetela. Ese es el precio que exijo. Te devolveré a tu tía al instante. Sin condiciones.

Levanto la barbilla.

—¿Cómo sé que no vas a devolvérmela muerta? ¿O hecha pedazos?

—Me hiere que me consideres capaz de una crueldad tan artera.

—Me enviaste una oreja cortada.

Les quita importancia a mis palabras con un gesto de la mano.

—Volvió a crecer enseguida.

—¿Era tuya?

—Uy, no. —Suspira—. Cuando doy una orden, espero que mi gente me escuche. Uno de los nuevos reclutas no lo hizo, así que… —Imita el movimiento de una tijera con los dedos—. Ahora tiene unas orejas nuevas que están demostrando ser mucho más eficaces. Pero me estoy desviando del tema. Recuperarás a tu tía viva y entera.

—Tentador. —Eso al menos significa que la maestra Minyi debe de andar por aquí cerca. Le echo un vistazo a la carne cruda. Me cuesta mantener una expresión neutra ante el inquietante escrutinio de Storm—. ¿Está envenenada?

—En serio, Rei, me ofendes. No te hará daño, más bien todo lo contrario.

Entorno los ojos.

—¿A qué te refieres?

Abre los brazos.

—Imagínate el poder de un Artefacto. Ahora, imagínate ese poder en tu interior, no en el de un objeto. El poder de la fuerza, el poder de la velocidad. El poder de transformarte hasta un punto que escapa a tu comprensión. De fundirte con la oscuridad.

Una sospecha nauseabunda me contrae las entrañas. En lugar de permitir que se me note en la cara, me inclino hacia delante como si hubiera conseguido captar mi atención… No soy la maestra Minyi, pero he aprendido mucho de ella.

—No es así de simple, ¿verdad? —le digo.

Percibe mi chispa de interés y sonríe. El esbirro de la servilleta la desenrolla y me ofrece un tenedor y un cuchillo.

—Verás, Rei, creo que tú y yo tenemos más cosas en común de las que crees. Vi cómo resolviste lo de aquel mortícola en la clase de educación para el combate. Juntas, formaríamos un equipo extraordinario.

Me obligo a apartar la mirada de la bandeja.

—¿Para lograr qué?

—Poner fin a los métodos corruptos y crueles del Sindicato.

Se me escapa una amarga carcajada de sorpresa.

—¿Cortándole las orejas a todo aquel que no te escuche?

Chasquea la lengua.

—El Sindicato te ha lavado el cerebro para que creas que todos los mortícolas son monstruos.

—A los mortícolas les encanta devorar carne humana. Mataron a mis padres.

—No. No los mataron.

—Los vi hacerlo —digo mientras aprieto el tenedor y el cuchillo

con más fuerza.

—No fueron los mortícolas quienes incendiaron tu casa —dice Storm con la voz serena. Se me para el corazón—. No fueron los mortícolas quienes expusieron a tu familia a la intemperie. Al peligro.

«Escozor en los ojos. Un calor insoportable que llegaba en oleadas que ahogaban el aire». Aprieto los párpados para intentar reprimir el recuerdo.

—¿Cómo lo sabes? —susurro.

—¿Quién crees que causó el incendio?

—Fue un accidente.

—¿Sabes qué probabilidades hay de que se produzca un incendio durante el anochecer? —me pregunta Storm—. Cero. ¿Las llamas vivas? Prohibidas. No hay electricidad, las estufas no funcionan. Así que, a menos que tus padres metieran leña a escondidas en vuestro salón y encendieran una hoguera, no fue «un accidente».

El mundo me da vueltas. Era tan pequeña y me centré tanto en el asesinato de mis padres que jamás me había cuestionado el resto de los detalles.

—Pero… ¿quién iba a hacer algo así? ¿Quién iba a querer matar a mis padres?

—Buena chica. Ahora ya empiezas a hacerte las preguntas adecuadas.

Me cuesta oírla por encima del estruendo de los pensamientos que se me agolpan en la cabeza.

—Mi madre era una vigilante más —murmuro.

A diferencia de mi tía Minyi, ella nunca alcanzó un puesto de poder. Mi padre, en cambio, era el conservador jefe de los Archivos. No sé tanto de su trabajo como para deducir quién querría verlo muerto.

Pero quizá Storm sí.

Niego con la cabeza para hacerme la tonta.

—Y mi padre solo trabajaba en los Archivos.

—¿«Solo» trabajaba en los Archivos? Cariño, tu padre ostentaba uno de los cargos más importantes de toda la ciudad de Nueva York. Cuando empezaron a aparecer los Artefactos, se convirtió en el maestro de todos ellos.

Me viene a la mente una imagen del diario lleno de bocetos.

—¿Y?

—Tenía acceso ilimitado a los objetos, así como a sus poderes. Y entonces se topó con uno tan poderoso que podía hacer saltar esta ciudad por los aires.

—Así que lo silenciaron —digo despacio— porque se suponía que no debía encontrarlo.

—No —dice Storm—. Fue porque lo robó.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

Me abalanzo sobre Storm enseñando los dientes, pero sus esbirros me agarran por los brazos y tiran de mí hacia atrás.

—Mentira —gruño.

—Tu padre traicionó al Sindicato. Robó un Artefacto de los Archivos.

—No te atrevas a hablar así de mi padre. Mi madre y él consagraron su vida al Sindicato. Ellos nunca…

—Entonces explícame cómo incineraste a aquel colmillo nocturno.

Me quedo inmóvil de golpe.

—¿Qué?

—Después de la emboscada que le tendieron a tu equipo la otra noche.

De repente, recuerdo las tres siluetas envueltas en sombras que vi cernerse sobre mí justo antes de perder el conocimiento. La misma insignia del Sindicato que Storm llevaba en aquel momento le brilla ahora sobre el pecho, como burlándose de mí. Se me hiela la piel.

—¿Estuviste allí?

—Ay, cielo —dice con una risita—. Fue todo obra mía. Tus amigos se comportaron como verdaderos héroes cuando os dividisteis para rescatar a aquel pobre hombre trastornado de Koreatown. Después, solo hubo que disparar las bengalas para conseguir separarte de tu compañera… Esa chica era una muñequita.

La sangre me late en los oídos y ahoga cualquier otro ruido.

—Qué lástima lo que le pasó. —Storm me dedica una sonrisa compasiva—. A ver, yo solo mato por necesidad, pero esa muchacha tenía que morir para que te dieras cuenta de lo que había en juego. Para que por fin utilizaras el don que te dejó tu padre. Dime exactamente qué es y cómo lo usaste, y nadie más tendrá que morir.

—No lo sé —miento, y solo ahora caigo en la cuenta del tremendo golpe de suerte que supuso que la Ficha se me cayera al

suelo antes de que Storm pudiera echarle el guante.

La agente se entrelaza las manos detrás de la espalda.

—A lo mejor yo puedo ayudarte a recordar. La noche del incendio. Cuéntame cómo es posible que tus padres perecieran y tú, sin embargo, lograses sobrevivir.

Titubeo.

Empieza a dar vueltas a mi alrededor, sus tacones repiquetean con cada uno de sus pasos metódicos y pausados.

—Una niña de tres años, desarmada, contra una horda de mortícolas hambrientos y en pleno fervor asesino. ¿Crees que decidieron perdonarte la vida sin más?

«Dedos que escarban. El tintineo del metal».

Aprieto los dientes, empeñada en bloquear los recuerdos que me asaltan la mente. Me llevo la palma de las manos a las sienes y cierro los ojos.

—No me acuerdo…

«Los ojos de mi madre, abiertos como platos a causa del miedo, pero rebosantes de determinación; sus ojos marrones, ennegrecidos en la noche. "Ponte esto. Llévalo siempre encima. No te separes nunca de ello. No permitas que te lo quiten jamás. Ahora, corre. ¡CORRE!".

»Brazos arriba, codos flexionados, dedo en el gatillo.

»BANG. BANG».

La voz de Storm consigue atravesar la aplastante oleada de angustia.

—Algo te salvó. ¿Qué fue?

Ya no la veo. Solo veo que el mortícola estira dos de sus muchas manos para agarrar a mi madre por la cara, que le destroza las mejillas con las garras mientras ella se revuelve y me mira por última vez. «¡Corre, Rei!». Unas lágrimas ensangrentadas le ruedan por la cara. «CORRE…», grita justo antes del CRAC de un hueso al quebrarse bajo unos dientes.

Los otros mortícolas, atraídos por sus gritos de agonía, se acercan.

Pero no clavan la mirada en ella, sino en mí.

—Piensa, Rei —sisea Storm—. ¿Qué fue? ¿Qué te salvó? Dímelo.

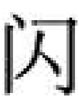
Me tiemblan las piernas. «Corre, Rei». No corro. No puedo hacerlo. Es el último deseo de mi madre, pero mis pies se niegan a moverse mientras el mortícola se atiborra de su carne. Una vez satisfecho, deja sus restos tirados sobre el hormigón, igual que si fuera un aperitivo que nadie ha pedido.

—Por favor —susurro mientras los monstruos avanzan.

Me aferro al collar que me regaló mi madre, incapaz de apartar la mirada de su cadáver mutilado.

No quiero que me coman.

Cuando las bestias atacan, estiro los brazos delante de la cara como si eso fuera a protegerme de la muerte. El collar de mi madre, con un único símbolo de oro labrado a mano, me cuelga del puño y refleja la luz del polvo de estrellas. *Shân*:



«Destello». «Relámpago». «Brillar». Aunque hay algo distinto. Hay algo pegado al otro lado del talismán. Algo redondo.

«Good for One Fare».

Cuando los mortícolas arremeten contra mí, una luz dorada me estalla en las manos y arrasa la noche.

Abro los ojos de sopetón y veo las demoníacas pupilas de Storm a escasos centímetros de las mías. Con un grito, retrocedo para alejarme de ella, todavía aturdida a causa de lo que acabo de recordar. Aun así, la agente me agarra por los hombros y me estudia la cara con avidez en busca de respuestas.

—¿Y bien? —pregunta.

De repente, tengo la sensación de que el collar me pesa mil toneladas alrededor del cuello. Elijo mi máscara con mucho cuidado.

—Solo recuerdo que los mortícolas hicieron pedazos a mi madre. Y luego… la oscuridad. —Me tiembla el labio—. Debí de desmayarme.

Storm entrecierra los ojos para intentar desentrañar mis mentiras. No obstante, parece que mis medias verdades resultan lo bastante convincentes. Con un bufido de disgusto, me empuja y se da la vuelta. Coge la bandeja de carne que sostiene su esbirro y me la planta delante.

—Estoy segura de que encontraremos la manera de ayudarte a recordar. —Sonríe—. Come. El poder te espera.

Un momento de claridad me alumbra por dentro. No soy yo lo que le importa, ni tampoco mi lealtad a su causa. Es mi conexión con el Artefacto. Yo no sé muy bien cómo funciona la Ficha, pero ella tiene aún menos idea.

No puedo desperdiciar esa ventaja.

—Antes quiero ver a la maestra Minyi —le digo.

Storm me sopesa. Con un suspiro, les hace un gesto a sus secuaces. Desaparecen bajo un toldo al otro lado de la calle y, un minuto después, regresan tirando de una mujer con los ojos vendados. Y amordazada. Con las muñecas y los tobillos atados y los oídos taponados. No puede moverse si no es arrastrando los pies humillante centímetro a humillante centímetro en la dirección en la que los secuaces deseen arrastrarla. Sin embargo, sigue manteniendo la cabeza tan alta como siempre.

Hago ademán de echar a andar hacia la plaza en la que se encuentra mi tía, pero Storm chasquea la lengua y sonríe con arrogancia.

—No tan rápido. Yo ya he cumplido con mi parte del trato. Ahora te toca a ti.

No puedo seguir retrasándolo. Levanto el tenedor y el cuchillo mientras intento no examinar la carne de demasiado cerca.

—No es que sea quisquillosa con la comida, pero ¿qué es esto?

—Ya debes de haberlo adivinado a estas alturas.

La sensación de asco que tenía en las tripas vuelve con más intensidad que nunca. «El poder de la fuerza, el poder de la velocidad. El poder de transformarte hasta un punto que escapa a tu comprensión. De fundirte con la oscuridad». Tengo que forzarme a pronunciar las palabras:

—Es carne de mortícola.

Una mueca de diversión danza en las facciones de la agente.

—Recién matado, solo para ti.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para contenerme y no apuñalarla en la garganta. Pero, por el bien de mi tía Minyi, debo seguirle el juego.

Con la voz más adorable que soy capaz de poner, le digo:

—Solo para que me quede claro, ¿es así como te convertiste en colmillo nocturno? ¿Un chef te preparó un filete de mortícola y te lo sirvió en bandeja de plata?

La expresión de petulancia le flaquea en el rostro.

—Ya te he dicho que solo tenía una opción para sobrevivir. Cuando era portadora de infiernos, los directores me enviaron a una misión de última hora. Fue durante el anochecer. El maestro que me habían asignado como acompañante no apareció. Mi destino resultó ser un nido de mortícolas. Misteriosamente, mi arma dejó de funcionar. Disparé una bengala de emergencia, pero los refuerzos no llegaron.

Detecto un movimiento en mi visión periférica. El estómago me da un brinco, pero me mantengo concentrada en Storm.

—¿Coincidencia?

—Más bien conveniencia. Justo unos días antes, me había topado con una información delicadísima. La información que terminaría salvándome la vida. —Se queda callada, pensativa—. Acabé con dos mortícolas con mis propias manos, pero pagué un precio. Cuando el tercero apareció mientras me desangraba en el suelo, supe que iba a morir. Así que, con el cuerpo destrozado, me arrastré hasta el cadáver más cercano y decidí correr el riesgo. —Coge la bandeja y me la tiende con sus propias manos—. Ahora te toca a ti.

Un escalofrío me recorre la espalda. Le lanzo una mirada furtiva a mi tía, que ahora permanece inmóvil entre los secuaces de Storm. Se levanta una corriente de aire. Un silbido grave recorre la noche.

—Lo siento —empiezo—, pero mi tía me ha enseñado que nunca debo aceptar comida de los desconocidos.

Levanto el puño hacia la parte inferior de la bandeja. Se estampa contra la cara de Storm con un delicioso clanc metálico. La carne de mortícola le golpea la frente con un chof húmedo y aún más satisfactorio.

Desde un tejado del otro lado de la calle, surge una ráfaga de disparos. Una figura vestida de negro lanza una lluvia de balas sobre la plaza. Los esbirros de Storm caen al suelo como marionetas a las que les han cortado los hilos. Atisbo una cabellera castaña y un abrigo negro que revolotea mientras Kieran corre hacia Minyi.

La agente gruñe y se limpia los jugos sanguinolentos que le corren por las mejillas. Sin darle tiempo a pensar en lanzarse a por él, intento clavarle el cuchillo en la garganta. Levanta la mano justo a tiempo para que la hoja le atraviese la palma.

Mientras Kieran se las arregla para arrancarle la venda de los ojos a mi tía, Storm agarra la empuñadura, retuerce la mano con el cuchillo aún ensartado en ella y me arrebata el cuchillo. La sangre nos salpica a las dos. Con la otra mano, se extrae la hoja de la carne.

—Yo me lo pensaría dos veces antes de moverme un centímetro más, cariño —le grita a Kieran.

Tanto él como mi tía se dan la vuelta. Esta última empieza a forcejear contra sus ataduras; la mordaza es lo único que sofoca su furia. Estoy a punto de girarme cuando un metal frío y duro se me hinca en la sien. Oigo el clic de un seguro y me quedo paralizada.

A Kieran se le pone la cara blanca como el papel.

—¿Tim? ¿Qué narices haces aquí?

La voz del bruto me retumba junto al oído.

—Terminar lo que empecé.

—Suelta las armas o le metemos una bala en el cerebro —le ordena Storm a Kieran—. Tu amigo ya me ha dejado muy claro antes que está deseando apretar el gatillo, así que te sugiero que te des prisa.

—Te han convertido en un monstruo —dice Kieran, horrorizado.

—Preferimos el término «mestícola» —responde la agente—. Suena muy bien, ¿no crees?

Tim me presiona el cráneo con el cañón con tanta fuerza que me lo magulla.

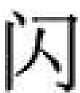
—¿Puedo matarla ya?

Me retumba el corazón. Desde el otro lado de la plaza, miro a Kieran a los ojos cargados de dolor. Con gran reticencia, abre la mano y deja caer la pistola al suelo.

Storm le dedica un gesto de asentimiento. Y después le dice a Tim:

—Mátalo.

Todo se mueve a cámara lenta. Mientras Tim apunta hacia su nuevo blanco, saco la Ficha que tengo en el bolsillo, la coloco bocabajo y me la llevo cuello. Al collar de mi madre, el amuleto con el carácter *Shân:*



Al igual que en el recuerdo que tanto me he esforzado por reprimir, el componente central del carácter encaja a la perfección en la muesca con forma de Y de la Ficha. Se acoplan con un clic satisfactorio, como dos mitades de un todo, al fin reunidas.

Tim aprieta el gatillo.

Una luz sobrenatural me estalla en las manos. Una cúpula de energía crepitante se proyecta hacia fuera, destruye la bala y devora el cielo hasta sumergir los rascacielos de las inmediaciones en oro fundido.

Siento una oleada de calor dentro de mí. Una cacofonía me invade la cabeza: el traqueteo y el chirrido de los trenes que circulan a toda velocidad por las vías; el viento que ruge en los túneles negros como el carbón; miles de vagones de metro que laten como la sangre por las arterias subterráneas de la ciudad y la mantienen con vida.

Un milagro aparece poco a poco ante mis ojos.

Mientras la cúpula dorada continúa expandiéndose, Manhattan empieza a desperezarse. Las pantallas gigantes se llenan de manchas de color y los anuncios de ropa, refrescos y espectáculos de Broadway deslumbran las calles. Los motores de los coches aceleran a lo lejos.

Los altavoces de una tienda cercana reproducen a todo volumen la música de una *big band*. Los semáforos pasan del amarillo al rojo y al verde como luces estroboscópicas. Times Square brilla tanto que hasta las estrellas desaparecen del cielo.

Por primera vez desde hace quince años, la ciudad que nunca duerme despierta al fin de su profundo sueño.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

—¿Cómo…? —exhala Storm mientras observa boquiabierta las pantallas que iluminan las calles como si fuera de día.

El arma cae al suelo y tamborilea contra el hormigón cuando Tim, igual de atónito, se queda extasiado ante el impresionante espectáculo. A Kieran y a mi tía Minyi les ocurre lo mismo.

El júbilo y el terror me corren por las venas al mismo tiempo. Times Square tiene justo el mismo aspecto que en el enorme cuadro enmarcado del despacho de mi tía: está viva en la oscuridad.

Cuando bajo la mirada, veo que el cuerpo entero me brilla con la misma luz dorada que emana de la Ficha.

Pero este poder… quema

Mi asombro se convierte en incomodidad. Y pronto en sufrimiento. Soy un ave fénix que asciende a la gloria suprema y al instante descubre que no es capaz de soportar el calor de sus propias llamas. La Ficha se me aleja del pecho levitando. A su alrededor, unas ondas abrasadoras distorsionan el aire. El cuerpo comienza a vibrarme con tanta intensidad que el hormigón que tengo debajo se fractura. La red de fisuras se extiende por la piedra. Grito, sujetándome la cabeza, y caigo de rodillas.

Alguien me agarra por detrás. Tira con fuerza de la cadena del collar de mi madre y me la rompe contra la garganta. El poder del Artefacto se me evapora del cuerpo. Lo único que puedo hacer es contemplar a Storm mientras eleva la Ficha hacia el cielo, con los ojos negros relucientes de triunfo y reverencia.

—Por fin —susurra.

En ese momento, la cúpula de luz parpadea.

La agente levanta la vista y frunce el ceño, confundida. En lugar de seguir expandiéndose hacia fuera, la cúpula comienza a replegarse. Storm abre mucho los ojos, se niega a aceptarlo.

—Espera. No. ¡Para! —Me señala con el dedo y Tim me obliga a ponerme de pie—. ¿Cómo has conseguido que funcione? Dímelo o…

La interrumpen el ruido de un motor y el chirrido de unos

neumáticos. Un Volkswagen Beetle de color rojo chillón dobla la esquina derrapando y dejando marcas negras sobre el asfalto. La agente levanta la vista justo a tiempo para ver la parte delantera del coche que la embiste y la lanza cinco o seis metros más allá.

La Ficha se le escapa de las manos y sale volando. Rebota en la acera, peligrosamente cerca de una alcantarilla, y después rueda hasta detenerse sobre la franja de pintura amarilla que marca el centro de la calle. Storm aterriza sobre un montón de postes de seguridad. Su cráneo emite un ¡clanc! estruendoso al chocar contra una farola.

Everly esboza una sonrisa arrogante tras bajar la ventanilla del conductor, y veo su equipo de francotirador hecho un guiñapo sobre el salpicadero.

—¡Piii, piii, pedazo de cabrona!

—¿De dónde has sacado eso? —grita Kieran.

—¿En serio quieres preguntarme eso ahora mismo? ¡Subid!

Cross hace lo que puede para llevar a mi tía Minyi hasta el coche medio en brazos, medio a rastras. Me pongo en pie tambaleándome y me encamino hacia la Ficha, pero Tim se me adelanta.

Me dedica una sonrisa salvaje y abre la boca para meterse el Artefacto debajo de la lengua. Luego, se cruza los brazos sobre la cara y se encorva. Se le hincha el cuerpo y, al instante, un breve destello de dolor le deforma la expresión. Una corona de cuernos con púas le atraviesa la piel de la frente. Los dedos se le alargan hasta transformarse en unas espeluznantes garras. Los dientes se le afilan, se dividen en dos y después se multiplican hasta que cientos de colmillos le sobresalen de las mandíbulas gigantescas. Lo único que permanece inmutable a lo largo de la transformación son sus ojos, relucientes de hambre y odio.

Con aire adusto, desenvaino la vara.

El tamaño de Tim como humano ya es abrumador. Como colmillo nocturno, es insondable.

Pero soy lo único que se interpone entre él y los demás.

Con un bramido que hace temblar la tierra, carga contra mí. Adopto una posición de defensa, aunque sé que es inútil. Everly grita algo ininteligible. Por el rabillo del ojo, veo que Kieran se estira hacia

mí, con el brazo extendido y la cara cenicienta de horror.

No va a llegar a tiempo.

Una veta de oscuridad se precipita desde el cielo a la velocidad del rayo, como un meteorito en plena caída. Vislumbro el destello de unos dientes. Me doy cuenta de que no es una roca cósmica.

Es otro colmillo nocturno.

Aplasta a Tim contra el suelo y le reduce la espalda a un montón de jirones sanguinolentos con las garras. Le muerde el cuello y lo zarandea de un lado a otro como si fuera un perro que juega con un mordedor.

Al principio creo que es *Boba*, pero este mortícola tiene las extremidades más largas y un torso de líneas aerodinámicas que hace que recuerde más a una pantera que a un oso. Me quedo mirándolos, fascinada. Nunca había visto a dos colmillos nocturnos peleándose.

¡PIII! Everly toca el claxon para sacarme del trance. Kieran sigue intentando meter a la maestra Minyi en el coche. Ahora que Tim está distraído con el recién llegado, consigo esquivar la pelea sin que se den cuenta. Rompo a correr hacia el Volkswagen y ayudo a Kieran a meter al fin a mi tía en el asiento trasero.

—Me alegro de que te hayas dignado a aparecer —me dice con sorna.

Lo miro sin poder creerme lo que acabo de oír.

—¿Dignarme a aparecer? Como si me hubieras dado elección, imbécil.

—¿Perdona?

—Vete a la mierda. Ni siquiera tuviste huevos para drogarme tú mismo, así que obligaste a Zaza a hacerlo por ti, ¿no?

El rostro de Kieran se transforma en la viva imagen de la confusión.

—¿De qué narices estás hablando? ¿Te han drogado? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Su inequívoca sorpresa y la preocupación que transmite su voz me hacen vacilar. Aún no le he contestado cuando la ventanilla de la

puerta del pasajero que tengo justo delante estalla con un BANG. Everly grita. Retrocedo de un salto y me oculto detrás de la portezuela mientras las balas silban por el aire. Una me pasa cerca de la cabeza y me roza el lóbulo de la oreja.

Storm sale arrastrándose de entre los escombros del otro lado de la calle, maltrecha y ensangrentada, pero muy viva. Tiene todo el lado derecho del cuerpo paralizado y un brazo destrozado y doblado por completo hacia el lado que no toca. De la chaqueta del traje le sobresalen fragmentos de hueso ensangrentado. Lo único que sigue siendo perfectamente funcional es su pierna de acero. Pero no por eso resulta menos aterradora… y, desde luego, tampoco la hace estar menos furiosa.

Consigue recargar el arma con una mano. El polvo de estrellas ya ha empezado a recomponerla poco a poco.

—Tú no vas a ningún sitio, Rei.

Kieran me agarra de la muñeca.

—¡Rei! ¿A qué estás esperando? ¡Entra!

—Pisa el acelerador, Everly. Saca a la maestra Minyi de aquí.

—No vamos a dejarte atrás —me contesta.

—No. Viene a por mí. —Por alguna razón, la Ficha se niega a funcionar cuando la tiene ella. Necesita mi ayuda para usarla, y eso significa que, a pesar de que tiene el gatillo flojo, me necesita viva… de momento—. A mí todavía no va a matarme, pero vosotros tres le dais igual. No puedo permitir que se lleve la Ficha y, si os quedarais, no haríais más que estorbarme. ¡Idos de una puñetera vez, antes de que termine de curarse!

Kieran ve la expresión del rostro de Everly.

—Everly, no…

Me desembarazo de él y cierro la puerta del pasajero de un golpe. Everly pisa el acelerador a fondo. El cochecito rojo sale disparado. Storm dispara contra los neumáticos y, aunque su puntería mejora con cada tiro, solo consigue impactar una bala en la llanta del neumático trasero. El coche toma la curva y desaparece de nuestra vista.

Un rugido de agonía sacude la plaza. El colmillo nocturno

desconocido atiza a Tim en la cara y provoca que la Ficha escape volando de entre sus fauces abiertas. De un empujón tremendo, la bestia lo lanza contra la imponente entrada del Madame Tussauds. Atraviesa la exposición de esculturas de cera de los diez maestros originales y se desploma sobre la alfombra roja, inmóvil.

Para mi disgusto, la Ficha se aleja dando botes hacia el otro extremo de la calle y se estrella contra el bordillo a tan solo unos pasos de donde se encuentra Storm.

El otro colmillo nocturno se vuelve hacia mí. La sangre de Tim le gotea por la boca.

La agente se da cuenta de la oportunidad que se le acaba de presentar y la aprovecha.

—Quienquiera que seas —grita—, si me traes a esa chica, recibirás una recompensa que no podrías imaginarte ni en tus mejores sueños.

El colmillo nocturno ladea la cabeza. Si me estaba aferrando a la remota esperanza de que este mestícola se pareciera en algo *Boba*, ese gesto hace que se evapore al instante.

Miro alternativamente a los dos monstruos que me flanquean, uno a cada lado. Estoy atrapada justo en el medio. Agarro con fuerza la empuñadura de la vara.

Contra el colmillo nocturno, lo más probable es que esta arma me resulte inútil. Contra Storm, en cambio…

Pero, si la mato, no habrá nada que impida que el colmillo nocturno me devore. Si me rindo ahora, si renuncio a la Ficha, quizá aún pueda sobrevivir.

«Esta ciudad no puede ser salvada. Ni lo necesita ni lo desea», me recuerda con suavidad la voz de mi tía Minyi.

«Encuentra la forma de hacerlo —me ordena la del maestro Sasha en mi mente—. Me temo que es posible que el destino de Manhattan dependa de ello».

«Sálvate tú», dice mi tía.

«Sálvanos a todos», insiste el maestro Sasha.

«Corre, Rei», me ruega mi madre.

«Álzate, Rei».

Storm se inclina hacia delante, emocionada de antemano por el baño de sangre que se avecina. Estiro el brazo con el que sujeto la vara hacia el colmillo nocturno, pero, en el último instante, giro sobre un pie. El arma surca el aire trazando un arco elegante y vuela con puntería certera no hacia el mortícola, sino hacia la agente.

Me invade una extraña sensación de calma. Nunca cumpliré la promesa que les hice a mis padres. Moriré aquí, sola. Pero al menos me llevaré conmigo a uno de los mayores monstruos de esta ciudad.

O eso creo hasta que Storm agarra la vara por el asta y detiene la hoja a tan solo unos centímetros de su cara.

—No —susurro—. Es imposible.

Ningún humano podría haber reaccionado tan rápido… Pero, claro, es que ella no es humana.

Con una sonrisa de satisfacción, se lleva la vara hasta la rodilla y la parte en dos. Un trozo de mi alma se rompe con ella.

—Te doy una última oportunidad —me advierte—. Enséñame a usar el Artefacto y te perdonaré la vida. Descubrirás que soy bastante compasiva con quienes me sirven bien.

—Coge tu piedad y métetela por donde te quepa —le gruño.

Storm hace una mueca y levanta el arma, pero yo ya me estoy dando la vuelta hacia el colmillo nocturno. Si Storm fue capaz de matar a uno o dos mortícolas con sus propias manos, ¿por qué yo no? O sobrevivo a este trance, o muero en el intento. En cierto modo, me siento… liberada.

El colmillo nocturno embiste. Acelero para enfrentarme a él en combate, pero, para gran desconcierto mío, salta por encima de mí justo cuando Storm aprieta el gatillo.

El chaparrón de balas impacta contra su pelaje. Cae al suelo, aullando de dolor. Sin embargo, no vacila y me protege de la descarga con el cuerpo. Luego, se sacude como un perro mojado y varias balas ruedan por el suelo. Ninguna de ellas ha detonado, sino que brillan con el mismo color del oro fundido que la luz de la Ficha. ¿Será obra

del Artefacto?

Los disparos cesan. En el tiempo que Storm tarda en recargar, el colmillo nocturno me agarra por el cuello del abrigo. Corcoveo y grito al recordar lo lejos que ha lanzado a Tim. Me hace volar por los aires. Aterrizo sobre su lomo con un jadeo sonoro. Apenas me da tiempo a recuperarme y a agarrarme a un puñado de pelo antes de que salga disparado en dirección contraria a Storm.

—¡Eh! —grito mientras le golpeo el costado con el puño—. ¡Necesito mi Artefacto!

De mala gana, el colmillo nocturno da media vuelta, pero ya es demasiado tarde.

—¿Te refieres a esto? —grita Storm.

Con una sonrisa de suficiencia, baja del bordillo y se agacha para recoger la Ficha…

Y entonces el Artefacto se aparta de su alcance dando tumbos como una hoja impulsada por una ráfaga de viento.

La agente frunce el ceño, da otro paso hacia él e intenta cogerlo por segunda vez. En esta ocasión, la Ficha vez se eleva de improviso y se cuela justo entre sus dedos extendidos. Se queda flotando en el aire delante de sus narices, parpadeando juguetonamente bajo las luces cada vez menos numerosas de Times Square. Storm gruñe e intenta agarrarla una y otra vez, pero la Ficha esquiva sus manos con una facilidad fluida. La agente blasfema. En represalia, el Artefacto se lanza contra ella y la golpea entre los ojos. Cuando intenta atraparlo, Storm acaba golpeándose en la cara ella sola. Suelta un grito de frustración. La Ficha echa a rodar hacia la penumbra por el puente de la nariz de la mestícola.

Con un último parpadeo, se repliega sobre sí misma y desaparece.

Juro que oigo reír al viento.

Storm posa la mirada sobre mí; sus ojos son dos pozos sin fondo de ira ardiente.

—Serás zorra —dice llena de furia mientras avanza.

—Creo que ya no somos bienvenidos —le digo a mi nuevo amigo.

Mientras las luces de Times Square se apagan una a una y los gritos enfurecidos de Storm se desvanecen a nuestra espalda, huimos hacia la noche, tan veloces como la absoluta oscuridad que invade Manhattan una vez más.

El colmillo nocturno me lleva hasta la zona oeste de la ciudad, donde el río Hudson chapotea contra la orilla y el viento gime entre los barcos como un lamento fantasmal. Mi mirada salta sin parar de una sombra a otra. La tensa espiral de paranoia que me oprime el pecho se niega a soltarse. A fin de cuentas, mi única línea de defensa contra los mortícolas es, de hecho, otro mortícola.

Por fin, cuando llegamos a la pasarela, el colmillo nocturno se detiene y se tumba en el suelo para permitirme descender. Pero no me muevo. Vuelve la cabeza y me mira con aire confuso.

—Espera —digo—. ¿Quién eres?

Resopla y se sacude para intentar librarse de mí. Aprieto las piernas en torno a su cuerpo y me aferro con fuerza al pelaje. Un gruñido de enfado le retumba en lo más profundo de la garganta.

—Has puesto tu vida en peligro por mí. ¿Por qué?

Me enseña los dientes, pero, como no intenta arrancarme la cabeza, mi curiosidad no hace sino alimentar mi determinación.

—Por favor. Llevo toda la vida creyendo que los mortícolas son monstruos. Demuéstrame que me equivoco.

Ante esas palabras, el colmillo nocturno se queda quieto. Lo miro, expectante. Con un suspiro de exasperación que parece casi humano, patea el suelo y me lanza una mirada incisiva. Capto el mensaje y me bajo de su lomo.

Con un último gesto dubitativo, me da la espalda. El polvo de estrellas que cae a su alrededor parece detenerse en el aire. Entonces, el resplandor empieza a arremolinarse, a girar en espiral cada vez más rápido hasta formar un tornado luminiscente que envuelve todo el cuerpo de la bestia. Me protejo los ojos mientras las ráfagas de viento me empujan hacia atrás. Un siseo me colma los oídos. Cuando la luz se atenúa y el viento amaina, lo único que queda es una nube de niebla blanca que se evapora hacia el cielo.

Me sobresalto y corro hacia el lugar que el colmillo nocturno ocupaba hace solo unos segundos. La decepción me deja un sabor acre

en la boca. Ya no está.

Entonces siento un golpecito en el hombro. Me doy la vuelta.

Me encuentro con una chica alta y esbelta, con la preciosa piel marrón y los ojos oscuros besados por el resplandor dorado del polvo de estrellas que aún no se ha desvanecido del todo.

Se me corta la respiración.

—Hola, *mèi mei* —dice mi hermana.

—No. No, es imposible.

Maura se muerde el labio y se acerca a mí.

—Sé que debe de ser difícil…

—Para —siseo, y doy un paso atrás. Le estudio el rostro a mi hermana; los ojos, que no son negros, no como los de Storm o los de Tim. Es realmente ella—. ¿Cómo? ¿Cómo es posible que seas uno de ellos? —Se me ocurre una idea horrenda—. ¿Has comido carne de mortícola?

Maura levanta las manos.

—Rei, por favor. No soy como los otros mestícolas que has conocido. Te juro que nunca me he comido a nadie.

—¿Por qué coño iba a confiar en nada de lo que me digas? Eres… —Me tiembla la voz. Me cuesta respirar. El mundo me da vueltas—. Eres un mortícola.

—Mírame a los ojos —me ruega—. Son normales, ¿no? Esa es la manera de distinguir a los mestícolas como yo de los que se han creado de manera artificial mediante el consumo de carne de mortícola, como Sabrina Storm.

Apenas comprendo sus palabras. Los labios se me curvan en una mueca de asco.

—Así que esta es la verdad. Por eso hace años que no vienes a casa. Porque te has convertido en una abominación.

Su expresión se transforma en un gruñido desagradable.

—No digas eso.

—¿Que no diga qué? ¿Que te has convertido en un puto mortícola?

—¡No lo elegí yo! —grita.

Me estremezco. Solo soy capaz de sumirme en un silencio atónito. Como mi tía Minyi, Maura rara vez pierde los nervios, y nunca conmigo.

Se le hunden los hombros.

—Lo siento. No pretendía… Por favor, piénsalo un segundo. El Desvanecimiento. Cientos de miles de personas desaparecieron en la niebla, Rei, y nadie volvió a verlas jamás.

—¿Qué tiene que ver eso con el hecho de que mi propia hermana sea un mortícola?

—¡Todo! —exclama Maura—. ¿No lo entiendes? ¿Adónde crees que fue esa gente? ¿Nunca te has preguntado cuál es el verdadero origen de los mortícolas?

La conmoción es tal que me deja sin aire en los pulmones.

—Te equivocas —susurro. Me tiemblan las piernas—. Esa gente murió. Se desvanecieron. No hay más. Fin.

—Yo también me desvanecí, ¿no? —dice Maura en voz baja. Noto que está calibrando mi reacción—. Pero no morí. Me convertí en mortícola.

Me acuclillo y entierro la cara entre las manos.

—Así que lo que me estás diciendo es que hasta el último de los humanos que desaparecieron durante el Desvanecimiento se convirtió en mortícola.

Un instante de silencio.

—Sí.

—Lo cual significa que… en realidad no matamos a simples monstruos.

Maura desvía la mirada.

—No es culpa tu…

—¡No, cállate, Maura! ¡Cállate de una vez! —Los años de resentimiento acumulado que hervían a fuego lento bajo la superficie estallan al fin. Me pongo en pie de nuevo y me lanzo contra su cara. Ella me agarra por las muñecas para intentar contenerme—. ¡Si me estás diciendo la verdad, me estás diciendo que no he parado de asesinar humanos! —Un sollozo me brota del pecho. Me zafo de su presa—. Humanos, Maura. Neoyorquinos. Y tú sabías de quién era la sangre con la que me estaba manchando las manos ¡y jamás me dijiste

nada!

Esboza un gesto de dolor.

—Juré guardar ese secreto bajo amenaza de ejecución. Te habrían matado solo por saberlo. La única razón por la que te lo estoy contando ahora es que Storm ya te ha puesto en peligro al revelarte la verdad sobre los mestícolas.

—¡Gracias a la libertad!

—Mira, yo no elegí nada de todo esto —insiste Maura—. Si no hubiera sido por el Desvanecimiento, no me habría convertido en mortícola. Si no hubiera sido por mi padre, no me habría convertido en mestícola. Y, si no hubiera sido por ti, que te has metido de cabeza en una pelea con un grupo de mestícolas estando prácticamente desarmada, no me habría visto forzada a intervenir para salvarte, ¡y ni siquiera estaríamos teniendo esta discusión!

Abro mucho los ojos para transmitirle un asombro falso e incrédulo.

—Si no hubiera sido por mí, ¿eh? Seguro que también es culpa mía que seas una hermana de mierda.

Maura tiene la audacia de adoptar una expresión dolida.

—¿Cómo eres capaz de decirme algo tan egoísta?

Suelto una carcajada.

—Eso tiene gracia, viniendo de una persona que desaparece durante meses sin ofrecer la más mínima explicación y después cree que no pasa nada de nada por volver a presentarse en la vida de los demás; eso sí, solo para largarse otra vez echando hostias durante a saber durante cuánto tiempo. ¿Crees que ha sido fácil para mí vivir siempre preocupada por ti mientras finjo que me parece perfecto que entres y salgas de mi vida como de un puñetero aeropuerto solo porque sé que lo has pasado mal?

—No…, no sabía que te sintieras así. Y lo siento. Pero ¿qué querías que hiciera?

Me contengo y bajo la mirada hacia sus pies.

—Lo único que quería era verte más a menudo. Que estuvieras

ahí para apoyarme. Como se supone que debe hacer una hermana.

—Al menos tú tenías a mamá —responde con un dejo de envidia.

—La tía Minyi es tu madre —digo con pesadez, y levanto la vista —. No la mía.

Maura retrocede como si le hubiera pegado una bofetada. No pretendo parecer una desagradecida, pero, aun así, es lo que parezco. Durante un minuto, no responde. Cuando lo hace, su voz es frígida:

—Entonces, según esa definición, yo tampoco soy tu hermana.

Cada una de sus palabras es como una puñalada en el corazón, y ella lo sabe. Porque, incluso cuando éramos primas, antes de que mataran a mis padres y mi tía me adoptara de forma oficial, Maura siempre ha sido mi *jiě jie*, mi hermana mayor. Y yo siempre he sido su *mèi mei*, su hermana pequeña. Esos términos nunca estuvieron ligados a la sangre. Para nosotras, significaban mucho más: una conexión inquebrantable, un amor fraternal y una confianza que trascendía nuestras muchas diferencias.

Se me quiebra la voz.

—¿Por qué no puedes formar parte de mi vida como antes? ¿Es mucho pedir?

Maura se frota la frente.

—No lo entiendes. Después del Desvanecimiento, ya no podía ser quien tú querías que fuera. Sigo sin poder serlo. Créeme, al principio, cuando volví, esperaba que las cosas siguieran exactamente igual que antes, sobre todo entre nosotras. Pero, cuando te vi por primera vez en dos años, me di cuenta de que nada podría volver a ser igual.

—Pero ¿por qué?

La angustia le brilla en los ojos.

—Porque habíamos cambiado. Las dos.

Vacilo.

—Yo estaba… destrozada —murmura Maura—. Traumatizada por lo poco que recordaba de mi época como mortícola. Entretanto, tus padres habían sufrido una muerte brutal. A ti te había consumido la venganza. La primera vez que nos vimos, cometí el error de

preguntarte cómo te iban los estudios. Solo recuerdo la repulsión de tu rostro cuando me hablaste de los mortícolas… y el entusiasmo de tus ojos ante la perspectiva de matarlos.

Algo plomizo se me instala en el estómago.

—Así que pensaste que, si descubría tu secreto, te haría daño. Yo, tu propia hermana.

Exhala.

—¿Cómo iba a saberlo, Rei? Quizá no me hubieras hecho daño, pero sí me hubieses entregado al Sindicato. O quizá no. Pero no podía arriesgarme.

Esbozo una amarga sonrisa.

—Quieres decir que no podías arriesgarte a confiar en mí.

—Pasar dos años siendo un monstruo cambia a una persona de manera radical. Yo soy la prueba de ello. La decisión de ocultártelo tuvo que ver tanto con tu seguridad como con la mía. ¿Sabes a cuánta gente le encantaría cazarme si supiera mi secreto? No dudarían en herir o incluso en matar a mis seres queridos con tal de conseguir lo que quieren. —Me toca el hombro—. Solo intentaba protegerte.

—¿Protegerme? —Me sacudo su mano de encima—. Si pensaste que la mejor manera de hacerlo era ocultándomelo, no deberías haberte tomado la molestia. Como han demostrado los últimos años, sé cuidarme sola.

—Pues no es lo que parecía cuando llegué a la plaza. Y, para empezar, ni siquiera tendría que haber estado cerca de ese lugar. Mamá me hizo prometer que jamás me aventuraría a salir a la calle durante el anochecer, así que de colarme en Times Square en medio de un tiroteo mejor ni hablamos. Pero, aun así, lo he hecho. Por ti.

—Pues muchas gracias —le espeto.

—De nada —me responde con un gruñido.

Se sigue un silencio tenso, ambas atrapadas en un callejón sin salida en el que ninguna está dispuesta a ser la primera en ceder. Pero, ya desde pequeñas, siempre he sido yo la que nunca era capaz de estarse quieta durante más de un minuto.

Por eso me sorprende aún más cuando musita:

—Di algo, joder.

Estoy a punto de replicar cuando veo las lágrimas que le brillan en los ojos. De repente, se me vapora toda la rabia. No recuerdo la última vez que vi llorar a Maura. No sé si la he visto llorar alguna vez.

Le doy la espalda al río y me apoyo en la barandilla. La brisa salada y ligeramente acre me despeina. Miro las estrellas con nostalgia.

—Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y retirar todas aquellas cosas. Las que hicieron que sintieras que ya no podías confiar en mí.

Maura se acomoda en la barandilla a mi lado.

—Tienes una razón más que válida para odiar a los mortícolas. En ningún momento he dicho que piense que la situación es culpa tuya, así que tú tampoco deberías pensarlo.

—¿Por qué has desaparecido durante tantos meses?

—He estado trabajando en el Proyecto Renegados, infiltrada como una de las asesoras de Storm —reconoce Maura—. Ella no conoce mi verdadera identidad, ni la humana ni la otra. Así pude ayudaros a mamá y a ti a escapar del complejo de investigación.

Tardo un segundo en caer en la cuenta de a qué se refiere.

—Las llaves —susurro. La bolsa de plástico—. Le pregunté a la tía Minyi a qué nos enfrentábamos y me contesto que a unos individuos capaces de causar tanto un mal como un bien enormes. Se refería a ti.

—Se refería a todos los mestícolas, *mèi mei*. Muchos de ellos son personas normales y corrientes que estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado. Algunos hicieron lo que no debían, pero por una buena razón: proteger a su familia. Se merecen un futuro. —Hace una mueca—. Bueno, casi todos. Pero hasta que averigüemos cómo volver a transformarlos en humanos, la prioridad es evitar que Storm los utilice para apoderarse de la ciudad.

—En el complejo, había dos chicos vigilando las celdas de los maestros. ¿También eran mestícolas?

Si ya me cuesta imaginármelos apoderándose de una tienda de

ultramarinos, de Manhattan ni te cuento. ¿Los habrían convertido en mestícolas como Tim en contra de su voluntad? ¿Durante el Desvanecimiento o después?

«Encuentra a Jae».

Me estremezco.

—Supongo que sí —responde Maura—. Aunque sospecho que Storm los puso allí sobre todo para provocarte. Intenté convencerla de que no lo hiciera, pero había deducido que, de algún modo, tu padre te había colocado dentro el Artefacto desaparecido, y que tú eras la clave para manifestar su poder.

—Vino a mi clase de educación para el combate —digo de repente—. Dijo que era una de las ojeadoras del Sindicato, pero para entonces ya no debía de trabajar para ellos. ¿Fue entonces cuando empezó a seguirme el rastro?

La expresión de Maura se torna sombría.

—Es posible que empezara a seguirte el rastro justo después de que mataran a tu padre. Creo que, hasta hace poco, no había conseguido verificar tu parentesco con él porque mamá…, porque la tía Minyi siempre se ha esforzado por mantener tus registros familiares en secreto. Quizá precisamente por eso. Pero supongo que tu actuación al final de la primera ronda del Torneo le sirvió como confirmación de sus predicciones.

La revelación me inquieta.

—¿De verdad has estado trabajando para Storm durante todo este tiempo?

—Fue idea de mamá, y la poca información que he conseguido reunir podría suponer una gran diferencia a largo plazo. No es casualidad que Storm fuera la agente favorita de los directores.

—No, me refería a que si por eso ya no te veía nunca. Porque siempre estabas trabajando.

Duda.

—Bueno, sí y no.

—Así que me estabas evitando.

—No por el motivo que crees. —Mi hermana mira hacia el horizonte—. Cuanto más crecías, más miedo tenía de en qué te convertiría tu odio. O al menos eso era lo que me decía a mí misma. Pero tal vez solo fuera una excusa. Perdí a mucha gente en el Desvanecimiento. A todos mis amigos. Y a papá.

El tío Elliot.

Deja escapar un suspiro tembloroso. Los músculos de la garganta se le tensan mientras intenta encontrar las palabras adecuadas.

Espero. Puede que la paciencia siga sin ser mi fuerte, pero, para esto, puedo darle a mi hermana todo el tiempo del mundo.

—Mamá y tú erais lo único que me quedaba. Me moría de ganas de contártelo todo. Pero nunca lo hice porque, bueno, me daba miedo perderte a ti también. Me había convertido en uno de los monstruos que habías jurado destruir. —Se le quiebra la voz—. Soy lo que más odias en este mundo.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

—Ay, Maura —susurro.

Por primera vez, me veo a través de sus ojos. Imagino cómo debía de sentirse cada vez que le hablaba de los mortícolas. «Solo recuerdo la repulsión de tu rostro cuando me hablaste de los mortícolas… y el entusiasmo de tus ojos ante la perspectiva de matarlos». Qué indefensa debí de hacerla sentir, tanto que prefirió enterrar su secreto y dejar que la consumiera en vida antes que compartirlo conmigo.

Le tiendo los brazos. Solo se resiste un momento antes de dejar que la estreche con fuerza entre ellos. Le apoyo la cabeza en el pecho mientras llora. Durante un buen rato, nos limitamos a abrazarnos. Hasta que sus sollozos se convierten en hipidos y su respiración se acompasa con la mía.

—Te he echado mucho de menos —murmuro contra su hombro —. Cuando dejaste de venir a casa, llegué a preguntarme si era porque me odiabas.

Se aparta de golpe.

—Jamás podría odiarte, *mèi mei.*

Suelto una carcajada ronca.

—Ya, bueno, yo tampoco podría odiarte jamás. —Respiro hondo —. Maura, te quiero tal como eres. Nunca ha importado nada salvo el hecho de que tú eres tú. Al fin y al cabo, siempre serás mi hermana mayor.

Se seca las lágrimas.

—Lo eres todo para mí, Rei. Nunca lo olvides. Por cierto, ¿por qué te has puesto mi abrigo?

Bajo la mirada.

—Uy. Creía que era de la tía Minyi.

Sonríe y me alisa las solapas.

—Quédatelo. Te sienta bien.

Nos apoyamos en la barandilla y, sumidas en un silencio agradable, contemplamos las olas del Hudson. Justo en el medio del río, se encuentra la frontera entre Nueva York y Nueva Jersey, donde no cae ni una sola mota de polvo de estrellas. En la otra orilla, lo único que resplandece son las luces de la ciudad, que iluminan las ventanas de las casas y alumbran las calles, como debe ser.

Las luces me recuerdan a la Ficha y su increíble poder. Siempre he pensado que esta ciudad es como un ave fénix, que muere con el ardiente final del día y resurge de sus cenizas al amanecer. Pero, en cuestión de segundos, la Ficha ha conseguido iluminar todo Times Square y las manzanas cercanas.

—¿Qué ha pasado antes, cuando Storm ha intentado coger la Ficha? —pregunto.

Maura asiente.

—Ha sido una mierda rarísima.

Ahogo una carcajada. Me llevo la mano al cuello para tocar el colgante de mi madre, pero entonces recuerdo que ya no está.

—¿Sabías que mi padre robó la Ficha de los Archivos?

Maura arquea las cejas de golpe.

—¿Que hizo qué?

—Al menos eso es lo que me ha dicho Storm. Y creo que tiene razón. Debió de dividirla en dos fragmentos para entorpecer el verdadero alcance de su poder. Luego, devolvió una parte a los Archivos y le llevó la otra a un joyero o algo así para que la convirtiera en un talismán. Así podría permanecer oculta a plena vista. Durante todo este tiempo, el Artefacto desaparecido nunca ha estado realmente desaparecido, sino incompleto. —Frunzo los labios —. Ojalá supiera adónde ha ido a parar.

—Alégrate de que Storm no haya podido echarle el guante.

Cierro los ojos para intentar poner en orden mis pensamientos.

—Antes me has dicho que, si no hubiera sido por el tío Elliot, no te habrías convertido en mestícola. ¿Qué tuvo él que ver?

Desvía la mirada.

—La única que lo sabe es mamá, y casi desearía que no fuera así.

—¿Me lo cuentas?

Durante un largo rato, mi hermana se queda muy callada.

—Aquellos dos primeros años fueron como una pesadilla perpetua —murmura al fin—. La mayor parte se me ha borrado de la memoria, pero aún recuerdo algunos fragmentos…, como el del anochecer anterior a mi regreso. Recuerdo que salí a la calle delante de nuestra antigua casa, ya sabes: la de piedra rojiza con vidrieras en la que viviste con mis padres durante mi ausencia, hasta que mamá se mudó de manera permanente a la mansión.

Respira hondo.

—Recuerdo que estuve merodeando por el barrio todo el anochecer. Estaba desesperada. Muerta de hambre. No sé cómo, encontré el camino. El camino de vuelta a casa. Y, de algún modo, mi padre… me reconoció.

Se me tensa el pecho.

—¿Cómo?

—Aún hoy sigo sin saberlo. Como ya te he dicho, no recuerdo gran cosa. Fuera lo que fuese, fue lo bastante humano como para que se diera cuenta de que era su hija. —Cada palabra que se obliga a pronunciar parece una batalla que lucha por no perder—. Creo que después de aquello me desmayé. Cuando me desperté, estaba cubierta de una sangre que no era mía. Y ya no era un mortícola. No había ni rastro de mi padre por ninguna parte. Tardé semanas en darme cuenta de que era porque yo lo había…, había…

Maura se ahoga en un dolor tan intenso que solo puede significar que está reviviendo la escena en este mismo instante.

—… lo había devorado.

Me tapo la boca con una mano porque no me fío de lo que me salga por ella. Pero mi hermana todavía no ha acabado.

—Pero ¿sabes qué es lo más raro? Que a aquellas alturas yo ya había devorado a otros humanos, lo quisiera o no. Era mi única opción de sobrevivir. Sin embargo, ninguno de ellos me había devuelto la condición de humana.

Evito imaginarme las cosas que debió de hacer mi hermana siendo mortícola.

—¿Y por qué aquella vez fue distinto?

—No estoy segura, pero tengo una teoría. La gente que cae víctima de los mortícolas nunca quiere que se la coman, lógicamente. Sin embargo, cuando mi padre me reconoció aquella noche, estaba tan débil y desnutrida que ya no podía ni mantenerme en pie ni mucho menos atacarlo. Él se dio cuenta de que me estaba muriendo. Y por eso se entregó a mí. Sacrificó su vida para que yo pudiera seguir viviendo. —Las lágrimas de Maura salpican la barandilla. La tristeza de su voz se me clava en el pecho como una bala—-. Creo que fue su último acto de humanidad lo que, en última instancia, me devolvió la mía.

Poco a poco, la gravedad de su afirmación va calando en mí. La rodeo con un brazo y le apoyo la cabeza en el hombro.

No sé qué más hacer, salvo estar a su lado.

Aun así, siento su silenciosa gratitud en la sonrisa leve y triste que se le forma en los labios. Se recuesta sobre mí y descarga todo el aire de los pulmones con un largo suspiro…, como si al fin fuera libre.

—Bueno, ¿qué vas a hacer ahora, *mèi mei*? —me pregunta al cabo de un buen rato.

—No lo sé —admito.

—No pretendía complicarte más la vida —añade en un tono de verdadero arrepentimiento—. Aún te queda mucho por hacer. Pero puedes tomarte todo el tiempo que necesites. Para pensar y también para descansar. No tienes que decidir nada. Todavía no. No esta noche.

Contemplo en el agua el reflejo de una ciudad iluminada por el polvo de estrellas y me permito imaginar lo que podría ser.

—Esta noche no —convengo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Paso el día siguiente sentada junto a la cama de mi tía Minyi, dando cabezadas mientras espero a que se despierte. Ojalá el polvo de estrellas le funcionara, pero el único medicamento que no puede sustituir es el descanso.

Aunque me quedaría a su lado durante todo el tiempo que hiciese falta para que se recuperara del todo, cuando Zaza aparece en la puerta con los labios apretados en un familiar y terso gesto de determinación, sé que no tiene sentido oponer resistencia.

Una hora más tarde, estoy sorbiendo perlas de tapioca de mi té con leche de mango extragrande y hojeando una pila de cuadernos de cuero hechos a mano. La luz del sol se cuela por las ventanas del mercado cubierto de Chelsea, cuyo laberinto de puestos bulle con el ajetreo típico de la hora de la comida.

—¡Ay, qué mono es esto! —exclama Zaza, que coge un collar de un expositor de joyas y lo levanta para que lo vea.

Interrumpo mi búsqueda y cruzo el pasillo del mercado para ver la larga cadena de oro que tiene en la mano. Un colgante de tarta de fresa lo remata al final.

Sonrío porque no puedo evitar acordarme de *Boba*.

—Sí, es muy mono. Pero no va con mi estilo.

—Uf, venga ya. Cielo, ¿tú qué opinas?

Bomani asoma la cabeza por encima del burro de vaqueros *vintage* del puesto de la izquierda. Sonríe y levanta el pulgar.

—Es perfecto para ti, cariño —dice.

Zaza pone los ojos en blanco.

—Para Rei.

—Ah.

El chico mira mi atuendo de arriba abajo: jersey negro de cuello alto, vaqueros negros desgastados, botas militares negras y gruesas y la gabardina de Maura. Aún no he conseguido que me den otro abrigo de *maverick*, pero, durante el día, este cumple su función

perfectamente.

Además, lo último que quiero es llamar la atención sobre mi identidad, puesto que Storm aún anda suelta por ahí. Por lo que sé, incluso podría seguir pensando que tengo la Ficha. Por mucho que esté bajo la protección del Sindicato, tengo que resistir el impulso de escuchar cada pocos segundos el delator repiqueteo de sus tacones.

Con el collar en la mano, le dedico una pose a Bomani.

—¿Y bien?

—Eh… Sin comentarios.

—Perdona —dice una voz a mi espalda—. Eres Rei Reynolds, ¿verdad?

Me doy la vuelta y me encuentro a un niño pequeño con el pelo castaño y rizado y una servilleta y un bolígrafo en la mano. Su madre está unos pasos más allá, con una sonrisa agradable en la cara.

—Te vi en el Torneo. Estuviste genial, ¡sobre todo en la carrera de obstáculos! ¿Me firmas un autógrafo, por favor?

—Por supuesto —le digo, halagada por el entusiasmo que le brilla en los ojos.

Cuando le devuelvo la servilleta, me agarra del brazo y se inclina hacia delante para susurrarme:

—¿Es cierto?

Me pilla demasiado por sorpresa como para poder reaccionar.

—¿El qué?

El brillo de sus ojos se transforma en fanatismo.

—El rumor. Que le devolviste la luz al anochecer. Que vas a devolvernos la luz a todos y acabarás con el anochecer para siempre. Así te llaman —susurra—, Matanoches.

Me estremezco de arriba abajo.

—Yo no…

—Oye, oye —interrumpe una voz firme. Bomani agarra al niño

por las muñecas y me lo quita de encima—. Respeta su espacio.

Zaza aparece a mi lado, me pasa un brazo por los hombros y me guía hacia la salida. Oigo al niño llamándome a gritos, exigiendo saber, pero estoy demasiado turbada para responderle. Otras personas se nos quedan mirando al pasar.

—Mi hermano vive cerca de Times Square —le murmura una mujer a su amiga—. Me ha dicho que él también vio la luz.

—¿Y? —Su amiga me lanza una mirada—. ¿Es verdad o no?

—Como si una sola chica fuera a tener el poder de cambiar la ciudad entera.

—¿Por qué no?

—Tú sigue andando —me murmura Zaza al oído.

Cuando escapamos del mercado y salimos a la luz del sol, nos encontramos con un desfile de manifestantes que marchan por el centro de la calle. Mi primer instinto es pasar de ellos, como si fueran otra de las habituales concentraciones de descreídos, pero esta vez hay algo distinto.

Leo en voz alta los carteles más cercanos:

—«El pueblo quiere la verdad. ¿Transparencia o tiranía? Tú turno, Sindicato». ¿Qué narices se supone que significa eso?

—Me parece que algunas personas se enfadaron un poco cuando el Sindicato canceló el Torneo sin dar explicaciones —responde Zaza—. Al fin y al cabo, se financia con nuestros impuestos y donaciones. No te lo tomes como algo personal.

Cuando Bomani nos alcanza, nos desviamos hacia un callejón. Todavía agobiada por lo de los manifestantes, ni siquiera oigo la pregunta de Zaza hasta que me da un codazo en el costado.

—¿Eh?

—Digo —repite en un tono exageradamente relajado— que si sabes ya algo de Kieran.

Me tiembla el ojo.

—No. Y me parece perfecto.

Justo en ese momento, me vibra el bolsillo trasero. Me cambio el té de burbujas de una mano a otra y, en mi ansia por sacar el teléfono cuando antes, estoy a punto de tirarlo al suelo. Miro la pantalla.

Big Italy Pizza

¡Consigue un 10% de descuento en cualquier

PIZZA CON SALCHICHAS este martes en Big Italy Pizza!

Me sonrojo y le oculto el móvil a Zaza, aunque lo ve de todas formas.

—Seguro que tiene el teléfono sin batería o algo así —me tranquiliza—. O a lo mejor se le ha roto. O lo ha perdido. O puede que no se haya levantado todavía.

—Ya te he dicho que no importa. De verdad que no podría darme más igual.

Vuelve a vibrarme el móvil. Con grandes aspavientos, me empeño en mirar el mensaje lo más despacio posible.

imbécil

Hola. Tenemos que hablar.

Se me contrae el estómago.

—Es Kieran.

—¿Qué? ¡A ver!

Zaza planta la cabeza delante de la pantalla justo cuando llega otro mensaje:

¿Estás libre mañana?

Mi amiga casi se echa a temblar de emoción.

—¿Ves? Te dije que estaba pensando en ti. Dile que sí. Sabes que lo estás deseando.

Me muerdo el labio y tecleo la respuesta.

Podría estarlo.

¿Quedamos para comer? Yo invito, por supuesto.

He hecho una reserva en Remy's a las 13:00.

—Ay, madre mía —chilla Zaza—. ¿Va a llevarte al Remy's? ¡Ese sitio es el restaurante más de moda de la ciudad!

—Y el más caro —digo con el ceño fruncido. Cuando estábamos juntos, nunca íbamos a restaurantes elegantes y, desde luego, ni nos acercábamos a los del nivel del Remy's—. Deben de haberle pagado en diamantes las prácticas con mi tía.

—Bueno, ¿qué vas a contestarle? —exige saber Zaza.

—No lo sé —murmuro.

El tumulto de emociones que se me arremolinan en el estómago me provoca una ligera náusea. No hemos vuelto a vernos ni a dirigirnos la palabra desde que lo mandé a la mierda, él se marchó con Everly y yo me quedé sola en Times Square para ocuparme de Storm. Me gustaría pedirle a Zaza que me hiciera un resumen exacto de los acontecimientos de anoche, pero no me cabe duda de que intentará pintarme una imagen excesivamente positiva Kieran, no solo porque quiera que volvamos a salir, sino también porque ella es así de maja. No quiero que mi amiga tenga que dar excusas o disculparse por él. Quiero que sea el propio Cross quien lo haga.

Zaza me roza el brazo.

—Dale una oportunidad. Todavía le importas.

—No lo sé —repito.

Mi mejor amiga se limita a sonreír con tristeza y a apretarme la mano.

—Hasta los mejores cometemos errores, Rei. Como decía mi *abuela*[3], nuestro mundo ya está lleno de demasiado odio como para apartar a los que tienen el valor de pedirnos otra oportunidad. Y, además, no te está pidiendo perdón, solo que vayas a comer con él. A un restaurante muy muy bonito.

—Y paga él —interviene Bomani para echarle una mano.

Exhalo por la nariz y vuelvo a mirar la pantalla.

Vale. Allí te veo.

Estupendo. Es una cita.

A la una menos cinco, Declan para el coche delante del Remy's. Me abre la puerta del acompañante mientras me repaso el pintalabios por última vez en un espejo de bolsillo. No hay corrector capaz de borrarme las ojeras negras. Cuando salgo a la acera con mis tacones de aguja, me aliso el vestido debajo del abrigo.

—Está deslumbrante, señorita Reynolds.

Resoplo con sorna.

—Tú que me miras con buenos ojos, Declan.

—Que disfrute mucho de la comida. No olvide lo que le dije sobre ese chico.

—¿Que le pegarías tal paliza que se pasaría el resto de sus días cagando en una bolsa? No te preocupes. Te tengo en marcación rápida.

—Muy bien. Y ya me he ocupado de esa misteriosa entrega de cuarenta kilos de pan de plátano en la estación de Rector Street.

Le doy un beso en la mejilla.

—Gracias, Declan. Por apoyarme y estar siempre ahí para mí, sobre todo cuando no tenías por qué estar.

Me dedica una reverencia y es la viva imagen de la caballerosidad y la elegancia, pero con la misma picardía de siempre brillándole en los ojos.

—Ha sido y será siempre un privilegio para mí, señorita Reynolds.

Arrebujada contra el frío, me dirijo a toda prisa hacia el reluciente vestíbulo de cromo del restaurante. La zona de la entrada, construida enteramente de metal como si fuera un desguace de lujo, está decorada con esculturas y objetos artísticos. Desde el otro lado de un biombo de platino con filigranas, me llega el murmullo de las conversaciones y la música en directo de un piano clásico.

Mis tacones repiquetean contra el impecable suelo de mármol

mientras me acompañan a una sala privada situada más allá del comedor principal. El camarero abre una puerta que revela un interior carmesí iluminado con velas. Por las paredes de velur se extienden vetas azules y moradas que imitan las venas del interior de la cavidad de un corazón.

La puerta se cierra con un clic a mi espalda. La charla y la música del exterior se interrumpen de forma brusca y el silencio inunda la habitación. Me quedo sola mirando las dos sillas vacías con el ceño fruncido.

Kieran no está.

Sin embargo, no es su ausencia lo que me confunde, sino la botella de champán abierta. Y la flauta medio llena abandonada en el extremo opuesto de la mesa, junto a dos menús intactos. Imagino que habrá ido al baño, así me siento ante la copa vacía y empiezo a pensar en cómo voy a saludarlo cuando vuelva.

Por el rabillo del ojo, capto un indicio de movimiento que me llama la atención. Miro hacia el otro lado de la mesa.

Me quedo paralizada.

La botella está levitando en el aire.

—¿Champán? —me pregunta una voz incorpórea.

Se me olvida hacer cualquier cosa que no sea poner cara de pasmo.

La botella flota por encima de la mesa hasta mi copa y me sirve a pesar de que no he contestado. El líquido dorado y burbujeante espumea hasta el borde. Cuando la botella se posa de nuevo, al otro lado de la mesa el aire titila como un espejismo en el desierto.

La oscuridad se ondula hacia fuera. De ella, en la silla que tengo enfrente, emerge un hombre vestido con un exquisito esmoquin azul marino. Lleva los dos botones superiores de la camisa de seda desabrochados de tal manera que deja atisbar una ingeniosa insinuación de la clavícula. A la luz parpadeante de las velas, su piel terrosa se empapa del reflejo de las paredes rojas hasta adquirir el resplandor abrasador del carbón que arde entre las llamas.

El Fantasma se coloca la media máscara de marfil en el regazo.

—Me alegro de que haya accedido a acompañarme hoy, señorita Reynolds.

—¿Qué hace aquí? —exclamo, sin aliento a causa de la perplejidad.

Su sonrisa sería capaz de ablandar hasta el más pétreo de los corazones.

—Solo quería saber cómo estaba. Ver cómo le iba.

Enarco las cejas.

—¿A mí? Yo… ¿Dónde está Kieran?

—Ay —dice al mismo tiempo que se lleva las manos al corazón con expresión herida—. ¿Tanto despreciáis mi compañía, señora mía?

Pongo los ojos en blanco.

—Es que Kieran me mandó un mensaje para invitarme a comer. No me dijo en ningún momento que usted también fuera a venir.

—No le robaré más que unos minutos de su preciado tiempo —promete—. Solo esperaba poder hablar con usted, nada más. ¿Le parecería aceptable?

—No tendría que haberse molestado en venir hasta aquí. Podría haberme llamado o haberse pasado por la mansión.

—La mansión está llena de oídos y de ojos y, sobre todo, de bocas a las que les gusta mucho hablar. No quería correr ese riesgo —responde Valentine mientras agita el contenido de su copa—. Además —añade con un brillo juguetón en los ojos—, los teléfonos son demasiado fáciles de piratear hoy en día. El caso es que tengo entendido que la otra noche estableció contacto con Sabrina Storm.

Una vaga sensación de inquietud me invade el estómago.

—¿Cómo lo sabe? Aún no le he entregado el informe a los maestros. ¿Se lo ha dicho Kieran?

Se rellena la copa.

—Estaba por la zona, claro.

Un silencio cargado de implicaciones se dilata entre nosotros. Lo

miro de hito en hito; después, me fijo en la botella de champán y luego en la máscara, ahora apoyada en la mesa.

Es entonces cuando me doy cuenta.

—Espere un segundo —digo—. Cuando Storm intentó hacerse con la Ficha y esta se alejó flotando… ¡fue usted! Ella se pensó que era yo quien le estaba tomando el pelo, pero ¡fue usted quien la sacó de quicio!

Se encoge de hombros.

—Desde luego, no iba a permitir que le pusiera las sucias garras encima a una reliquia tan preciada para Nueva York. Sin duda, habría utilizado su poder para causarle grandes daños a nuestra querida ciudad. Supongo que Storm no le mencionó nada de eso, ¿verdad?

—Solo habló de poner fin a los métodos corruptos y crueles del Sindicato.

Valentine echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada estruendosa. Es el tipo de risa alegre y contagiosa que hace que tú también te rías sin saber muy bien por qué. Niega con la cabeza y me lanza una sonrisa aniñada.

—Seguro que te lo tragaste todo de principio a fin.

Finjo beber un sorbo de champán.

—Por supuesto. Entonces, ¿es verdad que es portadora de infiernos?

—Ya no.

—Me contó una historia muy loca de hace unos seis años. Ya sabe a cuál me refiero, ¿no? A esa en la que el equipo se le estropeó justo cuando la emboscaron unos colmillos nocturnos.

Valentine se reclina contra el respaldo de la silla.

—Eso tengo entendido.

—Y, después de que sobreviviera milagrosamente a pesar de que tendría que haber terminado hecha pedazos, los directores decidieron ponerla a cargo del Proyecto Renegados. ¿Eso fue antes o después de que se dieran cuenta de lo que le había pasado?

—Después, claro. —Tarda un segundo en reparar en su error e intenta retractarse—: Storm siempre fue un activo leal y valioso para los directores. Ya estaban buscando a alguien que dirigiera el proyecto…

—¿Y quién mejor para ocupar el puesto que una verdadera mestícola? —Sonrío y levanto la copa—. Está claro que a los directores no les salió bien el intento de neutralizarla después de que descubriera cierta información confidencial, pero al menos acabaron con uno de sus mejores arietes convertida en mestícola. La serendipia es una cosa maravillosa, ¿no le parece?

Duda antes de levantar también su copa.

—En efecto.

—La verdad, no se lo reprocho a los directores. Tiene todo el sentido del mundo nombrar a una de tus mejores y más fieles arietes jefa de un proyecto tan confidencial que ni siquiera los maestros tenían acceso a él. ¿Cómo iban a imaginarse que se rebelaría contra ellos? No es culpa suya que Storm descubriera su complot para asesinarla. Y, para entonces, ya era demasiado tarde para detenerla. Ya se había hecho con el control absoluto del proyecto.

—Correcto —dice mientras me mira con recelo—. Entonces, ¿está de acuerdo con los métodos de los directores?

—No he dicho eso en ningún momento. —Dejo la copa en la mesa —. Nick… Puedo llamarte Nick, ¿verdad? Los directores ya sabían que los mortícolas eran neoyorquinos antes del Desvanecimiento, pero, aun así, nos enviaron a matarlos a todos.

Guarda silencio. Se niega a mirarme a los ojos.

—¿Por qué? —pregunto mientras aprieto los puños sobre el regazo—. ¿Por qué no nos lo dijeron?

—No lo sé —reconoce en voz baja—. Pero, ahora que ya conoce este terrible secreto, ¿qué piensa hacer la próxima vez que la ataque un mortícola? Supongo que no pretenderá tirarse al suelo y dejar que la devore porque es lo justo. ¿No sería más clemente acabar con su sufrimiento?

—Nos dijisteis que debíamos trabajar para proteger. No para matar. Si los mortícolas fueron personas en su día, no podemos decir que matándolos estemos protegiendo a la humanidad.

Valentine cruza las manos sobre la mesa y me mira con fijeza.

—En ese caso, ¿qué opina usted que deberíamos hacer, señorita Reynolds?

Vacilo. Pienso en Bea y en todos los demás ciudadanos que han caído víctimas de unas normas —o de una falta de ellas— que ni siquiera soy capaz de empezar a imaginar cómo habría que reformar. Sé que no es sencillo. Como a tantos otros, a mí no me han formado para gobernar, sino para matar.

—Bueno, todo ariete merece saber la verdad —digo al fin—. Y los eruditos también.

—Los directores lo han prohibido.

—Pero ¿y si encontráramos la manera de convertir a los mortícolas de nuevo en humanos? Acabaríamos con su existencia sin derramamiento de sangre —argumento—. Nuestros eruditos tendrían que estar trabajando sin descanso en eso, no en métodos más eficientes de cazarlos. ¿No fue para eso para lo que los directores crearon el Proyecto Renegados en un primer momento?

—Entre usted y yo, señorita Reynolds, hay secretos restringidos incluso para mí. Pero hay algo que ambos sabemos más que de sobra: nadie desafía la palabra de los directores.

Lo miro a los ojos con intensidad.

—¿Y si decido hacerlo de todos modos?

Sonríe, pero esta vez su gesto no tiene nada de encantador.

—Entonces puede que sea lo último que haga.

La impasibilidad de su tono hace que se me ericen los pelos de la nuca. Finjo beber otro sorbo de champán.

—Amenazas de muerte. Cuánta clase.

—Por favor, no se lo tome como algo personal. Solo intento ofrecerle el mejor consejo posible.

—Que es que mantenga el pico cerrado.

—Exacto. Odiaría que usted también terminara como la difunta señorita Park.

Me quedo petrificada.

—Sé que todo eso parece bastante desalentador y preocupante —prosigue Nick con una sonrisa consoladora—, pero debería confiar en los directores. Saben lo que hacen.

—Me gustaría que me devolviera mi Ficha —digo con los dientes apretados.

—Ya no la tengo.

—O sea que ya se la has entregado a los directores.

Apura lo que le queda en la copa y se aparta de la mesa.

—Sé que ahora no lo parece, pero estoy de su parte. Confíe en mí.

—Si estuvieras de mi parte —gruño mientras lucho por contener la abrumadora tentación de tirarle la copa de champán a la cara—, no me habrías quitado la Ficha, para empezar.

—No me quedó más remedio —dice—. Si no hubiera descubierto que le faltaba una parte y no hubiese ensamblado las dos piezas, seguiría siendo suya.

—Perdón, entonces. Supongo que tampoco tendría que haber ido a Times Square a salvar a la maestra Minyi.

Valentine se pone en pie y me mira de soslayo.

—Si le soy sincero, intenté detenerla. O, mejor dicho, su amiga intento detenerla.

Se me hiela la sangre.

—¿Qué acabas de decir?

—Sospechábamos que era Storm quien le había escrito la nota —explica—, pero no teníamos ni idea de cuál podría ser su objetivo. Me asignaron la misión de impedir que usted acudiera a la cita, sobre todo por si intentaba convertirla en mortícola, como efectivamente hizo.

La voz anegada en lágrimas de Zaza me invade la mente. «Lo siento mucho, Rei. Él no quería que fueras. Me ha obligado a hacerlo, a drogarte. En teoría no tendrías que haberte despertado hasta por la mañana, cuando todo hubiera terminado».

—No fue Kieran quien me drogó —susurro—. Fuiste tú.

Valentine se encamina hacia la puerta.

—Su amiga fue encantadora, muy comprensiva con toda la situación. Espero que no le guarde ningún tipo de rencor. Además, aunque al final terminó presentándose en Times Square de todos modos, todo acabó bastante bien. Y lo que es aún más importante, los directores se han fijado en usted. En general, les gustó mucho cómo manejó la situación. —Me guiña un ojo—. Juegue bien sus cartas, señorita Reynolds, y se convertirá en maestra en muy poco tiempo. A fin de cuentas, el Distrito Financiero necesita alguien nuevo para ocupar el puesto.

Todo lo demás se desvanece: la mesa, las luces, incluso el propio Fantasma. Solo veo las paredes, rojas como la rabia.

Me levanto de golpe.

—Oye, Nick. He cambiado de opinión.

Se detiene a medio paso del umbral, con una mano en el picaporte. Vuelve la cabeza por encima del hombro y me mira con una ceja enarcada en un gesto de expectación.

—Sé que acabo de decir que deberíamos dejar de cazar mortícolas solo para matarlos, pero, por si alguna vez te conviertes en mestícola… —le dedico la más dulce de mis sonrisas—, te prometo que seré yo quien te meta una bala en el cráneo.

Me mira con los ojos oscuros e implacables durante un largo rato, con la Máscara colgando a un lado. Aunque en un principio era un accesorio teatral cuya función era esconder una deformidad grotesca sobre el escenario, me da la sensación de que, de un tiempo a esta parte, en realidad ha estado ocultando algo mucho más monstruoso.

—Permítame darle un consejo, señorita Reynolds. Si le abre su corazón a todo el mundo, sus enemigos sabrán exactamente cómo arrancárselo. En una profesión como esta nunca le faltarán los enemigos, pero ¿corazón? Solo tiene uno, así que no lo exponga tanto.

Franquea la puerta, pero, tan solo un instante después, vuelve a asomar la cabeza. Ahora su expresión es todo hoyuelos y alegría.

—Por cierto, no dude en pedir lo que quiera de la carta. La cuenta ya está pagada… Un detalle de los directores.

Cierra la puerta a su espalda y sus palabras quedan suspendidas en el aire como un presagio. Estiro la mano para coger la flauta de champán y me odio por el ligerísimo temblor que me sacude los dedos. Agarro el tallo con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos, me llevo la copa a los labios y me la bebo de un trago.

A lo mejor debería estar asustada. Los directores tienen los ojos puestos en mí. Mi Artefacto ha desaparecido. Storm podría estar esperándome a la vuelta de cualquier esquina.

Y no puedo dejar de cazar mortícolas sin que los demás sospechen que tengo un secreto que podría derrocar al Sindicato para siempre.

Un secreto que no quiero guardar.

Pero quizá haya otra manera de hacerlo. Al fin y al cabo, si Storm consiguió apoderarse del Proyecto Renegados justo delante de las narices de los directores, ¿quién sabe lo que podría lograr alguien con un poco de poder?

O alguien con mucho poder…, como una maestra.

«A fin de cuentas, el Distrito Financiero necesita alguien nuevo para ocupar el puesto». Las palabras del Fantasma me atormentan.

La puerta vuelve a abrirse. Pensando que es otra vez Valentine, salto:

—¿Qué quie…?

Me flaquea la voz.

—Siento llegar tarde —dice Kieran, que entra en la sala como si nada. Se desabrocha el abrigo de *maverick* con una mano y, con la otra, aparta la silla que hasta hace solo unos minutos ocupaba Valentine. Se pasa una mano por el pelo bien peinado y me dedica una sonrisa ingenua, casi tímida—. La conductora del autobús debía de tener unos noventa y nueve años.

—¿Qué leches es esto?

—Sí, ¿verdad? A ver, bien por ella, pero ¿es legal?

—No, me refería… —Había llegado a la conclusión de que la comida con Kieran no había sido más una trampa urdida por Valentine—. La verdad, creía que no ibas a venir.

Kieran parece sorprendido.

—Solo me he retrasado unos minutos. En el mensaje me has dicho que a la una y media, ¿no?

—¿En qué mensaje?

Me mira con las cejas arqueadas.

—¿En el que me has enviado esta mañana para invitarme a comer? Yo también estaba a punto de preguntarte si podíamos quedar, pero te me has adelantado. —Por primera vez, se fija en la botella de champán medio vacía que hay sobre la mesa. Se queda de piedra—. Me cago en… No te la habrás bebido tú sola, ¿no?

Me da vueltas la cabeza. Recuerdo el brillo juguetón de los ojos de Valentine. «Los teléfonos son demasiado fáciles de piratear hoy en día».

Nos ha engañado a los dos. Rechino los dientes. Está hecho un verdadero maestro —o debería decir *maverick*— del engaño, de los pies a la cabeza.

—¿Rei? —me pregunta Kieran al cabo de un rato—. ¿Estás bien? ¿De qué hablabas en Times Square cuando me dijiste que te habían drogado?

—Fue solo un malentendido —le contesto en tono distante. Levanto la vista y me lo encuentro mirándome con el ceño muy fruncido—. Perdona, es que tengo muchas cosas en la cabeza. Ya estoy bien. De verdad.

—Ya me imagino. Pero, oye, que sepas que puedes contar conmigo siempre que me necesites. —Esboza una sonrisa torcida—. Aunque eso signifique nunca.

Algo se me revuelve en el pecho. Él tiene sus secretos, pero ahora yo también tengo los míos. La decisión de contarlos es solo nuestra. Puede que, con el tiempo, lo hagamos. Si ya no puedo fiarme completamente de nadie —ni siquiera en él—, al menos puedo confiar en que él siempre me apoyará. Además, si enfrentarme a Kieran en el Torneo me ha enseñado algo es que, pese a todo, siempre nos va mejor cuando trabajamos en equipo.

Y, por una vez, creo que voy a necesitar formar parte de uno.

Cojo una de las cartas.

—Oye, Kieran.

—¿Sí?

—¿Tienes hambre?

—Estoy canino, la verdad. —Mira la carta y esboza una mueca de dolor—. Aunque, pensándolo mejor…

—¿Qué te parece si pedimos todo lo que hay en la carta? —Le lanzo una sonrisilla maliciosa—. Yo invito.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

AGRADECIMIENTOS

Matanoches es mi carta de amor a Manhattan. Esta es mi carta de amor a las personas que la han hecho posible:

Mi eterno agradecimiento a mi equipo de Viking y Penguin Teen: a mis editoras de producción, Krista Ahlberg y Sola Akinlana; a la directora editorial, Gaby Corzo; a Kristin Boyle y Anabeth Bostrup por la cubierta y el diseño interior; a Felicity Vallence, Shannon Spann y James Akinaka por el *marketing* digital; a mi publicista, Lizzie Goodell; y a Tamar Brazis. A AZ Hackett, Sarah Liu y Maddy Newquist y, sobre todo, a mi ingeniosa editora, Jenny Bak, no solo por defender este libro, sino también por ponerlo en forma para el Torneo.

Holly Root, mi agente literaria y superheroína de la vida real. ¿Cómo? ¿Cómo lo haces todo? ¡¿Y tan bien?! Es que, ostras. Y a Alyssa… Me postro ante ambas.

Sophie Zixia Licostie. Justin Hsieh. Emma Meinrenken. Ariel. Jade. Gracias a mis atentísimos lectores beta por vuestras increíblemente perspicaces sugerencias y vuestras detalladas críticas. La maestra Minyi estaría orgullosa de ellas. Gracias especialmente a Madison por no dejar nunca de ser la primera en la cola para leer mi trabajo, incluso cuando aún está en su estado más incoherente, y por hacerme la autora más feliz cada vez que me petas el móvil a las dos de la madrugada con tus entusiastas/enfurecidos comentarios en Google Docs. Eres auténtica.

Mi más profundo agradecimiento al artista Uliks Gryka, el verdadero creador de las Piedras de Sísifo, por darme permiso para utilizar tu obra como musa y, en general, por ser un tío tan guay. Y a Billy Mitchell, del Apollo, por responder con paciencia y generosidad a todas mis extrañamente específicas preguntas sobre la cabina de iluminación y por permitirme tender una emboscada en el interior del teatro. Gracias por no llamar a la policía.

Me siento honrada de contar con la guía y el apoyo de los verdaderos maestros de mi mundo: Holly Black, por estar siempre ahí para ofrecerme los consejos más sabios y por creer en este libro incluso cuando era un simple y caótico capítulo. A V. E. Schwab, por tu respaldo y tu pasión inquebrantables. A mi mami, Nic Stone, por ser mi número uno y mi motivación para hacer las cosas de una puñetera vez. A mi姐姐 , Amélie Wen Zhao, por adorar *Matanoches* desde mucho antes de que tuviera título. A Jackie Parker, por

animarme desde el día en el que tuve el privilegio de conocerte. A Manny Ax, por tener siempre fe en mi carrera como escritora y pianista y entusiasmarte por ella. A Peter Oundjian y Nadine Eliane por TODO vuestro amor y por comprar muchísimos más ejemplares de mi libro de los que necesitabais el día del lanzamiento, ¡nunca lo olvidaré! Y a Rebecca Kuang, Chloe Gong, Xiran Jay Zhao, Axie Oh, Samantha Shannon y Naomi Novik por apoyarme durante el último empujón hasta la línea de meta.

A mi profesor Derek Green. Tú me enseñaste a escribir. Mucho. Mucho. Mucho mejor. Sin ti, Kieran y Rei nunca habrían sido ex. ¡¿Te lo imaginas?!

A Jags, mi querido amigo y camello (de ediciones especiales de libros raros y del Reino Unido). Eternamente agradecida por tu amabilidad y cuidado.

Gracias a Cristi Balenescu por tu arte y por conferirle vida tanto al mundo de *Matanoches* como a Rei en esta portada.

Yuen Ning, Laura, Alice y Jona, mis amigas del alma. Tony, Cam, Hanah, Duncan, Ryan, Juan (mi inspiración para Zaza) y Emma (otra vez). Os adoro más de lo que los mortícolas adoran la tarta. Puede que incluso más de lo que yo adoro la tarta, y eso es mucho decir. Gracias a Jacob por las galletas. Y toda mi admiración y respeto a David Stanley por la sesión de fotos de última hora.

Mamá y papá, estoy en deuda con vosotros por haberos trasladado a Nueva York para que yo pudiera estudiar piano en Juilliard. Puede que no supierais de mis escapadas secretas y de mis travesuras nocturnas fuera de las salas de ensayo, pero este libro habría sido tremendamente aburrido sin ellas, así que ¿lo consideramos una victoria?

A mis chicos: Kevin y mi hijo *Potato* (el cachorro. Así es, gente, POR FIN TENGO UN PERRO). *Po*, incluso cuando te subes al teclado, lo pisoteas con tus patitas y accidental/intencionadamente borras todos mis documentos, eres tan mono que no tienes rival. Kevin, supongo que tú también eres bastante mono. Gracias por estar a mi lado en todo momento. Os quiero a los dos casi casi por igual.

Y, por último, a mis lectores… Tanto si no tenéis ni idea de quién soy como si me habéis acompañado en este viaje desde la trilogía *Shadow Frost*, esto es para vosotros. Espero que os hayáis divertido. De todo corazón, gracias por todo lo que hacéis. Hasta la próxima… Es

decir, hasta la SECUELA (risa malvada en la lejanía).

Notas

1

En español en el original. (N. del E.)

2

En español en el original.

3

En español en el original.

Table of Contents

Table of Contents